

# Willam Henry Hudson

## AVES PAMPERAS

Prólogo

Introducción

Primera Parte (contactos iniciales)

Segunda Parte

Tercera Parte (Cartas)

Cuarta parte

1. Comunicaciones

2 Más observaciones sobre las golondrinas de Buenos Ayres

3 Acerca de los hábitos de la lechucita vizcachera

Lista de Bibliografía de los trabajos incluidos

Lista de las aves mencionadas en la obra

Colofón

## Prólogo

Cuando entré en la sede de la AOP, Alicia Cabo, como le es habitual estaba atendiendo. Mientras esperaba que me entregase la correspondencia, le pregunté a Diego Gallegos sobre el estado de alguno de los tantos proyectos de la entidad. De soslayo observé al personaje parado a nuestro lado; un anciano alto, algo cargado de hombros, de nariz aguileña y barbita blanca, que al parecer quería actualizar su deuda con la entidad. Alicia pidió nuestro auxilio: *"No sé, no encuentro su ficha y el señor insiste en que busque, dice que es socio correspondiente desde 1916 a ver si ustedes..."*

El caballero en cuestión nos habló, y su mirada profunda me pareció conocida de algún lado. *"Tal vez recuerden mi nombre"*, dijo en un castellano entendible, pero con fuerte acento inglés. *"Me llamo Willam Henry Hudson y he escrito muchas cosas sobre aves. Quizá hayan visto algo..."*. Con Diego nos miramos sin creer lo que oíamos. Ya le iba a responder que no sólo lo había leído sino que era su admirador ferviente, y que lo consideraba un precursor de la ornitología argentina y de mi propia labor. Pero el hombre siguió hablando. *"Hace muchísimo tiempo he dejado estas tierras en las que nací y me crié. En 1874, cuando tenía 33 años, viajé a Londres y organicé mi vida allí. Pero nunca olvidé las pampas, ni estos pájaros, ni sus cantos, que aún hoy regresan a mi memoria para alegrar las noches de un viejo solitario."*

Su voz, todavía segura, poseía un singular magnetismo. Alberto Martelli y Susana Olmedo se habían incorporado al grupo, que escuchaba entre confuso y admirado.

*"Mi amigo Cunninghame Graham me sugirió este postergado retomo a las tierras que conocieron mis primeras cabalgatas de observador de la naturaleza. Quizás debí regresar antes, pero, en fin... aquí estoy para reencontrarme con las aves, con mi casa natal..."* *"¡Los Veinticinco Ombúes!"*, intervino Martelli. Sorprendido, Hudson abrió sus aún grandes ojos oscuros y prosiguió: *"...visitar a mi sobrina Violeta, y regresar a Europa para completar el ciclo, que no hubiese cerrado bien sin este viaje a la tierra salvaje de mi infancia."*

A esta altura Diego le sugirió que pasase a la biblioteca para dialogar con más comodidad. Allí estaban, tratando de interpretar un párrafo de *"Birds of La Plata"*, Mariano Moldes, Alejandro Di Giacomo y Santiago Krapovickas. Al anciano se le iluminó el rostro al comprobar que los jóvenes aún utilizaban sus escritos y que no había sido olvidado en absoluto. Quizás fue este hecho el que lo alentó a hablar más de sí mismo. Contó anécdotas, historias, describió sus libros, su éxito como prosista inglés; se refirió a sus amigos famosos y a sus recuerdos de Ensenada o de Quilmes. *"¿Y por qué no siguió trabajando con las aves rioplatenses?, le preguntó Krapovickas. ¿Acaso Argentine Ornithology no fue una obra fundamental?"*. *"Son temas que prefiero no recordar. El finado Sclater..."*

Iba a agregar algo, pero pareció arrepentirse, por lo que aproveché su momentáneo silencio: *"Dígame, amigo Hudson, ¿qué opina de sus primeros trabajos, aquellas cartas y notas publicadas en los Proceedings de la Sociedad Zoológica de Londres? Veo en ellas observaciones y hallazgos de enorme mérito."*

*"Sí, es cierto, -apoyó el autor-. Creo que, ornitológicamente hablando, eso fue lo más auténtico que he hecho. Cuando era aún libre, cuando podía volar con las aves y adueñarme de sus secretos, cuando no estaba todavía contaminado por las penurias de la realidad, que me obligaron a tantas cosas... Pero en fin, historias de un remoto pasado cuyo valor actual es escaso. No han transcurrido en vano ¡uyy, más de cien años! La ciencia ha evolucionado. Esta misma entidad era inimaginable por entonces; sólo estaba el Dr. Burmeister en el Museo de Buenos Ayres. Yo mismo he aprendido mucho desde entonces; no volvería a cometer tantos errores ni cuestionaría a Darwin, a quien admiro. Por cierto mis mejores páginas, las que más quiero por lo que encierran de sincero y de afectivo, aquellas de mis cartas..."*

Vi a Di Giacomo extraer de la biblioteca unos facsímiles y extenderlos sobre la mesa, y fue evidente que al lúcido anciano se le humedecieron los ojos, al contemplar su propio y juvenil manuscrito. El grupo, absorto, recibió una amplia y agradecida sonrisa del maestro.

*"Dígame Hudson -lo palmeé amistosamente- ¿no nos ayudaría con un proyecto? No podríamos juntos, con todo el equipo que aquí ve, revisar este material, traducirlo, corregirlo, criticarlo, discutir aspectos controvertidos, en síntesis, modernizarlo para hacer de él una pieza útil, no ya por su valor histórico, que es mucho, sino como material de estudio? ¡Tenga en cuenta la creciente masa de observadores de aves que pululan hoy en nuestro alrededor! Creo que sus datos sobre comportamiento no han sido igualados."* Diego y los demás asintieron, entusiastas. Observé que el rostro del anciano adquiría un nuevo resplandor.

Irguió su talla, la piel se le volvió más tersa y juvenil, y con una energía que los años no habían minado,

respondió: "*¿Cuándo Comenzamos?*"

Este encuentro -imaginario para quienes lo prefieran así- ocurrió hace dos años. Dos años en los que el grupo trabajó si pausa, reuniéndose secretamente con Hudson. La Comisión Directiva conoció el proyecto y lo aprobó, Fundación Antorchas lo apoyó financieramente y varios compañeros más agregaron su aporte para que nuestros diálogos con el viejo ornitólogo de campo, junto a sus notas perdidas en antiguas revistas inglesas, tuvieran la forma, y estructura necesarias para armar un libro de unas 300 páginas, orlado con dibujos de Aldo Chiappe, quien se incorporó al grupo cuando Hudson aún compartía nuestras charlas.

El genial observador de la naturaleza, nacido a orillas del Plata y fallecido en Londres en 1922, permitió que descubriésemos muchos de sus secretos. La tarea está terminada y verá la luz en castellano y en la Argentina, la tierra en que se gestaron sus aventuras aladas.

Hace apenas unos días, Hudson nos habló de un solar que posee en el apartado cementerio de Worthing, lejos de Londres y de su bullicio, y nos confesó que necesitaba un largo descanso para meditar sobre la vida. Un descanso merecido, creemos, para quien, además de estudiar la naturaleza, amó los pájaros, los ambientes silvestres y el viento de las pampas y contempló, sobre el cielo de dos continentes, el resplandor de la aureola del Universo.

*Tito Narosky*

## Introducción

Es justo decir que Hudson es el primer ornitólogo argentino; más allá de que fuera bautizado William Henry y de que su idioma materno y formación fuesen ingleses.

Azara, Darwin y d'Orbigny, entre otros, se habían ocupado de nuestras aves; pero eran expedicionarios, estudiosos que con diferentes matices trataban de llevar a Europa, aunque más no fuese un panorama de la naturaleza de las tierras desconocidas que visitaban. Para Hudson, en cambio, las aves fueron desde niño parte misma y esencial de su existencia. Objeto de caza, conocimiento, placer estético, y aun de cavilaciones filosóficas, la avifauna de las pampas y la Patagonia llenó muchas de sus horas y afanes.

Hudson se va de la Argentina en 1874, a los 33 años, y ya no volverá sino a través de sus obras, muchas de las cuales rememoran, analizan o exaltan aquel periodo juvenil en tierras del Plata. Y hay una nostalgia de ese mundo salvaje, de esa pampa perdida, a la que no regresa quizás para que permanezca como imagen mítica, ligada a la nebulosa de los recuerdos, que el transcurso del tiempo vuelve más y más dichosos.

Cuanto Tito Narosky empezó a sumergirse en las listas de aves de Conchitas y en las cartas y notas que las sucedieron en las páginas de los *Proceedings de la Sociedad Zoológica de Londres*, advirtió que tenía en sus manos parte de la producción ornitológica más importante de Hudson. Me dejé entusiasmar por la idea, apenas esbozada, de rescatar ese material, produciendo un nuevo vino partiendo de la misma vieja cepa y las mismas viejas cubas. Queramos redescubrir el material auténtico, el Hudson observador de aves, escribiendo con las botas aún embarradas después de su excursión. Además nos movía la inquietud por traducirlo en un sentido acabado, es decir, pasando sus conceptos al castellano tal como él lo habría hecho ahora si hubiera podido expresarse con facilidad en el idioma de su tierra natal. En otras palabras, el desafío era pensar en las aves que él nos mostraba, contarlas como si Hudson hubiera estado mirando sus propios escritos con nosotros, y comentar en castellano moderno aquella aventura entre los Ipacás o la sorpresa que le deparó el Mirasol Chico.

El entusiasmo contagioso de Tito tuvo eco primero en la *Asociación Ornitológica del Plata*, y luego en todos los que empezaron a involucrarse en la realización. Mariano Moldes, un joven estudiante de biología, se abocó a verter al castellano las palabras de Hudson, supervisado celoso y eficazmente por Alberto Martelli. La computadora de la entidad comenzó a ser depositaria de los textos que luego se retocarían una y otra, y aún otra vez. En junio de 1989 nos pusimos en contacto con la Fundación Antorchas, que algunos meses después resolvería apoyar el proyecto. Entramos entonces en la etapa de la revisión técnica. Secundado por Alejandro Di Giacomo, Santiago Krapovickas y por mí, Narosky fue desentrañando aquel pasaje oscuro, pensando desde la realidad del ave que conocíamos; esa referencia vaga que terminaba siendo una especie inesperada; o un largo párrafo especulativo, que obligaba al prolijo análisis para desentrañar el sentido estricto.

Luego -casi simultáneamente- hubo que reescribir largos párrafos reformados a la luz de nuestro entendimiento ornitológico. Para facilitar la lectura, se actualizaron nombres científicos y vulgares, respetando éstos sólo cuando aportaban una novedad o una curiosidad lingüística. Así se reservaron las comillas para las palabras que hemos transcritas textualmente del material original. Las millas, pies y pulgadas fueron aproximados a sus valores en el sistema métrico decimal, y las grafías se actualizaron, como el caso de nuestra Capital Federal, que aparecía como Buenos Ayres. A las cartas, que carecían de título, se les puso uno que a nuestro juicio fuera adecuado a su contenido. De las cartas 4, 7, 9, 11 y 12 no se conservan los manuscritos, pero sí de las restantes, cuyas copias fotostáticas pudimos consultar. Una prolija revisión detectó interesantes errores de transcripción y párrafos que Sclater eliminaba, y que en la mayoría de los casos se señalan. Entrando en imprenta, los buenos oficios de William Belton nos permitieron acceder a una copia de *"Letters on the Ornithology of Buenos Ayres"*, editado por David R. Dewar (*Cornell University Press*, 1951). Su lectura confirmó nuestros hallazgos.

El traductor ortodoxo podrá encontrar motivos de queja; pero habíamos decidido trabajar para el lector actual, amante y conocedor de las aves, y creemos que aquél nos sabrá disculpar.

Por último, para dar un sentido amplio al trabajo, agregamos comentarios sobre las que serían la culminación -y final- de las publicaciones ornitológicas de Hudson sobre nuestra avifauna: *"Argentine Ornithology"* y *"Aves del Plata"*. También se incluye una breve referencia a dos obras que tratan a las aves de nuestras tierras, pero sin el rigor ornitológico de las obras recién señaladas: *"Un naturalista en el Plata"* y *"Días de ocio en la Patagonia"*.

Se inicia el libro con parte de la correspondencia más antigua, que testimonia el ingreso de Hudson en el mundillo científico, y cuyo tono sirve para situarnos en época y circunstancias en que se desarrollaron sus primeras contribuciones escritas. Es previsible la sonrisa del lector ante las quejas sobre el correo, o la entrevista frustrada a un alto funcionario argentino en Londres. No hemos titulado ni corregido mayormente estas cartas debido a su valor

más anecdótico que ornitológico.

Aldo Chiappe, con su refinado arte, se adaptó a nuestro pedido específico mostrando su versatilidad, e ilustró con un estilo simple y delicado cada una de las notas.

El triple índice de las aves tratadas por Hudson incluye nombre científico utilizado por él, denominación actualizada con la que lo reemplazamos, y nombre popular oficial, según la flamante *"Lista patrón de los nombres comunes de las aves argentinas"*.

Es el deseo de los autores y del equipo de naturalistas que los acompañó, que el vino de esta nueva cosecha de Hudson tenga acaso un poco mejor sabor que el de la primera.

*Diego Gallegos*

## PRIMERA PARTE

### CONTACTOS INICIALES

1865 1869

*Guillermo Enrique Hudson (o William Henry si se lo prefiere), nacido en 1841 en Quilmes, provincia de Buenos Ayres, ha pasado un cuarto de siglo rodeado de aves que ha admirado, amado y estudiado con desbordante pasión y privilegiada capacidad intuitiva. Tras sus primeras visitas al naturalista Germán Burmeister, a la sazón director del Museo de Historia Natural de Buenos Ayres, procura, aún sin saber bien cómo, insertarse en la comunidad científica. Hudson, con una sólida base de naturalista autodidacta y una incipiente colección de aves, todavía no parece tener claras sus intenciones, aunque una de ellas es sin duda procurarse recursos como para vivir de y para su pasión. Así lo indica su correspondencia con Spencer Fullerton Baird y con Philip Lutley Sclater, Baird, científico de renombre y discípulo de John James Audubon, se desempeñaba en la Smithsonian Institution de Washington. Por su parte, Sclater era en esa época el experto mundial en aves de América del Sur y secretario de la Sociedad Zoológica de Londres.*

*Esta primera parte incluye cartas de Hudson a ambos, pero lamentablemente no contamos con la gran mayoría de las que él recibió de aquéllos, debido a su obsesión, agudizada a la vejez, de destruir todo documento sobre su vida.*

NOTA DE PRESENTACIÓN ENVIADA POR H. R. HELPER,  
CÓNSUL DE E. E. U. U. EN ARGENTINA,  
A BAIRD, EN WASHINGTON.

27 de diciembre de 1865

Estimado Sr:

El profesor Burmeister me ha enviado a un tal W. H. Hudson, de Conchitas, partido de Quilmes. Él es una suerte de ornitólogo aficionado a quien le gustaría trabajar recolectando aves, ya sea para el museo Smithsonian o para otro, en los Estados Unidos o en cualquier parte. Mr. Hudson me fue recomendado como una persona muy capaz en su especialidad y seguramente ha de resultar útil a quien lo emplee. Le he preguntado por sus exigencias, pero sostiene que nunca coleccionó, salvo por una cuestión de interés personal, y no sabe, por lo tanto, cuanto debería cobrar por su labor. ¿Estaría Ud. dispuesto a emplearlo, pagándole por ave, o podría ser Yo el intermediarlo de algún otro arreglo que satisficiera a ambos?

Servidor de Ud.

H. R. Helper

RESPUESTA DE BAIRD A HELPER.

26 de febrero de 1866

Estimado Sr.:

Acabo de recibir su carta del 27 de diciembre, y estoy ansioso por escribir para agradecerle el haberme puesto en contacto con Mr. Hudson. En mis mapas no aparece la localidad de *Conchitas*, pero se conoce tan poco sobre las aves de cualquier parte de ese país que esta cuestión no reviste importancia.

Tendré sumo placer en ver las colecciones de Mr. Hudson y asesorarlo en su preparación. Si estuviera dispuesto a enviarlas al *Instituto Smithsonian*, me ocuparé de que se las paguen bien. Su valor dependerá de sus condiciones de presentación.

En cuanto a Mr. Hudson, conviene que reúna colecciones completas de las aves de su país y nos las envíe. Tengo pedidos pendientes de aves sudamericanas de Gran Bretaña y los Estados Unidos. Si las pieles están en buenas condiciones, y cada espécimen tiene un rótulo con su fecha, lugar de recolección y sexo, sus precios serán decididamente mejores, sobre todo si la información contenida en los rótulos es correcta. Si llega a haber una sola piel que valga la pena conservar para el museo, ésta será pagada y sus gastos de envío reembolsados...

Por otra parte, Baird menciona pieles bellas pero de menor importancia para los fines científicos, procedentes de América del Sur, e instruye a Hudson para que consiga aves terrícolas pequeñas, de apariencia más o menos inconspicua. Las aves a coleccionar más diligentemente son tiránidos, túrdidos, mímidos, tráupidos, picaflores y cucúlidos de los cuales conviene que reúna 12 ó más. De las aves de mayor tamaño, tales como rapaces y patos, bastarán cantidades mucho menores...

Baird agrega que puede pagarse a Hudson .60 centavos de dólar o más por espécimen... y pide que Hudson consiga algún ejemplar de avestruz sudamericano, o aunque sea sus huevos... Propone que se establezca contacto con Germán Burmeister para, eventualmente comprárselo o efectuar un intercambio. También solicita conchas de caracoles.

DE BAIRD A HUDSON.

INCOMPLETA Y SIN FECHA.

Y en el rótulo Ud. debería escribir junto con el sexo, fecha de captura y otros puntos, además de rasgos tales como el color del ojo y el nombre vulgar. En los especímenes machos y hembras ponga el signo, lo mismo que en los juveniles. Las listas también deben ir numeradas tal como fueron reunidas: en concordancia con su entrada en un cuaderno de notas, una copia de la cual debe enviarnos con la colección.

Siguen instrucciones formales para la confección de las listas y los rótulos. Le pide escribir en la parte de atrás de éstos el nombre vulgar, dejando la parte frontal intacta, para poder incluir su nombre científico. También solicita un ejemplar de ñandú, y más adelante conchas de caracoles de tierra y agua dulce en buenas condiciones, buenos especímenes fósiles, etc., los que alcanzarían un buen precio, y afirma estar autorizado para pedir insectos, tales como grillos y saltamontes. Agrega que puede llegar a disponer de más pedidos. Luego se despide enviando la carta al cuidado del reverendo W. Goodfellow.

LAS SIGUIENTES ONCE CARTAS SON TODAS DIRIGIDAS POR HUDSON A BAIRD

Conchitas, 5 de septiembre de 1866<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Esta es la carta de Hudson más vieja que se conserva

Estimado Sr.:

Mr. Helper ha tenido la gentileza de remitirme una copia de la carta que Ud. le enviara, acerca de mi colección de aves. Esperaba entonces haber reunido, antes de septiembre, 200 ó 300 especímenes, pero no tuve éxito: las aves de invierno, que traté de recolectar, eran tan escasas esta estación, que a veces he cabalgado leguas enteras sin poder obtener o ver un solo ejemplar. La mayoría de las que ahora envío son residentes, y probablemente resulten bien conocidas para los naturalistas: aún es demasiado temprano para los visitantes estivales, y como no recolectaré más por dos o tres semanas creo que será mejor que envíe las pocas de que dispongo.

Como no tengo mucha experiencia en la preservación de pieles de aves, no confío en que lleguen a Ud. en buen estado. Sin embargo, serán pocas las que puedan perderse, y para cuando cuente con su respuesta, espero tener listas muchas más. También trataré de obtener algunos huevos de ñandú, y una caja con conchas de caracoles, de los que creo que hay sólo cuatro especies en esta región.

Como Ud. no requirió los nombres de las aves, juzgué que bastaba con rotularías según su sexo, en un borde del papel en el que van envueltas. No obstante, si lo prefiere, en el futuro acompañaré cada especie con un conciso informe sobre sus hábitos<sup>2</sup>. Todas las aves que envío fueron recolectadas dentro de las ocho leguas de la ciudad de Buenos Ayres.

Ud. señala que las más valiosas son las pequeñas e inconspicuas, dado que convienen a los fines científicos. Mediante una concienzuda búsqueda a través de los pantanosos bosques ribereños, puedo obtener muchas de ellas. Aquí hay diversas formas de *Certhia*<sup>3</sup>, un extenso género de aves pequeñas y poco llamativas. Es razonable esperar que en una región tan inexplorada por los naturalistas, se encuentren especies desconocidas para la ciencia.

Ud. deberá saber que, debido a las condiciones ambientales de esta provincia -Buenos Ayres- tiene una fauna muy escasa. Aunque es amplia, no es más que una llanura vasta, chata y casi sin árboles, que no provee ningún refugio para aves u otros animales cuando soplan los gélidos vientos del sur en invierno o el abrasador del norte, en verano, y las sequías anuales impulsan a las aves acuáticas a alejarse a grandes distancias. El trabajo de un mero taxidermista resulta de escaso provecho no sólo porque hay pocas especies, sino también porque están a menudo tan separadas que deben recorrerse muchos kilómetros para obtenerlas a todas. Aunque no soy una persona solvente, no es por falta de empleo que deseo recolectar aves sino por amor a la naturaleza. Sin embargo, sería más fácil dedicar mi tiempo a estas actividades si también debiese coleccionar otros objetos naturales tales como fósiles, insectos, hierbas, etc. Eso me permitiría efectuar cuidadosas recolecciones de todas las aves.

W. H. H.

Buenos Ayres, 27 de abril de 1867

Estimado Sr.

He recibido su carta del 7 de febrero, y me apresuro a contestarle por medio del correo inglés. La caja con aves que planeo enviarle dentro de algunos días tal vez tarde mucho más que ésta en llegar a Ud.

Me resulta difícil continuar enviando novedades y por eso despacho sólo una parte de lo que he coleccionado: el resto son duplicados.

Con referencia a los insectos, veré qué puedo hacer. Los lepidópteros constituyen un orden insignificante, en comparación con Brasil.

Recibí hace algún tiempo las órdenes de pago que Ud. me envió, y contesté con el último correo inglés.

W. H. H.

---

<sup>2</sup> Se vislumbran así los primeros balbuceos de quien resultaría un notable analista del comportamiento de las aves de esta parte de América

<sup>3</sup> Obviamente no se refiere a este género del Hemisferio Norte; es muy probable que mencione así a miembros de la familia Furnariidae.



Conchitas, 20 de mayo de 1867

Estimado Sr.

Le escribo para informarle que recibí, hace alrededor de dos semanas, un paquete con rótulos, y pocos días después tres cartas fechadas el 15 de marzo, que contenían la primera y segunda de cambio por 60 dólares en oro. Los rótulos y una de las cartas me los envió Mr. Goodfellow; las otras dos las recibí por correo. Estoy muy contento de que Ud. haya quedado satisfecho con los especímenes, y le agradezco lo que me ha pagado: por supuesto, es mucho más de lo que pensé que podían valer.

He estado ocupado en tantas otras actividades durante el verano que apenas tuve tiempo para coleccionar aves, pero ahora estoy preparando una caja, que pienso que estará lista para ser enviada en pocos días más.

Apenas lo haga visitaré el sur de la provincia -80 a 100 leguas de la ciudad- y espero poder conseguir allí una buena cantidad de visitantes invernales, que pocas veces llegan más al norte.

Lamento tener que informarle que es casi imposible conseguir un ñandú: desde la caída de Rosas, en 1852, los gauchos se han reído de los decretos que prohibían las "corridas", llegando casi a exterminarlos, en consecuencia. Sé de un caballero que tiene una cantidad en su estancia, guardados por grandes alambradas, pero como es muy rico no creo que esté dispuesto a desprenderse de ellos por dinero. Sin embargo, haré lo posible para conseguirle uno o más especímenes.

Ud. desea saber cuál es la forma más segura de comunicarnos hasta que se establezca la proyectada línea de buques entre E.E. U.U. y Buenos Ayres; el método más seguro es vía Inglaterra, y también resulta una buena idea dirigir su correspondencia a Mr. Goodfellow, ya que de ese modo me llega más rápido.

Escribiré más cuando envíe la caja, y quedo de Ud.

W.H. H.

Conchitas, 12 de junio de 1867

Estimado Sr.:

Hace algunos días acusé recibo de un paquete de rótulos, así como de tres sobres con órdenes de pago por 60 pesos oro. Desde entonces ha llegado Otro paquete con 35 láminas con rótulos. El cónsul de los Estados Unidos, Mr. Hollister, se ha comprometido a despacharle la caja que tengo lista, con cerca de 200 especímenes. En conjunto, tal vez estén mucho mejor preparados que los primeros que envié, aunque no quedé del todo satisfecho con mi trabajo, y espero que al menos las aves pequeñas del próximo lote tengan un aspecto más cuidado. Le aseguro que haré lo posible por prepararlas bien.

Envío dos especímenes de chajá. Como es un ave tan notable en muchos aspectos, y característica de estas regiones, Ud. puede requerir más ejemplares; de ser así, me resultará fácil conseguirlos. El flamenco juvenil que envío es el único de la especie que encontré en el arroyo Conchitas, aunque son comunes en el río Salado, que queda a unas 30 leguas.

En una caja de cartón, junto con una cantidad de pequeñas aves relacionadas con *Certhia*, hay algunos especímenes de un tordo que me gustaría en especial que Ud. examinara<sup>4</sup>. No es un ave rara, y siempre supe que se trataba de una especie diferente. Luego de haber observado sus hábitos, y creyendo que Otros podrían haberlo confundido con el Tordo Renegrado, le mostré un ejemplar al Dr. Burmeister. Al principio insistió en que se trataba de la especie común, pero pronto descubrió su error y me aconsejó enviarle a Ud. una descripción de sus hábitos. Sin embargo, de resultar una nueva especie habrá tiempo suficiente para eso.

También le he descrito al Dr. Burmeister un pequeño y bello colibrí que, según me cuenta, es desconocido

---

<sup>4</sup> Poco tiempo antes, en 1866, el ornitólogo norteamericano J. Cassin había descrito ese pájaro, llamándolo *Molothrus rufoaxillaris* frustrando así la aspiración de Hudson de realizar un hallazgo novedoso. Este se concretaría en 1872 con la obtención de pieles de una viudita, nueva para la ciencia, que Sclater denominaría *Knipolegus hudsoni*.

para la ciencia. Sólo lo he visto tres o cuatro veces en mi vida, y estoy seguro de que es la más pequeña entre las "joyas de la ornitología". Tal vez tenga la suerte de conseguir un espécimen para Ud. Por el momento, destinaré todo mi tiempo a la recolección, y como visitaré las fronteras australes en unos pocos días, espero obtener varias aves de invierno que no le haya enviado aún. Me resulta imposible reunir colecciones completas quedándome en casa.

W. H. H.

*Agregamos el texto de un rótulo y algunas de las denominaciones originales tomadas de una lista manuscrita de pieles enviadas por Hudson a Baird, la que seguramente corresponde al envío citado en esta carta. Obsérvese la falta de dominio de la nomenclatura científica.*

Una caja de cigarros contiene 14 huevos de teru-teru y cinco de chimango, el saco aéreo del pato llamado "diablo duro", y algunos huesos alares, con espolones, de chajá.

- 78 - "Toiquasa"
- 81 - "Chorlito de invierno"
- 83 - "Pico de plata"
- 85 - Pájaro amarillo
- 87- Pájaro azul
- 161 - Trepador de cardo
- 162 - Pájaro marrón
- 164 - Un pequeño trepador
- 166 - Un trepador de bañado
- 174 -Untordo
- 178 - Un cazamoscas chico
- 179 - Un churrinche
- 187 - Un cazamoscas
- 189- Un pequeño cazamoscas ceniciento
- 193 - Un cazamoscas menor
- 195 - flamenco

Conchitas, 14 de febrero de 1868

Estimado Sr.:

Ha pasado tanto tiempo sin tener noticias tuyas que llegué a la conclusión de que mi caja y carta, o bien sus respuestas, no habían llegado a destino. Hace casi ocho meses le llevé una caja que contenía 200 especímenes, o algo menos, al juez Hollister, cónsul de los Estados Unidos, para que la enviara a Washington. Salió con el buque inglés "St Dominic", con destino a New York, el que zarpó de aquí el 22 de junio del año pasado. Mandé una carta en el mismo barco, y Mr. Hollister me dice que también le escribió en esa ocasión, pero tampoco recibió respuesta aún.

Por espacio de varios meses no he recolectado aves, ya que tuve otras ocupaciones en casa, y no hemos

estado exentos de las aflicciones que embargan a casi todas las actividades en este país<sup>5</sup>. No obstante, seguiré coleccionando, si Ud. lo desea, aun si la caja se hubiese perdido. Espero tener pronto noticias tuyas.

W. H. H.

Conchitas, 15 de marzo de 1868

Estimado Sr.:

He recibido su carta del 10 de diciembre, que contenía órdenes de pago por valor de 60 pesos oro, con dos recibos en blanco que devuelvo firmados.

Me decepcionó mucho que no incluyese mención alguna de los tordos, que yo creí una nueva especie, y presumo que escribió sobre ellos en la carta que dice haberme enviado el 9 de noviembre, y que no he recibido. El Dr. Burmeister está ansioso por saber qué nombre dará Ud. a la especie. Adjunto mi fotografía<sup>6</sup>, como me lo pidiera, pero no puedo comprender que no haya una suya en su carta, ya que dice haberla enviado.

Por largo tiempo no he podido coleccionar, y ni siquiera puedo hallar la ocasión de enviar lo que tengo.

Tal vez me vaya de Conchitas para establecerme en alguna otra parte del país, en poco tiempo más. Que siga recolectando o no en el futuro depende del tiempo libre que tenga. Preferiría sólo coleccionar, si pudiera ganarme la vida de ese modo.

W. H. H.

Conchitas<sup>7</sup>, 3 de junio de 1868

Estimado Sr.:

Acaba de llegar su carta del 20 de abril, luego de un largo trajín en busca de Conchitas. Sus cartas estarán más seguras si las dirige a Buenos Ayres, ya que aquí el correo, como todo lo demás, está dislocado.

He recibido, hace varios meses, una carta de Mr. Sclater, de la *Sociedad Zoológica de Londres*, y ahora espero otra. No sé si quiere que colectione aves para él, ya que habla en términos muy generales.

En estos momentos estoy tan ocupado en otras cuestiones que no puedo recolectar nada, pero abrigo la esperanza de dedicar en breve todo mi tiempo a esta tarea, que me da tantas satisfacciones. Por supuesto, me iré de Conchitas, porque supongo que Ud. no necesita más duplicados de las especies que puedan obtenerse aquí.

W. H. H.

Buenos Ayres, 2 de noviembre de 1868

---

<sup>5</sup> Entre las penurias, sin duda la que más hubo de afectarle fue la muerte de su padre, ocurrida el 14 de enero de ese año.

<sup>6</sup> Es la de la página 9

<sup>7</sup> Se refiere a las listas de las aves de Conchitas que se incluyen en la segunda parte de este libro

Estimado Sr.:

Su carta del 5 de agosto acaba de llegarme. Aún no he recibido ninguno de los prometidos informes aunque el Dr. Sclater me comenta en una carta que me envió dos. Probablemente hayan sido destruidos en el correo por no tener bien escrita la dirección. Si Ud. me envía alguno, por favor diríjalo a calle Bolívar 314

He estado algún tiempo recolectando en la Ensenada de Barragán, ya que he recibido varios pedidos de caballeros de esta ciudad. Conseguí para Ud. algunas especies no enviadas nunca antes, y dentro de un mes le habré remitido todas las aves que pueda obtener en esta provincia.

Como el dinero que logro coleccionando aves apenas paga la mitad de mis gastos, probablemente pronto me vea obligado a abandonar esta actividad. Sin embargo, puedo conseguir más pedidos en Buenos Ayres, suficientes para cubrirlos, y en ese caso continuaré coleccionando, y realice tal vez visitas a la Patagonia y las provincias del norte.

Cordialmente suyo

W. H. H.

Buenos Ayres, 28 de enero de 1869

Estimado Sr.:

Hace unos pocos días volví a la ciudad luego de pasar cuatro meses coleccionando en la Ensenada de Barragán. He vendido aquí un considerable número de duplicados de las especies más comunes, reteniendo cerca de un centenar, y ahora le envío dos cajas, una con 120 y otra con 185 especímenes de aves, junto con otras pocas curiosidades.

Lamento decir que a pesar de mi diligencia, veo que los frutos del trabajo hasta ahora apenas pagarán la mitad de mis costos. Paraguay y las provincias del norte, es cierto, ofrecen al taxidermista un terreno más rico, pero mis gastos se duplicarían si salgo de la provincia. Es, por lo tanto, imposible para mí continuar coleccionando más tiempo para el Instituto Smithsonian en los términos que Ud. propuso.

El gobierno ha querido que el Dr. Burmeister designara una persona apropiada como taxidermista de una expedición que está por enviarse a explorar los pasos de los Andes. Me nombró a mí, pero, como de costumbre, el gobierno argentino es demasiado pobre para pagar un preparador, de forma que sólo recibiré en pago parte de los especímenes coleccionados. Aún no he decidido si ir, pero preferiría hacerlo antes que verme obligado a abandonar mis actividades de naturalista.<sup>8</sup>

En su última carta, que fue respondida, me dice que escribirá pronto, apenas llegue la caja con especímenes. Debió haberla recibido hace más de dos meses, por lo que pienso que su respuesta debe haberse perdido.

Las noticias del Paraguay esta tarde dicen que la guerra aún está lejos de su fin. Creo que el deseo de la mayoría de la gente aquí es que continúe hasta que se consuma la ruina y la desgracia de Brasil. También hoy tenemos noticias de otro terremoto en el Perú; el cólera aparentemente está de nuevo en acción, y muchas otras cosas indican que las desgracias de Sudamérica aún no llegan a su fin<sup>9</sup>.

Con respecto a mi amigo Mr. Rockwood, he puesto en la caja algunos ejemplares de una comunicación científica que le pertenece. Aún no he recibido el prometido informe del Dr. Sclater sobre una colección anterior. Si Ud. me envía un ejemplar, por favor diríjalo a calle Tucumán 79.

Le escribiré de nuevo apenas tenga noticias tuyas, y quedo de Ud.

---

<sup>8</sup> Desgraciadamente Hudson a la postre no participó de esa expedición

<sup>9</sup> Esta enumeración de males parece indicar que Hudson ya empezaba su discusión interna sobre la conveniencia de dejar estas tierras.

W. H. H.

Buenos Ayres, calle Bolívar 314.30 de abril de 1869

Estimado Sr.:

Acabo de regresar de una larga visita a la frontera austral de la Provincia, y me encontré con su carta del 7 de enero más un ejemplar del informe del Dr. Sclater sobre una colección ya enviada, que le agradezco mucho.

Confío en que la última colección que despaché haya resultado interesante, y que en breve tenga noticias de su llegada en buenas condiciones. No he recolectado aves durante algún tiempo, por lo que en este momento no tengo para comunicarle nada que pueda interesarle.

Cordialmente suyo,

W. H. H.

5 de agosto de 1869

Estimado Sr.

Hace cerca de tres meses me enteré por algunos sueltos en publicaciones inglesas, que mis últimas colecciones, enviadas en febrero, habían sido remitidas por Ud. al Dr. Sclater. No he tenido ninguna carta suya acusando recibo de ellas, pero creo que es más que probable que Ud me haya escrito, perdiéndose luego la carta. No he coleccionado por espacio de varios meses, pero tengo alrededor de cien especímenes que enviaré, si así lo desea. ¿Tendrán algún valor los nidos de Hornero (*Furnarius rufus*)?

Si Ud. tuviera ejemplares del informe del Dr. Sclater sobre las últimas aves que envié, le agradeceré mucho que me haga llegar uno.

Cordialmente suyo,

W. H. H.

CARTAS DE HUDSON A SCLATER.

Buenos Ayres, Bolívar 314.30 de abril de 1869<sup>10</sup>

Estimado Sr.:

---

<sup>10</sup> Un extracto de esta carta referida a la primera lista de Conchitas, fue publicado en los 'Proceedings de 1869

Le debo una disculpa por haber dejado sin respuesta durante tanto tiempo su carta del 20 de enero de 1868. No escribí en ese momento porque primero esperaba poder ver una copia del informe al que Ud. hacia referencia. El que envié nunca llegó a mis manos, y como gran parte de este tiempo he estado fuera de casa, mi respuesta quedó demorada hasta ahora.

Acaba de llegarme una despachada por el Dr. Baird, que he hojeado con sumo placer<sup>11</sup> Lamento encontrar que cometí el grave error de rotular "hembra" a dos de los tres "pico de plata" (*Lichenops perspicillata*, 1. c. p. 141) de plumaje negro. Fue sólo un descuido, ya que todos los ejemplares negros que abrí eran machos, y los de plumaje pardo-rojizo, hembras. También los he observado aparearse y construir su nido, por lo que estoy seguro de que es un caso de dimorfismo sexual, aunque la gente de campo los considera especies distintas. Hay otro error de menor importancia: el nombre vulgar de *Scolopax frenata* es "patas amarillas". La "becasina" es otra especie<sup>12</sup>

Creo que encontrará algunos especímenes interesantes en mi última colección, varios de los cuales eran bastante nuevos para el Dr. Burmeister.

Depende de la respuesta del Dr. Baird a mi última carta si seguiré o no coleccionado aves para él. No quedan muchas más especies por obtener en esta región y el precio que me pagan (90 centavos de dólar por espécimen) no alcanzaría a solventar mis gastos en caso de extenderse las investigaciones a cierta distancia de casa. Espero tener pronto noticias.

W. H. H.

5 de septiembre de 1869

Estimado Sr.:

Tuve una gran alegría al recibir su carta del 22 de julio, pero lamento que la comunicación que Ud. menciona no haya venido. Tal vez pueda tenerla para las próximas [...], dado que el "Aunis" -en el que su carta venía- había dejado la mitad del correo inglés en Francia.

En la tercera colección que le envié había varios especímenes del cuco -*Coccyzus cinereus*- del que Ud. habla. O bien yo he sido mucho más afortunado que otros, o no es tan raro como parece creer el Dr. Burmeister. Acerca de las otras aves que Ud. menciona, creo que fueron obtenidas en la provincia de Santa Fe, donde no he podido recolectar nada: desgraciadamente, es imposible obtener siquiera un duplicado de ellos del Dr. Burmeister, mediante compra o canje. Tengo grandes dificultades para identificar las aves con sus nombres latinos: ¿podría serme de alguna ayuda el "Catálogo Sclater"? De tiempo en tiempo he estado escribiendo notas sobre los hábitos de las aves, etc., de las pampas, y me gustaría mucho saber si podrían ser de alguna importancia para los naturalistas. Tal vez pueda Ud. favorecerme con su opinión al respecto.

Cordialmente suyo,

W. H. H.

---

<sup>11</sup> Se refiere indudablemente a la Primera Lista.

<sup>12</sup> En la lista editada, es evidente que Sclater y Salvin salvan el error, pues anotan *Gambeua mtanot'uca*(=*Tringa meLanoleuca*), en lugar de *Scopax frenata*, propuesto por Hudson.

## SEGUNDA PARTE

### Listas de las aves coleccionadas en Conchitas

1868 - 1869

Como se observó en la "Primera Parte" Hudson hizo diversos despachos a Baird, en Washington, de especímenes de aves colectados por él. Baird reexpidió un total de 630 ejemplares en tres envíos a Philip Lutley Sclater y Osbert Salvin, ambos renombrados especialistas en aves sudamericanas. Esto consta en el informe anual de secretaría de la Sociedad Zoológica de Londres para el año 1867. Los comentarios de Sclater y Salvin al analizar la colección en tres sesiones de la sociedad, se publican en los Proceedings de ese centro científico. De este modo, el nombre del naturalista de "los Veinticinco Ombues" aparece en el ámbito internacional ligado por primera vez a la avifauna argentina.

Nos atenemos al título original de estas notas que indican Conchitas como localidad de colección, si bien en "Argentine Ornithology" Sclater y Hudson aclaran que este nombre se aplica sólo a un pequeño arroyo del partido de Quilmes (hoy Florencio Varela). Además, parte del material fue obtenido en la ensenada de Barragán (hoy Ensenada) y tal vez en otros puntos de la provincia.

Unicamente en esta parte hemos respetado la nomenclatura científica original, agregando, cuando difiere, la actualizada. Hemos eliminado del texto la sinonimia y sus referencias bibliográficas, así como los comentarios taxonómicos de los autores, todo ello en los casos en que hemos creído que carecen de interés actual.

La traducción de las referencias anotadas por Hudson figuran entre comillas.

### Primera Lista

LIST OF BIRDS COLLECTED AT CONCHITAS, ARGENTINE REPUBLIC,

BY MR. WILLIAM H. HUDSON.

[13 de febrero de 1868]

Las autoridades del Smithsonian Institution de Washington han tenido la gentileza de enviar para nuestra inspección, una serie de pieles de aves coleccionadas en Conchitas, República Argentina, a unos 19 kilómetros de la ciudad de Buenos Ayres, por uno de sus corresponsales, William H. Hudson. Ha sido un gran placer determinar las especies, cuya lista suministramos aquí. Casi todas están incluidas en la nómina de aves de la República Argentina que aparece en el segundo volumen del excelente trabajo de Burmeister: "Reise durch die La Plata-Staaten", pero hay muchos temas que requieren comentarios.

La que sigue es una lista completa de las especies. La nomenclatura usada es en general la del "American Catalogue" de Sclater, pero también nos hemos remitido a la obra de Burmeister mencionada, que es la mejor guía ornitológica para este distrito.

El número de pieles remitidas para nuestra inspección es 265, referibles a 96 especies. La lista total de Burmeister de las aves de la República Argentina incluye 263.

Entre las 96 especies representadas en la presente colección, las siguientes 14 no están incluidas en la lista de Burmeister:

*Geothlypis velata.* (*Geothlypis aequinoctialis*)  
*Picus mixtus.* (*Picoides mixtus*)  
*Molothrus rufo-axillaris.*  
*Circus macropterus.* (*Circus buffoni*)  
*Columba picazuro.*  
*Synallaxis maluroides.* (*Spartonoica maluroides*) *anihoides.* (*Asthenes hudsoni*)  
*Aegialitis falklandica.* (*Charadrius falklandicus*)  
*Limnornis curvirostris.*  
*Tringa bonapartii.* (*Calidris fuscicollis*) *bairdii.* (*Calidris bairdii*)  
*Myiotheretes rufiventris.* (*Neoxolmis rufiventris*)  
*Myiobius naevius.* (*Myiophobus fasciatus*)  
*Butorides cyanurus.* (*Butorides striatus*)

Resulta de suma importancia que este distrito se releve a fondo, de modo que las especies descritas por Azara puedan ser reidentificadas. Confiamos, por lo tanto, en que Hudson continuará con su colección en esta interesante localidad, y que podamos volver a tener el gusto de llamar la atención de la Sociedad sobre el tema.

1) TURDUS LEUCOMELAS. (*Turdus amaurochalinus*).

El recibir esta especie de una localidad, de donde se afirma que es "residente", parece zanjar la cuestión de si es el "Zorzal oscuro y blanco" de Azara. Por lo tanto, le corresponde el nombre *leucomelas* de Vieillot. Hemos comparado los especímenes de Hudson con uno típico de *T. amaurochalinus*, encontrándolos idénticos.

2) TURDUS RUPIVENTRIS (*Vieill.*)

3) MIMUS CALANDRIA (*Lafr. et d'Orb.*) (*Mimus saturninus*)

4) POLIOPTIIA DUMICOLA (*Vieill.*)

"Residente".

5) ANTHUS CORRENDERA (*Vieill.*)

"Residente".

6) GEOTHYLPIS VELATA (*Vieill.*) (*Geothlypis aequinoctialis*).

Dos especímenes que concuerdan con las pieles brasileñas. La especie no es mencionada por Burmeister. "Visitante estival".

7) PROGNE TAPERA (*Linn.*) (*Phaeoprogne tapera*)

Varios ejemplares.

8) HIRUNDO LEUCORRHOA (*Vieill.*) (*Tachycineta leucorrhoa*)

Varios ejemplares de esta especie bien reconocible.

9) TANAGRA CYANOETERA (*Vieill.*) (*Thraupis sayaca*).

Seis pieles, todas rotuladas como hembras, y sin el azul brillante en las cubiertas alares menores.

10) TANAGRA STIRIATA (*Gm.*) (*Thraupis bonariensis*)

11) GUIRACA GLAUCO-CAERULEA (*Lafr. et d'Orb.*) (*Cyanoloxiaglaucocaerulea*)



Sólo dos machos de esta especie tan interesante.

12) ZONOTRICHIA PILEATA (Bodd.) (*Zonotrichia capensis*)

"Residente"

13) POOSPIZA NIGRO-RUFA (Lafr. et d' Orb.)

"Visitante estival"

14) EMBERNAGRA PLATENSIS (Orn.)

15) CHRYSOMITRIS BARBATA (Mol.) (*Carduelis magellanica*)

16) SYCALIS ARVENSIS (Kittl.) (*Sicalis luteola*)

17) ICIERUS PYRRHOPEERUS (Vieill.) (*Icterus cayanensis*)

18) MOLOTEIRUS BONARIENSIS (Gm.)

19) MOLOTHRUS RUFOAXILLARIS, (Cassin)

Dos machos de esta muy interesante especie, que no hemos encontrado antes. Parece haber escapado a la observación de Burmeister.

20) MOLOTHRUS BADIUS (Vieill.) Según lo determinado por Hudson, no existe dimorfismo sexual.

21) PSEUDOLEISTES VIRESCENS (Vieill.)

Una pareja. La hembra sólo difiere del macho en que su colorido es poco menos brillante.

22) LEISTES SUPERCILIARIS, (Bp.) (*Sturnella superciliaris*)

23) GEOSTITA CUMGULARIA (Vieill.)

24) FURNARIUS RUFUS (Gm.)

25) CINCLODES FUSCUS (Vieill.)

26) SYNALLAXIS ALBESCENS, (Kiff) (*Leptasthenura aegithaloides*)<sup>13</sup>

27) SYNALLAXIS MELANOPS (Vieill.) (*Phleocryptes melanops*)

"Habita bañados".

28) SYNALLAXIS ALBESCENS (Terrun.) "Muy escasa".

Una piel. Concuera con ejemplares del sur de Brasil. *S. ruficapilla* de Burmeister probablemente sea la misma especie; pero el verdadero *S. ruficapilla* (Vieill.) parece ser la forma brasileña con toda la cabeza y cola rufas.

29) SYNALLAXIS MALUROIDES (d'Oib.) (*Spartonoica maluroides*)

No observada por Burmeister.

30) SYNALLAXIS ANTHOIDES (King.) (*Asthenes hudsoni*)<sup>14</sup>

No mencionada por Burmeister. "Residente y terrícola".

31) ANUMBIUS ACUTICAUDATUS (Less.) (*Anumbius annumbi*)

32) PLACELLODOMUS RUBER (Vieill.) (*Phacellodomus striaticollis*)<sup>15</sup>

33) LIMNORNIS CURVIROSTRIS, (Gould)

Dos pieles de ésta rara especie, obtenida originariamente por Darwin en los juncales de las cercanías de Maldonado. Burmeister no la menciona.

---

<sup>13</sup> El error de haber incluido aquí *Synallaxis albescens* en lugar de *Leptasthenura aegithaloides*, fue salvado en la tercera lista de esta sección.

<sup>14</sup> En este trabajo, Sclater y Salvin no habían notado aún que tenían en sus manos una nueva especie, diferente de *Asthenes anihoides*. Posteriormente, Sclater (P.Z.5., 1874 p.25) describe la especie, dedicándola al naturalista argentino.

<sup>15</sup> Sclater parece clasificar erróneamente ejemplares del Espinero Pecho Manchado, *P. striaticollis*, como *P. ruber*. Este error de clasificación indujo a Hudson (Argentine Ornithology, 1888; Birds of La Plata, 1920) y a otros autores de la época, a incluir aspectos taxonómicos o biológicos de *P. siriaticollis* bajo *P. ruber*.

34) TNOPHILUS ARGENTINUS, (Cab.) (*Thamnophilus ruficapillus*)

"Visitante estival".

Tres pieles. La hembra tiene la cola rufa, y carece de bandas en la parte ventral.

35) MYIOTHERETES RUFIVENTRIS (Vieill.) (*Neoxolmis rufiventris*).

Burmeister no la menciona, pero fue obtenida por Darwin en Maldonado y Bahía Blanca, y figura en la colección de Sclater, de Paraná.

36) TAENIOPTERA CORONATA (Vieill.) (*Xolmis coronata*)

37) TAENIOPTERA IRUPERO (Vieill.) (*Xolmis irupero*)

38) SJSOPYGIS ICFEROPHRYS (Vieill.) (*Satrapa icterophrys*)

"Visitante estival". Sexos iguales, de acuerdo con el rótulo.

39) LICHENOPS PERSPICILLATUS (Gm.) (*Hymenops perspicillata*)

Tres ejemplares en plumaje negro, y dos en plumaje rufo, que Darwin considera una especie distinta, pero es generalmente tratada como la misma, con vestuario de hembra. Dos de los de plumaje negro enviados por Hudson están rotulados como hembras<sup>16</sup>, pero también dos de plumaje rufo, por lo que no podemos aportar ninguna evidencia adicional a esta discusión. Señalemos que Azara trató a estas dos aves como macho y hembra, a pesar de haber descrito antes a la hembra como una especie diferente.

40) MACHITORNIS RIXOSA (Vieill.)

41) CENTRITES NIGER (Bodd.) (*Lessonia rufa*)

42) SERPOPHAGA SUBCRISTATA (Vieill.)

43) SERPOPHAGA NIGRICANS (Vieill.)

44) ELAINEA MODESTA (Tsch.) (*Elaenia parvirostris*)

Concuerda con ejemplares procedentes de Chile<sup>17</sup>.

45) PITANGUS BELLICOSUS (Vieill.) (*Pitangus sulphuratus*)

46) MYIOBIUS NAEVIUS (Bodd.) (*Myiophobus fasciatus*)

Burmeister no lo menciona. "Visitante estival".

47) PYROCEPHALUS RUBINEUS (Bodd.) (*Pyrocephalus rubinus*)

"Visitante estival".

48) TYRANNUS MELANCHOLICUS (Vieill.)

"Visitante estival".

49) MILVULUS VIOLENTUS (Vieill.) (*Tyrannus savana*)

50) PODAGER NACUNDA, (Vieill.)

51) STENOPSIS BIFASCIATA, (Gould) (*Caprimulgus lon girostris*)

Una sola piel, de un inmaduro, posiblemente atribuible a esta especie.

52) GUIRA PIRIRIGUA (Vieill.) (*Guira guira*)

"Iris rojo".

53) PICUS MIXTUS, (Bodd.) (*Picoides mixtus*)

Burmeister no lo menciona.

54) CHRYSOPTILUS CHLOROZOSTUS (Wagl.) (*Colaptes melanochloros*)

<sup>16</sup> Respecto a este punto, ver la carta de Hudson a Sclater del 30 de abril de 1869 (pag.35)

<sup>17</sup> En la época de esta referencia, *Elaenia albiceps* y *E. parvirostris* eran consideradas coespecíficas, de ahí que los autores encuentren que los ejemplares enviados por Hudson, que presumimos con seguridad *parvirostris*, concuerden con especímenes chilenos de *modesta* = *albiceps*.

Tres ejemplares. "Frecuenta los bosques de la ribera del Plata". Erróneamente unificado por Burmeister con la forma brasileña *C. melanochlorus*<sup>18</sup>

55) MILVAGO CHIMANGO (Vieill.)

"Residente".

56) URUBITINGA UNICINCTA (Temm.) (*Parabuteo unicinctus*)

"Ojo avellana".

57) HYPOTRIORCHIS FEMORALIS (Temm.) (*Falco femoralis*)

"Visitante invernal".

58) TINNUNCULUS SPARVERIUS (Linn.) (*Falco sparverius*)

59) CIRCUS CINEREUS (Vieill.); Burm 1. c. p. 439.

"Habita las pampas del sur".

60) CIRCUS MACROPTERUS (Vieill.) (*Circus buffoni*).

Un ejemplar adulto de este gavilán, anotado como macho, pero aparentemente hembra. "Ojos avellana". Burmeister no lo menciona.

61) OTUS BRACHYOTUS (Forst.) (*Asio flammeus*)

62) PHOLEOPTYNX CUNICULARIA (Mol.) (*Athene cunicularia*)

63) ZENIDA MACULATA (Vieill.) (*Zenaida auriculata*)

64) COLUMBULA PICUI (Temm.) (*Columbina picui*)

65) COLUMBA PICAZURO (Temm.)

66) NOTHURA MACULOSA (Temm.)

67) THINOCORUS RUMICIVORUS, (Eschsch).

68) AEGIALITIS FALKLANDICA (Lath.) (*Charadrius falklandicus*).

Un ejemplar de esta especie no mencionada por Burmeister.

69) VANELLUS CAYENNENSIS (Gm.) (*Vanellus chilensis*)

70) EUDROMIAS MODESTA (Licht.) (*Charadrius modestus*)

Cuatro pieles de este chorlito en plumaje invernal, y una cambiando al plumaje estival. "Chorlito di invierno: visitante invernal".

71) HIMANTOPUS NIGRICOLLIS (Vieill.) (*Himantopus mexicanus*) "Ojo colorado; residente".

72) GAMBETTA MELANOLEUCA (Gm.) (*Tringa melanoleuca*)<sup>19</sup>

"Visitante estival. Becassina".

73) GAMBETTA FLAVIPES (Gm.) (*Tringaflavipes*)

"Visitante estival".

74) TRINGA BONAPARTII, (Schlegel) (*Calidris fuscicollis*)

"Visitante invernal". Cuatro pieles de esta especie, que parece ser el Chorlito pestorejo pardo de Azara. Burmeister no lo menciona en su "La Plata-Reise".<sup>20</sup>

75) TRINGA BAIRDI (*Calidris bairdii*) Una piel de esta especie, que parece ser el Chorlito lomo negro de Azara

<sup>18</sup> Según Selater y Salvin, unificar ambas formas (*C. melanochlorus* y *C. chrolozostus* = *C. melanolaemus*) sería un error de Burmeister. Sin embargo, los autores más modernos (ver Short, 1982, Woodpeckers of the World, Delaware Museum of Natural History, USA.) adoptan este criterio.

<sup>19</sup> Ver llamada (3) de la página 35

<sup>20</sup> En caso de corresponderse con el chorlito lomo negro de Azara, la especie sería entonces *Calidris melanotos*, tal vez algo más probable que *C. bairdii* en el área estudiada por Hudson.

76) GALUNAGO PARAGUIAE (Vieill.) (*Gallina go para guaiæ*) Las únicas dos becasinas que conocemos del Plata, la Patagonia y Chile son ésta y *G. stricklandi*.

77) RHYNCHAEA SEMICOLLARIS (Vieill.) (*Nycticyphes semicollaris*) Un ejemplar.

78) ARAMIDES YPECAHA (Vieill.)

"Gallineta; ojo amarillo".

79) RALLUS RHYTIRHYNCHUS, (Vieill.) (*Pardirallus sanguinolenius*)

"Burito; estival, muy escaso". Dos pieles.

80) FULICA ARMILLATA, (Vieill.)

Un juvenil, aparentemente, de esta especie. "Gallareta; ojo castaño; muy común".

81) PARRA JACANA, (Linn.) (*Jacana jacana*)

Dos ejemplares de esta especie de amplia distribución.

82) CHAUNA CHAVARIA (Linn.) (*Chauna torquata*)

"Chajá".

83) BUTORIDES CYANURUS (Vieill.) (*Butorides striatus*)

"Visitante estival". Aparentemente no citado por Burmeister.

84) IBIS FALCINELLUS, (Linn.) (*Plegadis chihi*)

"Visitante estival".

85) PLATAIEA AJAJA (Linn.) (*Ajaia ajaja*)

86) PHOENICOPTERUS IGNIPALLIATUS, (Is. Geoffr.) (*Phoenicopterus chilensis*)

87) CYONUS NIGRICOLLIS (Gm.) (*Cygnus melancoryphus*)

88) SPATULA PLATALEA (Vieill.) (*Anas platalea*)

89) QUERQUEDULA PLAVIROSTRIS (Vieill.) (*Anas flavirostris*)

90) QUERQUEDULA VERSICOLOR (Vieill.) (*Anas versicolor*)

91) DAFILA BAHAMENSIS (Linn.) (*Anas bahamensis*)

92) DAFILA SPINICAUDA (Vieill.) (*Anas georgica*)

93) METOPIANA PEPOSACA (Vieill.) (*Netta peposaca*)

94) LARUS CIRRHOCEPHALUS (Vieill.) (*Larus maculipennis*)<sup>21</sup>

Una piel con plumaje invernal.

95) PODICEPS ROLLANDI, O. et. G. (*Podiceps rolland*)

Un solo ejemplar, juvenil. No citado por Burmeister.

96) PHALACROCORAX BRASILIANUS (Licht.) (*Phalacrocorax olivaceus*).

## Segunda Lista

### SECOND LIST OF BIRDS COLLECTED AT CONCHITAS, ARGENTINE REPUBLIC,

<sup>21</sup> Aparentemente fue esta identificación errónea la que llevó a Hudson a llamar "*Larus cirrhocephalus*" a la Gaviota Capucho Café, tan abundante, y que describe con amplitud en su 10a. carta (pág. 115).

BY MR. WILLIAM H. HUDSON,

TOGETHER WITH NOTES UPON ANOTHER COLLECTION FROM THE SANIE LOCALITY.

(11 de marzo de 1869)

Las autoridades del Smithsonian Institution de Washington nos remitieron, para su inspección, una segunda colección de pieles de aves preparada por Hudson. Solicitamos a la Sociedad nos permita ofrecer una lista de las especies comprendidas en ella, que no fueron enumeradas en nuestra anterior comunicación sobre el tema, con algunas observaciones.

La colección comprende los especímenes, atribuibles a 50 especies diferentes. Las siguientes 14 no figuraban en la primera colección. Sólo dos de éstas, *Cyanotis azarae* y *Elanus leucurus*, no son mencionadas por Burmeister en su trabajo sobre la zoología del Plata.

1) TROGLODYTES FURVUS (Gm.) (*Troglodytes aedon*)

Varios ejemplares de esta especie ampliamente difundida. Hudson da "ratoncito" como nombre vulgar de esta ave.

2) PROGNE DOMESTICA (Viell.) (*Progne chalybea*)

Una piel de esta especie, que consideramos muy cercana a la centroamericana *P. leucogasira*, aunque de mayor tamaño.

3) ATTICORA CYANOLEUCA (Viell.) (*Notiochelidon cyanoleuca*) Dos ejemplares de esta especie ampliamente distribuida.

4) CYCLORHIS VIRIDIS (Viell.) (*Cyclarhis gujanensis*)

5) AGELASTICUS THILIUS (Mol.) (*Agelaius thilius*)

Dos machos y una hembra de esta especie, la cual, concordamos con Burmeister, es casi indistinguible de la forma chilena. Sólo difiere en su menor tamaño.

6) XANTHOSOMUS RURCAPILLUS (Viell.) (*Agelaius ruficapillus*)

7) CYANOTIS AZARAE (Licht.) (*Tachuris rubrigastra*)

Dos parejas de esta especie, señalada por Hudson como un "visitante estival de los bañados". No mencionada por Burmeister.

8) HAPALOCERCUS FLAVIVENTRIS (Lafr. et d'Orb.) (*Pseudocolopteyx flaviventris*)

Un ejemplar obtenido en noviembre de 1867 y marcado como "visitante estival".

9) CERYLE AMERICANA (Linn.) (*Chloroceryle americana*) Una piel de hembra de este martín pescador.

10) ELANUS LEUCURUS (Viell.)

Dos especímenes. No incluido en la lista de Burmeister.

11) ROSTRHAMUS SOCIABILIS (Viell.) Un ejemplar.

12) ARAMUS SCOLOPACEUS (Viell.) (*Aramus guarauna*) "Caráu" o "viuda loca".

13) QUERQUEDULA CYANOPTERA (Viell.) (*Anas cyanoptera*)

"Pato chocolate".

14) DENDROCYGNA VIDUATA (Linn.)

Hemos examinado asimismo una pequeña colección de aves reunida cerca de Buenos Ayres por Haslehurst,

residente de esa ciudad. De 45 especies representadas en ella, las siguientes 10 no fueron enviadas hasta el momento por Hudson.

1) VIREOSYLVA CHIVI (*Vireo olivaceus*) Una piel.

Burmeister no menciona a esta especie.

2) STEPHANOPHORUS LEUCOCEPHALUS (Viell.) (*Stephanophorus diadematus*)

Varias pieles de este frutero.

3) DONACOSPIZA ALBIFRONS (Viell.)

4) SYCALIS CHLOROPSIS (*Sicalisflaveola*)<sup>22</sup>

Una pareja que suponemos perteneciente a esta especie, de la que ni Burmeister ni Bonaparte dan una buena descripción. Cercanamente emparentado con *S. brasiliensis*, es, sin embargo bastante menor; su frente es de un naranja menos intenso y su espalda presenta notables estrías de un pardo oscuro.

5) STURNELLA DEFILIPPII, (Bp.) (*Sturnella defilippi*)

Fácilmente distinguible del auténtico *S. militaris* (= *S. loyca*), que se encuentra cerca de Mendoza y a lo largo de la Cordillera, por sus tapadas alares negras.

6) AMBLYRHAMPHUS HOLOSERICEUS (Scop.)

7) PICOLAPTES ANGUSTIROSTRIS (Vieill.) (*Lepidocolaptes angustirostris*)

No mencionado por Burmeister.

8) MYIARCHUS SWAJNSONI, Cab. et Heme

Nos inclinamos a pensar que esta forma puede ser realmente distinguible de *M. ferox*, aunque en algunos casos resulte demasiado difícil decidir a cuál de estas especies referir una piel en particular. No incluido en la nómina de Burmeister.

9) PHYTOTOMA RUTILA (Viell.)

10) VANELLUS CAYANENSIS (Gm.) (*Vanellus chilensis*)<sup>23(2)</sup>

### Tercera Lista

THIRD LIST OF BIRDS COLLECTED AT CONCHITAS, ARGENTINE REPUBLIC,

BY WILLIAM H. HUDSON.

9 de diciembre de 1869]

Las autoridades del Smithsonian Institution han enviado para nuestra inspección, una tercera colección de aves realizada por Hudson, sobre la cual deseamos comunicar las siguientes observaciones. La colección consta de alrededor de 260 ejemplares, referidos a 92 especies. Las que siguen no formaron parte de ninguna de las dos listas anteriores, o bien requerían nuevas observaciones:

<sup>22</sup> Aunque *S. chloropsis seffa* sinónimo de *S. olivascens*, especie cordillerana, la descripción no deja dudas de que se está refiriendo en realidad a *S. flaveoie*, el jilguero común en las pampas.

<sup>23</sup> Ya había sido incluida, con el número 69, en la Primera Lista

1) PARULA PITIAYUMI (Vieill.)

Tres ejemplares obtenidos en septiembre de 1868, y rotulados "Visitante estival, muy raro".

2) STEPHANOPHORUS LEUCOCEPHALUS (Viell.) (*Stephanophorus diadematus*)

Varias pieles de este frutero.

3) SPERMOPHILA ORNATA (Licht.) (*Sporophila caerulescens*) Varias pieles de este emberizado, todas de machos.

4) GUBERNATRIX CRISTATELLA (Viell.) (*Gubernatrix cristata*) Una piel de esta especie.

5) DONACOSPIZA ALBIFRONS (Viell.)

Tres ejemplares.

6) SYCALIS CHLOROPSIS, (Bp.) (*Sicalis fiaveola*) Dos pieles.

7) XANTHOSOMUS PLAVUS (Viell.) (*Xanthopsar flavus*)

Diez pieles de esta especie, no incluida por Burmeister en su nómina del Plata.

8) AMBLYRHAMPHUS HOLOSERICEUS (Scop.)

Varios ejemplares.

9) LEPTASTHENURA AEGITHALOIDES (Kittl.)

Dos ejemplares de esta especie, llamada accidentalmente *Synallaxis albescens* en nuestra primera lista.

10) SYNALLAXIS (*spixi*, *Sclater*)

Tres ejemplares de este *Synallaxis*, que parece no estar incluido en la nómina de Burmeister, a menos que sea su *S. ruficapilla*.

11) SYNALLAXIS SULPHURIFERA, (Burm.) (*Cranioleuca sulphurifera*)

Dos inmaduros, que en apariencia pertenecen a esta especie, recientemente descrita por el Dr. Burmeister.

12) SYNALLAXIS (*sp*<sup>24</sup>)

Una piel, en malas condiciones, de una especie perteneciente al grupo que incluye *S. humicola*, *S. orbignyii* y *S. arequipae*. Rotulada "muy rara".

Tal vez se trate de *S. humicola* de Burmeister, pero resulta decididamente distinta del ave chilena de esa denominación.

13) PHLEOCRYPTES STRIATICEPS (Laf. et d'Orb.) (*Cranioleucapyrrhophia*)

Cinco especímenes.

14) TAENIOPTERA DOMINICANA (Viell.) (*Xolmis dominicana*)

Cuatro pieles de esta especie, todas con plumaje de hembra.

15) FLUVICOLA ALBIVENTRIS (Spix) (*Fluvicola pica*)

Una sola piel, rotulada: "Ave de verano, muy rara en Buenos Ayres". Burmeister no la menciona.

16) EMPIDAGRA SUIRIRI (Viell.) (*Suirin suirin*)

Tres ejemplares de esta forma, bastante peculiar.

17) COCCYZUS MELANOCORYPHUS (Viell.) (*Coccyzus melacoryphus*) Muchos ejemplares de esta especie, de amplia distribución.

18) COCCYZUS CINEREUS (Vieill.)

---

<sup>24</sup> Indudablemente un canastero (*Asthenes*) y presuntamente *A. baeri*

Muchos ejemplares de este cuclillo, el cual, observa Burmeister, difiere de los típicos, por tener una cola casi cuadrada.

19) LEPTOPTILA CHALCAUCHENIA, (*Salvadori, MS.*) (*Leptotila verreauxi*)

Varios ejemplares de esta paloma, de la cual sólo nos había llegado un espécimen enviado por el Dr. Salvadori, junto a un manuscrito con el nombre que aquí utilizamos.

20) POLYBORUS TEARUS (*Mol.*) (*Polyborus plancus*) Tres ejemplares.

21) URUBITINGA MERIDIONALIS (*Lath.*) (*Heterospizias meridionalis*) Tres ejemplares.

22) BUTEO ALBICAUDATUS, (*Vieill.*)

Un juvenil, probablemente atribuible a esta especie.

23) ASTURINA PUCHERANI, (*Verr.*) (*Buteo magnirostris*) Cuatro pieles, ninguna de ejemplares muy adultos.

24) OTUS AMERICANUS (*Gm.*) (*Asio clamator*) Una piel de este lechuzón.

25) PORPHYRIOPS MELANOPS (*Vieill.*) (*Gallinula melanops*) Dos pieles de esta ave.

26) RHYNCHOPS NIGRA (*Linn.*) (*Rynchops nigra*)

Una piel.

27) ARDEA COCOI, (*Linn.*)

Una piel.

28) ARDEA SIBILATRLX (*Temm.*) (*Syrigma sibilatrix*)

Dos ejemplares con el rótulo de "muy rara, ojo blanco". Burmeister no la menciona.

29) ARDETTA INVOLUCRIS (*Vieill.*) (*Jxobyichus involucris*)

Hudson envía dos ejemplares de una pequeña garcita, que es con seguridad el ave descrita por Azara y por Bonaparte.

30) IBIS CAERULESCEN, (*Vieill.*) (*Harpiprion caerulescens*) Una piel.

31) DENDROCYGNA FULVA (*Dendrocygna bicolor*)

Una buena piel de esta especie, que hemos comparado con un espécimen mejicano, sin encontrar diferencias.

32) QUERQUEDULA BRASILIENSIS (*Gm.*) (*Amazonetta brasiliensis*) Dos pieles. "Pato portugués hallado en parejas".

33) QUERQUEDULA TORQUATA (*Anas leucophrys*)

Dos machos y una hembra de este bello pato, del que sólo habíamos visto con anterioridad la pareja que se encuentra en el Museo Británico.

34) MARECA CHILOENSIS (*King*) (*Anas sibilatrix*) Dos ejemplares.

La primera colección de Hudson incluía ejemplares de 96 especies, la segunda de 14 adicionales, y la presente de 33 que no figuraban en las dos anteriores, totalizando 143 las especies obtenidas en los alrededores de la estancia "Los Veinticinco Ombúes", Quilmes.

### TERCERA PARTE

Cartas sobre la avifauna bonaerense

1870 - 1871



Dirigidas al Secretario de la Sociedad Zoológica de Londres.

P. L. Sclater, y leídas en reuniones de la entidad.

*La correspondencia entre Hudson y Sclater se hace más fluida. En aproximadamente dos años, doce cartas son tratadas en sesiones de la entidad y reproducidas en los "Proceedings". Con el correr del intercambio las misivas de Hudson se van pareciendo más a monografías y su jerarquía crece.*

## PRIMERA CARTA

### FIRST LETTER ON THE ORNITHOLOGY OF BUENOS AYRES

#### LA RIBERA DEL PLATA

Buenos Ayres, 14 de diciembre de 1869

Es probable que ya no pueda enviar más aves a la *Smithsonian Institution*. Por lo tanto, quedarán en Buenos Ayres los especímenes que capture. Sin embargo, si llegara a encontrar alguna novedad, la enviaré a la *Sociedad Zoológica de Londres*. Quedé muy agradecido con su atenta carta del 9 de noviembre, en la que expresa su deseo de ver mis notas sobre las aves que he obtenido. Si ésta u otras cartas que pronto enviaré llegaran a contener cualquier elemento de interés, me sentiré muy complacido.

Aunque no existen arboles en las pampas de esta parte del país, las márgenes pantanosas del Río de la Plata están cubiertas de una espesura casi impenetrable, de tres a seis kilómetros de ancho. En este monte no se encuentran ni el espinoso curumamuel<sup>25</sup> ni el gigantesco ombú<sup>26</sup>, que florecen en las planicies abiertas. En cambio sus árboles, arbustos y muchas hierbas son nativas de los territorios al norte del Plata, del Chaco y del Paraguay. Las semillas fueron transportadas por el río, a veces sobre camalotes<sup>27</sup>, un tipo de lirio de agua que crece entre las islas del Paraná y sus tributarios. Estas plantas se acumulan en el agua año tras año hasta formar vastas islas flotantes. Las crecidas del río las van disgregando y se desprenden de donde estaban fijadas. Entonces la corriente las transporta cientos de kilómetros, hasta quedar varadas río abajo, en las orillas. Estas isletas móviles llevan consigo las semillas de la vegetación nortea, además de insectos, reptiles y otros animales. He tenido noticias de que el ciervo<sup>28</sup>, el jaguar<sup>29</sup>, el aguará<sup>30</sup>, el carpincho<sup>31</sup>, además de otros mamíferos grandes, serpientes y yacarés<sup>32</sup>, han sido transportados de este modo, descendiendo a escasos kilómetros de la ciudad de Buenos Ayres. Los animales de mayor tamaño enseguida desaparecen, pero los más pequeños quedan, de modo que en este bosque se pueden encontrar ofidios y batracios, diferentes de los que habitan las llanuras aledañas. Lo mismo ocurre con los grandes insectos, de colores brillantes y llamativos que prueban su origen septentrional. Los reptiles permanecen dentro de ciertos límites, pero los insectos, especialmente lepidópteros, se dispersan mucho más y muestran, en su coloración más apagada y menor tamaño, las influencias modificadoras del clima y otras condiciones ambientales<sup>33</sup>. Las franjas de vegetación que se extienden considerablemente desde las áreas boscosas del norte, también influyen, en buena medida, en la distribución de la avifauna ribereña.

---

<sup>25</sup> "Curumamnel" en el original. Se refiere a *Colletia paradoxa*, también llamada curro.

<sup>26</sup> En el original "Ambu", refiriéndose a *Phytolacca dioica*. La escritura diferente a la grafía castellana actual no obedece en este caso a error de transcripción, dado que también figura en el manuscrito de Hudson que hemos revisado. al igual que otras palabras que aparecen en las cartas subsiguientes, como "Tola" por "Tala", y "Sayvo" por "Seibo".

<sup>27</sup> En general, *Eichornia crassipes*

<sup>28</sup> "Cierno" en el original. Probablemente *Blastocerus dwhotomus*, ciervo de los pantanos.

<sup>29</sup> *Leo onca*, también llamado yaguarete o tigre

<sup>30</sup> En el original, "Aguará", por error de transcripción. Seguramente, alguna de las especies de zorros.

<sup>31</sup> *Hydrochaeris hydrochaeris*.

<sup>32</sup> *Caiman sp.*

<sup>33</sup> Nótese la influencia de las ideas de Lammarck en esta afirmación.

En dicho ambiente son muy pocas las especies verdaderamente típicas de las pampas. En esta categoría podrían entrar la Cachirla Común (*Anthus correndera*), el Sobrepuesto Común (*Lessonia rufa*), el pecho colorado (*Taenioptera*)<sup>34</sup>, y demás especies adaptadas a las condiciones de las pampas, que en general evitan los árboles, prefiriendo el suelo para descansar, alimentarse y nidificar. Sin embargo, la franja boscosa mencionada significó una ruta importante a través de la cual muchos pájaros llegaron a introducirse en esta zona. Cuanto más nos acercamos al monte, más numerosas resultan estas especies, que no se ven en otras áreas. Es probable que hasta las dos terceras partes del total de las aves que habitan Buenos Ayres se encuentren dentro de esos límites.

Obtuve aquí varios especímenes de Cuclillo Chico (*Coccyzus cinereus*) sobre el cual usted llamó mi atención. Esta ave fue originalmente descubierta en Paraguay; el doctor Burmeister la considera una especie rara. Quizás no fue sino recientemente que llegó a nuestra región. El verano pasado (1868) la encontré por primera vez y el mismo año fue obtenido el único ejemplar existente en el Museo de Buenos Ayres. Tengo la impresión de que muchas aves e insectos que antes vela sólo de vez en cuando, ahora se han vuelto comunes. Algunas de nuestras grandes avispas, gorgojos y mariposas no llevan mucho tiempo con nosotros; incluso hay huertas enteras que están siendo destruidas por un coleóptero cerambícido, insecto completamente desconocido hasta hace pocos años.

Volviendo al cuclillo, su gran ojo rojo sangre, en vivo contraste con el tenue azulado de su plumaje, lo hace sumamente interesante. Hasta ahora no logré encontrar su nido. Al igual que el Cuclillo Canela<sup>35</sup> es tímido y se esconde entre el follaje más denso, pero no puede ser atraído, como éste, imitando su llamado. Tiene un canto, que a veces reitera a intervalos cortos por espacio de medio día, semejante al lamento de nuestra pequeña paloma<sup>36</sup>, y que consiste en una sucesión de notas largas y quejumbrosas. Posee, además, una voz diferente, viva, áspera y repentina, que se parece de tal manera al grito del Cacholote Castaño (*Pseudoseisura lophotes*) que con frecuencia me ha llegado a engañar. Este pájaro, es, creo, muy poco común en la zona<sup>37</sup>. El único ejemplar del museo fue traído desde San Luís. De todas las aves que conozco, ésta es la más desconfiada y oculta.

El último verano, mientras trataba de obtener especímenes, solía escuchar un grito reiterado a intervalos largos, que provenía de un solo individuo o de una pareja respondiéndose mutuamente. Llegué a dedicar en vano medio día procurando su hallazgo, a fin de estudiarlos. Una vez sola tuve éxito y logré observar fugazmente uno en el momento en que comenzó a emitir su grito desde un árbol. Por fortuna pude cazarlo, y aún lo guardo en mi colección. Se trataba de un macho de cacholote, de plumaje pardo amarillento, bastante más oscuro que el del Hornero, además de ser algo mayor. Tenía cuerpo robusto, cabeza crestada, ojos blancos y pequeños, pico y patas azules. Las plumas de la cola eran rígidas, como las del carpintero, y desgastadas en las puntas, como si hubieran sido usadas del mismo modo; el pico era, también, semejante al del carpintero, duro, afilado y recto.

Otro pájaro de hábitos muy interesantes, y nunca observado fuera del monte próximo al río, es el Boyerito (*Icterus cayanensis*)<sup>38</sup>

Aparece en pequeñas bandadas en septiembre, pero pronto se dispersa. Durante el verano se lo encuentra solo o en parejas. El macho es considerablemente mayor que la hembra, y posee un plumaje negro más intenso y una mancha parda en los hombros, más grande. Es en extremo inquieto, vuela incesantemente de árbol en árbol, se cuelga de troncos y ramas en diversas actitudes y busca insectos con su duro pico, apenas curvo, debajo de las cortezas podridas. Cuando está ocupado en esta actividad emite una gran variedad de gorjeos y sonidos guturales, entremezclados con agradables notas cortas. Además posee un canto continuo, bajo y variado, y aptitud de ventrílocuo, debida a algunas voces que emite, favoreciendo la impresión de que el ejecutante se aleja y se acerca mientras entona. El primer individuo de esta especie que logré cazar, sólo habla quedado herido levemente en un ala. Cayó a un arroyo y, para mi gran sorpresa, comenzó a cantar mientras flotaba. Incluso cuando lo saqué siguió cantando a intervalos, en mi mano. Más tarde encontré el nido. Tenía unos 18 centímetros de profundidad; estaba compuesto por líquenes hábilmente tejidos y suspendido de un árbol de bajo porte. El macho y la hembra revoloteaban a su alrededor, con gran ansiedad (aunque no habla huevos en el nido); emitían una rápida sucesión de notas, muy diferentes de sus voces habituales. Pero lo más sorprendente de esta llamada de alarma era la similitud de cada nota con la de otro pájaro, en especial con algunas de nuestras aves canoras más comunes, como el Zorzal Colorado (*Turdus rufiventris*) y la Calandria Grande (*Mimus saturninus*). Al cabo de unos días regresé al sitio para buscar el nido y observarlos otra vez pero encontré que tanto éste como las aves habían desaparecido. Tal vez el Boyerito posea la facultad de imitar, y cuando oí a esta pareja pensé que no podría ser de otro modo, pero no los observé el tiempo suficiente como para estar seguro de ello<sup>39</sup>. Ciertamente, son incapaces de expresar sus pasiones mediante notas ásperas o fuertes<sup>40</sup>

---

<sup>34</sup> En la carta original, revisada en la biblioteca de la Asociación Ornitológica del Plata, *Taenioptera* (= *Xobnis*) aparece tras la coma y sin paréntesis, como una especie más, lo que es correcto. En la versión publicada en los "Proceedings" se lee *Taenioptera* como si fuese el género del pecho colorado, lo que resulta incomprensible.

<sup>35</sup> *Coccyzus melacoryphus*

<sup>36</sup> *Columbina Picui*, Torcacita Común.

<sup>37</sup> Ya no se encuentra esta especie en el nordeste de Buenos Ayres.

<sup>38</sup> Especie que en la actualidad se ha expandido, aprovechando la vegetación exótica

<sup>39</sup> La capacidad de observación de Hudson sorprende a cada paso. La habilidad de imitación del Boyerito es hoy probadamente cierta.

<sup>40</sup> En su manuscrito original, no aparecido en la publicación, Hudson hace referencia a un envío que ha de salir para Liverpool el día 23, en el buque "Hipparchus".

## SEGUNDA CARTA

### SECOND LETTER ON THE ORNITHOLOGY OF BUENOS AYRES

#### LA RIBERA DEL PLATA (2 PARTE)

Buenos Ayres, 22 de diciembre de 1869

Días atrás le escribí una carta referida a la vegetación boscosa que bordea el Plata, además de mencionar algunas de sus aves. Le envío ahora otra comunicación sobre el mismo tema.

Al sur de la ciudad de Buenos Ayres, la zona ribereña tiene una amplitud variable entre 10 y 13 kilómetros, de los cuales más de la mitad se inundan parcialmente y aparecen cubiertos de juncos y plantas acuáticas. Una vez traspuesta el área inundable aparece una franja de tierra seca y alta, paralela al río, compuesta principalmente por conchillas fósiles, sobre la cual se desarrolla un monte de árboles bajos. En algunos sitios el terreno elevado es extremadamente angosto; en otros, existen grandes depresiones por donde corre el agua cuando el río está muy crecido. En dicha franja boscosa pueden encontrarse todas las aves arborícolas de Buenos Ayres sin exceptuar el Carpintero Campestre (*Colaptes campestris*), acerca del cual Darwin desafortunadamente ha dicho que nunca trepa a los árboles (*Origin of the Species*, pág. 165)<sup>41</sup> Reservo para un futuro informe mis apreciaciones acerca de esta interesante ave<sup>42</sup> Entre el río y el mencionado terreno alto existe una zona anegadiza, con frecuencia inundada y cubierta de ceibos<sup>43</sup>, mezclados con arbustos palustres, cañas y juncos. Aunque el verano ofrece una profusión tropical de flores espléndidas, el sombrío follaje de los árboles y el color apagado de los juncos secos confieren al paisaje una apariencia peculiar, triste y desolada. Los ceibales<sup>44</sup> son excelente sitio de cría para Caranchos (*Polyborus*)<sup>45</sup> y otras rapaces, encontrándose gran número de todas las especies conocidas en la región. Por otra parte, en este ambiente hallé muy pocos pájaros pampeanos. Esta fauna particular, así como la vegetación, al provenir del norte, difiere de los ambientes adyacentes. Como todas estas especies se encuentran exclusivamente en el monte ribereño que he descrito, podemos considerar que el límite austral de su distribución se halla un grado al sur de la ciudad de Buenos Ayres. Haré algunos comentarios acerca de lo que conozco sobre ellas, y más adelante continuaré con estas referencias.

Anambé Común (*Pachyramphus polychopterus*): Sólo encontré un ejemplar de este tiránido bonitamente coloreado. En el Museo de Buenos Ayres no hay ninguna piel. Es probable que sea muy raro en el Plata, pero tengo entendido que se lo puede encontrar en Brasil.

Tuquito Gris (*Empidonomus aurantioatrocristatus*): De esta especie también obtuve un único ejemplar. Su vuelo es parecido al del Suirirí Real (*Tyrannus melancholicus*). Tiene coloración pardo oscura uniforme y corona dorada. El ejemplar del Museo de Buenos Ayres proviene de Entre Ríos.

Viudita Blanca (*Fluvicola pica*): Dicho museo posee un ejemplar del Brasil; no obstante, aquí encontré varios individuos. Es un pájaro llamativo por su plumaje, negro en el dorso y blanco níveo en las partes inferiores; pero si bien es muy pequeño resulta extremadamente desconfiado, y posee un vuelo rápido. Frecuenta las orillas de los arroyos y nidifica en la espesura de los "sarandíes"<sup>46</sup> que crecen en el agua. Emite un único sonido grave y regular cuando alguien se aproxima al nido.

Pijú Cola Parda (*Synallaxis albescens*)<sup>47</sup>. Los ejemplares que se encuentran en el Museo de Buenos Ayres

---

<sup>41</sup> La cita de Hudson corresponde a una de las cinco primeras ediciones de "*El origen de las especies*". Sólo en 1872 apareció la sexta y última, revisada y ampliada, en la que Darwin recogió las críticas que sus colegas le hicieron a partir de 1859. Con motivo del cuestionamiento de Hudson acerca de las costumbres de este carpintero, en la sexta edición, considerada como la definitiva, Darwin ratifica sus apreciaciones argumentando: "...como puedo afirmar, no sólo por mis propias observaciones sino también por las de Azara, en algunos grandes distritos *Colaptes campestris* no trepa a los árboles y hace sus nidos en agujeros de barrancas. En otros distritos, sin embargo, este mismo carpintero, según manifiesta Hudson, frecuenta los árboles y para anidar hace agujeros en el tronco" (Versión española de la sexta edición inglesa de "*El origen de las especies*". Universidad Autónoma de México, 1959) Colaboración de Laura Rozenberg.

<sup>42</sup> Ver carta siguiente.

<sup>43</sup> En el original "sayus", error de transcripción por "sayvo" del manuscrito. Sé refiere a *Erythrina crista-galli*

<sup>44</sup> Hemos preferido traducir "sayus-swamp" por ceibal, por lo breve y familiar de la palabra, en vez de pantano de ceibos. El lector deberá imaginarse el ambiente (pajonal palustre con árboles).

<sup>45</sup> En el original "Carranchos (Polybori)"

<sup>46</sup> Arbustos hidrófilos, probablemente *Phyllanthus selowianus*.

<sup>47</sup> En el original, Sclater pone en duda la identificación de esta especie, aludiendo a que podría tratarse de *Synallaxis*

proviene del sur de Brasil. Puede hallarlo con frecuencia en los talaes y ceibales<sup>48</sup>, donde invariablemente se lo distingue por su canto incesante, fuerte y áspero. Durante el período reproductivo posee otro canto, extraño, mucho más bajo y diferente al trino estridente característico de todo su grupo. Abandona estas tierras en invierno<sup>49</sup>.

Coludito Cola Negra (*Leptasthenura aegithaloides*): No hay ningún ejemplar de esta especie en el Museo de Buenos Ayres. Su coloración es pardo amarillenta. Encontré unos pocos individuos sobre un pajonal palustre, donde no había otra especie que la Pajonalera Pico Curvo (*Limnornis curvirostris*). Aunque de la mitad de tamaño que la pajonalera, son muy similares, tanto en lo que respecta al canto como en costumbres y hábitat<sup>50</sup>

Chincherito Chico (*Lepiaocoiptes angustirostris*): En los talaes observé este pájaro, notable por la extravagante longitud de su pico. Posee un canto muy fuerte y chillón. Su vuelo entre los árboles es bajo, rápido y ondulado. Por lo general se posa en el tronco principal y permanece erguido con la cabeza inclinada hacia atrás, o bien corretea por los troncos en busca de los insectos que hay debajo de las cortezas. Arriba a estas regiones hacia fines de la primavera<sup>51</sup>

Choca Corona Rojiza (*Thamnophilus ruficapillus*): Habita ceibales, pero no es un ave común. Posee un trino grave, muy peculiar, que se parece más al canto de un insecto nocturno que al de un pájaro.

Cachilo Canela (*Donacospiza albifrons*): Vive en los montes de ceibos y pajonales, aunque es raro. Por su coloración amarillenta, semeja la vegetación marchita que frecuenta. Nunca escuché su canto.

Siete vestidos (*Poospiza nigrorufa*): Especie emparentada con la anterior, es mucho más común, habita los talaes y a menudo se lo puede ver en huertos y cercos, a cierta distancia del río. Es muy bonito; el color pardo rojizo de la garganta y el pecho, así como la línea pajiza sobre el ojo, contrastan notablemente con el plumaje oscuro del dorso. Se alimenta y anida en el suelo, pero le agrada posarse en arbustos ó árboles bajos, y posee un canto dulce y vivaz.

Celestino Común (*Thraupis sayaca*): Frecuenta los bosques de tala, tras llegar en primavera en pequeñas bandadas, aunque después se lo ve en parejas. Su canto es grave y melancólico. La predominancia del azul es el carácter más notable, y aun sus patas y pico son del mismo tono celeste del plumaje. El Sietecolores (*Thraupis bonariensis*) es mucho más común. Frutero Azul (*Stephanophorus diadematus*): Un hermoso pájaro, semejante al anterior en tamaño, forma y hábitos. Aunque no existen límites para los notables contrastes de colores en las aves, pocas especies muestran tanta belleza como ésta, con el uniforme, rico y vivo azul prusia de su vestuario y la corona de plumas blanco-plateadas, con una mancha carmín en el centro. En verano se lo encuentra a menudo en los talaes. No hay nada notable en el grave parloteo del macho, que suele repetir por horas, mientras la hembra incuba.

Reinamora Chica (*Cyanoloxia glaucocerulea*): Este pájaro, caracterizado por su grueso pico, es mucho menor que el anterior, pero algo se le parece por su color azul oscuro y su continuo canto bajo.

Es raro y habita los ceibales, alimentándose en el suelo de semillas y brotes. Federal (*Amblyramphus holosericeus*): Es común en los ceibales, donde, siendo residente, se lo encuentra en bandadas<sup>52</sup> Los habitantes de habla inglesa lo han bautizado "*chisel bill*" (pico cincel) a causa de su forma, adaptada para extraer insectos del blando tallo de los juncos podridos. Su claro y melódico silbo le valió el nombre de "*Bueyero*". Todas las notas son suaves, dulces y aflautadas. El rojo fuego<sup>53</sup> de su cabeza y cuello, en contraste con el negro reluciente del resto del plumaje, le confiere deslumbrante belleza. Construye el nido en los juncos o arbustos que crecen en el agua, poniendo cuatro huevos azul pálido moteados de negro, y los pichones son totalmente negros.

### TERCERA CARTA

#### THIRD LETTER ON THE ORNITHOLOGY OF BUENOS AYRES

#### LOS CARPINTEROS

---

spixi. Resulta claro que Hudson confundía a las tres especies de *Synallaxis* que hay en Buenos Ayres (*S. frontalis*, *S. albescens* y *S. spixi*). El Pijú Cola Parda (*S. atbescens*) es el menos frecuente de los tres en zonas ribereñas. Véase Sclater y Hudson, 1888.

<sup>48</sup> En el original, "*tola and sayus-woods*".

<sup>49</sup> Esto no es exacto si se refiere a *Synallaxis spizi*. Podría ser parcialmente cierto en el caso de *Satbescens*

<sup>50</sup> Autodidacta y sin los elementos técnicos de que disponemos hoy en día, Hudson no puede identificar correctamente a algunas especies. En este caso, sus observaciones seguramente se refieren al Curutié Ocráceo (*Cranioleuca suphurlferi*), y no a *Leptasthenura aegithaloides*.

<sup>51</sup> Al menos en la actualidad, es una especie que puede encontrarse todo el año.

<sup>52</sup> Es notable la disminución del número de ejemplares de esta especie, sobre todo en los últimos decenios

<sup>53</sup> En la publicación de esta carta en los "*Proceedings*", aparece la expresión "*plain red*", pero en el manuscrito de Hudson dice "*flame red*", que transcribimos como rojo fuego

Buenos Ayres, 28 de enero de 1870

Existen cuatro especies de carpinteros en el área bonaerense. Usted ha podido ver dos de ellos en mis colecciones: el Bataraz Chico (*Picoides mixtus*) y el Real (*Colaptes melanolaimus*). Los nativos los denominan "come palo". Estas dos especies son bastante comunes en los lugares que frecuentan, y sólo en ocasiones se las ve en las espesuras al sur del río Salado; pero éste es el límite austral de su distribución, ya que prefieren los ceibales que bordean el *Río de la Plata*. Al Carpintero Real en ocasiones se lo ve en el suelo, con el aparente propósito de alimentarse de gusanos y hormigas. Cuando está excitado sus gritos son fuertes, rápidos y chillones; otras veces los modula con sonidos muy suaves y tristes.

La tercera especie, el "Carpintero Blanco" (*Melanerpes candidus*), resulta otro ejemplo de la influencia que ha tenido el bosque ribereño en la introducción de nuevas especies del norte en la región. Este carpintero, nativo del norte del Plata, se encuentra ocasionalmente a unos pocos kilómetros de la ciudad de Buenos Ayres, aunque nunca, por lo que sé, al sur<sup>54</sup>. Tal vez la divergencia con el típico plumaje moteado de los carpinteros es mayor en este caso que en cualquier otro. No conozco bien sus hábitos.

La cuarta especie es el "Carpintero" (*Colaptes campestris*), más ampliamente distribuido y mejor conocido que los demás miembros de su género. Resulta muy interesante si tenemos en cuenta la equivocada observación sobre sus hábitos que figura en la obra de Darwin<sup>55</sup>.

Por más agudo observador que sea un naturalista<sup>56</sup>, no le es posible saber mucho de una especie viendo uno o tal vez dos individuos durante una rápida cabalgata a través de las pampas. Por cierto, si Darwin hubiera conocido realmente sus hábitos, no habría intentado aducir, a partir de dicha recorrida, un argumento en favor de su *teoría sobre el origen de las especies*<sup>57</sup>. En el capítulo sexto de su famosa obra sobre el tema, el autor se refiere al cambio en los hábitos, a causa de la modificación del hábitat y otras circunstancias externas, infiriendo que sería fácil para la selección natural, al variar el comportamiento, intervenir alterando la estructura de un animal, al punto de hacer de él una nueva especie. Luego se pregunta si puede haber un ejemplo más conspicuo de adaptación que la de un carpintero, diseñado por la selección natural para trepar a los árboles y capturar los insectos entre los resquicios de la corteza, y en relación con esto declara que existe un carpintero que habita las llanuras del Plata, "donde no crece un árbol", y es por lo tanto un "carpintero que nunca trepa a los árboles" (*Origin of Species*, 4ª. ed. págs. 212-213).

La lectura cuidadosa del citado pasaje por alguien familiarizado con esta especie y sus costumbres, podría inducirle a creer que el autor ha tergiversado adrede la verdad para probar su teoría; pero, como su trabajo "Investigaciones" fue escrito mucho antes de concebir la teoría de la selección natural, y abunda en errores similares cuando habla de estas regiones, la inexactitud debe atribuirse a otras causas<sup>58</sup>.

El hecho es que además de las quintas y arboledas de sauces, álamos, etc. plantados dondequiera que las llanuras fueron colonizadas, también existe el bosque continuo, ya descrito, que crece a orillas del Plata.

Al sur del río Salado, el gran número de árboles nativos<sup>59</sup> dio su nombre a un extenso departamento de esta provincia. También existe un bosque muy extenso en la vecindad de Dolores, unos 250 kilómetros al sur de la ciudad de Buenos Ayres. Todos estos montes son frecuentados por el Carpintero Campestre, y allí se lo puede observar trepando a los árboles, descansando sobre sus rígidas y desgastadas directrices u horadando la corteza con su pico, como otros carpinteros. Pero su refugio favorito es el solitario "ombú", árbol que se encuentra en una gran extensión de las llanuras bonaerenses. Alcanza un tamaño considerable; hay uno situado a 50 pasos<sup>60</sup> de la habitación donde estoy escribiendo con un tronco que mide, a una altura de 90 centímetros del suelo, nueve metros de circunferencia. Este mismo árbol fue por años un sitio de cría para varios carpinteros, y aún exhibe en su tronco y ramas mayores, las cicatrices de viejas heridas infligidas por sus picos. La madera del ombú<sup>61</sup> es muy blanda y el carpintero invariablemente, para hacer su nido la perfora, allí donde es verde y sana. La cavidad avanza horizontalmente unos

<sup>54</sup> En la actualidad, aparentemente, la especie ha desaparecido de la provincia de Buenos Ayres

<sup>55</sup> En la carta manuscrita de Hudson aparece una breve descripción de este carpintero, eliminada por Sclater, probablemente por contener elementos erróneos

<sup>56</sup> En el manuscrito dice "este naturalista", refiriéndose a Darwin. Por lo visto Sclater prefirió generalizar la afirmación

<sup>57</sup> Hudson en el manuscrito original agrega la frase siguiente, suprimida por Sclater: 'ya que una distorsión tan grande de la verdad habría dado a quienes se oponen a su libro, razones para considerar erróneas o exageradas otras afirmaciones que en él se hacen.'

<sup>58</sup> Llama la atención la vehemencia empleada por Hudson en el cuestionamiento a Darwin, y esto sin tener en cuenta los párrafos que por ser demasiados duros, Sclater quita de la carta original, según hemos podido leer en el facsimil

<sup>59</sup> Indudablemente se refiere a los bosques de tala (*Celtis tala*).

<sup>60</sup> Se refiere a la estancia "los Veinticinco Ombúes", hoy Museo y Parque Ecológico Guillermo Enrique Hudson, donde aún se conservan algunos ejemplares antiguos de esta gigantesca fitolacácea.

<sup>61</sup> Desde el punto de vista de la anatomía vegetal, los tejidos del tallo del ombú no se consideran madera, en sentido estricto.

20 centímetros, se inclina hacia arriba pocos centímetros más y al final de este pasaje excava una cámara redondeada, donde alojará los huevos<sup>62</sup>.

El Carpintero Campestre se posa con frecuencia en tierra, donde se lo ve alimentarse de hormigas y larvas, hallándose a veces a varios kilómetros de distancia de los árboles más cercanos. Sin embargo, esto es muy raro, y al parecer ocurre siempre durante desplazamientos. Muy de vez en cuando efectúa vuelos prolongados, prefiriendo los tramos cortos.

Esta circunstancia motivó que fuera descrito como un ave de hábitos exclusivamente terrestres. Fuera de las regiones donde abundan los árboles, señaladas aquí como el hábitat del carpintero, hay grandes extensiones en las partes meridional y occidental de Buenos Ayres, donde, realmente, "no crece un árbol" y allí no se lo ve nunca<sup>63</sup>. No sólo es la información errónea sobre sus hábitos, lo que hace a la referencia de Darwin especialmente desafortunada, si no también el hecho de que esta ave aporta, más bien, un argumento contra la veracidad de su hipótesis. El lo describe como un perfecto carpintero, no sólo en su conformación sino también en su colorido, vuelo ondulado y gritos chillones y estridentes. Es obvio, pues, que la selección natural no lo ha modificado y sería lógico suponer que, de existir tal factor, habría hecho algo para alterar a esta especie, que vive en un ambiente que, según Darwin, es tan poco acorde con su estructura y hábitos. Sin embargo, la selección natural no ha realizado absolutamente nada por nuestro carpintero. Sus colores no son apagados, ni tampoco su voz fuerte ha sido amortiguada, e inclusive, cuando atraviesa el campo abierto, atrae a sus enemigos, de los que tiene pocas posibilidades de escapar. La selección natural no lo ha dotado para su seguridad, del instinto de ocultarse, tan común entre las auténticas aves de las pampas. Su peculiar forma de volar, tan admirablemente adaptada para deslizarse a través del bosque, aquí sólo incita a las aves rapaces a su persecución. De hecho, la presencia de esta especie en una región cuyas condiciones parecen adversas a su preservación, muy lejos de modificar las características, parece haberlas intensificado. Comparado con los otros carpinteros de esta porción de América del Sur, en estructura, tamaño, color, voz y vuelo, representa el prototipo de la familia. Posee, en común con otras especies, el hábito de posarse ocasionalmente en el suelo, pero no descansa en tierra como las verdaderas aves pampeanas. Nunca construye un nido ni excava en las barrancas como el Loro Barranquero<sup>64</sup> ni se aventura en esas vastas llanuras desprovistas de árboles que bordean su hábitat. La escasez de alimentos y la búsqueda de árboles mejor adaptados para la nidificación, aparte de otras razones, parecen haber favorecido a la especie para que se distribuyera por una gran extensión del territorio.

Veinte años atrás, que es lo más lejos que se extiende mi memoria, el carpintero era bastante común, pero se ha vuelto tan raro que en los últimos cuatro años sólo me encontré con tres individuos.

Notas adicionales: Actualmente, es una especie común en Buenos Ayres Sin embargo en el manuscrito original, Hudson agrega un párrafo eliminado por Sclater en el que afirma que es más fácil explicar su desaparición o casi, que establecer las circunstancias que llevaron a su aumento y difusión.

Los nombres científicos utilizados por Hudson en este, como en otros manuscritos, contienen importantes errores, que Sclater corrige adaptándolos a la terminología de su época y cuya particularización nada aportaría al presente trabajo. Sin embargo, por su valor histórico reproducimos el post scriptum a su 30a. carta: "*De dos de los carpinteros que he descrito no encontré el nombre latino, pero usted seguramente puede establecer de qué especie se trata. Creo que en una carta anterior di el nombre de Poospiza albifrons. A menudo me es imposible determinar la denominación científica de las aves que deseo describir, dado que no hay ninguna traducción de la obra de Burmeister y las aves en el Museo de Buenos Ayres no están rotuladas. El Dr. Bunneister me ayudaría, pero en estos momentos se halla enfermo de cuidado. Si usted sabe de algún libro que pudiera serme de utilidad le ruego me dé su título .W. H. H.*"

#### CUARTA CARTA

#### FOURTH LETTER ON THE ORNITHOLOGY OF BUENOS AYRES

#### ALGUNAS AVES MIGRATORIAS

---

<sup>62</sup> No conocemos ningún caso de nido como el aquí descrito. Comúnmente, a continuación del túnel de entrada, el hueco sigue hacia abajo un trecho considerable, hasta la cimera de postura. Como en el manuscrito, que revisamos, la descripción es idéntica a la del original publicado, suponemos que se trata de una confusión de Hudson.

<sup>63</sup> Es muy probable que esta afirmación fuera cierta en tiempos del autor. Hoy, el Carpintero Campestre se ha expandido a casi toda el área pampeana, como consecuencia de la introducción de árboles y postes, en los que encuentra buenos sitios de nidificación.

<sup>64</sup> Modernamente, se lo ha encontrado con frecuencia haciendo nidos en barrancas, junto al loro citado (*Cycinohseus patagonus*). También perfora el adobe de los ranchos.

Buenos Ayres, 17 de marzo de 1870

El 9 de este mes hubo una tormenta terrible que duró tres días, con vientos fuertes y fríos del sudoeste. Cuando amainó pude advertir sus efectos sobre la migración de nuestros visitantes estivales e invernales.

Todas las especies de chorlos habían desaparecido, con excepción de unos pocos individuos, y éstos estaban tan maltrechos por el vendaval, que apenas podían volar. Si bien la mayor parte de las aves pequeñas había desaparecido antes de su época habitual de partida, aún quedaban jóvenes de algunas especies.

Las tormentas y los cambios bruscos de temperatura son probablemente las causas inmediatas de migración de la mayoría de las aves que visitan las pampas. Las que son muy regulares en su ir y venir, tales como el Churrinche (*Pyrocephalus rubinus*)<sup>65</sup>, el Pecho Colorado (*Sturnella superciliaris*), la Tijereta (*Tyrannus savana*), una de nuestras golondrinas, los picaflores y algunas otras, son las últimas en arribar y las primeras en partir.

Con respecto a las demás especies, cuanto mayor es el tiempo de permanencia entre nosotros más irregular es el período migratorio. Tal vez el más variable es el que corresponde al Tordo Renegrado (*Molothrus bonariensis*), que algunas veces permanece todo el invierno y otras nos abandona a principios de otoño<sup>66</sup>. El sobrepuesto (*Lessonia rufa*)<sup>67</sup> y la remolinera (*Cinclodes fuscus*) son casi los primeros visitantes invernales en aparecer, pero hasta ahora no he visto un solo individuo, mientras que algunas especies usualmente tardías, como la Agachona Chica (*Thinocorus rumicivorus*) y la Monjita Chocolate (*Neoxolmis rufiventris*), son abundantes tras la tormenta. Esta última ha aparecido en tal cantidad, que vi más individuos en el curso de una cabalgata de una hora hace pocos días, que los que suelo ver en todo el invierno.

La Monjita Chocolate es uno de los pájaros patagónicos más interesantes que nos visitan en esta estación, o aun de todas las aves pampeanas. Las demás especies del grupo<sup>68</sup>: *Xolmis irupero*, *coronata* y *dominicana*, se parecen entre sí en todo. Pero, aunque *N. rufiventris* muestra una semejanza estructural con ellas y también posee un silbido melancólico además de un vuelo rápido y grácil, se diferencia notablemente en otros aspectos. Es algo mayor, tiene un pico más recto, alas puntiagudas, y en vez de blanco predomina el color chocolate. En lugar de vigilar inmóvil a sus presas o saltar desde el suelo como la Monjita Dominicana, corre velozmente en busca de insectos, a la manera de un chorlito. A diferencia de otras monjitas es sociable, peleadora y juguetona, y persigue frecuentemente a sus compañeros o bien acosa a las rapaces y otras grandes aves, a veces con evidente animosidad, y a menudo revoloteándolas como en un juego. La he observado asociada a aves tan dispares en marcha y en vuelo que en apariencia le costaba bastante mantenerse en su compañía. Volando tiene un aspecto muy llamativo, aunque no parece, como dice el Dr. Burmeister, el más bello pájaro de esta región. Pero al igual que los reyes, los naturalistas tienen sus favoritos, y este pájaro evidentemente lo es para Burmeister. Todos sus movimientos son fluidos y rápidos, es sumamente activo y levanta vuelo con frecuencia. En ocasiones se posa sobre un cardo, pero jamás en juncos o arbustos, el lugar de descanso preferido de las monjitas blancas.

Resulta llamativo que su canto, que se oye como a gran distancia aunque se encuentre cerca, sólo se escucha temprano junto al rocío de las mañanas apacibles.

Como tengo poco tiempo libre en estos momentos, diferiré el tema de las monjitas blancas hasta mi próxima carta.

## QUINTA CARTA

### FIFTH LETTER ON THE ORNYFHODOLOGY OF BUENOS AYRES

#### LAS MONJITAS

Buenos Ayres, 22 de marzo de 1870

---

<sup>65</sup> "Currincha" en el original

<sup>66</sup> Dado que sus observaciones son locales, Hudson no está en condiciones de juzgar los movimientos en gran escala de una especie, como el Tordo Renegrado, que hoy sabemos no emigra en sentido estricto.

<sup>67</sup> "Asquita" en el original

<sup>68</sup> Hemos reemplazado "genus or subgenus" (género o subgénero) del original, por grupo. En tiempos de Hudson, la Monjita Chocolate se incluía en el mismo género que las demás monjitas mencionadas. No obstante, y anticipándose a los taxónomos, el autor valoraba ya las diferencias de *Neoxolmis rufiventris* con respecto a los *Xolmis*, diferencias que luego llevaron a separar estos géneros. Ambos están, obviamente, relacionados, y se incluyen en la moderna subfamilia Fluvicolinae de los tránidos.

En una carta fechada pocos días atrás, le remití algunas observaciones sobre la Monjita *Chocolate* (*Neoxolmis rufiventris*). Este pájaro, que recuerda a un chorlo en hábitos y a un zorzal en apariencia, encuentra el hábitat a su medida, cuando el frío lo impulsa a abandonar las desiertas planicies de la Patagonia, en esta parte del país. Antes de que avance el invierno, los cardos gigantes que en verano cubren las llanuras, se secan reduciéndose a polvo, mientras que el pasto cortado por los innumerables rebaños de ovejas ofrece el ambiente que esta especie gusta y requiere.

A diferencia de los pechos colorados, cachirlas<sup>69</sup> y otros pájaros terrícolas, no busca refugio ni siquiera de noche, permaneciendo en las planicies peladas, a la manera de los chorlos. No recuerdo haberlos encontrado en las pampas herbáceas al oeste de Buenos Ayres<sup>70</sup>. Como no se posan en los juncales, evitan naturalmente estos lugares y prefieren las áreas colonizadas. De esta forma, la explotación del campo ha favorecido a la Monjita Chocolate, del mismo modo que a la vizcacha<sup>71</sup>, a la Lechucita Vizcachera (*Athene cunicularia*) y al Tero Común (*Vanellus chilensis*).

Las monjitas blancas (*Xolmis*) se posan y descansan en los juncales y arbustos, evitando el terreno abierto y llano. Frecuentan rastrojos, pajonales palustres y plantaciones, así como llanuras con cardales. Viejos pobladores me han contado que 50 años atrás la Monjita Coronada (*Xolmis coronata*) era muy común, cuando los altos pastos no habían sido destruidos, y que nidificaban en esta zona<sup>72</sup>. Ello es factible, porque se vuelve abundante apenas nos adentramos en la región de los pastos altos. He encontrado gran número a 300 kilómetros al Oeste de la ciudad de Buenos Ayres<sup>73</sup>. Estando más allá de la frontera las veía con frecuencia viniendo de todos lados, para seguir a nuestra partida, quizás por curiosidad, ya que las figuras humanas deben haberles parecido extrañas en semejante lugar.

No llevan a cabo ninguna migración regular, ya que en las regiones donde habitan se ven en todas las estaciones, pero en las zonas pobladas, donde no hay en verano, siempre se encuentran algunos vagabundos en invierno (Hace varios años llegaban en gran número, y en las mañanas serenas resultaba divertido observar a los perros lanzarse excitados en dirección a los silbidos graves y prolongados, que se oían por todas partes. Por este canto peculiar se lo llama comúnmente boyero<sup>74</sup>).

La Monjita Dominicana (*Xolmis dominicana*), aunque en costumbres se asemeja mucho a la anterior, en invierno forma bandadas. Resulta hermosa en vuelo debido al contraste entre sus alas negras con ápice albo y el blanco puro de su cuerpo. El plumaje dorsal de los jóvenes posee desvaídas marcas negras y grises, pero en todos los adultos que cacé, tanto en verano como en invierno, el plumaje del cuerpo del macho era totalmente blanco, y el dorsal de la hembra gris claro. Algunos individuos crían en los vastos juncales que crecen a orillas del Plata, pero como son pocos, las bandadas que vemos en invierno quizás vengan a visitarnos desde regiones más distantes<sup>75</sup>.

La Monjita Blanca (*Xolmis irupero*) es menor y mucho más rara que cualquiera de las especies anteriores. A causa de su plumaje blanco níveo y el negro azabache de su pico, patas, primarias y ápice de las timoneras, que le dan un aspecto luctuoso, aquí se la conoce como viudita. Salvo una pareja que descubrí el verano pasado, siempre las encontré en invierno. A veces, en esta época aparecen individuos aislados que frecuentan un único territorio durante su estadía, y se posan siempre en el mismo árbol o mata, desapareciendo al acercarse la primavera. A pesar de esto, no puedo afirmar que se trate de un visitante invernal, ya que, como es tan raro en todas las estaciones, fácilmente podría escapar a mi observación durante la época de cría, sin abandonar la región<sup>76</sup>.

Las tres especies de monjitas blancas que he descrito se posan en los juncos y cardos y prefieren los arbustos aislados, evitando los montes tupidos. Se asemejan mucho en sus hábitos alimentarios. Como algunos tiránidos, permanecen a la espera de insectos en su percha, a la que regresan con frecuencia, pero en lugar de buscar, como los otros, a sus presas en el aire, observan atentamente el terreno que está debajo, como el martín pescador vigila el agua. Cuando descubren un insecto se lanzan como flecha, lo capturan, matan y devoran en el lugar, para volver entonces a su percha. Al abrirlos se observa que sus estómagos contienen una gran proporción de coleópteros. Me parece probable que la patria de origen de estos pájaros sea la vasta región inexplorada que se extiende entre las pampas herbáceas y los Andes. Nunca he encontrado en la zona ningún espécimen de la Monjita

---

<sup>69</sup> Anthi en el original

<sup>70</sup> En el original, "west of the Buenos Ayres frontier", refiriéndose al límite del área colonizada. con el territorio ocupado por los indios.

<sup>71</sup> *Lagostomus maximus* ("Biscacha" en el original)

<sup>72</sup> El dato es interesante, aunque presuntamente erróneo. En la actualidad, la Monjita Coronada parece nidificar exclusivamente en la provincia fitogeográfica del Monte

<sup>73</sup> En la actualidad la Monjita Coronada migra regularmente en otoño desde sus zonas de cría en el centro-sur del país, hacia el norte y nordeste, alcanzando entonces la zona estudiada por Hudson.

<sup>74</sup> "Bueller" en el original. Aquí Sclater excluye una referencia que figura en el manuscrito de Hudson, en la que se señala que es un ave solitaria, pacífica y desconfiada.

<sup>75</sup> Actualmente, la especie es extremadamente rara en Buenos Ayres, donde ya no se observan las bandadas que menciona.

<sup>76</sup> La observación parece muy correcta. Hoy usaríamos las mismas palabras para definir el status de la especie en su área de estudio.



Gris (*Xolmis cinerea*<sup>77</sup>).

Aquí resulta extremadamente común ver las telas de las arañas tejedoras<sup>78</sup>, flotando en el aire. Estos pequeños aeronautas son tan numerosos que en cualquier día calmo con tiempo caluroso, si uno se sienta en el pasto observará gran cantidad de ellas moviéndose vivamente, mientras que algunas, corriendo hasta la punta de una brizna u hoja, lanzan sus invisibles líneas y quedan flotando. Recuerdo que una vez hace años, por varios días el cielo estuvo lleno de masas blancas compuestas de estas telas flotantes. Pero esta misma tarde, cuando estaba cazando, dichas arañas y sus telas mostraron una apariencia totalmente nueva para mí. Mientras caminaba a lo largo de un arroyo, observé una ancha línea blanca bordeando el terreno húmedo y bajo de la orilla opuesta. Descubrí que esto se debía a la gran cantidad de telarañas que hablan velado casi por completo la hierba y los cardos. Esta zona medía cerca de 20 metros de ancho; por fuera sólo se velan unas pocas telas dispersas. No puedo precisar su longitud, pero la seguí por unos tres kilómetros sin encontrar la punta. Le adjunto una pequeña porción de tela, que podría perfectamente adherirse a cualquier objeto de superficie lisa. Observé que las arañas eran tan numerosas que continuamente se estorbaban en sus intentos por elevarse en el aire. Cuando soplabla brisa, apenas una estiraba su tela, ésta se enganchaba con la de otra. Ambas arañas, en apariencia, se daban cuenta enseguida de cuál era la causa del problema, ya que corrían furiosas a enfrentarse y cada una trataba de expulsar a la otra. Parecía haber por lo menos tres especies diferentes. Una tenía un cuerpo redondo y escarlata, y otra, de un negro aterciopelado, mostraba un gran corselete cuadrado, con un pequeño abdomen en punta. Pero las más abundantes pertenecían a un tercer tipo, que presentaba todas las tonalidades del verde oliva, desde pálido hasta negro verdoso; las había de varios tamaños, midiendo el cuerpo de las más grandes unos seis milímetros de largo. Estas arañas no pudieron haber sido traídas por el viento, ya que sus telas seguían las ondulaciones del arroyo, y en cambio se hablan reproducido probablemente en el terreno bajo, a lo largo de la orilla, y ahora se reunían en el borde de éste, listas para emigrar.

Día 27. El 25 fui a visitar a las arañas de las que hablé, casi con-vencido de que se habrían ido, porque tuvimos viento y lluvia desde la primera vez que las vi. Para mi sorpresa, la cantidad había aumentado de una manera asombrosa. En la punta de los cardos habla literalmente muchedumbres. La mayoría eran grandes, del tipo oliváceo; ese día tan apacible flotaban en grandes cantidades. Descubrí otro tipo, con el cuerpo de color pizarra pálido elegantemente listado de negro y las patas rosadas. El 26 fui a verlas de nuevo, y todo el ejército de arañas, a excepción de unas pocas rezagadas solitarias, habla desaparecido<sup>79</sup>

## SEXTA CARTA

### SIXTH LETTER ON THE ORNYFMOLOGY OF BUENOS AYRES

## LOS TORDOS

Buenos Ayres, 11 de abril de 1870

Los Tordos Renegridos o "*pájaros negros*" (*Molothrus bonariensis*) con la irregularidad que los caracteriza -ya que nos suelen abandonar hacia fines de marzo, aparentemente para bien- han retomado este año en gran cantidad.

Cuando termina el verano, se reúnen en enormes bandadas y se los ve volando hacia el norte durante varios días, aunque probablemente no migran a lugares muy distantes<sup>80</sup>. Una tras otra, las bandadas pasan con su vuelo rápido, bajo y ondulate, produciendo con las alas un suave y agradable sonido. Los tordos se alimentan en el suelo, siguiendo al arado en primavera para atrapar gusanos. En las pasturas suelen permanecer cerca del ganado e incluso se posan sobre éste.

En la época de reproducción, el canto del macho se ve acompañado de gestos y actitudes extrañas. Canta en

---

<sup>77</sup> En la actualidad, es una especie sumamente escasa en la zona.

<sup>78</sup> Las arañas mencionadas probablemente pertenecen a la familia Lyniphiidae o Lycosidae. Esta observación de Hudson se repite y amplía en el capítulo XIV de "*The Naturalist in La Plata*". Las telas flotantes se conocen como "babas del diablo".

<sup>79</sup> En esta 5a carta Sclater elimina un párrafo del manuscrito donde Hudson le in forma acerca de un ejemplar embalsamado, que recuerda en aspecto, tamaño y coloración al "*ochetarynchus durmitarius*" de Mendoza (seguramente *Upucert hui dumetaria*), obtenido cerca del mar, a unos 300 kilómetros de Buenos Ayres, sospechando que se trata de una especie patagónica

<sup>80</sup> Ver comentario 2) de la 4a carta (pág. 80). Aunque Hudson amiste con la presunta migración del Tordo Renegrido, aquí intuye que podría tratarse de desplazamientos estacionales en pequeña escala.

forma permanente, al tiempo que eriza sus plumas como un pavo o levanta vuelo bruscamente, alejándose de la hembra. Comienza con un sonido hueco, profundo, y finaliza con notas claras y potentes. La apariencia de la hembra es modesta, con su opaco plumaje arratonado, y sólo emite eventualmente un parloteo bajo, aparentando indiferencia frente a las actitudes de cortejo de su brillante y vistoso compañero. Al atardecer se posan en los árboles para descansar y cantan hasta que está bastante oscuro. Como son muy numerosos, a esa hora los sonidos de sus voces se parecen al viento fuerte soplando entre los árboles. Cuando se los molesta durante el descanso nocturno, los machos repiten su voz mientras levantan vuelo. También en los días lluviosos se quedan cantando en los árboles, y prolongan el concierto por horas enteras. Uno de nuestros tordos de bañado, *Agelaius ruficapillus*, posee ese hábito de cantar mientras llueve. Comienza con un sonido grave y triste, seguido de un silbido largo, suave y lastimero, que se continúa a su vez con unas notas cortas, en sucesión rápida y ascendente, para volver a alargarse y descender hasta apagarse. Este canto, que se puede oír cuando el día está nublado y húmedo, tiene un efecto indescriptiblemente dulce y melancólico.

Pero, volviendo al Tordo Renegrido, lo más notable en él son sus hábitos reproductivos. Este sería un muy interesante tema de estudio para el filósofo naturalista. Es bien sabido que deposita sus huevos en los nidos de otras aves, como lo hace el Cuco (*Cuculus canorus*). Pero este último deja un solo huevo por nido y, en tal sentido, su hábito peculiar tiene algo en común con los instintos de otros animales, ya que se trata de un comportamiento regular y definido, lo cual asegura la protección de los más jóvenes y, como hasta el presente no se comprobó lo contrario, parece ser tan inalterable como las leyes de la materia y de la fuerza. El instinto del tordo resulta, por el contrario, inestable e indefinido, una auténtica monstruosidad. Es como si el verdadero instinto hubiese sido parcialmente erradicado o desfigurado, de modo que sólo quedan resabios, que se perciben en cada individuo con las correspondientes diferencias en cuanto a forma e intensidad. En algunos, si bien aparece deformado, continúa siendo suficientemente fuerte como para asegurar la supervivencia de las crías, mientras que en otros resulta tan vago y difuso que la reproducción se toma imposible. Si Darwin hubiera conocido bien los hábitos de este pájaro, ciertamente le hubiese otorgado un distinguido lugar en "*El origen de las especies*"; no hubiera podido encontrar un caso más digno de atención para ilustrar los errores e imperfecciones a los que está expuesto el instinto, y que él considera favorables para el proceso evolutivo.

Son pocos los nidos de aves pequeñas en los que no se introduce la hembra del renegrido, y grande es la confusión doméstica que dichas visitas provocan. Ella no elige los nidos por su tamaño o por tener sus arquitectos picos fuertes o débiles: simplemente pone sus huevos de manera indiscriminada, donde puede. Nunca los he encontrado en el nido del Churrinche (*Procephalus rubinus*), quizás porque esta belicosa avecilla permanece en las inmediaciones y es capaz de actuar con violencia. También he observado que el tordo nunca pone en nidos cerrados<sup>81</sup>, aunque continuamente se lo ve en grupos cerca de los "hornos" del Hornero (*Furnarius*), a los que suelen trepar y observar el interior. Incluso llegan a entrar para examinarlos con mucha curiosidad. Aunque sería difícil enumerar todas las aves pequeñas que se ven obligadas a criar pichones de tordo, hay algunas que en principio resultan sus favoritas pues sus nidos son fácilmente descubiertos y están indefensos. Son éstas la "cachila" (*Anthus correndera*), el Chingolo (*Zonotrichia capensis*), el "jilguero" (*Carduelis magellanica*), la Tijereta (*Tyrannus savana*) y el pecho amarillo (*Pseudoleistes virescens*).

Por sobre todo prefiere los nidos de estos dos últimos pájaros y, aunque los he visto sólo de vez en cuando, siempre contenían más huevos de tordo que de sus dueños legítimos. Mientras tanto, en las proximidades podían verse entre una y dos docenas y media de hembras de renegrido.

A menudo comienzan a depositar los huevos antes de que el nido esté terminado; luego, por lo general, queda abandonado. Con frecuencia ponen tantos en uno solo que, aun en el caso de que sean incubados, ninguno o a lo sumo unos pocos eclosionan. El nido de Tijereta suele contener entre cinco y doce huevos de Tordo Renegrido, y el del pecho amarillo, que es más profundo, entre 15 y 20, aunque pocas veces los nidos mantienen todos los huevos que los tordos depositaron. Si se observa la tierra debajo del árbol o arbusto, con frecuencia se descubren muchos más, arrojados por la hembra del tordo. Otro hábito destructivo de esta ave (tanto para su propio desarrollo como para el de otras especies) es el de picotear los huevos que encuentra en los nidos donde pone. En vez de ser fija e invariable, esta costumbre resulta irregular, tal como lo son también sus instintos reproductivos. En ocasiones, las cáscaras están tan rotas que la yema se derrama. En otras hacen pequeños agujeros o ensartan un huevo con el pico y se lo llevan volando, como hace la paloma con la cáscara de los que recién eclosionaron. Los he visto hacer esto y, a menudo encontré huevos con un agujero, a distancia, sin duda arrebatados así del nido. Algunos contienen entre 12 y 20 huevos, todos picados. En la época de postura, cada hembra es generalmente asistida por uno, dos y a veces tres machos, que permanecen cerca en silencio mientras ella está en el nido. El tordo también deja caer sus propios huevos al suelo; continuamente los encuentro perdidos en campos arados, caminos y sectores de tierra infértil.

No tengo noticias de que estas aves terminen jamás un nido y, sin embargo, estoy seguro de que a veces comienzan a construir uno. Una vez observé una bandada de siete u ocho volando atareados, yendo y viniendo desde una agrupación de cardos nuevos. Allí descubrí que habían empezado a construir un gran nido encima de una hoja ancha, ubicada en posición horizontal y muy visible. Ningún otro pájaro habría elegido una base tan frágil, ya que, por grandes y firmes que fueran esas hojas, se debilitan a medida que la planta crece. Con seguridad, la hoja habría dejado caer su carga en 10 o 15 días. El nido era muy descuidado, con palos grandes, trapos y otros objetos apilados sin ninguna regularidad. Mientras lo examinaba, las aves revoloteaban al parecer ansiosas y reanudaron el

---

<sup>81</sup> Esta afirmación es sólo parcialmente cierta ya que abundan las excepciones

trabajo cuando me retiré, pero al cabo de dos días lo abandonaron de golpe. Desde entonces, sólo una vez observé otra bandada que inició un nido en un álamo, aunque también quedó inconcluso<sup>82</sup>.

En otoño, cuando los tordos se congregan en bandadas de decenas de miles, al punto que el terreno donde comen parece alfombrado de negro y los árboles en los cuales se posan aparentan estar cubiertos por un follaje azabache, suelo maravillarme con el hecho de que las avecillas, en cuyos nidos los tordos depositan sus huevos, no se hayan extinguido por su culpa. A pesar de haberme familiarizado con ellos desde pequeño, cuando solía encontrar en mis caminatas sus huevos tirados y perdidos, o cuando los quitaba por lástima de los nidos de otras aves, no dejo de asombrarme de sus hábitos. ¡Qué extraño que sean tan desordenados en medio del orden general de la naturaleza! ¿Acaso debiéramos considerar las costumbres del Tordo Renegrado no como instintos especialmente otorgados o creados, si no como leve consecuencia de una ley general, es decir, como una transición?<sup>83</sup>.

## SÉPTIMA CARTA

### SEVENTH LETTER ON THE ORNITHOLOGY OF BUENOS AYRES

#### EL TORDO MUSICO

Buenos Ayres, 23 de abril de 1870

En mi última carta describí al Tordo Renegrado (*Molothrus bonariensis*), pero omití algunas particularidades interesantes. Observé que es más común en las proximidades de la ciudad de Buenos Ayres, y se vuelve más escaso conforme nos alejamos de ella. Es afecto a las zonas cultivadas, pero se halla más a menudo en la llanura abierta que en los bosques. Sus huevos se encuentran pocas veces en los nidos de aves que crían en montes nativos y nunca en los de cuclillos ni zorzales<sup>84</sup>.

No lo he visto atacar a otro pájaro para meterse en su nido, y creo que siempre pone sus huevos en ausencia del dueño. La Tijereta (*Tyrannus savana*) que enfrenta a las aves de rapiña obligándolas a huir, no podría ser amedrentada con facilidad por un tordo hembra. A pesar de esto, resulta la especie más perjudicada. Por otra parte, nunca se encuentran huevos de tordo en los nidos de ciertas especies pacíficas, tales como *Serpophaga nigricans*<sup>85</sup>.

Resulta notable el hecho de que los huevos del tordo son tan variables como sus hábitos reproductivos. Algunos son perfectamente redondos, otros ovalados, puntiagudos o elípticos. Las coloraciones más comunes son: blanco puro con manchas rosadas muy pequeñas y dispersas, y rosáceos densamente cubiertos con manchas pardo rojizas, redondeadas, alargadas o irregulares, según el huevo.

¿Podría suceder que una imperfección de los órganos sexuales, causante de la diversidad de los huevos, origine también la inconsistencia en sus hábitos de cría, volviendo a esta especie tan diferente de las otras?<sup>86</sup> Según

---

<sup>82</sup> No se han repetido observaciones acerca de la construcción del Tordo Renegrado en ningún caso, en toda su amplia área de distribución. El fenómeno registrado por Hudson es singularmente llamativo, y si bien cabe la posibilidad de un cambio en el comportamiento de la especie en la última centuria, parece más probable que el sagaz observador haya contundido la situación. En el segundo caso, que aparentemente vio desde lejos, el grupo constructor bien pudo estar constituido por Tordos Músicos acompañados del parásito Tordo Pico Corto. El mismo Hudson, en trabajos posteriores sobre el tema, jamás menciona la posible nidificación de *M. bonariensis*.

<sup>83</sup> Agregamos aquí un valioso párrafo, de carácter personal, que figura en el manuscrito original, y que Sclater suprimió en la publicación: cuando escriba, por favor dirija sus cartas por el momento simplemente a Buenos Ayres. La casa de mi amigo, en Bolívar 344, es una de las que resultaron destruidas en la terrible tormenta del 31 de marzo. Aunque todos sus ocupantes se salvaron de morir ahogados, debo lamentar la ruina que esta inundación les causó, así como la pérdida total de mi colección de aves. Estaba compuesta de unas cien especies de Passeriformes recolectados en esta provincia, algunos de los cuales nunca habían sido obtenidos aquí y otros tal vez eran desconocidos para los naturalistas. Cordialmente suyo, William H. Hudson."

<sup>84</sup> De acuerdo a nuestra opinión los nidos parasitados son bastante abundantes en bosques xerófilos. Por otra parte los zorzales a menudo son hospedantes del Tordo Renegrado.

<sup>85</sup> La tijereta, aunque bastante parasitada, no es en la actualidad el ave más afectada por la acción de *M. bonariensis* en el área pampeana, calificación que le correspondería a *Mimus saturninus* o a *Zonotrichia capensis*. Por otra parte, si bien *Serpophaga nigricans* es raramente anfitrión del tordo, existe un registro en el sur de Brasil (Izelton, 1985. Birds of Rio Grande do Sul, Brasil. Part 2. Formicariidae through Corvidae. Bull. Am. Mus. Nat. Hist. Vol. 180, art. 1:1-242. Nueva York)

<sup>86</sup> En realidad no existe imperfección alguna en los órganos sexuales

Wilson, *Molothrus ater* de los Estados Unidos pone en cada nido ajeno sólo un huevo, y todos son iguales. La idea tal vez resulte demasiado especulativa, pero ocurre que las aves que conozco y que construyen nidos elaborados e ingeniosos, ponen huevos exactamente iguales. En cambio, los de *Molothrus badius* y *M. bonariensis* presentan gran diversidad en tamaño, forma y coloración, con una correspondiente irregularidad en los hábitos reproductivos<sup>87</sup>. Por el momento abandonaré este tema, ya que deseo suministrar un informe más completo sobre el músico, *Molothrus badius*. Se lo conoce aquí bajo el nombre de "ala canela". El observador ocasional, con frecuencia lo confunde con la hembra de *M. bonariensis*, a la que se asemeja en tamaño y color, pero es mucho más bonito. Siempre anda en pequeñas bandadas de 10 a 15 y permanece con nosotros todo el año, pero en la temporada fría se desplaza mucho. Prefiere quedarse cerca de las casas si hay árboles en sus inmediaciones y a menudo se lo ve picotear la carne fresca colgada afuera. Sus voces son variadas, y tiene diferentes sonidos para llamar a sus compañeros, expresar alarma, y para el momento de volar o cantar. En vuelo emite con frecuencia una voz peculiarmente larga, fuerte y melodiosa, que en días apacibles puede oírse a un kilómetro de distancia. Su canto es suave, dulce y variado, y las aves de una bandada lo entonan en conjunto.

En invierno tienen un hábito notable: todos se juntan en la parte soleada de la leñera, establo o cualquier otro Sitio resguardado, y cantan a menudo por una hora o más sin cesar. Pocas aves demuestran menos temor al hombre. Muy rara vez están calladas, y nunca solas, y la sociabilidad es su característica predominante. En otras especies, esta cualidad, por fuerte que sea, es superada por la más poderosa atracción entre los sexos durante la época de reproducción. En el Tordo Músico, hasta donde mis observaciones me han llevado, la primera es casi tan fuerte como la segunda, y a menudo la iguala. Esta circunstancia causa bastante confusión en sus hábitos reproductivos. Muchas veces, la bandada no se separa en primavera, y en tales ocasiones son sexualmente promiscuos<sup>88</sup>. A veces se aparean y construyen un nido de palitos delgados acolchado con cerda, más bien alto entre las ramas más pequeñas de un árbol, y ponen cuatro o cinco huevos moteados. En ocasiones, una pareja se apropia de una construcción de Leñatero (*Anumbius annumbi*) y anida en el mismo o construye sobre él su propio nido.

En una oportunidad observé a dos músicos disputar el nido incesantemente, durante varios días, con una pareja de Leñateros. Luego de adueñarse de él, encontré muertos bajo el árbol cinco pichones del furnárido a medio emplumar, expulsados por los despiadados usurpadores. Teniendo en cuenta la angosta entrada y gran profundidad del nido, no debe haberles resultado fácil hacerlo. En otra ocasión observé a una bandada de ocho a diez individuos tomar posesión de un nido, y construir encima de él el propio, pese a que no habla capacidad para más de una pareja. Se los veía convivir amigablemente, y al cabo de unos días saqué 14 huevos del nido. Las aves mostraron gran ansiedad mientras permanecí en el árbol, pero los huevos estaban completamente fríos, y tal vez habrían puesto más. Los desconcertantes y erráticos hábitos de cría de estas aves constituirán sin duda, un fecundo tema de discusión para los naturalistas<sup>89</sup>.

En una oportunidad observé a un par de jóvenes Tordos Músicos siguiendo a un Pecho Amarillo Común (*Pseudoleistes virescens*) de un árbol a otro, demandando alimento. Mientras los observaba, sus madres adoptivas les dieron de comer varias veces<sup>90</sup>.

Es muy probable que a veces depositen sus huevos en el nido de otras aves<sup>91</sup>

## OCTAVA CARTA

### EIGHTH LETTER ON THE ORNITHOLOGY OF BUENOS AYRES

#### EI PIRINCHO

---

<sup>87</sup> Si bien los huevos de *M. bonariensis* son variables en tamaño color y forma, no ocurre lo mismo con los de *M. badius*. Obviamente Hudson aún no había descubierto que en los nidos de músico pueden hallarse también huevos de *M. rufocaxillaris* y de *M. bonariensis*

<sup>88</sup> Es llamativa su afinada observación Este hecho fue modernamente estudiado por Fraga (1972): Cooperative breeding and a case of successive polyandry in the Bay-winged Cowbird. Auk 89: 447-449.

<sup>89</sup> Hudson acertó en su pronóstico, ya que actualmente varios investigadores trabajan en el tema, fuente de permanentes descubrimientos.

<sup>90</sup> No sabemos por qué se refiere a madres adoptivas en plural. Por otro lado, es muy probable que los juveniles fuesen en realidad de *M. rufocaxillaris*, los que se parecen mucho a *M. badius*.

<sup>91</sup> *M. badius*, de acuerdo con los conocimientos actuales, no parasita nidos de otras aves. La suma de estos errores de Hudson, disculpables por cierto, se deben a que aún no conocía la conducta reproductiva del Tordo Pico Corto. En las cartas a Baird de junio de 1867 y marzo de 1868 (págs 26 y 29), demuestra que diferenciaba bien esta especie de *M. bonariensis* y suponía que el Tordo Pico Corto era desconocido para la ciencia.

Mientras ustedes, en el hemisferio norte, comienzan a experimentar la influencia renovadora de la primavera, el tiempo desagradable de los últimos días nos persuade de que la estación iría ha llegado a Buenos Ayres. Ya hemos tenido suficientes días de lluvia, viento, nublados y con heladas, para que este mes de mayo sea especialmente triste. Se oyen constantemente las voces melancólicas de becasinas y chorlos, más abundantes cuando el clima es riguroso. De los visitantes veraniegos no se ve ni un solitario rezagado, y los árboles, que de acuerdo con algunos teóricos no tendrían que crecer en las pampas, están perdiendo rápidamente las pocas hojas que les quedan<sup>92</sup>

Es interesante observar el efecto del frío sobre algunas de nuestras aves residentes, por ejemplo, el Pirincho<sup>93</sup>, a quien los primeros colonos españoles llamaron "*urraca*" por su posible semejanza con la urraca europea. Su larga cola, tan torpe en tiempo ventoso, su lento y trabajoso vuelo, escaso plumaje, y sus patas trepadoras, que la hacen tan diferente de las verdaderas aves de la pampa, prueban que está adaptada a un clima cálido, en una región boscosa. Creo que es común en el sur del Brasil, Paraguay y el Chaco. La forma en que muchas especies llegan a adaptarse a estas regiones, ya la he tratado de explicar en anteriores cartas<sup>94</sup> (El Pirincho y otras aves de alas cortas, que obtienen su alimento en zonas boscosas, sólo pueden haberse diseminado tan lejos en un territorio al que están tan mal adaptadas, avanzando gradualmente a lo largo de la ininterrumpida línea de bosques que bordean el Plata y sus afluentes. En esta vegetación litoral el Pirincho es numeroso, tomándose más escaso cuando avanzamos hacia el Oeste<sup>95</sup>; pero a pesar de alimentarse mayormente en el suelo, nunca se lo observa lejos de los árboles, excepto como ocurre con el Carpintero Campestre, cuando se traslada de un bosque o arboleda aislada a otra.

El Pirincho aparenta sufrir el frío más que ninguna otra criatura, ofreciendo un aspecto miserable en invierno. Al anochecer la bandada, compuesta generalmente de 10 a 20 aves, se reúne sobre la rama gruesa de un árbol protegido del viento, agolpándose unas contra otras para darse calor, y algunas se posan sobre los lomos de sus compañeras. En una oportunidad vi a seis descansando así: por cada dos de ellas, asentadas en una rama, había otra sobre sus lomos, de modo de formar una perfecta pirámide. Pero aún así una helada fuerte matará de seguro a una o más, y a veces se pueden encontrar varias que han caldo agarrotadas de frío, bajo los árboles donde se hablan posado. En la mañana, si el día es agradable, la bandada se traslada hacia algún árbol grande donde dé el sol, y se ubican sobre las ramas externas, cada una con sus alas colgando y el lomo expuesto a sus rayos.

En esta posición tan desgarrada, pero que demuestra gran sagacidad, pasan una hora o dos calentándose y secando el rocío de su escaso plumaje. Durante el día gozan del calor y de la luz solar, y al atardecer pueden ser vistas sobre algún cerco o árbol, donde aún dé el sol, calentando sus lomos con los últimos rayos. Creo que es debido a su éxito reproductivo y a la abundancia de alimento, que el Pirincho logra ocupar su lugar en nuestra fauna. De otro modo el frío, su enemigo, seguramente le sería fatal.

Con el retomo del tiempo cálido, se vuelve la más alegre de las aves, activa y ruidosa. La bandada vaga constantemente, volando algo dispersa, un individuo detrás de otro, profiriendo incesantemente su grito planídero. A intervalos durante el día emiten una especie de canto, compuesto de una cantidad de sonidos largos, modulados y sibilantes, el primero poderoso y vehemente, tomándose cada vez más grave y corto, y terminando abruptamente en una sucesión de voces internas, roncadas, que semejan la respiración pesada o el ronquido de un hombre dormido. Cuando alguien se aproxima, toda la bandada emite un coro de alarma, con voces tan molestas, altas, agudas y prolongadas, que el intruso -hombre o animal- se siente aliviado al alejarse. Próxima ya la época de apareamiento, se les oye, probablemente a los machos, emitir una variedad de parloteos bajos y suaves. Luego se separan en parejas y se toman silenciosos y muy circunspectos en sus movimientos. Construyen generalmente el nido en un gran árbol espinoso, con palitos más bien gruesos, los que a veces están armados tan toscamente que los huevos se caen de él. Se encuentran otros contruidos con más ingenio, hondos, y acolchados con fibras vegetales, u hojas verdes o secas. Contienen habitualmente seis o siete huevos, aunque a menudo más; y en una oportunidad encontré uno con 14. Parece increíble que una sola ave haya puesto todos esos huevos, siendo tan grandes en proporción a su tamaño<sup>96</sup> Sin embargo sólo había un par de Pirinchos en las inmediaciones de ese nido, que habla observado desde el momento en que comenzaron a construirlo. Sus huevos, frescos, de un hermoso azul cielo vivo, se encuentran densamente cubiertos con manchas blancas compuestas por una sustancia calcárea blanda, depositada sobre la superficie de la cáscara, luego de formada. Este material es tan delicado que, recién puesto el huevo, se lo puede sacar fácilmente con agua, y aún se pierde al tomarlo con la mano. Los pichones que nacen de estos hermosos huevos son de una fealdad proverbial. "*Pichón de urraca*" es un epíteto muy común aplicado a quien llama la atención por su falta de gracia. Son tan sucios como feos, y por eso el nido, que generalmente contiene seis u ocho pichones, no es agradable a la vista ni al olfato. Pero hay algo sumamente ridículo en la voz de estas aves

---

<sup>92</sup> Sclater elimina aquí un párrafo donde Hudson retorna con nuevos bríos su ataque intelectual a Darwin.

<sup>93</sup> Como a muchos otros, también a Hudson lo contundió la denominación Popular de "*urraca*", a la que atribuye el nombre científico de *Cyaocorax pileatus* (= *C. chsops*), correspondiente a un verdadero córvido del norte de nuestro país. Todas sus consideraciones deben ser referidas al Pirincho (*Guira guira*).

<sup>94</sup> Ver cartas primera y segunda.

<sup>95</sup> En tiempos actuales se ha establecido en todas las aleas rurales de la región.

<sup>96</sup> Los hábitos nidificatorios de esta especie aún no son completamente conocidos. En la mayoría de los nidos pone más de una hembra, de allí el hallazgo de nidadas numerosas y la presencia de huevos caídos

juveniles, que recuerda la risa estridente, medio histérica, de una mujer extenuada por exceso de regocijo.

Temporadas atrás hallé una nidada de Pirinchos en un árbol próximo a mi casa. Cada vez que oíamos a alguno de los padres volar hacia sus pichones, con alimento en el pico, corríamos a la puerta a escucharlos. Apenas el adulto llegaba al nido, los pequeños estallaban en gorgoros tan extravagantes, y los continuaban por tanto tiempo, que el escucharlos era toda una diversión. Si se los adopta de pequeños, los Pirinchos se toman muy mansos y son atrevidos, ruidosos, pícaros, y amigos de treparse y tirar de la ropa, botones y cabello de su dueño. A pesar de su aspecto fiero, es la más pacífica de las aves, y nunca pelea con sus compañeros. Su alimento, al igual que el del cuclillo, consiste principalmente en insectos grandes; también devoran ratones o pequeños reptiles, y en invierno y primavera se les puede ver siguiendo al arado, buscando lombrices en compañía de los tordos, gaviotas y otras especies de naturaleza totalmente diferente.

## NOVENA CARTA

### NINTH LETTER ON THE ORNITHOLOGY OF BUENOS AYRES

#### AVES PAMPEANAS DE AMPLIA DISTRIBUCIÓN

Buenos Ayres, 20 de junio de 1870

Estamos cerca del solsticio de invierno, y el clima se ha tornado muy benigno. Este corto período de temperatura agradable en mitad del invierno es llamado en Buenos Ayres "*Veranillo de San Juan*", y se experimenta casi siempre en esta época. Los últimos días han sido tan calurosos que pudo oírse con frecuencia al Zorzal Chalchalero (*Turdus amaurochalinus*), cuyo hermoso canto nunca se escucha, por lo general, hasta septiembre. El cardenal, el cabecita negra y la calandria han estado cantando como si realmente fuese primavera.

Sólo he podido obtener tres especímenes de *Molothrus rufoaxillaris*, desde que usted me solicitara por carta alguna piel de esta especie. Como todas resultaron ser de machos, las guardaré hasta tener muestras de ambos sexos. No estoy aún muy familiarizado con los hábitos de cría de este pájaro, pero mis observaciones me inclinan a creer que es polígamo. De ser esto cierto, es una circunstancia maravillosa que los tres *Molothrus* de Buenos Ayres difieran de la casi totalidad de las aves, en su falta de fidelidad sexual<sup>97</sup> Espero descubrir en el verano otros hechos sobre el Tordo Renegrido, y juntar para usted algunos huevos, que estoy seguro considerará interesantes.

Las aves de caza que nos visitan en invierno y las residentes, son excepcionalmente abundantes en esta época, proporcionándome una buena oportunidad para obtener especímenes y observar sus hábitos. Como soy aficionado a la caza, mis favoritos son patos y chorlos. Conozco 20 especies de la familia Scolopacidae<sup>98</sup>, 17 de las cuales resultan familiares para los naturalistas, o al menos han sido bien clasificadas. Antes de escribir sobre ellas me gustaría conocer mejor sus hábitos, en especial la época de su migración, y la nidificación de las especies residentes. Las otras tres posiblemente no sean conocidas, o no se sepa que habitan las pampas. Alguna vez he cazado, pero nunca conservado, ejemplares de dos de ellas. Pero por el momento no diré más, ya que la memoria no es fidedigna, y algún golpe de suerte las puede cruzar nuevamente en mi camino.

Es notable que las tres especies que tienen, posiblemente, la distribución más amplia de todas las que integran la avifauna de Buenos Ayres, hayan resultado tan abundantes este otoño. Me refiero al Tero-real (*Himantopus mexicanus*), habitante de ambas Américas; al Lechuzón de Campo (*Asio flainmeus*), conocido aquí como "*lechuzón*", y presente, según creo, también en Asia y Europa; y el Cuervillo de Cañada (*Pie gadis chihi*), cuya distribución es todavía más amplia<sup>99</sup>

El Tero-real, que en la pampa se encuentra casi siempre en lugares de mucha agua y no es una especie numerosa, en este momento está resultando muy abundante, aun en campos cultivados próximos a las chacras. También se los ve en bandadas cerca de pequeñas lagunas formadas por las lluvias. En el futuro comunicaré todo lo que, como resultado de mis observaciones, haya descubierto sobre él. Un interesante objeto de estudio para los naturalistas puede ser la variación local en los hábitos de una especie distribuida por todo un continente.

El cuervillo es muy común en Buenos Ayres. Aunque llega en primavera, como sus desplazamientos son bastante irregulares, y muchos ejemplares permanecen todo el invierno, tal vez sus migraciones no estén

---

<sup>97</sup> Hudson hace una simplificación no estricta de un tema complejo, que ha merecido estudios de numerosos especialistas. Lo que parece evidente es que su juicio es acertado sólo para el Tordo Renegrido (*M. bonariensis*)

<sup>98</sup> Seguramente dentro del término Scolopacidae incluye Charadriidae, minocorida', etc.

<sup>99</sup> *P. chihL*, que habita nuestro país, es prácticamente neotropical. En cambio *P. falcnellus*, que en los tiempos de Hudson incluía a la forma *chihi* es cosmopolita, tal como él lo sugiere.

determinadas por los cambios climáticos. De vuelo grácil, cuando emigran, las bandadas se suceden rápidamente, cada una con 50 a 100 ejemplares, aunque en ocasiones resultan mucho mayores. En vuelo ofrecen un espectáculo muy interesante. Por momentos planean hacia arriba, exhibiendo el intenso color castaño de su pecho, o descienden en una graciosa curva, luciendo el hermoso verde metálico de su plumaje dorsal. La bandada, mientras tanto, cambia continuamente su forma o distribución, como respondiendo a la orden de un líder. Por momentos se ubican en una larga y recta fila, o se desbandan y se amontonan como una nube de tordos. Luego vuelven a alinearse formando la figura de una falange, media luna o triángulo. Con seguridad, el observador tendrá la fantasía de que las aves llevan a cabo estas maniobras deliberadamente, para lograr mayor pericia con la práctica o exhibir su destreza en vuelo. El cuervillo posee otro extraordinario hábito aéreo que, sin embargo, no le es exclusivo. La bandada a veces actúa como presa de un ataque de pánico; cada individuo huye alocadamente, para descender luego con un violento vuelo en zigzag. Pocos minutos después, el ataque parece cesar. Entonces vuelven a elevarse, se reacomodan en el aire y reanudan su viaje.

Me gustaría saber si existen registros sobre sus hábitos de nidificación. Aunque habita todo el planeta, posiblemente en ningún país sea más común que en las pampas; sin embargo, del único lugar en que he oído que nidifica aquí es la zona de Gualicho, un área pantanosa a unos 300 kilómetros al sur de la ciudad de Buenos Ayres. Yo no he visitado personalmente este sitio en época de cría, pero algunos vecinos de aquel lugar me han comentado que grandes cantidades de cuervillos hacen allí sus nidos, unos junto a otros. Construye sobre la tierra un nido de pasto seco<sup>100</sup>, y pone tres huevos azules. Baird, en su sinopsis de las aves norteamericanas, dice que nada se sabe de su nidificación, pero esto sólo debe ser cierto para Norteamérica. Espero obtener, a partir de mis observaciones, más información sobre sus hábitos de cría.

El Lechuzón de Campo, pese a tener, como las especies anteriores, una amplia distribución en la pampa, hasta hace tres años era más bien escaso. No construye nido, limitándose a despejar y apisonar un círculo de tierra entre las matas de pastos altos, donde pone cuatro huevos blancos ligeramente ovales. Cerca del atardecer, el lechuzón se deja ver, posado sobre algún cardo u otra atalaya, o desplazándose con un lento vuelo como de garza, chocando a intervalos sus alas, rápida y súbitamente, bajo el pecho. No es nada desconfiado, y la intrusión de un hombre o un perro en su territorio, parece indignarlo grandemente. Si alguien lo imita o dispara un arma, se verá rodeado de varios de ellos. Sus voces son muy variadas: asustado o enojado, emite un siseo agudo y fuerte, y por momentos un repentino grito estridente parecido a una risa. También tiene un llamado profundo y lúgubre, que no se escucha a menudo. En el crepúsculo, ulula de un modo que semeja el aullido distante de un perro guardián de voz potente.

El gran incremento numérico que experimentaron en tiempos recientes, puede atribuirse al cultivo de las tierras cercanas a la ciudad. En los últimos seis años fue cercada una gran extensión de terreno sin cultivar, donde ahora se siembra anualmente trigo y maíz. Los lechuzones encuentran allí refugio y abundancia de su alimento favorito: ratones, perdices, etc.

Como frecuentan la llanura abierta antes que el bosque, y durante el día se esconden en el suelo, el color de su plumaje está adaptado a la pampa desierta, cubierta de vegetación parda. El pastoreo ovino transformó rápidamente el aspecto de una vasta extensión de la llanura. Tiernas hierbas cortas de un verde brillante reemplazaron a los largos pastos amarillentos, y estas regiones dejaron de ser aptas para él. Sin duda alguna, esta brusca transformación de la vegetación, y la destrucción de la cubierta, afectaron enormemente a todas las especies silvestres. Sin embargo, el cultivo ha restaurado en parte las condiciones necesarias para la preservación y el aumento de muchas de ellas, como es el caso del lechuzón. En futuras descripciones volveré a referirme con frecuencia a estos cambios en la pampa.

Si bien el incremento o la disminución gradual que experimentan las especies se advierte pocas veces, la aparición súbita de grandes cantidades de una poco común, es considerada por todos con interés y asombro. Cuando, debido a una temporada favorable para la reproducción, una pequeña especie se multiplica mucho (como a menudo ocurre aquí con los ratones, sapos, grillos, etc.), podemos estar seguros de la aparición de multitud de aves que se alimentan de ellos. Por eso, cuando en 1856 la tierra se vio plagada de ratones, también aparecieron grandes cantidades del entonces escaso lechuzón, y bandadas de la gran cigüeña, semejante al marabú, *Mycteria americana*. Se velan auténticos ejércitos de estas majestuosas aves blancas<sup>101</sup> desplazándose sobre el pasto por todos lados, o una bandada continua volando, al caer la noche, hacia distantes cursos de agua, mientras el aire nocturno se llenaba con el solemne ulular de innumerables lechuzones.

Por simple que fuera la causa del súbito incremento de una especie incapaz de migrar pero excesivamente prolífica, sus consecuencias parecen haber sido observadas con asombro desde tiempos remotos, dando lugar a muchas conjeturas. Plinio, si mal no recuerdo, relata que en una temporada en algún lugar del Asia Menor los ratones se multiplicaron de manera extraordinaria, pero pronto apareció un ejército de aves de coloración extraña y los devoró. Las aves de presa o comedoras de grandes insectos que poseen mucha capacidad de vuelo, sin ser estrictamente migratorias, mientras no están ocupadas en cuestiones reproductivas, se desplazan todo el tiempo en

---

<sup>100</sup> Esta afirmación denota que Hudson no vio el nido, hecho sobre el agua y más bien de juncos.

<sup>101</sup> En tiempos de este escrito se usaba *Mycteria americana* para designar al Yabfr, y no como ahora para nombrar al Tuyuyú, llamado entonces *Tantalus tocuator*. De modo que la "majestuosa ave biarca" debió ser el Yabiiú (*Jabiru mycteria*), que raras veces en el pasado, y mas escasamente en la actualidad, visita las pampas.

busca de alimento. A menudo vuelan a gran altura, recorriendo enormes distancias. Cuando el alimento apropiado resulta muy abundante en alguna región, las aves que lo descubren permanecen allí, llamando la atención de sus congéneres que sobrevuelan la zona. Esto es lo que ocurre aquí con el lechuzón, el Yabirú y otras especies que vuelan solas o en pequeñas bandadas. Al principio aparecen algunos pioneros, a los que siguen más, y al poco tiempo suman miríadas. Sin duda nos sobrevuelan sin ser vistos, en cantidad innumerable. En una época me asombraba ver pasar bandadas de cisnes después de una lluvia, aun cuando hacia mucho que no se vela ninguno, y pensaba que seguramente vendrían de muy lejos. No tardé, sin embargo, en descubrir que un cisne puede verse desde más lejos luego de una lluvia que durante el buen tiempo, con el sol brillando sobre su plumaje niveo contra el fondo de una nube oscura. El hecho de que casi siempre se vean cisnes después de una lluvia, sólo prueba que están casi siempre pasando sobre nosotros.

A una gran tormenta de tierra, la preceden millares de gaviotas, aun cuando ninguna haya sido vista en meses. Como antes de la tormenta siempre hay una larga sequía, mal podrían haber subsistido las gaviotas estando secos los cursos de agua. Deben sobrevolarnos todo el tiempo, aun durante las sequías, sólo volviéndose visibles cuando la tormenta las obliga a bajar a tierra. La gaviota a que me refiero es la de capucho café (*Larus maculipennis*)<sup>102</sup>. En las estaciones en que abundan las langostas también aparecen bandadas de estas aves, a menudo en tal cantidad, que logran librar áreas enteras de las mangas devastadoras de estos odiados insectos. Resulta un espectáculo muy agradable el ver posarse una bandada de gaviotas sobre una zona afectada. En tales casos su modo de actuar es tan ordenado que resulta acertada la metáfora: un ejército de aves. Aterrizan con vuelo grácil y veloz, gritando de alegría pero sin abandonar el orden de la bandada cuando el trabajo de devorar ha comenzado. A menudo presentan un frente de miles de metros, con un ancho de 20 a 40, y a todo lo largo de esta línea de batalla, los gritos excitados de las innumerables aves producen un estrépito incesante. Están siempre moviéndose; algunas peinan el terreno con las alas a medio abrir, otras persiguen por el aire a los fugitivos, y las de la retaguardia pasan por sobre las otras y aparecen en las primeras filas, de manera que la bandada como un todo avanza constantemente, librando de la plaga el terreno por el que se desplaza. La Gaviota Capucho Café es una de nuestras aves más comunes, y tiene hábitos muy interesantes. Espero poder, en breve, escribir una carta sobre el tema<sup>103</sup>

## DÉCIMA CARTA

### TENTH LETTER ON THE ORNITHOLOGY OF BUENOS AYRES

#### LA GAVIOTA CAPUCHO CAFÉ

Buenos Ayres, 21 de agosto de 1870

La población de Buenos Ayres está tan familiarizada con la gaviota (*Larus maculipennis*)<sup>104</sup> como con las aves domésticas. Forma parte del trío de nuestras especies más comunes; las otras son el "teru" y el Chimango (*Milvago chimango*). Pero estas dos son exclusivamente rurales, por lo cual es necesario alejarse algunos kilómetros de una gran ciudad para hallarlas. No sucede lo mismo con la gaviota, cuya blanca y grácil figura es tan familiar para el gaucho que vive tierra adentro en las llanuras, como para los marineros de los barcos que navegan por el Río de la Plata, o aun para el hombre de ciudad, que puede llegar a conocerla bien sin haber abandonado nunca el pavimento.

En octubre se congregan en vasto número en sus áreas de cría, que son lagunas cubiertas con alguna planta acuática, por lo general el "junco"<sup>105</sup>. Las gaviotas rompen y doblan estas plantas que luego usan como material para sus nidos, ubicados uno al lado del otro sobre el agua. La hembra pone cuatro huevos oblongos, grandes en relación con su cuerpo, con punta roma, y de pálido color arcilla, densamente moteados de negro opaco en el polo mayor.

Todos los días, al amanecer, las Gaviotas Capucho Café levantan vuelo desde sus nidos y planean sobre el bañado, emitiendo fuertes gritos que pueden oírse con nitidez a tres o cuatro kilómetros. Los huevos son un

---

<sup>102</sup> En el original Hudson usa erróneamente el nombre de *Larus cirrocephalus* (ver 10a carta).

<sup>103</sup> En una breve nota inédita fechada muy poco después de ésta (4 de agosto de 1870), le recuerda a Sclater que ha enviado ya diez cartas y que no recibió ciertos informes agregando que "hay que tener cuidado que las cartas no sean robadas o se pierdan en el correo"

<sup>104</sup> En el original, *Larus cirrocephalus*, denominación errónea dada a la Gaviota Capucho Café. El origen de este error provendría del trabajo previo de Sclater y Salvin (1868) (pág. 50), que confunden a ambas especies seguramente debido al parecido de sus plumajes invernales.

<sup>105</sup> *Scirpus californus*



excelente alimento, y recuerdan mucho a los del tero<sup>106</sup>, tanto en la delicadeza de su sabor como en el lustroso tono perlado que su clara toma al hervirlos. Debido a la gran cantidad de gaviotas que ponen sus huevos cerca unas de otras, resulta fácil conseguirlos y, por esta razón, al poblarse las llanuras adyacentes a sus colonias, tienen pocas probabilidades de llegar a criar sus pichones, ya que los niños de los alrededores van a juntar huevos todas las mañanas. Las gaviotas, sin embargo, son tan tenaces en cuanto a sus áreas de nidificación que regresan para poner cada verano, y sólo las abandonan al cabo de varios años de persecución o, como suele suceder, cuando la laguna se seca. Pero, a pesar de la cantidad de huevos que les son quitados cada año, el número de gaviotas no parece disminuir. La abundancia de alimento en los distritos poblados las favorece en gran medida en su lucha por la existencia.

Las jóvenes son de color gris pálido moteado de pardo opaco, y su voz es aguda y lastimera. El plumaje se vuelve gradualmente más claro a través del otoño, invierno y primavera, pero debe pasar al menos un año antes de que lleguen a igualar perfectamente el delicado azul ceniciento de las alas de los adultos y el blanco de su pecho, con su bonito y perceptible rubor<sup>107</sup>. Hace diez meses que los pichones emplumaron y todavía, dentro de una bandada, el observador puede distinguirlos con facilidad de los adultos a unos cien metros de distancia.

Tan pronto los jóvenes son capaces de volar, el área de cría es abandonada, partiendo en masa el conjunto o dispersándose por los campos inmediatos, y hasta el siguiente verano, los movimientos de las aves dependen a la vez de la comida y del agua. Como mencioné en mi última carta, en las épocas de sequía desaparecen por completo y cuando abundan las langostas vuelven en cantidad incontable. Por desgracia, las sequías y las langostas suelen venir juntas, por lo que las gaviotas no son entonces tan útiles. En los veranos secos, cuando los acridos abundan, es común oír que la gente desea que llueva y que las gaviotas vengan a devorarlos. Al parecer también han resultado útiles, por su consumo de langostas, en América del Norte. Lo infiero de un pasaje del libro de Dixon "*Nueva América*", cuando al referirse a las vicisitudes que enfrentaron los mormones al establecerse en Salt Lake, cuenta que las langostas devoraban el cultivo apenas crecía. Este mal fue finalmente superado con el ingenio de los granjeros y la ayuda de las gaviotas del lago<sup>108</sup>

Las Gaviotas Capucho Café se congregan en gran número en las tierras aradas, ocupan el surco recién abierto hasta semejar una línea blanca, revolotean en una nube sobre la cabeza del labriego y pisan sus talones, peleando, graznando, golpeándose en compacta multitud. Cuando se alimentan, invariablemente arman gran bullicio. La expresión de Wilson para describir una especie septentrional, cuyo grito parece "*la risa exagerada de un negro*", también resulta descriptiva para el lenguaje de nuestra gaviota. Su voz peculiar es alargada y modulada de mil maneras, y entremezclada con numerosas notas cortas que semejan exclamaciones excitadas. Una vez que han satisfecho su apetito vuelan al cuerpo de agua más cercano, donde beben y bañan sus plumas. Cuando terminaron sus abluciones, en las que parecen encontrar gran deleite, buscan algún sitio abierto de los alrededores donde abunde el pasto corto y verde. En este lugar se asientan muy juntas, con sus picos hacia el viento y, cuando hay calma, miran todas en una sola dirección. En vano el observador buscará un individuo que se aparte de este perfecto orden. Es notable el hecho de que no se paran para levantar vuelo: lo hacen directamente desde su postura agachada. Por lo general agitan las alas dos o tres veces antes de elevarse.

En algunas temporadas, en agosto y septiembre, luego de un período de tiempo cálido y lluvioso, las larvas de nuestro gran escarabajo torito salen a la superficie, levantando pequeños montículos de tierra, como los topos<sup>109</sup>, A menudo son tan numerosos que, cuando el pasto está muy corto dan a la llanura la apariencia de estar cubierta de barro. Estos insectos proveen una rica cosecha para el "*teruteru*" (*Vanellus chilensis*), al que en estos períodos de abundancia se ve correteando todo el día, hurgando y sacándolos de debajo de los montículos frescos. Las gaviotas, que no han sido dotadas de un pico para sondear, se valen de su mayor astucia y agresividad para despojar a los teros. A menudo he observado con gran interés sus procedimientos por horas enteras. Tal vez centenares de teros se ven corriendo atareados por todos lados en la llanura, y cerca de cada uno hay una gaviota parada observando a su potencial víctima con mucha atención. En el instante en que una gran larva blanca es extraída, la gaviota se arroja sobre ella con furia repentina tal, que el tero es forzado a levantar vuelo, lo que se continúa en una violenta persecución. El depredador sigue de cerca los movimientos de su víctima graznando todo el tiempo, hasta que ésta, asustada o cansada, deja caer la presa y aterriza con un grito de fastidio. Instantáneamente cambia el vuelo del perseguidor, deteniéndose un momento en el aire mientras ve caer el gusano, para lanzarse sobre él directa y repentinamente, engullirlo con su inveterada glotonería y apurarse a reanudar su vigilancia tras el tero.

Muchas gaviotas revolotean constantemente alrededor de las "*estancias*", para alimentarse de los desperdicios que suelen encontrarse en abundancia cerca de esos establecimientos ganaderos. Cuando se carnea una res, se reúnen en gran número y se disputan las entrañas con las aves domésticas. También son fieles concurrentes al puesto del pastor, y si un cordero muerto queda en el corral cuando la majada va a pastar, se ceban en su cadáver en compañía del Chimango. Cantidades de ellas se ven volar todo el tiempo sobre las orillas del río y, al bajar la marea, disputan sobre la arena el pescado muerto, los alevinos varados, o cualquier otro resto animal.

Los mataderos adyacentes a la ciudad también son frecuentados por las huestes de estos bellos y prolijos

---

<sup>106</sup> "*Plover*" en el original. En ocasiones Hudson usa este término, equivalente a chorlo, para referirse al Tero Cornén.

<sup>107</sup> Es llamativo que Hudson haya conocido tan bien una característica que pocas veces se observa en el campo, como es el tono rosáceo del plumaje ventral, que algunos individuos, probablemente muy adultos, adquieren

<sup>108</sup> Por este mismo motivo, en esa ciudad existe un monumento a las gaviotas.

<sup>109</sup> Estas eclosiones en gran escala ya no son habituales, debido seguramente al uso generalizado de pesticidas.

basureros. En tales sitios puede verse gran número sobrevolando la zona, uniendo sus gritos a los mugidos de miles de reses salvajes y a las exclamaciones de los hombres empeñados en su ruda labor. Se dejan caer a intervalos, dondequiera que quede un pequeño espacio libre, sobre la tierra rebosante de sangre coagulada y vísceras, para arrebatarse con codicia cualquier bocado que consigan en ese instante, sin manchar su delicado ropaje blanco puro y azul etéreo.

Sólo cuando su alimento es muy abundante, las gaviotas se mueven en grandes masas; en otras ocasiones se ven solas o en grupos pequeños, pero a la noche suelen congregarse por miríadas en algún cuerpo de agua, donde a veces seguirán alborotando hasta la mañana.

Su curiosidad o enojo parece avivarse ante la aparición de una persona de a pie en las llanuras abiertas. No bien la ha atisbado, la gaviota va hacia ella con vuelo rápido, lanzando fuertes e indignados graznidos, que invariablemente atraen a sus compañeras. Todas ellas pasan una y otra vez, planean sobre la cabeza del caminante, graznan como si estuviesen muy enojadas, y por último se retiran, para unir sus voces en una suerte de coro, agitando las alas hacia arriba en forma singular; pero a menudo, cuando casi se pierden de vista, viran de golpe y repiten toda su fastidiosa actuación con renovado celo. Como el vuelo es tan sereno en dichas ocasiones, resultan un blanco fácil para el tirador. Sin embargo muchas personas, y en particular los residentes ingleses, encuentran repugnante su carne. Pero el sabor de las aves no parece depender totalmente de lo que comen en particular, y a veces dos especies, que se alimentan en forma diferente, son de la misma calidad. El Loro Barranquero (*Cyanoliseus patagonus*) tiene un sabor muy amargo, y sin embargo ingiere las mismas semillas que la perdiz y la paloma silvestre. El Cuervillo de Cañada (*Pie gadis chihi*) come lo mismo que las más deliciosas becasinas, y sin embargo, al cocinarlo, su grasa emite un olor nauseabundo que lo hace inapropiado para el consumo humano. Los que han comido esta gaviota la encontraron gustosa, sin la menor traza de sabor desagradable.

Las gaviotas parecen destacarse entre la estirpe emplumada debido a la singular belleza de su vuelo. La nuestra no constituye una excepción, y todos sus movimientos en el aire están caracterizados por la misma gracia y levedad observada en especies afines que habitan otros continentes. En los días cálidos, sin viento, les gusta elevarse a gran altura, semejando así diminutas manchas en el cielo. Cuando el tiempo es bueno, su vuelo es siempre plácido, y un gran conjunto de ellas, visto a lo lejos, parece desplazarse con los serenos movimientos de una nube.

Cuando están cerca, es grato ver la maravillosa precisión con que cada ave mantiene su posición relativa en la bandada. Pero es cuando hay viento fuerte que el vuelo resulta particularmente interesante y, observado un tanto a la ligera, parece caprichoso e irregular. El ave se eleva con esfuerzo, mostrando alternadamente la superficie superior e inferior de sus alas; se queda de pronto inmóvil en el aire, y luego reanuda su ascenso con redoblada velocidad para caer hasta acercarse a la superficie y remontar nuevamente hacia el cielo, sin esfuerzo aparente, sino como llevada por la irresistible violencia del viento

NOTA: En una copia fotostática de la carta original manuscrita de Hudson, propiedad de la Asociación Ornitológica del Plata y revisada por nosotros, existe el párrafo siguiente excluido por Sclater en la publicación: "*Pero a veces, observadas con atención y por un largo período, parecen repetir los movimientos más o menos regularmente y se nota que las aves avanzan con un vuelo ondulante. Cada gran subida y bajada y las continuas desviaciones menores de la línea recta de desplazamiento, parecen corresponder a las mayores y menores ráfagas, que se suceden una a otra como con regularidad. El espectáculo de una gaviota volando al viento podría servir para ejemplificar la hermosa teoría del ritmo del movimiento, de Herbert Spencer. O tal vez esto sea sólo una fantasía.*"

## UNDÉCIMA CARTA

### ELEVENTH LETTER ON THE ORNITHOLOGY OF BUENOS AYRES

#### LOS VISITANTES DE INVIERNO

Buenos Ayres, 2 de septiembre de 1870

Además de la Gaviota Capucho Café (*Larus maculipennis*), descrita en mi última carta, contamos con cinco especies de alaridos, cuya descripción postergaré hasta que haya aumentado mi reducido conocimiento sobre sus hábitos.

Hace poco conocí un pájaro que, según creo, nunca habla sido capturado en esta región: la Bandurrita Común (*Upucerthia dumetana*). Una pareja apareció este invierno en un campo cercano a mi casa, y un mes

después logré capturarla. El macho resultó ser un poco mayor que la hembra, pero de igual plumaje. En sus movimientos me recordaban a la Remolinera Común (*Cinclodes fuscus*), y al igual que ésta eran desconfiadas y estaban siempre listas a escapar con su vuelo irregular, rápido y bajo. A veces se posaban en tallos secos, aunque más a menudo en tierra, saltaban y agitaban la cola nerviosamente y corrían por el suelo desnudo con extraordinaria ligereza. Probablemente estas aves eran visitantes invernales de la Patagonia, pero es dudoso que migren regularmente tan al norte<sup>110</sup> Creo que la especie ha sido considerada exclusiva de la región andina, pero he visto una piel obtenida en el litoral atlántico meridional de esta provincia.

Ya tenemos varias señales de la proximidad de la primavera, y lamento no haber prestado la atención debida a los hábitos de nuestras especies invernales, ni escrito tantas cartas como esperaba. Antes de que pasen muchos días habrá terminado la estación fría, y con ella se habrán ido las aves que llegan a visitarnos año tras año, desde las mesetas desiertas de la Patagonia. Cuando reflexiono sobre el escaso número de especies que integran esta caravana de sombríos plumajes, comparado con la multitud que llega en verano, vistiendo la alegre librea de los trópicos, me veo forzado a suponer que la Patagonia debe ser bastante pobre en especies. Sin embargo, en el interior de esa región hay una zona fértil, abundante en bosques y regada por un gran río y sus arroyos tributarios. Las aves que allí habitan, por cierto no nos visitan, y todos nuestros migrantes invernales, a excepción de dos rapaces, eligen las llanuras abiertas y despejadas, posándose casi exclusivamente en el suelo. Sin embargo, es posible que existan en esas áreas patagónicas, apropiadas para la existencia de Passeriformes, varias especies residentes. Aguardo con la mayor ansiedad la ocasión de aprender, a través de la observación, algo de la ornitología de esas regiones<sup>111</sup>

La osquita (*Lessonia rufa*)<sup>112</sup> y la Remolinera Común son los primeros en llegar, aquella a lugares abiertos, ésta a las orillas de los arroyos. Ambos pájaros son muy comunes y de amplia distribución. La pequeña y silenciosa osquita es llamativa, con su brillante rufo en la espalda, en vivo contraste con el negro intenso del resto del plumaje, patas y pico, que parecen teñidos con tinta china. La lengua y el interior del pico son amarillo brillante. Los machos jóvenes tienen el plumaje ceniciento, tan pálido como el de las hembras adultas. Pronto adquieren manchas negras, y antes de abandonarnos les quedan sólo algunas áreas gris oscuro que los distinguen de los adultos. Son vivaces y peleadoras, saltan y vuelan por el pequeño manchón de tierra pelada al que se aferran, como los alrededores de una vizcachera, un corral de ovejas, o los lugares secos y pisoteados donde las vacas pasan la noche. También gustan de los terrenos bajos y fangosos cuando el pasto es corto. En ocasiones se posan en juncos o cardos, pero sienten tal rechazo por los árboles, que muy pocas veces se asentarán siquiera al pie de uno. Dicha característica, que corresponde a las auténticas aves pampeanas, es apenas más marcada en la Cachirla Común (*Anthus correndera*) que en estas especies.

La Remolinera Común también es vivaz y de rápidos movimientos en tierra, pero cuando se asienta en un árbol queda inmóvil en la postura elegida. Son peleadoras y juguetonas, persiguiéndose con trinos excitados. A veces tratan de cantar en un día cálido, y emiten sus sonidos mientras saltan desde el suelo, pero su voz es tan desprovista de melodía como su plumaje de tonos brillantes.

Ninguna de las dos especies es estrictamente gregaria, no obstante lo cual suelen hallarse varios individuos juntos, y a veces se ve a las osquitas volando sobre la llanura, en pequeñas y dispersas bandadas.

La Monjita Chocolate (*Neoxolmis rufiventris*) llega en vísperas del invierno, y desde ese momento se la encuentra amplia y dispersamente distribuida en la llanura. Es probable que migre varios grados más al norte, porque el mayor número se observa apenas llega, y se la ve siempre dirigiéndose al norte, corriendo por el suelo o volando.

Hay dos halcones entre nuestros visitantes invernales, el Halcón Plomizo (*Falco femoralis*) y el Halconcito Colorado (*Falco sparverius*)<sup>113</sup>. Llegan y se van aproximadamente al mismo tiempo, y aunque no son comunes se encuentran ampliamente distribuidos, y se parecen entre sí en su forma de volar, el hábito de posarse sobre postes o ramas secas y rondar algún huerto o cerco durante el invierno. En la Patagonia, una persona me informó que el Halconcito Colorado es muy común en verano en la vecindad de las zonas pobladas del río Negro, y allí cría, construyendo su nido en árboles<sup>114</sup>

Existen dos gaviotas entre nuestros migrantes de invierno, una grande de alas negras y otra gris oscura con pico negro<sup>115</sup> Probablemente estas aves nidifiquen en la costa atlántica, y en invierno se encuentran ampliamente distribuidas por las pampas. Dondequiera que se cuere un caballo o vaca muerta, aparecen a comer su carne como los jotes, y se alejan al concluir. Estas aves no parecen ser migradoras regulares. La especie gris es siempre muy rara, mientras que la de alas negras es mucho más numerosa, especialmente en ciertas épocas.

También hay dos gansos, el mayor de los cuales es el Cauquén Común (*Chloephaga picta*). Poseen gran

---

<sup>110</sup> En la actualidad tampoco migran regularmente, coincidiendo con la apreciación de Hudson.

<sup>111</sup> En esta frase Hudson preanuncia su próximo viaje a Carmen de Patagones, al que luego ha de referirse en su nota sobre las aves del río Negro y en el libro “*Días de ocio en la Patagonia*”

<sup>112</sup> Hemos preferido dejar el nombre utilizado por Hudson y no el tipificado de Sobrepuesto Común.

<sup>113</sup> En la actualidad ambas especies, y más aún *Fatcofemorahs*, son residentes.

<sup>114</sup> *Falco sparverius* anida en huecos de árboles o en barrancas.

<sup>115</sup> La gaviota grande y de alas negras es sin duda *Larus dominicanus*, y las de plumaje gris oscuro con pico negro, muy probablemente jóvenes de esta misma especie.

dimorfismo sexual: el plumaje del macho es blanco y gris pálido, y el de la hembra pardo intenso y apizarrado. Más de dos grados de latitud al sur de nuestra ciudad, se halla el límite norte de su migración invernal<sup>116</sup>. Las inmediaciones de la ciudad de Azul, al sudoeste, son refugio predilecto de estas aves cuando nos visitan, y allí se las encuentra en gran número, en bandadas de 12 a 100 individuos que, desparramados por la llanura, se alimentan de tréboles y pastos tiernos. Son desconfiados y vocingleros, y parlotean durante las noches heladas. No puedo decir si crían en la Patagonia o en las Malvinas, pero me han contado que en esta última región son muy numerosos en verano.

El ganso pardo menor, que aquí llaman "*pato de la sierra*"<sup>117</sup> y recuerda a la hembra del Cauquén Común, llega mucho más al norte que éste, pero rara vez es visto dentro de los 80 kilómetros de Buenos Ayres. A esa distancia al sur de la ciudad se halla el refugio de las bandadas de vanguardia, que visitan anualmente el mismo lugar en gran cantidad, y permanecen tan fieles a él durante toda la estación, que podríamos imaginar un acuerdo entre los cauquenes para considerado una línea de frontera que no sería lícito o seguro trasponer.

De la familia que abarca a las hecasinas, chorlitos, etc., tenemos cinco especies invernales: La becasina verdadera<sup>118</sup> (ya que este mismo nombre vulgar se aplica a otras especies) es grande, con el plumaje dorsal oscuro y el ventral blanco, muy densamente moteados de rojo rufescente<sup>119</sup>. Me inclino a creer que permanece todo el año en esta región, cría en verano en las pampas más australes y se dispersa irregularmente hacia el norte en invierno.

El "*chorlo amarillento*" (*CMradriusfalklandicus*) pasa ya avanzado el otoño en su camino al norte, y permanecen aquí muy pocos individuos durante la estación fría. El "*chorlo de invierno*" (*Charadrius modestus*) y la "*gachita*" (*Thinocorus rumicivorus*) llegan en abril, son numerosos y están ampliamente distribuidos. Un pequeño y bello chorlito ceniciento, de cabeza rufa y pecho fajado, también se encuentra en invierno disperso por el sur de esta provincia<sup>120</sup>. Hablaré de las cinco especies que acabo de mencionar cuando me ocupe de la familia a la que pertenecen.

Cierra esta corta lista, la gran "*vandurria de invierno*"<sup>121</sup>), que recuerda a *Numenius*, bien conocida por su tamaño, cortante grito de extraordinaria potencia y por el vivo contraste de sus colores. Las patas son rojo brillante, las alas y el lomo azul ceniciento, lo ventral negro, y la cabeza y cuello de un intenso amarillo. Llega en mayo, es muy común en las pampas alrededor de los 38 grados de latitud sur, y se vuelve más escasa conforme se avanza al norte. Raramente se la ve más allá de la ciudad de Buenos Ayres. Frecuenta los terrenos secos donde abundan las altas y aisladas matas de pasto o de cardos bajos. Allí se allmentan en dispersas bandadas de entre 12 y 50 individuos. Usan mucho sus picos largos, delgados y curvos para sondear la tierra, a juzgar por la considerable cantidad de grandes larvas de escarabajos cornudos, que se encuentran al abrir sus estómagos. A menudo ponen tal empeño en la búsqueda del alimento, que los integrantes de una bandada se dispersan y vagan hasta perderse de vista; en ocasiones, cuando esto sucede, lanzan gritos vehementes, como para llamar a sus compañeros o para informarse de sus paraderos. Con frecuencia uno levanta de pronto sus alas, como para volar, y, estirándolas verticalmente, permanecerá en esta curiosa pose por 15 ó 20 segundos. Al caer el sol, todas se elevan gritando, y se dirigen al curso de agua más cercano. Poseen a menudo una extraña e interesante conducta camino a su reunión vespertina. Toda la bandada se precipita a tierra con una violencia digna de observar, y cada individuo cambia de dirección una y otra vez, como tratando de superar a sus compañeros en sus salvajes y fantásticos movimientos. De esta manera suben y bajan una y otra vez, dispersándose o juntándose como si se estuvieran persiguiendo y luego tratando de evitarse. Llevan a cabo este ejercicio por algún tiempo y, mientras dura, sus fuertes y percusivos gritos resuenan por varios kilómetros a la redonda. Las bandurrias parten al llegar la primavera y su vuelo, ligero y fácil, podría transportarlas a lo más austral del continente en un lapso muy breve. Sin embargo, me inclino a pensar que, dados sus hábitos aquí y lo que sé sobre las condiciones ambientales de la Patagonia, la porción septentrional de esta región es el hogar estival más adecuado para ellas<sup>122</sup>

Así, nos visitan sólo 15 especies patagónicas. Puede haber algunas más, probablemente el Playerito Rabadilla Blanca (*Calidris fuscicollis*)<sup>123</sup> y tal vez una especie de *Xolmis*, pero algunos de los que he incluido en esta lista, por ejemplo la "*vecasina*", tal vez sean residentes de las pampas de Buenos Ayres.

Algunas de nuestras especies residentes aparecen en invierno en distritos donde nunca se ven en verano, y sus migraciones no son muy regulares. Las más comunes son el "*boyero*" (*Xolmis coronafa*), el Loro Barranquero (*Cyanoliseus patagonus*), la gran paloma silvestre<sup>124</sup> y la Loica Común (*Sturnella loyca*).

<sup>116</sup> Llama la atención que a más de un siglo de las observaciones de Hudson, el alcance de la migración de estas aves no haya variado fundamentalmente, aunque retrocedió en parte el límite septentrional.

<sup>117</sup> Pese a que en este punto hay una llamada de Sclater que dice textualmente "*Chjoephaga pohocephla*", el menor de los cauquenes y al mismo tiempo el más parecido a la hembra del común es *Chrubuiceps*.

<sup>118</sup> ) Sin duda la Becasina Común (*Galligo paraguaLae*).

<sup>119</sup> A nuestro entender la Becasina Común no es grande y está moteada de pardo.

<sup>120</sup> Aunque no es fácil definir a qué especie se refiere, es probable que sea *Charadnus collaris*, pese a que limitarlo a una distribución sureña cuando en realidad es propia del centro y norte del país, vea alguna confusión

<sup>121</sup> Sclater hace una llamada señalando que se trata del Ibis *Geronticus melanopis Theristicus melanopis*.

<sup>122</sup> En realidad, la distribución estival de la especie alcanza la zona más austral de la Patagonia y Tierra del Fuego.

<sup>123</sup> Esta especie, que Hudson menciona como *Tringa bonapartii* y que nosotros interpretamos como *Cahdrts fuscicollis* nidifica en el hemisferio norte y es en el área pampeana un visitante estival

<sup>124</sup> Una paloma del género *Columba*.

## DUODÉCIMA CARTA

### LAS GOLONDRINAS

Buenos Ayres, 22 de septiembre de 1870

En las cartas me he referido siempre a la especie que más me interesaba en ese momento; por ello hoy diré algo sobre las golondrinas de esta región, ya que estos pequeños migrantes, siempre bienvenidos, están llegando puntualmente y dispersándose a lo largo y ancho de las llanuras bonaerenses.

La Golondrina Ceja Blanca (*Tachycineta leucorrhoa*) es la más común y, con su brillante vestuario azul intenso y verde, y rabadilla y plumaje ventral blanco níveo, es un pájaro bello y elegante. Son las últimas de todas las especies migratorias que nos dejan en otoño, e invariablemente reaparecen en pequeño número durante los días cálidos del invierno, de modo que ciertas personas no creen que nos dejen en absoluto, sino que sólo se mudan a lugares más protegidos cuando el tiempo es riguroso<sup>125</sup>. Durante el invierno de 1869 vi a tres desplazarse rozando la llanura, en uno de los días más fríos que haya conocido; la lectura del termómetro se habla detenido en unos dos grados bajo cero durante el anochecer del día anterior. De cualquier modo, parecen escasos los individuos que permanecen con nosotros todo el invierno, mientras que en el otoño se ven volar miríadas hacia el norte; incluso algunos años continúan pasando durante más de un mes. En abril de 1869, varios días después de haber migrado nuestras cinco especies<sup>126</sup>, comenzaron a reaparecer en vuelos del tipo que describí, avanzando hacia el norte, y así continuaron pasando durante diez días. Descendían para tomar agua en un estanque, donde las observaba, posándose luego para descansar en juncos y arbustos. La mayoría parecía muy cansada del viaje, y volaba con desgano cuando me acercaba; algunas permitían que me aproximara hasta dos metros sin irse. Nunca antes había observado una migración suplementaria o posterior como ésta, y en el otoño pasado (1870) por cierto no ocurrió nada semejante. Probablemente, la migración de esta especie llega muy lejos hacia el sur; ahora están viajando en gran número, y han estado circulando de esta forma durante los últimos 15 días.

A veces hacen su nido en un árbol, en la abandonada y voluminosa construcción del Leñatero (*Anumbius annumbi*). He tenido ya ocasión de mencionar a este interesante pájaro y su enorme nido, y lo haré nuevamente al describir otras especies.

Sin embargo, es bajo los aleros de las casas donde suelen criar y no hay rancho en las pampas, por humilde que sea, donde no haya alguna golondrina revoloteando por el tejado o asomándose con curiosidad debajo de los techos, mientras emiten sus alegres gorjeos. Tan grande es su apego a las viviendas, que aun en sus más largas excursiones rara vez se ausentan más de cinco minutos.

De cuatro a seis semanas antes de empezar a construir su nido, y sin importar cuántas grietas o huecos adecuados haya, parecen estar peleando sin cesar, sin duda disputando los mejores sitios. El piar continuo, las constantes pugnas entre dos pájaros por posarse en el mismo centímetro de pared, y las persecuciones alrededor de la casa, que siempre terminan donde comenzaron, hablan de los intereses contrapuestos y la gran irracionalidad de parte de algunas de ellas.

A veces las peleas toman un cariz más serio, y cuando todas las instancias de conciliación se agotan, comienza la lucha. Con la mayor ansia de venganza las pequeñas aves se aferran unas a otras, y caen a tierra 20 veces por hora; allí a menudo forcejean por un tiempo considerable sin hacer el menor caso de los gritos de alarma de sus compañeras, porque resultan presa fácil para algún gato, que con frecuencia aprovecha sus disputas. Cuando estos problemas y enfrentamientos por fin han terminado, se ocupan con diligencia de su gran obra, y construyen un nido bastante grande. No son habilidosas ni prolijas, simplemente rellenan el interior de un agujero con gran cantidad de paja y material liviano, y lo acolchan con una gruesa capa de plumas y crines. Ponen entre cinco y seis huevos blancos y puntiagudos.

Todas las especies expuestas a la depredación por parte de las rapaces, deben mucho a esta golondrina, porque es el centinela más celoso. Muchas veces, cuando el ave de presa aún está lejos y las otras especies no sospechan que se aproxima, la golondrina se lanza hacia el cielo con impetuoso vuelo, anunciando con gritos las siniestras noticias. Estas voces son bien comprendidas y la alarma cunde como relámpago entre la tribu emplumada, que entra en pánico, para luego arrastrarse por el pasto, zambullirse en los montes, o remontar vuelo. A menudo me he maravillado por esto, ya que el ave, pequeña y ligera, es seguramente la menos expuesta a ser presa de las rapaces.

---

<sup>125</sup> Es evidente que Hudson no diferenciaba la muy similar forma patagónica (*Tachycineta leucopyga*), que aparece en el centro y norte de la provincia durante el invierno.

<sup>126</sup> En la actualidad se reconocen 12 especies en la provincia, tres de ellas ocasionales.

Tienen otro hábito que no puede dejar de resultar grato a cualquier madrugador, amante de la naturaleza. Una hora antes del alba, cuando el profundo silencio de la noche no ha sido aún roto por ave silvestre alguna, multitudes de estas golondrinas comienzan a cantar como respondiendo a la señal de un líder, mientras se elevan hacia el cielo aún oscuro. A esta hora su canto es bien diferente de los puros apresurados que emiten durante el día. Son llamativos y, aunque suaves, pueden oírse a gran distancia. Como suenan cercanos, pese a venir de lejos, desde tantas gargantas en lo alto del cielo, tienen un efecto sumamente encantador, que parece alcanzar perfecta armonía con la tenue luz del amanecer.

A menudo vemos aquí una golondrina que guarda semejanza general con *Tachycineta leucorrhoa*, aunque mayor, y sin coloración o reflejos azules y verdes, y un tinte castaño en cuello, rabadilla y flancos.

No cría ni permanece mucho tiempo con nosotros, pero es tan común que debería, a mi entender, tener su lugar en nuestra avifauna<sup>127</sup>. Lamento decir que no conozco su nombre ni su hábitat estival, y probablemente podría ilustrarme sobre este tema, de poseer alguna de aquellas grandes obras sobre especies sudamericanas. Sin embargo, a pesar de la descripción necesariamente imperfecta que suministro sobre ella, tal vez pueda usted determinar su especie. He llenado mis papeles con cantidad de notas sobre esta golondrina, luego de mucho observarla, para tratar de descubrir la dirección de su vuelo migratorio, pero siempre encontré que sus movimientos y épocas de aparición eran muy irregulares, aparte del hecho de que durante algunos años es enormemente más numerosa que en otros. Incluso llega a haber períodos en los que no se ve ni un individuo, y en otros aparecieron sólo muy avanzado el otoño. He encontrado las siguientes anotaciones en un viejo cuaderno mío<sup>128</sup>: -Hoy (18 de marzo de 1865) aparecieron las primeras golondrinas mayores de rabadilla blanca que he observado en esta estación, pero sólo unas pocas fueron visibles, a pesar de que era un día de calor agobiante y sin viento. Siguieron pasando todos los días, dirigiéndose hacia el nordeste, hasta el 25, cuando llegó una tormenta desde el sur, que enfrió el aire.

Sin embargo, durante otros años aparecieron en primavera o a principios del verano, y a juzgar por el rumbo sudoeste que llevaban, me inclino a pensar que su hábitat estival está en la región montañosa de la Patagonia occidental. Es llamativo que durante algunos años hayan continuado pasando durante toda la estación cálida, o parte de ella, a veces en número enorme. Así, durante el otoño de 1863 tuve una buena oportunidad para observarlas aquí, ya que todos los días miles de ellas bajaban al arroyo cerca de mi casa para planear sobre la superficie, sorber agua y remojarse como todas las golondrinas. Las que llegaban durante las horas de más calor se reunían por miles en los arbustos, cerca del arroyo<sup>129</sup>, pero dos a tres horas antes del crepúsculo levantaban vuelo y se dispersaban por el cielo tomando una dirección norte o nordeste. Esto continuó durante varios días, y desde entonces nunca volvieron a ser tan numerosas.

A diferencia de otras aves, al migrar no vuelan rápido y en línea recta, sino que dan vueltas perezosamente, con vuelo grácil y sereno, dispersas aquí y allá, nunca en bandadas compactas. Primero pasa un ave, luego otra, después dos o tres, y así sucesivamente durante una buena parte del día.

Su canto es muy diferente al de todas nuestras golondrinas, y mientras describen círculos en lo alto, emiten sin cesar una serie de notables sonidos, que recuerdan algo al crujido de los ejes sin engrasar de un carro arrastrado con lentitud.

En mi próxima carta describiré otras golondrinas que se encuentran por los alrededores.

## CUARTA PARTE

### COMUNICACIONES

Aparecidas en los "*Proceedings*" de la Sociedad Zoológica de Londres,

1872-1876 y en la revista "*The Ibis*" 1885

Con el mismo criterio de las "*cartas*", Hudson sigue enviando sus notas a Sclater, las que a partir de 1872 se publican ya como comunicaciones. Las dos primeras, una de las cuales es la referida a las aves del río Negro,

---

<sup>127</sup> Se refiere aquí a la Golondrina Rabadilla Canela (*Hirundo pyrrhonota*), especie migratoria del hemisferio boreal y abundante en las pampas durante nuestro verano, opinión que es también la de Sclater en nota al pie.

<sup>128</sup> Lamentablemente, no se conserva ninguna de las muchas libretas de campo en las que Hudson basó sus notas.

<sup>129</sup> Se refiere siempre al arroyo Conchitas, cercano a su vivienda en "*Los Veinticinco Ombúes*"

aparecen con notas complementarias de Sclater. Luego, los trabajos son firmados en exclusividad por Hudson, quien el 1° de abril de 1874 deja la Argentina para no regresar. El material de Hudson sigue publicándose en los "Proceedings" de la Sociedad Zoológica hasta 1876. Tras una interrupción de nueve años, en 1885 aparece su última comunicación en la revista inglesa "The Ibis", sobre las dos especies de cacholotes; lo referido al Cacholote Pardo es muy similar a lo publicado en la nota sobre las aves del río Negro.

### Sobre las aves del río Negro, Patagonia<sup>130</sup>

Con notas de P. L. Sclater

On the Birds of the Rio Negro of Patagonia. With Notes by P. L. Sclater.

[Recibida el 2 de marzo de 1872]

Hace unos días escribí para informarle a Sclater de mi regreso de la Patagonia, y de la determinación de enviarle todos los especímenes coleccionados, o al menos sus duplicados, así como mis observaciones sobre ellos. Las entrego ahora y, ya que no pude averiguar los nombres de ciertas especies que deseo comentar, las he numerado, de forma tal que será necesario referirse a los ejemplares mismos para determinar sus nombres científicos.

Mis observaciones han estado confinadas al valle del río Negro y a las tierras altas adyacentes. No me alejé del mar más que unos 150 kilómetros.

Encontré, en total, 126 especies de aves, pero de éstas, 93 también se hallan en las pampas bonaerenses. La mayoría de las especies comunes a Buenos Ayres y a la Patagonia son terrícolas, residentes en esta última región; siete u ocho son visitantes estivales del norte, y varias más son aves patagónicas que visitan Buenos Ayres en invierno. De esta forma, me encontré con sólo 33 especies típicas de la Patagonia, y como algunas de ellas se observan muy de vez en cuando, no pude obtenerlas a todas. Por cierto es un número insignificante, pero en una región de clima excesivamente seco, con escasos cursos de agua y muy separados, tierra árida y arenosa, y vegetación rala y achaparrada, es imposible que haya muchas especies. Es más, si hubiera podido alejarme unos 150 a 300 kilómetros más, supongo que esta colección habría exhibido una variedad mucho mayor, ya que la región se vuelve más boscosa en el interior.

### EI CHOIQUE

(*Pterocnemia pennata*<sup>131</sup>)

Fracasaron mis intentos por obtener ejemplares de esta especie. Los indios lo llaman "*molu chinque*", que significa "*chinque enano*"; chinque es el nombre de la especie común<sup>132</sup> Habitan toda la región, desde el río Negro hasta el estrecho de Magallanes, y también se los encuentra, si bien en raras ocasiones, más al norte. En otras épocas fueron sumamente numerosos a lo largo del río Negro, pero hace unos pocos años sus plumas alcanzaron precios exorbitantes. Los gauchos<sup>133</sup> e indios encontraron que cazar el avestruz era su ocupación más lucrativa. En consecuencia estas nobles aves fueron perseguidas incesantemente y masacradas en tal cantidad, que han sido casi exterminadas en todos los sitios accesibles. Estaba tan ansioso por obtener especímenes que contraté diez o doce indios para que cazaran para mí, ofreciéndoles una generosa recompensa. Lo intentaron varias veces, pero no pudieron capturar un solo adulto.

---

<sup>130</sup> Es seguramente la publicación sobre las aves del río Negro el aporte biogeográfico más importante hecho por Hudson. Se descubren con nitidez los límites que le impone su falta de material bibliográfico -esperable en un joven aficionado nacido en nuestro país a mediados del siglo XIX-, al punto de no poder identificar especies comunes de la avifauna argentina Pero al mismo tiempo se evidencian su sagacidad y dotes de observador, que le permiten ampliar el Conocimiento básico, describir hábilmente el comportamiento de varias especies e incluso hacer el aporte cumbre para cualquier ornitólogo, de una nueva especie, en el futuro indisolublemente ligada a su nombre

<sup>131</sup> "*Avestruz petise*", en el original.

<sup>132</sup> El Ñandu (*Rhea americana*).

<sup>133</sup> "*Guachos*" en el original

Tal vez resulten interesantes algunos hechos que pude reunir a cerca de ellos, ya que el Choique es pobremente conocido. Cuando se lo caza, frecuentemente intenta pasar inadvertido achatándose bruscamente contra los matorrales. Echado entre los arbustos de hojas grises que cubren la región, escapa fácilmente a la observación. Ante una persecución enconada, posee el mismo y notable hábito del Ñandú, de levantar las alas en forma alternada, manteniéndolas erectas. También muestra idéntica habilidad para girar súbitamente, con el objeto de evitar a sus perseguidores. Es más veloz que la especie común, pero queda exhausto más rápido. Durante la carrera, el Ñandú lleva el cuello erecto o levemente inclinado, mientras que el Choique lo mantiene también estirado hacia adelante pero en forma casi horizontal, y por esta razón parece más pequeño de lo que es en realidad. Se dice que de este hábito deriva su nombre vernáculo<sup>134</sup>

Anda en bandadas de tres hasta treinta o más individuos. No pude saber silos machos luchan entre si como los de la otra especie y, si al igual que ésta, emiten un reclamo. El extraño grito trompeteante del Ñandú se oye a menudo después de que han sido perseguidos y dispersados en todas direcciones. Se trata de un sonido indescriptible, que recuerda algo al hueco y pesado suspiro con el que un toro suele concluir su mugido, y parece llenar el aire, de forma tal que es imposible discernir de qué lado procede. Los sonidos, suaves y perezosamente sibilantes, son los mismos en ambas especies. El Choique comienza a poner a fines de julio, esto es, un mes antes que el Ñandú y en todos los hábitos de cría de ambas especies existe una singular similitud.

Una cantidad de hembras pone en un mismo nido, que no es más que una leve depresión acolchada con un poco de detritos secos, y a veces llega a haber hasta 50 huevos. Pero el Choique, a semejanza de la especie común, pone varios huevos "huachos", o abandonados, a cierta distancia del nido. Inspeccioné un número de huevos traídos por una partida de cazadores, y quedé sorprendido ante las grandes diferencias de tamaño, forma y color. La medida promedio era la misma que en la especie común. Tenían forma oval o elíptica, y rara vez se encontraban dos exactamente iguales. Recién puestos, su cáscara tiene un rico e intenso color verde, de delicado brillo, pero esta coloración se desvanece muy pronto. Al principio el lado expuesto al sol se vuelve pálido, opaco y moteado de verde, que cambia hasta volverse amarillento, y vira luego a un débil azul pétreo para llegar al final casi a blanco. La antigüedad relativa de cada huevo en el nido puede deducirse a partir del color de su cáscara.

Una vez que las hembras han concluido la puesta, el macho se sienta y empolla los huevos. Los pichones salen con las patas emplumadas hasta los dedos. Estas plumas no se desprenden, pero en cambio se desgastan gradualmente, al crecer el ave, debido a la continua fricción contra los ásperos arbustos que abundan en su hábitat. En los adultos suelen quedar unas pocas plumas dispersas, y a menudo sólo sus desgastados canutos, pero los cazadores me han referido que a veces se atrapan individuos viejos con los tarsos totalmente emplumados, y que éstos son los que frecuentan las planicies con pocos matorrales.

El plumaje de los jóvenes es gris oscuro, sin ninguna pluma o mancha blanca o negra. Al año mudan, adquiriendo el moteado de los adultos, pero no alcanzan el tamaño definitivo hasta el tercer año.

## EL HALCÓN<sup>135</sup>

Esta especie se encuentra en los montes espinosos que crecen en las altas mesetas a ambos lados del río Negro. Es un ave solitaria, y casi invariablemente se halla posada en lo alto de algún arbusto o árbol pequeño donde, en medio del gris y descolorido marco de la vegetación, su amplio pecho blanco puro lo vuelve llamativo a gran distancia. Es un ave hermosa, de vuelo tranquilo y grácil, y en busca de presas se eleva mucho más alto que los gavilanes. Caza principalmente tuco-tucos (*Ctenomys*), y al parecer encuentra alimento en abundancia, ya que todos los especímenes que cacé estaban excesivamente gordos. Construye su nido en el centro de un amplio arbusto y pone tres huevos blancos.

## EL HALCONCITO GRIS

*Spizapteryx circumcinctus*<sup>136</sup>

Mientras buscaba ejemplares de aquel aguilucho me encontré con otra especie de estructura y hábitos tan

---

<sup>134</sup> En el original "*Dwarf Ostrich*", avestruz enano.

<sup>135</sup> Pese a que usa el inapropiado nombre de "*Halcón*" por la descripción es probable que se refiera a *Buteo polyosoma*. Sin embargo, esta especie pone huevos manchados, no blancos.

<sup>136</sup> Este título no aparece en el original. Con los conocimientos actuales no es difícil deducir que se trata del Halconcito Gris, del cual Hudson no tenía información. Sclater, a quien Hudson no envía material, no arriesga una identificación



notables que no puedo evitar mencionarla brevemente aunque, para mi gran decepción, no pude obtener ningún espécimen. Parece menor que el Halconcito Colorado (*Falco sparverius*), con plumaje dorsal gris y alas y parte ventral blancos. Su cola es larga y las alas muy romas, tan cortas que el ave, al volar, surca el aire con gran violencia. Se ve en parejas, asentado en lo alto de los arbustos, y cada tanto prorrumpen en un excitado coro de voces fuertes que recuerda más el lenguaje de un pájaro que el de un halcón.

Al acercarme lanzaba un fuerte y prolongado grito de alarma, y continuaba repitiéndolo hasta que, antes de llegar a distancia de tiro, levantaba vuelo, asentándose en un árbol alejado. Vi alrededor de una docena de individuos, que seguí por espacio de varios días, aunque en vano.

## EL ESPARVERO COMÚN

(*Accipiter striatus*)

En los bosques ribereños del Plata existe una rapaz diminuta, rara vez vista, denominada localmente "rey de los pájaros". Es muy afín en tamaño y forma al ave patagónica, pero difiere en coloración, y su vuelo es mucho más grácil<sup>137</sup>.

Hay cuatro águilas en el río Negro<sup>138</sup> pero todas ellas son sin duda bien conocidas. Le envió dos lechuzas. La Lechucita Vizcachera también se encuentra a lo largo del río. Hay dos jotes, el de cabeza negra y el de cabeza roja. También el Cóndor Andino se halla ocasionalmente en la costa atlántica. Vi un solo individuo, y me sorprendió que fuese inmune a mis numerosos disparos.

## EL CORTARRAMAS

(*Phytotoma rutila*)<sup>139</sup>

Este pájaro es el único tráupido<sup>140</sup> que he encontrado aquí, y sólo se diferencia de sus coloridos parientes tropicales por su ropaje más simple. Al lado de ellos resulta verdaderamente modesto, pero observado entre las huestes de plumaje deslucido, de los grises matorrales patagónicos, posee una apariencia casi festiva, dados la garganta y pecho rufos del macho. En sus hábitos se parece mucho al Naranjero (*Thraupis bonariensis*) y, como él, construye un nido circular, poco profundo, en un arbusto de espeso follaje, y pone cuatro huevos. Anda solo o en pequeñas bandadas; pesa en lo alto de arbustos, ocultándose cuando alguien se acerca. Se alimenta de frutos y semillas, y su vuelo consiste en una serie de cortas y súbitas ondulaciones, produciendo sus alas un fuerte zumbido. Las voces del macho son llamativas y cuando canta o se alarma al aproximarse alguien al nido, recuerdan al débil vagido de un bebé o el balido de un cordero. Esta peculiar entonación también la comparte con el Naranjero. Es bastante común en la vegetación densa que bordea el río.

## EL YAL NEGRO

(*Phrygilus fruuceti*)

Es un pájaro bonito y elegante, aunque no posee colores brillantes. Anda en parejas durante la estación cálida, pero en invierno se reúne en bandadas, por lo general de 200 a 300 individuos y poseen un grácil vuelo ondulante. Cuando alguien se aproxima, emiten una serie de píos graves y ocasionalmente un largo chillido. El

---

<sup>137</sup> Excepto el Halconcito Colorado, que Hudson conocía bien, la típica rapaz pequeña de la ribera platense es el Esparvero Común, cuyas características esboza correctamente en este párrafo. En "Argentine Ornithology" y "Birds of la Plata", evadiendo el problema, se funden ambas especies en una, haciendo aparecer erróneamente al Halconcito Gris en el norte de Buenos Ayres, y soslayando las diferencias que él, en efecto, había observado.

<sup>138</sup> Actualmente sólo consideraríamos águilas a *Harpyhalus coronatus* y *Geranoaetus melarothoeus*. Es probable que entre esas cuatro águilas mencionadas se incluyan una o más fases de *Buteo polyosoma* y menos probable a *B. atibicaudatus*.

<sup>139</sup> "Chingolo Grande", en el original

<sup>140</sup> No pertenece a la familia Thraupidae sino a Phytotomidae.

macho también posee, durante todo el año, un canto muy agradable, que se oye a toda hora si hay buen tiempo, pero sólo al crepúsculo en días fríos o nublados. Usualmente se eleva desde su percha, y canta mientras baja planeando con las alas caídas y la cola desplegada. Al oírlo por primera vez, quedé sorprendido por su singular parecido con el de la Cachirla Común, aunque es mucho más corto y potente. El Yal Negro es bastante habitual en los montes que bordean el río Negro y en las cercanías de Carmen de Patagones, pero río arriba parece volverse mucho más raro.

## La DIUCA COMÚN

(*Diuca diuca*)

Este bonito y pequeño pájaro es de movimientos sumamente vivaces, y hábitos sociables y agresivos. En invierno suele andar en bandadas de varios centenares. El grupo está, por lo general, ampliamente disperso por el terreno y los arbustos, y mientras vuelan se persiguen sin cesar, piando suavemente todo el tiempo. El canto del macho es el más dulce que he escuchado en la Patagonia, con dos excepciones, el del Cardenal Amarillo y la Calandria Real<sup>141</sup>, dicho esto por quien conoce de memoria "*las voces de todos los cantores alados*". En verano, cuando estos emberizados viven en parejas bastante dispersas, el canto del macho es el primer indicio de la llegada del día. Cuando todavía reina la profunda quietud de la noche y aún envuelve la tierra la oscuridad densa que precede al alba, el bullicio de la pequeña diuca se oye maravillosamente dulce y claro. En el silencio de esta hora, su canto puede oírse a gran distancia, y está compuesto por media docena de notas que repite a cortos intervalos, hasta que amanece por completo. Pero en invierno, cuando vive en grupos, su hora de cantar llega al atardecer, al encontrarse la bandada reunida en algún gran arbusto de espeso follaje, que ha elegido como lugar de descanso. Este canto de los atardeceres invernales es bien distinto del que se oye en verano, y los sonidos parecen más claros, emitidos en forma rápida e impetuosa. Poco después del crepúsculo rompen en un concierto que dura varios minutos, y cuya fuerza sube o cae alternadamente, y en el que resulta imposible distinguir el canto de un individuo en particular. Al cabo de unos pocos minutos de silencio, el coro se reanuda de repente, y termina de nuevo de un modo casi igualmente abrupto. Este sonido armónico e impetuoso continúa por una hora después de la puesta del sol.

Cerca de una casa donde viví varios meses, había tres grandes chañares, donde todas las noches descansaba una multitud de estos pájaros, sin dejar de cantar ninguna, por más nublado, frío o lluvioso que estuviera el tiempo. Parecían tan orgullosos de su encantador hábito que cuando me acercaba a los arbustos o me paraba bajo ellos, la alarma causada por mi presencia apenas interrumpía el concierto unos instantes y de golpe rompían a cantar de nuevo en forma casi simultánea, persiguiéndose todo el tiempo entre los matorrales, con frecuencia a centímetros de mi cabeza.

Las últimas tres especies que he descrito son los únicos semilleros que encontré en la Patagonia y que no conocía.

## LA CALANDRIA MORA

(*Mimus patagonicus*)

La calandria de la Patagonia se parece mucho a la bonaerense, (*Mimus saturninus*), pero es menor, con el plumaje de un gris más intenso y el ojo de un verde más oscuro. Es muy común, vive en parejas y se alimenta de insectos y bayas. En sus hábitos de nidificación recuerda a la Calandria Grande, con el nido compuesto de espinas y palitos, acolchado de suave pasto seco y pelo de vaca<sup>142</sup> y ubicado en el centro de un arbusto espinoso. Pone cuatro huevos ovales y muy densamente cubiertos de manchas rojizas. Cuando alguien se acerca al nido, los padres manifiestan su ansiedad posándose y saltando en las ramas a uno o dos metros de su cabeza, pero sin emitir sonido alguno. En cambio, la Calandria Grande, cuando está alarmada emite incesantemente un grito airado, áspero y fuerte. Ninguna de estas especies vive en cautiverio<sup>143</sup>

El repertorio vocal de la especie patagónica se caracteriza por la misma variedad aparentemente infinita que el de su congénere bonaerense. Difícilmente pueda dar una idea acabada de su capacidad en una descripción, pero tengo entre mis observaciones alguna anotación del canto de la Calandria Grande, que enviaré en el futuro. Por

---

<sup>141</sup> En el original "Cardinal amarillo" y "Calandria blanca", respectivamente.

<sup>142</sup> En la actualidad, hemos constatado que los nidos hallados en la zona de Patagones están acolchados con lana de oveja.

<sup>143</sup> Esta afirmación es relativamente cierta. Aunque no deseamos alentar tal práctica, es posible su crianza en jaula desde pichones

ahora me daré por satisfecho mencionando ciertos aspectos en los que el pájaro que estoy describiendo difiere de ésta.

El canto de la especie patagónica es tal vez inferior, su voz menos potente y sus sonidos suaves o claros a menudo entremezclados con otros trémolos recuerdan los cantos o gritos de varias aves tenuirrostras. Aunque incapaz de sonidos tan fuertes o cortantes, o cambios tan impetuosos y repentinos como los de la especie de Buenos Ayres, posee una variedad aún mayor de sonidos dulces. Día tras día, por meses, las oí cantar, y nunca durante mucho tiempo, sin que emitieran alguna nota que no les había escuchado antes. He observado que cuando a una de ellas, mientras canta, le surge algún nuevo sonido, parece sorprendida y deleitada con él, ya que luego de una pausa silenciosa lo reitera una y otra vez, como para grabarlo en su memoria. Cuando retorna su variado canto, durante horas y en ocasiones días enteros, la nueva expresión que ha descubierto sigue siendo la favorita, y recurre a ella con frecuencia. Muchos individuos parecen poseer un estilo de canto peculiar y ser más o menos capaces de copiar o imitar unos el canto de otros. A veces, a todos los que frecuentan un mismo monte se los escuchará repetir constantemente, por varios días, unos pocos sonidos en particular, como si no tuvieran Otro canto, mientras que en localidades diferentes esa voz no se oirá en absoluto. Cuando canta, el ave se posa en lo más alto de un arbusto, oyéndose su música en todas las estaciones y en cualquier tiempo, desde el alba hasta después de oscurecer, pero generalmente emite su voz sin prisa ni excitación, con largos silencios después de cinco, seis y aun doce frases, mientras parece escuchar a sus hermanos concertistas. Estos fragmentos de melodía se oyen como un preludeo o promesa de algo mejor, y hay en ellos tal dulzura exquisita, tal variedad, que el oyente queda esperando. Sin embargo, al abrir el pico como para complacerlo, lo decepciona, pues la calandria nunca parece lista para comenzar el concierto.

## LA CALANDRIA REAL

(*Mimus triurus*)

Le envió un espécimen de la bella "*calandria blanca*". No sé si este pájaro fue examinado alguna vez por los naturalistas<sup>144</sup>. No es numerosa en la Patagonia, y por cierto que nada se sabe de su canto, pero sería inútil tratar de dar una idea del placer que sentí al descubrir sus cualidades vocales. En los montes de chañar, a lo largo del río Negro, hallé unos pocos individuos en el mes de febrero, que por entonces no cantaban, pero emitían a veces un sonido áspero como el de la Calandria Grande. De no ser por esta nota, habría pensado, viéndola a distancia, que se trataba de una monjita, dado su plumaje blanco y negro, carácter arisco y el vuelo alto, veloz y grácil. Desapareció en marzo sin que hubiera podido obtener especímenes ni la hubiese oído cantar.

Muchos residentes, nativos de la Patagonia, la conocían bien y me contaron que su melodía es muy agradable. En octubre, pocos días antes de abandonar el río Negro, estaba una mañana caminando por los espesos chañarales cuando mi atención se detuvo de repente en la voz de un ave que provenía de un arbusto cercano y que escuché con asombro y placer. Era absolutamente diferente y superior a los cantos de todos los demás pájaros nativos o extranjeros que había escuchado antes. Sonidos que superaban en melodía, potencia y variedad a los de las calandrias patagónicas o bonaerenses, eran rápidamente vertidos en un torrente interminable, a tal punto que me maravillé de que la garganta de cualquier ave pudiera emitir un canto tan poderoso durante tanto tiempo. No bien hubo cesado este inusual flujo musical oí llegar desde el mismo punto el estridente, confuso e impetuoso canto de un pequeño tiránido patagónico, la Calandrita. Este fue, a su vez, sucedido por la deliciosa voz matinal de la Diuca Común. Después de esto escuché el trino del Churrinche, con su sonoridad de campana de plata, y luego siguió el suave y hermoso canto del Cardenal Amarillo. Todos ellos se sucedían con rapidez, ya que ni bien terminaba uno, comenzaba el otro, repetidos con fidelidad milagrosa. Al principio imaginé que todas las aves imitadas hablan estado, en efecto, cantando cerca de mí, pero cuando aquel dulce vocalista retomó su propio e inigualable canto, y descubrí que todos los trinos hablan surgido de una sola garganta, aumentó aún más mi sorpresa y admiración por el encantador concertista. Me acerqué lo suficiente para verlo, y supe que se trataba de la Calandria Real. El placer de escucharla aumentó al verla, por lo arrobada que parecía ante su propia melodía y por los muchos y notables movimientos y gestos que acompañaban su ejecución. Pasaba de un arbusto a otro, elevándose a veces hasta unos cien metros sobre la espesura con un vuelo en ocasiones lento como el de una garza, y en otras rápido y vigoroso. Luego descendía lentamente en círculos y se paraba en lo alto de un arbusto con las amplias alas y cola desplegadas, ofreciendo un hermoso espectáculo. Es una lástima que sólo frecuente una región tan desierta<sup>145</sup>, donde tan pocos llegan a oírla. No puedo sino decir que la considero la más bella de las aves canoras de América, aunque semejante opinión tal vez parezca excesiva, pero posee esa maravillosa facultad de imitar a la perfección que diera tanta celebridad a la Calandria de Virginia<sup>146</sup>, y no puedo creer que ésta pueda superar o ni siquiera igualar a la Calandria Real.

---

<sup>144</sup> Es evidente que para esta época Hudson no conocía esta especie de los talaes de Buenos Ayres, donde actualmente es un habitual visitante invernal.

<sup>145</sup> Como lo señala Sclater en nota al pie de la publicación, la especie tiene una amplia distribución en la parte austral de América del Sur.

<sup>146</sup> Probablemente *Mimas poiylottos*

Desaparece de la vecindad de Carmen de Patagones a fines de verano, aunque probablemente no llegue muy lejos, ya que no pertenece a una familia de migradores. Seguramente pasa el invierno en esas grandes llanuras boscosas que se extienden al Oeste de Bahía Blanca. A este pájaro, en la Patagonia, se le llama "*calandria blanca*", pero el mismo nombre también se da, y más adecuadamente, a otra especie que no vi, pero como coinciden las descripciones de siete u ocho personas que la han observado y me hablaron de ella, no tengo dudas de su existencia. Se encuentra, dicen, en los matorrales cercanos al río Colorado, y se parece a la calandria común en forma y tamaño, pero su plumaje es de un blanco níveo. Todos los gauchos que hablaron de ella dicen precisamente lo mismo: que es sumamente hermosa y excelente cantora, y que se la puede observar invariablemente, en un pequeño bosque en particular, a través del cual corre la ruta de Bahía Blanca a la Patagonia<sup>147</sup>

### La DORMWONA CARA NEGRA

(*Muscisavicola macloviana*)

A este pequeño pájaro gris oscuro lo vi por primera vez en junio, y después me encontré con varias bandadas pequeñas. Como nunca hallé ninguno hasta bien entrado el invierno, me inclino a pensar que migran hacia el norte, desde la porción más austral del continente durante la estación fría<sup>148</sup>. Por lo que observé de ellas, en conformación y hábitos recuerdan mucho a varias otras especies de tiránidos terrestres. Su vuelo es rápido y grácil, anda en grupos, prefiere posarse en peladares, de donde se dispersan inmediatamente, correteando como chorlitos, con gran rapidez. También adquieren ocasionalmente el hábito de los auténticos tiránidos, de lanzarse desde su posición sobre un tallo o rama seca, a cazar al vuelo un insecto. Son desconfiadas y no tienen otro canto que un sonido grave y plañidero, común a todas las especies de su grupo.

### La MONJITA CASTAÑA

(*Neoxolmis rubetra*)

He visto a esta hermosa monjita marrón y blanca en verano y otoño, pero no es común. Anda en pequeñas bandadas dispersas, y frecuenta las llanuras que abundan en arbustos bajos. En canto, vuelo y hábitos alimentarios recuerda a la mayoría de las monjitas, y no es tan desconfiada ni activa como la Dormilona Cara Negra.

### EI GAUCHO CHICO

(*Agriornis murina*)

Esta especie, como la anterior, vive sola o en parejas. En invierno abandona el río Negro, pero reaparece allí a comienzos de primavera.

### La VIUDITA CHICA

(*Knipolegus hudsoni*) sp. nov.

*Niger unicolor: remigium pogonus internis pro dimidio basali et maculis plumarum hypochondryalium albis:*

---

<sup>147</sup> Hudson se deja llevar por relatos de gente de campo no habituada a las minuciosas descripciones de observadores como él. Tal calandria totalmente blanca (salvo algún caso de albinismo) no existe. Es más fácil que se hayan referido a la Calandria Grande, ventralmente más blanca que las otras y que alcanza el área de Patagones, aunque Hudson no la encontró allí

<sup>148</sup> Suposición correcta. La especie cría en Malvinas y Tierra del Fuego.

*rostrum obscure plumbeo, pedibus nigerrimis: remigibus tribus externis valde angustis, acutis: long. tota 6, alae 2.8, caudae 2.6, tarsi 0.8* Distribución: río Negro en la Patagonia (Hudson).

Esta nueva especie tiene aproximadamente el mismo tamaño que la Viudita Pico Celeste (*K. cyanirostris*), pero una gran porción de la base de sus remeras es blanca en su vexilo interno, como en la Viudita Común (*K. aterrimus*). Sin embargo, se distingue de ésta con facilidad por su menor tamaño, las peculiares remeras estrechadas, y por las manchas blancas de los flancos. Esta última característica no se encuentra en ninguna otra especie del género<sup>149</sup>.

Hudson envía cuatro ejemplares machos de esta nueva especie, para la que propongo el nombre de su empeñoso descubridor. Sería muy interesante poder disponer también de ejemplares de la hembra<sup>150</sup>.

Esta viudita hace su aparición ya avanzado el mes de septiembre, en los densos montes que bordean el río Negro. Usualmente se la ve sobre la rama más alta de un arbusto, oteando en busca de insectos, y lanzándose tras ellos con gran ligereza. Tiene un hábito sumamente notable: abandona de repente su percha y planea dos o tres veces circundándola, mientras emite un peculiar sonido penetrante. También se le escucha con frecuencia un piar rápido y agudo, pero no tiene un verdadero canto. Es una avecilla muy vivaz, y su extraña apariencia resulta agradable cuando muestra, durante el vuelo, las bandas blancas de sus alas.

### La CALANDRITA

(*Stigmatura budytoides*)

Este pequeño pájaro no migra, vive en parejas y frecuenta los arbustos, donde nunca se lo ve en reposo. Salta sin cesar de rama en rama con delicadeza, y durante todo el tiempo, macho y hembra emiten una variedad de sonidos graves, como si estuvieran conversando. Poseen otro canto, impetuoso y estridente, que emiten a dúo.

### EL CACHUDITO PICO NEGRO

(*Anairetes parulus*)

Existe una diferencia considerable entre la apariencia de este pájaro y el anterior. Tal vez sea el menor de su tribu, y lleva un distintivo inconfundible en el largo copete enroscado que adorna su cabeza. A pesar de esta diferencia, recuerda mucho a la Calandrita en sus hábitos. Es más, todas las especies que conozco de este grupo, con una excepción, tienen hábitos tan similares que la descripción de cualquiera de ellas resulta adecuada a las demás. Son residentes todo el año en los lugares que frecuentan, viven en parejas, se comunican entre sí con un piar grave y también poseen sonidos largos, como el

### EL GALLITO COPETÓN

(*Rhynocrypta lanceolata*)

Es bien conocido por los residentes del río Negro, y debe su nombre vulgar de "gallito" al modo en que lleva la cola levantada, como esta ave de corral.

Lo hallé sumamente numeroso en los montes cercanos a la Población de Patagones, si bien río arriba se vuelve más escaso. Debido a sus hábitos resulta entretenido, pues si bien apenas posee la capacidad de volar, está tan atento al menor motivo de alarma, son tan rápidas sus patas y gusta tanto esconderse, que a menudo resulta

---

<sup>149</sup> En la versión de Los "Proceedings" hay un dibujo a pluma del pico, pata y superficie ventral del ala, y una lamina en color de la Viudita Chica.

<sup>150</sup> Hasta aquí todo lo referente a la Viudita Chica fue escrito por Sclater y se trata de la descripción original de la especie chillido de los ratones. Cantan a dúo, nunca cesan sus calmos movimientos y construyen bonitos nidos pequeños y profundos. La única excepción es el Piojito Gris (*Serpophaga nigricans*), que difiere mucho en sus hábitos.

muy difícil llegar a verlo. Ni bien espían a un intruso en el monte, cunde la alarma, saltando cada uno a algún arbusto, mientras emiten sin cesar, a intervalos de tres a cuatro segundos, un chirrido fuerte y profundo, que por momentos se convierte en un violento grito reiterado varias veces. Si alguien se aproxima a un gallito, éste salta a tierra y escapa corriendo con increíble rapidez. Luego asciende de nuevo a un arbusto y reanuda sus airadas voces. En tres o cuatro oportunidades lo he visto volar bajo y débil varios metros, pero siempre que lo hallé en un lugar abierto noté que podía alcanzarlo y pasarlo corriendo, sin que levantase vuelo. A menudo lo hace lanzándose desde un arbusto, pero para subir trepa saltando de rama en rama.

Construyen su nido en el centro de un matorral, entre 1,20 y 1,80 metros del suelo. Es cerrado, con una pequeña entrada, y está totalmente construido con pasto seco, que parece pelo. Ponen cuatro huevos blancos.

### EI CANASTRO COLUDO

(*Asthenes pyrrholeuca*)

Este pequeño pájaro, muy común en los matorrales y montes patagónicos, anda en parejas y construye con palitos un gran nido de entrada larga y estrecha<sup>151</sup> Pone cuatro huevos blancos, puntiagudos, pero tanto en sus hábitos y lenguaje como en su forma o color, hay pocos elementos que lo distinguan de otros miembros del grupo, en extremo uniforme, al que pertenece.

### EI CANASTRO PATAGÓNICO

(*Asthenes patagónica*)

Recuerda al anterior en color y tamaño, pero se distingue por su cola corta, que lleva elevada como la ratona<sup>152</sup> Salta con gran rapidez sobre terreno pelado y suele buscar su alimento entre las raíces de arbustos enanos<sup>153</sup>

### EI CURUTIÉ OCRÁCEO

(*Cranioleuca sulphurifra*)

Le envió dos especímenes -lamentablemente muy dañados- de este pájaro, que me parece idéntico a "*S. sulphurijera de Burmeister*". Debe ser muy raro en la Patagonia, ya que los dos únicos ejemplares que vi durante mi viaje fueron éstos, pese a que los busqué todo el tiempo en el ambiente propicio. Observará usted sus afinidades con la Pajonalera Pico Curvo (*Limnornis curvirostris*), a la que también se asemeja en voz y hábitos.

Macho y hembra permanecen juntos y revuelven las raíces de juncos y pastos gigantes en busca de insectos, y cuando alguien se aproxima, suben hasta la punta del junco, lanzando gritos airados y estridentes.

### EI CURUTIÉ BLANCO

(*Cranioleuca pyrrhophia*)

---

<sup>151</sup> El nido de *A. pyrrholeuca* no tiene túnel de entrada y no es tan grande como el de otros canasteros. Probablemente haya atribuido a esta especie un nido de *A. patagónica*.

<sup>152</sup> Faltaría decir que el Canastero Patagónico se diferencia de otros canasteros en el campo, por su cola prácticamente negra.

<sup>153</sup> Sclater, en una llamada al pie, señala que Hudson le envió también dos ejemplares de Canastero Pálido (*A. modesta*) obtenidos a unos 100 kilómetros río arriba de Carmen de Patagones.

Esta especie es rara en la Patagonia, y parece idéntica a la septentrional.

### EL COLUDITO COLA NEGRA

(*Leptasthenura aegithaoides*)

Quizás si Ud. compara esta especie, de la que envió varios ejemplares, con especímenes provenientes del Plata, detectará alguna diferencia<sup>154</sup>. Además, ambas difieren en lenguaje y hábitos. La bonaerense es solitaria y la patagónica gregaria, viéndose a menudo en bandadas dispersas de entre 40 y 50 individuos<sup>155</sup>.

### LA BANDURRITA COMUN

(*Upucerthia dumetaria*)

Es muy común en todos los lugares de la Patagonia que visité. La mencioné en mi undécima carta, habiendo obtenido una pareja en Buenos Ayres.

### EL CACHOLOTE PARDO

(*Pseudoseisura gutturalis*)

Este pájaro modesto e interesante es quizá una nueva especie<sup>156</sup>, que recuerda al Cacholote Castaño (*Pseudoseisura lophotes*) del norte, pero es de un pardo más pálido y con el ojo oscuro en vez de blanco. Frecuenta las llanuras abiertas en las que abundan los arbustos espinosos, achaparrados y muy ralos. Se deja ver en lo alto, con el copete erecto, emitiendo una sucesión de airados pitidos penetrantes. También, cuando está muy alarmado, lanza un grito vibrante, estridente, como el del Cacholote Castaño. A intervalos, durante el día, se ve en parejas o grupos familiares de cinco o seis individuos. Macho y hembra emiten a dúo un canto tan potente que puede oírse con claridad a más de un kilómetro y medio de distancia. Su vuelo es bajo y débil; en cambio corre muy rápido en tierra. Subsiste principalmente a base de insectos que saca de la tierra y de la corteza podrida, entre las raíces de árboles y arbustos. Construye un nido de tamaño y resistencia extraordinarios, ubicado en medio de arbustos bajos, espinosos y muy extendidos, siendo perfectamente redondo, con la parte más baja a sólo unos centímetros del suelo. Su largo es de 1,20 a 1,50 metros y la cavidad interior tiene 30 centímetros de profundidad. La entrada está al costado y es pequeña, continuándose en una estrecha galería arqueada, de unos 35 centímetros, que descansa sobre ramas horizontales. El nido está totalmente elaborado de palitos gruesos, y es tan compacto que me costó bastante trabajo desarmar uno, metiendo en él el caño de mi largo mosquete y haciendo palanca hacia arriba para arrancar los pedazos. También, para poner a prueba la resistencia de uno de estos nidos, me paré encima por algún tiempo, afirmándome con fuerza, sin hacerle el menor daño.

### LA PALOMA MANCHADA

(*Columba maculosa*)

---

<sup>154</sup> Sclater, al comentar este párrafo, señala que no ve diferencia entre los ejemplares patagónicos, platenses e incluso chilenos. Sin duda Hudson observaría comúnmente en su área de estudio bonaerense al Coludito Copetón, *L. platenses*, y es la diferencia entre ambas especies la que Hudson espera que Sclater advierta. Desechando la posibilidad de que Sclater, con material en la mano, confundiera ambas formas, cabe pensar que Hudson, desde Ouilmes, le haya enviado pieles de *L. aegithaoides*, irregular visitante invernal de ese área, y no del más habitual, *L. platensis*. Esta confusión no se resuelve en las obras posteriores: "Argentine Ornithology" y "Birds of La Plata".

<sup>155</sup> En la actualidad este gregarismo no parece ocurrir.

<sup>156</sup> Obviamente, no se trata de una especie nueva, ya que había sido descrita por d'Orbigny y Lafresnaye, en 1838.

Llega en invierno a las partes habitadas del río Negro. Aparece en bandadas, que se reúnen en gran número en los campos arados, ansiosas por devorar el trigo. Por esta razón los granjeros, durante la siembra, tienen que estar disparándoles constantemente, o servirse de perros adiestrados para expulsarlas de los campos. En tierra la bandada permanece apiñada, correteando con rapidez y engullendo ansiosamente el grano o las semillas que encuentran. El carácter vivaz y nervioso de esta paloma patagónica está en franco contraste con los pasos lentos, parsimoniosos, y los calculados modales de alimentación de la especie bonaerense (*Columba picazuro*). Su canto se compone de sonidos iguales en duración y número a los de la Paloma Picazuró, pero sumamente roncós, mientras que la bonaerense posee el arrullo más agradable que haya oído. La Paloma Manchada desaparece al aproximarse el verano, y probablemente cría en los vastos bosques de la Patagonia occidental <sup>157</sup>

## La COLORADA

(*Rhynchotus rufescens*)

Ofreceré un rápido bosquejo de la "perdiz grande", parienta pampeana de la Martineta Común.

La Colorada es habitual en las llanuras bonaerenses, donde abundan los pastos altos. No sé cuán al norte se extiende su distribución, pero al sur es frecuente hasta el río Colorado. Más allá de éste se vuelve muy rara, y desaparece antes de llegar al río Negro. No tiene otra protección que los pastos gigantes, a través de los cuales se abre paso como una gallineta. Pronto desaparece de las regiones colonizadas, por lo que se ha extinguido en una vasta porción de esta provincia<sup>158</sup>

Es de hábitos solitarios, se oculta entre el pasto y vuela con gran dificultad. Dudo que haya otra ave con un vuelo tan ruidoso, y sólo puedo comparar el sonido sibilante de sus alas con el traqueteo de un vehículo liviano, marchando a gran velocidad sobre un camino duro. Desde el momento en que se eleva, hasta que vuelve a posarse, no cesa la rápida vibración de sus alas, pero al igual que una pelota arrojada con la mano, va cayendo gradualmente. La distancia que alcanza con su vuelo es de 1500 a 2000 metros. Obligada a hacerlo puede repetirlo hasta tres veces, pero después ya no vuelve a despegar. El reclamo de la Colorada se oye en todas las estaciones y en los días agradables, invariablemente cerca del crepúsculo; lo emite oculta entre el pastizal mientras se escuchan diversas respuestas. Aunque sostengo que la "perdiz grande" es un ave solitaria (en raras ocasiones se la ve en compañía), se encuentran muchos individuos viviendo cerca. Su canto o llamada se compone de cinco o seis sonidos largos, suaves, aflautados, emitidos de un modo tan notable y dulcemente modulado que quizá, entre las aves, resulte la más placentera música oída en las pampas.

Pone cinco huevos grandes y casi redondos, púrpura vinoso oscuro.

## LA MARTINETA COMÚN

(*Eudromia elegans*)

Envié varios especímenes de "martineta", ave elegante y singular se encuentra en la porción noroccidental de los estados del Plata, y de nuevo la encontramos al sur del río Colorado; es abundante en la vecindad del río Negro. Las observadas fueron halladas en terrenos altos cubiertos de arbustos.

La martineta, por su tamaño y plumaje moteado, recuerda algo a la Colorada. La diferencia externa sobresaliente es el plumaje más rojizo y el pico más largo de esta última; y el delgado y largo copete de la primera que, cuando está excitada, lleva proyectado hacia adelante como un cuerno. Entre ambas especies existe, sin embargo, una diferencia anatómica de consecuencias mucho más importantes. La estructura del canal intestinal de la Martineta Común es extraordinaria, totalmente diferente de la de cualquier otra ave que haya disecado. Su canal se divide cerca del estómago en un par de grandes conductos que se extienden a lo largo de casi toda la longitud de la cavidad abdominal, y están abundantemente provistos de filas de grandes protuberancias membranosas en forma de almejas.

---

<sup>157</sup> Se distribuye y cría por casi todo el país hasta el norte de la Patagonia

<sup>158</sup> Es notable que Hudson haya previsto este proceso, ya que la colonización trajo aparejada, junto a la desaparición de las gramíneas nativas de gran porte, la severa disminución numérica de la Colorada, acentuada hasta mediados del siglo XX.



Frecuentan las mesetas elevadas, se las halla donde aparecen manchones de matas achaparradas entre montes tupidos y se alimentan de bayas y semillas. Les encanta llenarse de polvo, y con este fin hacen en la tierra huecos circulares, como nidos. Tales huecos son hondos y prolijos, y los visitan diariamente. Andan en bandadas de seis a veinte individuos, y cuando se las molesta no suelen volar aun tiempo, sino de a una por vez, con sorprendente ligereza, lanzando mientras huyen chillidos estridentes, como aterrorizadas. Su vuelo, aunque violento, no es tan ruidoso como el de la Colorada, y difiere notablemente en que cada veinte o treinta metros las alas cesan de vibrar, quedando inmóviles por un segundo. Se acompaña de un sonido suave que parece extinguirse y volver a tomar fuerza cada vez que reanuda el batido. De esta forma el vuelo resulta en una serie de enviones, más bien que en uno solo y continuo, como el de la Colorada.

La llamada de esta especie nunca se oye en invierno, pero en el mes de septiembre comienzan a emitir al atardecer un silbido plañidero, modulado suavemente. Al avanzar la primavera, los grupos se dispersan y su reclamo se oye por todas partes, con frecuencia desde el alba hasta después de oscurecer. La llamada varía mucho en los distintos individuos, desde un solo silbido hasta una estrofa de cinco o seis notas que recuerda a la de la Colorada, aunque es menos regular y dulce. Comienzan a nidificar en octubre y ponen en medio de un pequeño arbusto aislado entre 12 y 16 huevos, no siendo habitual el primer número. Son algo menores que los de la codorniz común<sup>159</sup>, de un hermoso e intenso color verde, y poseen un delicado lustre.

## EL INAMBÚ COMÚN

(*Nothura maculosa*)

La "*perdiz común*", tan abundante en las pampas, recuerda mucho en hábitos a la Colorada, viviendo siempre entre pastizales, como las gallinetas entre los juncos, y se las ve solas, aunque por lo general haya un gran número viviendo cerca unas de otras. Son de temperamento apacible, y se mueven sin apuro, lanzando una sucesión de silbos mientras caminan o corren. Cuando aparecen en abundancia ni siquiera hace falta disparar para darles caza, ya que basta un palo o látigo largo para matar una cantidad.

Tiene dos agradables cantos o reclamos diferentes, que se oyen todo el año. Uno es una sucesión regular de veinte o treinta sonidos cortos, característicos, seguidos de unas seis notas rápidamente emitidas que comienzan fuertes y disminuyen su intensidad hasta apagarse. El otro es un continuo trino suave que en apariencia puede aumentar de volumen en el aire, de modo misterioso, y resulta imposible decir de dónde proviene. Dura varios segundos y luego parece extinguirse gradualmente.

La hembra pone cinco o seis huevos de color parecido a los de la Colorada. El valle del río Negro, de unos 15 kilómetros de ancho, es una llanura chata que recuerda a la pampa bonaerense. Allí, donde abundan los altos pastos y juncos, en verano e invierno, se oye el reclamo del Inambú Común, pero nunca lo encontré fuera del valle.

## EL INAMBÚ PALIDO

(*Nothura darwini*)<sup>160</sup>

Probablemente ponga usted en duda que se trate de una nueva especie<sup>161</sup>, tan grande es su parecido con la "*perdiz común*" (*Nothura maculosa*), frecuente en las pampas. Al llegar a la Patagonia me dijeron que existían dos especies de pequeñas perdices. Encontré que una de ellas era la común de Buenos Ayres, que como ya dije también frecuente el valle del río Negro, y la otra una especie menor, de la cual le mando varios ejemplares, y que se encuentra sólo en las altas mesetas. Los adultos de esta última recuerdan a los jóvenes de la primera, y luego de haberlos observado varios meses quedé convencido de que no eran idénticas, ni simples variedades, ya que diferían no sólo en tamaño y coloración sino también en hábitos. En todo caso, sería más lógico considerar una sola especie a las golondrinas *Progne chalybea* y *P. elegans*, idénticas en tamaño, voz y hábitos.

El Inambú Pálido no es numeroso en ningún sitio, y más bien parece encontrarse en las altas mesetas cubiertas de matorrales, igualmente disperso en todas partes. Como la Martineta Común, vive en lugares donde abundan las matas ralas. Es arisco, y cuando alguien se le aproxima sale disparado, huyendo con la misma apariencia de terror que demuestra la martineta. A veces, mientras escapa, emite silbidos graves como los del

---

<sup>159</sup> Suponemos que se trata de la codorniz *Coturnix coturnix* un ave cuyos huevos son menores que los de la Martineta Común.

<sup>160</sup> Según Hudson, "Perdiz chicho".

<sup>161</sup> Sclater, en nota al pie, señala que la especie ya era conocida.

Inambú Común y su vuelo es más alto y mucho menos ruidoso. Tiene sólo una llamada: una sucesión de sonidos cortos, como el otro, aunque sin la rápida serie que éste emite al final. La voz del Inambú Pálido sólo se oye durante la época reproductiva. Sus huevos se parecen a los del ave de las pampas. Nunca se encuentra en los sitios húmedos, herbáceos, que frecuenta ésta.

Lista de las especies enviadas por Hudson a Sclater desde el río Negro<sup>162</sup> (33)

1. *Turdus falklandicus* (*T. falcklandii*)
2. *Mimus triurus*, (*Lafr. et D'Orb.*)
3. *patachonicus*, (*Lafr. et D'Orb.*) (*M. patagonicus*)
4. *Anthus correndera*
5. *Progne purpurea* (*P. elegans*)
6. *Gubernatrix cristata* (*G. cristata*)
7. *Diuca minor*, *Bp* (*D. diuca*)
8. *Poospiza nigro-rufa* (*P. nigrorufa*)
9. *Phrygilus fruticeti*
10. *Zonotrichia pileata* (*Z. capensis*)
11. *Embernagra platensis*
12. *Sturnella militaris* (*S. loyca*)
13. *Upucerthia dumetoria* (*U. dumetaria*)
14. *Phleocryptes striaticeps* (*Cranioleuca pyrrhophia*)
15. *Leptasthenura aegithaloides*
16. *Synallaxis sulohurijera*, (*Burm.*) (*Cranioleuca sulohunjera*)
17. Patagónica, *Lafr. et D'Orb.* (*Asthenes patagónica*)
18. Sordida (*Less.*) (*Asthenes pyrrholeuca*)
19. Modesta, *Eyton.* (*Asthenes modesta*)
20. *Homorus gutturalis* (*OLafr. et D'Orb.*) (*Pseudoseisura gutturalis*)
21. *Rhinocrypta lanceolata*
22. *Taenioptera coronata* (*Xolmis coronata*)
23. *Rubetra*, (*Burm.*) (*Neoxolmis rubetra*)
24. *Murina*, (*Lafr. et D'Orb.*) (*Agriornis murina*)
25. *Cnipolegus hudsoni* (*Knipolegus hudsoni*)
26. *Muscisazicola mentalis* (*M. macloviana*)
27. *Stigmaturaflavo-cinerea* (*Burm.*) (*S. budytoides*)
28. *Anaeretes parulus* (*Anairetes parulus*)
29. *Phytotoma rutila*
30. *Colaptes agricola*, *Malh.* (*C. campestris*)

---

<sup>162</sup> La lista y los comentarios posteriores pertenecen a Sclater.

31. *Conurus patagonus* (*Cyanoliseus patagonus*)
32. *Harpyhaliaetus coronatus*
33. *Buteo erythronotus* (*B. polyosoma*)
34. *Geranoaetus melanoleucus*
35. *Bubo virginianus*
36. *Glaucidium nanum*
37. *Bernicla magellanica* (*Chloepnaga picta*)
38. *Poliocephala* (*Chloephaga poliocephala*)
39. *Erismatura ferruginea* (*Oxyura vittata*)
40. *Phoenicopterus ignipatus* (*P. chilensis*)
41. *Ibis melanopis* (*Theristicus melanopis*)
42. *Columba maculosa*
43. *Aegialitis falklandica* (*Charadrius falklandicus*)
44. *Oreophilus totanirostris* (*Oreopholus ruficollis*)
45. *Podiceps major*
46. *Rollandi* (*Podiceps rolland*)
47. *Eudromia elegans*
48. *Nothura darwini*, G. R. Cray. (*N. darwinii*)

Por lo que sé, hasta ahora sólo dos naturalistas han recolectado aves en esta localidad -el difunto profesor d'Orbigny y Darwin-, y las únicas autoridades sobre aves de este distrito a las que debemos referirnos, son sus obras "*Voyage dans l'Amérique Méridionale*" y el tercer volumen de "*Zoology of the Voyage of the Beagle*". Sin embargo, pareciera que ambos predecesores fueron lo suficientemente afortunados como para obtener especímenes de casi todas las aves de la región, dejando para Hudson sólo el pequeño *Knipolegus*, que he bautizado en su honor.

El número total de especies en la colección del río Negro, de Hudson, es 48. De éstas, las siguientes siete, de acuerdo con nuestros conocimientos, no fueron encontradas hasta ahora en ninguna otra parte:

*Mimus patagónicus*

*Diuca diuca*

*Asthenes patagónica*

*Asthenes modesta*

*Agriornis murina*

*Knipolegus hudsoni*

*Nothura darwinii*

Por lo que podemos inferir, a partir de la colección de Hudson, la avifauna de esta parte de la Patagonia es más afín a la del distrito que rodea a Mendoza (en el extremo oeste de la República Argentina) que a la que se halla en la vecindad de Buenos Ayres<sup>163</sup>. En la colección de Hudson encontramos ejemplares de las siguientes especies que se hallan también en Mendoza, pero no en Buenos Ayres: *Mimus triurus*, *Progne elegans*, *Pseudoseisura gutturalis*, *Rhinocrypta lanceolata*, *Stigmatura bubvtoides*, *Phytojoma rutila* y *Eudromia elegans*.

---

<sup>163</sup> Es ajustada la opinión de Sclater. En la actualidad ambos distritos se incluyen en la provincia fitogeográfica del Monte

El elemento chileno de la avifauna del río Negro no es muy relevante, estando representado sólo por *Turdus falcklandii*, *Phrygilus fruticeti*, *Sturnella loyca*, *Glaucidium nanum* y *Diuca diuca*. Muy probablemente éstos han venido del sur, ya que la avifauna de la Patagonia austral es casi exclusivamente chilena.

## Sobre los hábitos de las golondrinas del género *Progne*

Halladas en la República Argentina.

Con notas de P. L. Sclater

*Oh the Habits of the Swallows of the genus Progne met with in the Argentina Republic. With Notes by P. L. Sclater.*

[Recibida el 1° de Marzo de 1872]

Antes de abandonar Buenos Ayres el verano pasado, había comenzado a escribir sobre nuestras golondrinas, y en la presente comunicación hablaré de las tres especies que se encuentran en estas regiones. La Golondrina Doméstica (*Progne chalybea*), un pájaro hermoso, el mayor del grupo, merece el nombre específico de *P. domestica*, que algunos autores le dan debido a sus hábitos.

Nunca cría en las barrancas, como a menudo lo hace la Golondrina Negra (*Progne elegans*)<sup>164</sup>, ni en los nidos cerrados situados en árboles, que otras aves abandonaron, un recurso muy utilizado por la Golondrina Ceja Blanca (*Tachycineta leucorrhoa*). La Golondrina Doméstica está tan acostumbrada a la compañía del hombre, como para edificar su hogar tanto en ciudades populosas como en viviendas rurales. Llega aquí más o menos a mediados de septiembre, y aparentemente regresa al mismo sitio de cría todos los años. Es un ave conspicua, bullanguera y belicosa en la época de cortejo. Aunque es muy común, no alcanza a ser tan numerosa como la especie menor<sup>165</sup>, que le disputa el derecho a construir su nido en las grietas y hoyos debajo de los aleros<sup>166</sup>. En su rústico nido, hecho de pasto seco, pelo, plumas y otros materiales, pone cinco huevos blancos, puntiagudos. Cuando la entrada al hueco donde se ubica su nido es demasiado grande, lo cierra parcialmente con barro mezclado con paja y, si hay dos entradas, clausura una de ellas. Así, son pocas las veces en que esta ave necesita servirse del barro para hacer su nido, y es la única de nuestras golondrinas que llega a usar ese material<sup>167</sup>. Cuando deja su nido o una persona se acerca, emite un grito de alarma excesivamente fuerte, que repite varias veces. También posee un canto compuesto de sonidos agradablemente modulados, que lanza con la entonación firme y monótona característica de muchas golondrinas. Este canto sólo se oye débilmente cuando el ave se encuentra muy cerca y, sin embargo, a veces puede oírse en forma nítida cuando el cantor es apenas un punto en la distancia. Es una de las voces más agradables que anuncian nuestro verano, aunque esto quizá se deba más a las asociaciones que a las mismas frases melódicas. El refugio favorito de jóvenes y adultos, una vez terminada la estación de cría, es la frondosa copa, de anchas hojas, de un viejo ombú<sup>168</sup>. Suelen congregarse en estos árboles, en grupos de 20 a 100 individuos, antes de abandonarnos en febrero.

Si las especies comprendidas en cada género y subgénero fueran siempre tan cercanas como *P. chalybea* y *P. elegans*, clasificar sería una tarea bastante sencilla. No conozco otras especies que se parezcan tanto entre sí como éstas. Las separa una diferencia en la coloración del plumaje ventral y una divergencia en uno de sus hábitos de cría, pero en otros aspectos son idénticas. He visto varias veces a *P. elegans* en Buenos Ayres, por lo general un solo individuo después de mediados del verano, asociado con grupos de *P. chalybea*, y tan parecidos en tamaño, lenguaje y vuelo que, como no conocía al ave, me vi inclinado a considerarla una rara variedad<sup>169</sup>. Al llegar a Bahía Blanca el verano pasado encontré que la Golondrina Negra era allí bastante numerosa, y la única golondrina grande en esa región, ya que las otras especies no llegan tan al sur<sup>170</sup>. De nuevo observé gran cantidad en Carmen de

<sup>164</sup> Actualmente sabemos que son muchos los nidos de la especie hallados en barrancas por diversos autores, precisamente junto a *P. elegans*.

<sup>165</sup> Se refiere a la Golondrina Ceja Blanca

<sup>166</sup> Situación que aún se mantiene en la Capital Federal y conurbano.

<sup>167</sup> También usa barro *P. elegans* (hay quien opina que son con específicas).

<sup>168</sup> "Ombé" en la versión de los "Proceedings". Se trata de una transcripción errónea

<sup>169</sup> Es correcta la afirmación de Hudson, a tal punto que ambas especies hibridizan.

<sup>170</sup> *P. tapera* ha sido registrada en la actualidad hasta Península Valdés, aunque es cierto que *P. elegans* es más abundante en el sur.

Patagones. Llegan allí avanzado septiembre y se van antes de mediados de febrero, nidificando en las paredes o aleros de las casas, donde construyen un nido parecido al de la Golondrina Doméstica<sup>171</sup>. Sin embargo, un gran número anida en agujeros en las empinadas barrancas de arcilla y arena del río Negro. A juzgar por el aspecto de todos los sitios de cría que examiné, opino que nunca excavan ellas mismas los hoyos, sino que se limitan a adueñarse de viejas madrigueras abandonadas por cuadrúpedos o Loros Barranqueros (*Cyanoliseus patagonus*). He resaltado el hecho de que las dos especies descritas son idénticas en lenguaje; entre éstas no existe la mínima diferencia de fuerza o entonación en los estridentes y exaltados gritos que emiten cuando alguien se aproxima al nido, o los variados sonidos en vuelo o el canto, perezoso y agradablemente modulado. Esta circunstancia me parece muy notable, porque si bien es frecuente que dos especies distintas tengan uno o más sonidos en común, la mayor parte de su lenguaje será siempre diferente; sobre todo teniendo en cuenta que los individuos de una misma especie provenientes de diferentes localidades diferirán más en lenguaje que en cualquier otro aspecto.

He observado una considerable diferencia entre los sonidos de aves de la misma especie que habitaban en muy distintas áreas de las pampas, particularmente en los cantos de aves canoras. Presté gran atención a este asunto en la Patagonia, y encontré diferencias tan grandes en la voz de aves comunes a esta región y a Buenos Ayres, que quedé convencido por completo de que las aves tienen una tendencia a variar más en lenguaje, que en cualquier otra característica.

No obstante, resulta notable el hecho de que percibí esta tendencia a la variación sólo en especies residentes; el lenguaje de las aves migratorias parece ser el mismo en todas partes<sup>172</sup>. Tal vez pueda ampliar este tema más adelante.

La tercera especie, la Golondrina Parda (*Phaeoprogne tapera*), es más esbelta, y sus alas tienen mayor envergadura que las dos especies antes descritas; y en lugar de azul acerado, todo su plumaje dorsal es de un pardo oscuro y opaco, con el vientre blanco. Sin embargo, si tales diferencias en coloración y estructura sólo sirvieran para demostrar que no es un pariente muy cercano de las dos especies precedentes, las diferencias de sus hábitos la alejarían mucho más de ellas. La Golondrina Parda es un ave muy vocinglera; a principios de septiembre nos enteramos de su llegada a través de los sonidos que macho y hembra emiten en concierto todo el tiempo, mientras tiemblan y sacuden sus alas, como si los sacudiera la alegría por el arribo exitoso. Su lenguaje es más variado, la entonación más firme y libre que la de nuestras otras golondrinas, y pueden variar a gusto la longitud de sus sonidos. Algunos son casi ásperos, otros metálicos o líquidos, como gotas que caen. Todos son sonidos alegres. Muchos tienen la notable característica de transformarse en palabras, o al menos en una sugestión de éstas.

Se posa casi exclusivamente en árboles, pocas veces en el suelo o en tejados de las casas. Cría sólo en los "hornos" de los Horneros (*Furnarius*). Por lo menos nunca en mi vida he visto a una pareja criando en otro sitio. ¡Un hábito extraordinario! Aunque son muchas las especies que poseen la tendencia parasitaria a criar en los nidos de otras aves, ninguna de ellas se confina al de una sola especie, salvo el ave que estoy describiendo. Apenas llegan estas golondrinas, una pareja se establece en un árbol, y usualmente en una rama en particular, prefiriendo alguna seca que sobresalga del follaje. Allí pasan gran parte de su tiempo, y nunca se ausentan mucho y, a menudo, mientras cantan a dúo, revolotean en derredor de la rama, con vuelo trémulo e incierto como el de una mariposa. Unos 20 ó 30 días después de su llegada comienzan a rondar el horno que se alza en algún árbol o poste cercano, y si aún está ocupado por sus constructores y legítimos dueños, luego de pasar mucho tiempo merodeándolo, comienza una disputa que suele ser violenta y prolongarse varios días.

En estaciones favorables, los Horneros construyen en otoño e invierno, y nidifican sólo en primavera, de manera que sus crías están preparadas para volar hacia fines de octubre. Cuando esto sucede, las golondrinas, que crían en noviembre y diciembre, toman posesión en silencio de la fortaleza abandonada. Sin embargo, incluso a la maravillosa obra del Hornero pueden sucederle accidentes. A veces es destruida, y debe rehacerse, o su terminación tal vez haya sido retardada por meses de sequía, o de dificultades durante el mal tiempo. También puede ser que la primera nidada haya sido destruida por una rata o joven comadreja. Entonces, puede llegar noviembre e incluso diciembre sin que los huevos hayan eclosionado, y los desafortunados que así se retrasan, sufren la violencia de las golondrinas salteadoras. Muchos de los nidos que abro contienen huevos de Hornero, sepultados bajo el nido de las golondrinas, y con frecuencia, he seguido con el más profundo interés las guerras entre estas aves. Luego de que las golondrinas han ocupado su puesto cerca del horno, ocasionalmente vuelan hacia él y revolotean alrededor, para volver después a su percha. De vez en cuando, en lugar de regresar como al principio, llegan a posarse en la boca del nido, y esto es como una declaración de guerra, que marca el comienzo de las hostilidades. Los Horneros, alarmados y enojados, salen a repelerías, tantas veces como se aproximen. Las golondrinas se retiran pero no derrotadas, lanzando sus alegres sonidos, en respuesta a los indignados gritos de los Horneros<sup>173</sup>. Pronto regresan, se repite la escena, y estas irregulares escaramuzas se prolongan varios días. Sin embargo, los desleales invasores se vuelven más firmes a la larga, y familiarizados con sus fuerzas y recursos ya no huyen del dueño de casa. Ahora ocurren frecuentemente luchas desesperadas en la entrada del nido, y las aves caen a tierra una y otra vez trabadas en lucha, levantándose sólo para proseguir el combate. La victoria finalmente se declara por sí sola para los agresores, y se ponen a acarrear laboriosamente los materiales para su propio nido, emitiendo todo el tiempo jubilosos gritos como en señal de triunfo. De esta forma, los valientes e industriosos

---

<sup>171</sup> En el original, *P. elegans*, evidentemente una confusión con *P. chalybea*.

<sup>172</sup> Se prueba una vez más la perspicacia de Hudson, al adelantarse al tema del estudio de los dialectos en las aves.

<sup>173</sup> En el original, "*Furnari*."

Horneros son expulsados de la casa que tanto les costara edificar<sup>174</sup>.

Sin embargo, es reconfortante saber que no es siempre éste el desenlace del conflicto. Contra la rapidez de la golondrina, el Hornero pone en juego una fuerza superior, y mayor cuota de celo y furia que el que anima a su adversaria. De esta forma, la lucha es casi pareja, y el Hornero, en particular cuando los huevos han eclosionado, puede conservar su reducto. Pero las golondrinas nunca son derrotadas, ya que cuando no pueden desalojar por la fuerza a los ocupantes de la ciudadela, vuelven a su particular estrategia bélica, y la mantienen hasta que las jóvenes aves se marchan; entonces se apoderan del ni-do sin esperar a que se enfríe.

El nido de la Golondrina Parda se compone principalmente de grandes plumas, y en él pone cuatro huevos de un blanco puro, alargados y en punta.

Notará usted que en todos los hábitos que mencioné, este pájaro difiere bastante de la Golondrina Doméstica, habiendo también gran diferencia en el modo de volar. Esta última se mueve con sorprendente celeridad y gracia, con las alas desplegadas en toda su extensión. También le agrada volar en círculos o alrededor de copas de árboles altos, particularmente cuando hay mucho viento. En esas ocasiones suelen verse varios individuos juntos, y todos parecieran esforzarse por superar a sus compañeros en la elegancia de sus evoluciones.

En cambio, a la Golondrina Parda nunca se la ve elevarse en círculos, y si bien cuando vuela en busca de insectos barre la superficie del pasto con sorprendente velocidad, en otras ocasiones su desplazamiento es llamativamente lento, y tiene una forma muy peculiar: baja las alas como un pato cuando se deja caer al agua y las agita constantemente, en batidas cortas y rápidas como las de una mariposa.

Tampoco es gregaria como todos sus congéneres, aunque a veces un individuo se asocia circunstancialmente con un grupo de golondrinas de alguna otra especie pero esto sólo sucede cuando descansan en árboles o cercos, y vuelve a abandonarlos apenas parten. No forman concentraciones cuando se preparan para migrar, y en cambio sobrevuelan solitarias los campos y llanuras abiertas, conducta inusual en las golondrinas, y desaparecen de golpe sin darnos señales de sus intenciones de partir<sup>175</sup>

#### Notas sobre los hábitos del Churrinche<sup>176</sup>

(*Pyrocephalus rubinus*)

Notes on the Habits of the Churrinche (*Pyrocephalus rubineus*).

[Recibida el 6 de agosto de 1872]

Es ésta una especie común en las inmediaciones de Buenos Ayres. Su brillante plumaje y notable canto lo hacen uno de nuestros más populares visitantes estivales. Sin embargo, el naturalista hallará en sus hábitos migratorios otro tema digno de atención. Se lo llama vulgarmente Churrinche, debido a su canto, y también recibe el nombre de federal por su color dominante, que era el favorito del partido político (hoy felizmente extinguido) de ese nombre. El Churrinche llega hacia fines de septiembre, y se lo ve primero en pastizales bajos salpicados de arbustos, cercanos a montes o plantaciones, sitios también frecuentados por monjitas y otros tiránidos. Los insectos son allí muy abundantes, viéndoselo posado en alguna rama, lanzarse a intervalos para atrapar moscas a la manera típica de la familia y emitiendo con frecuencia su canto grave, melodioso y plañidero. Es muy común en los montes que bordean el Plata; asimismo, todas las chacras son visitadas por algunos Churrinches, y resultan muy abundantes alrededor de la ciudad de Buenos Ayres. Hacia el sur se vuelven más escasos, pero, por extraño que parezca, unos pocos llegan a las orillas del río Negro, aunque antes de lograrlo deban cruzar una región alta y desierta, muy poco apropiada para ellos. Los habitantes del Carmen no tienen un nombre para el Churrinche, pero se refieren a él como un pájaro de maravillosa belleza, que rara vez observan. Entre las especies patagónicas, de plumaje deslucido, su aspecto resulta en verdad brillante.

Los Churrinches forman pareja muy pocos días después de su llegada, y el macho elige el lugar para construir su nido, en la horqueta de un árbol a una altura de dos a cuatro metros, o a veces en una rama horizontal.

---

<sup>174</sup> En la descripción de minuciosas observaciones de campo comienza a notarse la fuerza expresiva del futuro escritor.

<sup>175</sup> Recientemente se ha constatado en la plaza central de San Miguel de Monte, la concentración de decenas de miles de Golondrinas Pardas durante un par de meses, preparándose para la migración. Llama la atención que este comportamiento haya pasado inadvertido no sólo para Hudson sino para varias generaciones de estudiosos.

<sup>176</sup> El autor utiliza a lo largo de toda la nota el término "Churrinche" en lugar de Churrinche, probablemente debido a una dificultosa pronunciación del castellano.

Visita este lugar aproximadamente una vez por minuto, y se posa en él con su espléndida corona erecta y la cola desplegada, sacudiendo las alas sin cesar mientras deja oír un continuo torrente de argénteos gorjeos, tan bajos que apenas se oyen a diez pasos y que recuerdan el sonido que se produce al verter agua de un recipiente de cuello estrecho, pero infinitamente más rápidos y musicales. El observador apenas podrá ver a su humilde compañera, gris y silenciosa, que no aparenta el menor interés por los asuntos que tanto cautivan a su pareja y lo mantienen en violenta excitación. Es tan belicoso que, cuando no está temblando en el sitio de su futuro nido o cazando al vuelo algún insecto, anda persiguiendo enconadamente de árbol en árbol a otros machos sin pareja, de su especie. Repite a intervalos su notable y breve canto, compuesto de una sucesión de trinos metálicos modulados dulcemente, que emite durante el vuelo. Suele elevarse hasta 30 ó 40 metros y entonces, con las bien levantadas alas vibrando velozmente, sube y cae casi perpendicular medio metro, cinco o seis veces, pareciendo seguir el compás de sus notas. Con frecuencia canta de noche sin abandonar su ramita, lo que resulta especialmente placentero, ya que se oye menos apresurado, y los sonidos parecen más suaves y prolongados que de día. Alrededor de una semana después de la llegada, cuando los árboles recién muestran sus tiernas hojas, empiezan a preparar el nido y, aunque resulte extraño, la hembra es la única constructora, abandonando su indiferencia anterior. El arte y laboriosidad que despliega compensan largamente las bellezas y atractivos del macho, tan agradable a la vista y al oído. Recoge de los árboles casi todo el material que compone el nido: líquenes, fibras y vilanos de cardo. Resulta verdaderamente interesante observar la destreza y rapidez con que recolecta el material, la habilidad con que lo arregla y el afán incansable de la pequeña hembra que visita su nido unas cien veces por hora, llevando en el pico invisibles telas de araña. Los líquenes, firmemente sujetos a las mismas y arreglados con delicadeza, las puntas hacia afuera, confieren al nido un color similar al de la corteza sobre la que está construido.

Terminada la obra, el Benteveo Común (*Pitangus sulphuratus*) y el Tordo Renegrado (*Molothrus bonariensis*) perturban su paz. El primero se suele llevar el nido entero para usarlo como material de elaboración del suyo, y la hembra del tordo siempre está a la espera de un lecho para sus huevos. Sin embargo, pocas veces logra introducirse en el nido del Churrinche, porque el macho es sumamente celoso y violento cuando se trata de repeler a los intrusos. Pero a veces su vigilancia no alcanza, ya que con astucia la hembra del tordo, que ha estado observando en espera de que el pequeño tiránido escarlata descuide su puesto, pone subrepticamente su huevo. Cuando esto sucede, los Churrinches abandonan su obra inmediatamente.

A veces el nido está acolchado con plumas, pero más frecuentemente con vilanos. Pone cuatro huevos puntiagudos, con el extremo mayor moteado de negro, y por lo general con unas pocas manchas grises grandes<sup>177</sup>

Los jóvenes son al comienzo grises con marcas rufo pálido, pero pronto se vuelven grises por completo, al igual que las hembras. Un mes más tarde, el abdomen de los machos comienza a adquirir un tono malva rojizo que luego se expande al pecho y garganta, y por último al semicopete.

La especie tiene dos nidadas por estación, pero si el nido es destruido puede llegar a poner hasta cuatro veces.

El Churrinche es el primero de nuestros visitantes estivales en marcharse. A partir de fines de enero, apenas los pichones de la segunda nidada son capaces de buscar el alimento por sí mismos, los adultos desaparecen. En vez de hacerlo gradualmente, se van todos a un tiempo. La partida de las demás especies migratorias que nos visitan en verano ocurre luego de un apreciable cambio de temperatura, pero a fines de enero el calor no ha disminuido, y a menudo es más crítico que durante el solsticio. De esta forma, el Churrinche desaparece tres semanas antes que las golondrinas, las aves que lo siguen en la migración, y regresa al mismo tiempo que ellas.

Una vez que los adultos se fueron, quedan los silenciosos jóvenes. En un mes pueden distinguirse los sexos. Más adelante, ya es posible oír el canto de los machos, y con frecuencia se los ve persiguiéndose por los campos. Parten a fines de abril, tres meses más tarde que los adultos. ¡Qué notable resulta que transcurra tanto tiempo entre la migración de adultos y jóvenes, cuando muchas otras especies se van con sus descendientes! El Churrinche adulto nos deja tres semanas antes que la Golondrina Doméstica adulta, y el joven nueve semanas después que las jóvenes golondrinas. El frío del otoño, las tormentas y las heladas parecen ser la causa inmediata de la partida de las aves jóvenes, pero la de los adultos aparenta ser un instinto bastante independiente de los cambios atmosféricos.

### Más observaciones sobre las golondrinas de Buenos Ayres

Further Observations on the Swallows of Buenos Ayres.

[Recibida el 6 de agosto de 1872]

---

<sup>177</sup> El Churrinche pone habitualmente tres huevos, a veces dos, más bien redondeados.

Ya he hablado en comunicaciones anteriores<sup>178</sup> de todas las especies de la familia Hirundinidae que nos visitan, salvo una. La que me queda por describir es la Golondrina Barranquera (*Notiochelidon cyanoleuca*), (la de timoneles negros de Azara), la más pequeña de ellas. No podría decir cuáles son los límites de su distribución, ya que mis recorridos no se extendieron mucho en ninguna dirección, y todavía no he estado en región alguna donde no sea bien conocida<sup>179</sup>

En Buenos Ayres estas golondrinas aparecen a principios de septiembre, antes que las tres especies de *Progne* que nos visitan, pero precedidas por la Golondrina Ceja Blanca (*Tachycineta leucorroha*). Son aves de barrancas, que se crían en hoyos y madrigueras abandonadas, ya que nunca excavan la tierra ellas mismas y en consecuencia no se las ve rondando viviendas humanas. A veces encuentran esas cuevas a orilla de arroyos o, en los distritos poblados, en bordes de zanjas y paredes de pozos. Pero si esos fuesen los únicos sitios adecuados para la postura, la especie, en lugar de ser de las más comunes, resultaría bastante rara, porque en las llanuras pampeanas la mayor parte de los cursos de agua tienen márgenes pantanosas, o a lo sumo orillas bajas y suavemente onduladas. Sin embargo, los hábitos excavadores de la vizcacha y de la Caminera Común (*Geositta cunicularia*) han ofrecido a las golondrinas una abundancia de sitios de cría en las llanuras, incluso allí donde no hay arroyos ni otras irregularidades en la suave superficie de la tierra.

La caminera excava su hoyo en las vizcacheras, y allí dentro la golondrina pone sus huevos y cría los pichones, siendo un huésped de la vizcacha<sup>180</sup> como lo son para el hombre la Ratona Común (*Troglodytes aedon*) o la Golondrina Doméstica (*Progne chalybea*). Así, en primavera, es en las vizcacheras donde la vemos, tras su regreso. Allí viven y pasan el día, revoloteando cerca de las cuevas, de la misma manera que la Golondrina Doméstica lo hace con nuestras casas. El nido propiamente dicho, construido con pasto seco y acolchado con plumas, lo ubica en el fondo de la cueva, y contiene cinco o seis puntiagudos huevos blancos. Una vez que los pichones han volado, se asientan juntos en algún yuyo, cardo o árbol bajo, y los padres siguen alimentándolos durante varios días.

Tanto en tamaño y brillo del plumaje como en lenguaje, esta golondrina parece ser menos dotada que sus parientes, ya que su única vocalización consiste en un trino débil, vibrante, muy prolongado, que repite con frecuencia durante el vuelo. Pero a veces emite dos sonidos, y entonces el segundo, aunque en gran medida similar, tiene una mayor inflexión o resulta más prolongado que el primero. Aún así su voz posee siempre un tono monótono y triste. Si un ave de presa o un zorro se aventura en su cueva durante la época de cría, estas golondrinas se llaman unas a otras con gritos de temor y ansiedad, pero ni siquiera entonces sus voces llegan a ser potentes o estridentes. Durante el vuelo planean muy cerca de la tierra, posándose cuando se cansan, contrariamente a la costumbre de otras golondrinas, y descansan en las llanuras herbáceas. Al igual que diversos miembros de esta familia, poseen el hábito de planear delante de los caballos, para atrapar las pequeñas mariposas nocturnas que salen espantadas del pasto. Durante el verano, cuando el jinete de las pampas sale a cabalgar, alrededor de él se congrega un gran número de golondrinas. En ocasiones pudo haber más de un centenar a la vez ante mi caballo, pero tal es la rapidez de sus movimientos que resulta imposible contarlas. También he notado individuos de las cuatro especies más comunes siguiéndome juntos, pero después del crepúsculo, cuando las otras especies ya abandonaron los pastizales para refugiarse en la seguridad de árboles y casas, esta diminuta golondrina sigue acompañando al viajero. A estas horas, cuando planean en la oscuridad del atardecer, como conversando entre sí por medio de trémulos tonos graves, tienen una apariencia peculiarmente triste, recordando pequeños vagabundos sin hogar en las inmensas planicies de la pampa.

Cuando se aproxima la época de la migración, comienzan a reunirse en grupos no muy grandes, aunque a veces se llegan a ver entre 100 y 200 individuos juntos. Pasan buena parte del tiempo posados muy cerca unos de otros en los yuyos, árboles bajos, cercas y otros Sitios poco elevados, prestándole mínima atención a las personas que se les aproximan, aunque parecen consternados o presas de una ansiedad sin causa aparente.

Esta época, que precede a la partida de las golondrinas, resulta un período de gran interés para el observador de la naturaleza. Las aves parecen olvidar sus cantos y juegos aéreos, se diluye la atracción de los sexos y el recuerdo de la primavera. Ya comienzan a sentir el mandato de ese maravilloso instinto que las apremia, que aún no es impulso irresistible sino un vago sentimiento de desasosiego, pero su influencia se manifiesta en el lenguaje y los gestos, su brusco modo de volar, y en los intervalos de desidia. La Golondrina Barranquera desaparece inmediatamente después de las especies mayores. Una vez que partió el grueso siguen viéndose muchos vagabundos, pero antes de mediados de marzo no queda ninguna, por lo que su migración resulta muy regular.

Haré algunas observaciones sobre otra especie, y habré terminado con esta familia. Aún en los días más fríos de invierno continúo encontrando con frecuencia individuos de la Golondrina Ceja Blanca, aislados o formando pequeños grupos. Estoy bastante seguro de que las aves de esta especie, que crían incluso en la ciudad de Buenos Ayres como límite septentrional, acostumbran a migrar de un modo muy irregular; es más, algunas permanecen todo el año con nosotros, pero cuanto más al sur nos dirijamos, nos encontraremos con migraciones más estrictas y definidas; en la Patagonia no hallé ningún ejemplar entre marzo y agosto. Lo mismo puede decirse de otras especies

---

<sup>178</sup> Duodécima carta "Las Golondrinas" y nota "Sobre los hábitos de las golondrinas del género *Progne*" (págs 131 y 165).

<sup>179</sup> Es correcta la apreciación, ya que esta especie tiene una amplísima distribución en la Región Neotropical.

<sup>180</sup> *Lagostomus muximus*.



migratorias de esta región <sup>181</sup>.

Durante el último otoño, como de costumbre, continué hallando en gran cantidad a la golondrina de la que hablé en una nota anterior es una especie muy similar a la de ceja blanca pero con toques castaños<sup>182</sup>. Cuando comenzaron a partir, volaban con su característica forma errática, vagabundeando para cazar insectos mientras viajaban. Pero ya avanzado abril, después de que casi todas las demás a-ves migratorias habían terminado de pasar, siguieron apareciendo. El tiempo ya era frío, y estos visitantes tardíos volaban con gran celeridad, directamente hacia el norte, como dirigidos por una aguja magnética. Aún no sé nada de esta especie, fuera de verlas pasar en otoño, y me parece extraño que surquen Buenos Ayres volando hacia el norte, a menos que vengan directamente de las islas Malvinas, cruzando así en su viaje más de mil kilómetros de océano<sup>183</sup>

En febrero observé con sumo interés el paso de las golondrinas con la esperanza de ver a la Golondrina Negra (*Progne elegans*), pero fracasé. Es probable que su ruta esté situada más hacia el oeste de Buenos Ayres<sup>184</sup>. Pero avanzado el verano observé un individuo de esta especie junto con la doméstica a la que tanto se parece. Como anteriormente habla visto a estos pájaros por aquí, creo que unas pocas parejas permanecen para criar en la región, cuyo límite septentrional sería la ciudad de Buenos Ayres.

### Notas sobre los hábitos de la Cachirla Común de la Argentina

Notes on the Habits of the Pipits of the Argentine Republic.

[Recibida el 15 de septiembre de 1873]

Con respecto a las cachirlas, sólo conozco en esta parte del mundo la denominada por los naturalistas -sin razón aparente- *Anthus correnera*. Sin embargo, dentro de la misma especie existen variaciones en cuanto a plumaje, voz y, posiblemente, tamaño.

Es común y abundante, con amplia y homogénea distribución en las pampas, habitando terrenos pantanosos o secos, aunque es rara en zonas de pastos gigantes. Cada individuo vive en un territorio limitado. Las cachirlas que frecuentan tierra suelta, húmeda o anegada presentan una coloración amarillo crema, moteada de pardo y negro; en el lomo tienen dos estrechas franjas paralelas y blancas<sup>185</sup>. Las que habitan suelos secos son de un blanco sucio con manchas grises, pardas claras y de otros matices, y resultan mucho más pálidas que las anteriores. No poseen franjas blancas en el lomo, y parecen más grandes; sin embargo, esta apariencia probablemente se deba a su plumaje más suelto<sup>186</sup>. Las variedades de tonos pálidos y las de tonos oscuros más marcados pueden vivir separadas entre sí por unos pocos cientos de metros, y allí donde se confunden terrenos húmedos y secos aparecen variedades intermedias, aunque supongo que variaciones sería el término más apropiado, ya que las diferencias que mencioné parecen deberse directamente a las condiciones físicas de vida, y no se heredan<sup>187</sup>

Tal vez resulte útil efectuar un bosquejo de las modalidades, el lenguaje y los hábitos de nuestra cachirla.

La única razón de Azara para llamarla "*correndera*" es que él creyó que se parecía a un ave del mismo nombre que había visto en España y de la cual tenía apenas una imagen confusa. Su nombre vernáculo "*cachila*"<sup>188</sup> es familiar a todo hombre o niño a lo largo y ancho de la vasta región que habita.

---

<sup>181</sup> Como ya lo señaláramos en un comentario a la 12a carta, Hudson, siguiendo los criterios de su época, unifica las dos formas de golondrinas de rabadilla blanca (*T. leucorhoa* y *T. leucopyga*). La primera de ellas nidifica en Buenos Ayres, partiendo hacia el norte en invierno, mientras que la segunda, patagónica, aparece en la llanura pampeana en otoño. Estas circunstancias explican la aparente irregularidad observada por Hudson.

<sup>182</sup> En su 12a carta hace referencia a esta especie boreal, que en comentario aparte fue determinada como la Golondrina Rabadilla Canela (*Hirundo pyrrhonota*).

<sup>183</sup> Esta golondrina, en su migración, alcanza el extremo sur del continente, pero no las Malvinas.

<sup>184</sup> Creemos que es correcta su suposición.

<sup>185</sup> Esta es sin duda la Cachirla Común (*A. correndera*).

<sup>186</sup> Parece referirse a *A. f. catus*.

<sup>187</sup> Los componentes del grupo de las cachirlas son de difícil separación, aún actualmente. La misma especie tiene variaciones de plumaje según la época (más o menos desgastado), lo que implica evidentes diferencias de color. También son sutiles las variaciones de colorido entre las tres o cuatro especies que habitaban el área estudiada por Hudson (*Anthus correndera*, *A. furca'us*, *A. helbnayri* y *A. lutescens*). De allí la involuntaria fusión de todas ellas, o al menos de las dos primeras, en una sola especie, hecha por Hudson.

<sup>188</sup> Además de "cachila", para este grupo se usa también popularmente "cachirla", que se ha adoptado en la bibliografía con más asiduidad.

Las cachirlas son residentes y viven todo el año en pareja. De esta forma frecuentan un área pequeña, y a veces se unen al azar en una bandada; sin embargo, dichas reuniones sociales no son frecuentes. Al atardecer, en todas las estaciones, inmediatamente después que el sol desaparece bajo el horizonte, las cachirlas ascienden hasta una altura considerable y vuelan raudamente por los alrededores, trinando unos pocos minutos antes de descansar.

La Cachirla Común (*Anthus correndera*), el Espartillero Pampeano (*Asthenes hudsoni*) y el Leñatero (*Anumbius anumbi*)<sup>189</sup> (tres especies bastante parecidas) poseen un hábito en común: cuando alguien se les aproxima, a veces se elevan alrededor de un metro y quedan revoloteando en el aire, piando a viva voz, con el pecho dirigido hacia el intruso. A pesar de esto, las cachirlas son las más confiadas de las criaturas emplumadas y a menudo escapan de mala gana con sus pequeñas patas rosadas, cuando alguien se acerca. Si el caminante no conoce sus hábitos, creará fácil capturarías con su sombrero; tan poco teme al hombre.

Para cantar, la cachida se eleva en forma casi vertical, haciendo a intervalos una pausa en el aleteo, acompañada por una rápida sucesión de pocas y peculiares notas. Una vez que se elevó de esta forma a gran altura, aunque nunca hasta perderse de vista como dice Azara, comienza el descenso lentamente, con las alas desplegadas e inclinadas hacia arriba. Mientras baja, emite una notable melodía continua, que culmina en una inflexión descendente o con dos o tres notas guturales mientras el ave hace una pausa, aleteando en el aire. Repite esto sucesivamente hasta que, cuando el cantor está a unos pocos decímetros del suelo, vuelve a subir como antes, para continuar su ejecución. A veces cantan en tierra, pero sus melodías son entonces débiles e irregulares.

La cachirla efectúa dos puestas al año. La primera eclosiona a mediados de agosto, es decir, entre uno y tres meses antes que la puesta de otros pájaros. Al anticiparse a la estación de cría, sus precoces nidos están a salvo de los perjuicios que ocasionan los huevos parásitos; sin embargo, las noches heladas y las tormentas frías son tan nocivas para sus crías como el instinto del tordo.

La segunda nidada se cría en diciembre; en esta época un vasto número de nidos de cachirla contiene huevos parásitos. El nido, ubicado en una suave depresión del suelo bajo la hierba, está algunas veces seco y bien forrado con pelos o raíces finas. En otras, se compone de escasos materiales agrupados sin cohesión. Durante la estación del solsticio he encontrado frecuentemente nidos con frágiles techos o parasoles contruidos sobre ellos, al ser insuficiente la protección ofrecida por el pasto cortó y marchito, contra el sol de mediodía.

Los huevos son cuatro, ovales, de un blanco sucio salpicado con pardo oscuro, a menudo densamente moteados o totalmente cubiertos por ese color.

Las costumbres de esta especie, dondequiera que la he observado, son las mismas. Vive en tierra, en las llanuras abiertas donde hierbas y pastos son cortos, y nunca se posa en los árboles. La entonación del canto varía en las diferentes regiones<sup>190</sup>

## Notas sobre los instintos reproductivos de las tres especies de *Molothrus* que se encuentran en Buenos Ayres

Notes on the Procreant Instincts of the three Species of  
*Molothrus* found in Buenos Ayres.

[Recibida el 9 de enero de 1874]

Tres años atrás escribí un par de cartas a vuestro secretario, sobre los hábitos de varias especies del género *Molothrus* halladas en esta región. Desde entonces he continuado observando estos interesantes pájaros, y ahora tengo el placer de remitir esta nota a la Sociedad.

A) "Errores e imperfecciones" del instinto del Tordo Renegrado (*Molothrus bonariensis*).

1. Con frecuencia, desperdicia sus huevos tirándolos al suelo.

2. En ocasiones, los pone en nidos viejos y abandonados. Esto lo observé a menudo, y para estar completamente seguro, el último verano coloqué varios nidos viejos en árboles y arbustos, para encontrar más tarde

<sup>189</sup> En el original: "La cachila, *Synallaxis anthoides* y *Anumbius*."

<sup>190</sup> Esta variación musical se debe a la fusión de más de una especie, ya comentada.

que hablan puesto huevos en ellos.

3. También ponen frecuentemente en nidos donde la incubación ya comenzó. Si ésta se encuentra avanzada, el huevo del tordo se pierde, pero si la nidada lleva sólo tres o cuatro días de incubación, es muy posible que el huevo parásito eclosione y el pichón sea criado junto con sus hermanastros. A menudo he encontrado nidos de Pecho Amarillo Común (*Pseudoleistes virescens*) y Tijereta (*Tyrannus savana*) que contenían pichones emplumados de ambas especies.

4. Con frecuencia, una hembra pondrá varios huevos en el mismo nido, a diferencia de *Molothrus ater* de Norteamérica que, según Wilson, pone solamente uno. He llegado a esta conclusión luego de observar que en las especies en las cuales la forma, tamaño y marcas de los huevos varían considerablemente de un individuo a otro, todos los que pone un mismo individuo son casi o totalmente idénticos. Por eso, cuando encuentro en un mismo nido dos, tres o cuatro huevos de forma y tamaño peculiares -que también se parecen en coloración y disposición de manchas- y además resulta imposible encontrar uno similar entre medio centenar provenientes de otros nidos, debo pensar que fueron puestos por un mismo pájaro.

5. A menudo, varias hembras ponen en un mismo nido, de tal forma que con frecuencia el número de huevos torna imposible la incubación. Este verano (diciembre de 1872), decidí contar los huevos de Tordo Renegrado presentes en varios nidos, para determinar el promedio por nido y así calcular el número de huevos desperdiciados, ya que es raro que sea criado con éxito más de un pichón. En la tabla se muestran los resultados obtenidos a partir de diez nidos de Tijereta

Nidos de No. de tijera	No. de huevos	Huevos de tijera	Huevos del parásito
1	9	1	8
2	3	3	0
3	2	0	2
4	7	2	5
5	5	1	4
6	3	3	0
7	4	0	4
8	6	1	5
9	4	0	4
10	4	1	3
	47	12	35

Es notable que esta especie haga su puesta en octubre o principios de noviembre, y críe sólo una nidada por estación. En consecuencia, estos diez nidos, de fines de diciembre, pertenecían aves cuya primera nidada se había perdido. Probablemente, las tres cuartas partes de esos nidos perdidos son abandonados por la perturbación producida por el tordo.

De 47 huevos hallados en diez nidos, ¡35 eran parásitos!

6. La hembra de tordo, y a veces el macho, destruyen muchos huevos ajenos, ya sea picoteándolos, rompiéndolos, devorándolos o robándolos. Este es su hábito más destructivo y probablemente exista en distinto grado según los individuos, porque aparecen nidos intactos y otros completamente destruidos. He examinado con cuidado todos los huevos parásitos de un nido, descubriendo después de tres o cuatro días que otros nuevos ocupaban su lugar. El gran número de nidos de Tijereta que ya no contenían ningún huevo propio, incluso tras haber comenzado la incubación, muestra cuántos deben ser robados o devorados, dado que el tordo destruye indiscriminadamente los de su propia especie y los de otras.

B) *Ventajas de este instinto.* Después de leer con cuidado la nota precedente, alguien podría preguntarse cómo es posible que la población de *M. bonariensis* no sólo sobreviva sino que aumente tanto, teniendo en cuenta sus hábitos reproductivos, irregulares y aparentemente defectuosos. Incluso, en una misma región, el renegrado llega a ser más numeroso que otras especies también parásitas. Tal vez sean varios los motivos que desconocemos y que determinan que abunde más que otras especies con instintos análogos, y aún más perfeccionados. Las especies

más raras pueden ser menos resistentes, tener más enemigos, estar expuestas a mayores peligros durante sus largas migraciones, etc. La facultad que parece favorecer a la especie parásita sobre el anfitrión, proviene de los mismos hábitos que a primera vista sugieren ser los más defectuosos, además de las características del huevo, el embrión, el tiempo de incubación, etc.

1. Por lo general, el huevo de *M. bonariensis* es mayor y de cáscara más dura que el del hospedante, siendo la única excepción que conozco la del pecho amarillo. De esta forma, esa mayor dureza, junto con los destructivos hábitos de romper y robar, le da a su propio huevo las mayores posibilidades de sobrevivir. Dado que el tordo destruye los huevos indiscriminadamente, incluyendo los suyos, los de cáscara débil estarán en desventaja.

2. La vitalidad del embrión del Tordo Renegrado parece mayor que la de otras especies, y junto al señalado hábito de romper huevos y poner varios en un mismo nido, le confiere singular ventaja. He examinado nidos de Tijereta que contenían gran número de huevos, ya comenzada la incubación, y quedé sorprendido al hallar podridos todos los suyos, incluso los mejor ubicados para recibir calor. En cambio, los del tordo contenían embriones vivos, aún aquellos que estaban debajo y, como suele suceder, pegados al nido por el contenido de los huevos rotos y derramados.

3. El tiempo, comparativamente corto, que el embrión requiere para eclosionar, constituye otra gran ventaja, porque mientras los huevos de otros pájaros deben ser incubados entre 14 y 16 días, el del renegrado eclosiona a los 11 días y medio. De esta forma, cuando la hembra comete el gran error de poner un huevo junto con otros cuya incubación ya comenzó, si ésta no se encuentra muy avanzada, su huevo aún tiene oportunidad de eclosionar antes o junto a los otros; pero aún cuando los otros huevos eclosionen antes, la extrema resistencia del embrión le permitirá sobrevivir con el poco calor que aún recibe.

4. Siempre que el pichón de tordo nazca junto con los de sus padres adoptivos, si éstos son de menor tamaño como sucede en la mayoría de los casos, desaparecen al poco tiempo y el pichón de renegrado queda como único ocupante del nido. No he podido descubrir cómo llega a expulsarlos o destruirlos, si es que lo hace.

A las ventajas mencionadas puede agregarse otra de igual o mayor importancia. Como el tordo no se compromete en el prolongado y agotador proceso de cuidar a sus pichones, y por ello continúa en mejores condiciones que otras aves, y dado que es gregario y practica una actividad sexual promiscua, puede poner muchos más huevos que otras especies. Entre nuestras gallinas, vemos que las que nunca se vuelven cluecas producen mucho más que las otras. Algunos de nuestros pájaros tienen dos nidadas por estación y otros sólo una. La construcción del nido, incubación y crianza de los pichones les lleva no menos de dos a tres meses y medio. Sin embargo, el Tordo Renegrado es como la gallina que nunca incuba, y sigue poniendo huevos durante cuatro meses y medio. Desde principios de septiembre hasta fines de enero es posible observar a los machos cortejando a las hembras sin cesar, y se encuentran huevos durante la mayor parte de ese tiempo. Observé que silos pájaros pierden repetidamente sus nidos, son capaces de reiniciarlo hasta cuatro veces por temporada, totalizando entre 14 y 16 huevos. Probablemente *M. bonariensis* pone al menos el doble de esa cantidad, o tal vez el cuádruple. Antes de abandonar el tema de las ventajas de esta especie sobre sus víctimas, y de los defectos aparentes o reales de su instinto, debería prestarse alguna atención a otra circunstancia: las condiciones introducidas por el hombre civilizado. El efecto de estas alteraciones ha sido volver más numerosa a la especie y, al eliminar ciertos controles externos, magnificar las peculiaridades de su instinto parásito. En realidad, los hábitos reproductivos del tordo difieren entre los ambientes naturales donde se originaron y las zonas cultivadas. En las primeras, estas aves son mucho más raras, y es poco común encontrar sus huevos. Es probable que los nidos nunca estén sobrecargados de ellos. En las regiones cultivadas, en cambio, las aves se congregan en gran cantidad en huertos y plantaciones, invadiendo todos los nidos, nunca peor disimulados que en los árboles de follaje abierto y despejado que el hombre suele plantar.

C) *Diversidad en el color de los huevos.* Un hecho extraordinario relacionado con la reproducción del renegrado es la diversidad en la coloración de los huevos. No sé de otra especie que los ponga tan variados. Tal vez la mitad de los huevos son inmaculados, una característica propia de la mayoría de las aves que ponen en cavidades. Otros están escasamente manchados con máculas rosadas o grises tan tenues que resultan sólo visibles de muy cerca. La variedad más frecuente, después de la blanca, es la densa y uniformemente salpicada de rojo sobre fondo blanco. Quizá el tipo más raro sea el de un bonito e intenso color rojo. Sin embargo, entre este hermoso huevo marmolado y el blanco con manchas casi imperceptibles, existe una variedad casi infinita, de tal modo que no hay marcas distintivas e invariables en los huevos de esta especie, aunque, como ya dije, los de un mismo individuo se parecen mucho entre sí. Mencionaré otras dos bellas variantes: una totalmente blanca con unas pocas manchas achocolatadas grandes o de tamaño variado, y otra, que no es infrecuente, con un fondo encarnado muy pálido, marcado densa y uniformemente con rasgos finos que parecieran hechos a pluma.

Este verano (1872/73) encontré cinco nidos de pecho amarillo. Los tres primeros habían sido abandonados poco después de terminados, debido a la perturbación causada por el parásito, que comenzó a poner y romper huevos en los nidos antes de que el anfitrión hubiera puesto ninguno. El cuarto nido se encontraba en un cardo y contenía nueve huevos, cuatro del pecho amarillo y cinco de tordo.

De los huevos parásitos, dos eran blancos y el resto moteados.

El quinto nido, también en un cardo, contenía cinco huevos, dos del hospedante y tres parásitos, estos últimos

densamente moteados de rojo y, en consecuencia, recordaban mucho a los del pecho amarillo. Me sorprendió encontrar en el suelo cinco huevos más de *M. bonariensis*, casi juntos y a un metro de la planta. Eran todos de un blanco puro, sin manchas. Me pregunté cómo habrían ido a parar al suelo. No podrían haberse caído, ya que el nido era muy profundo, contenía pocos huevos y, además, estaba apenas a unos 80 centímetros. Por otra parte, llamaba la atención que los del piso fueran todos blancos, y los del nido moteados. Era bastante probable que los huevos hubieran sido puestos en el nido, y la única forma de explicar su presencia es que el mismo hospedante los hubiese quitado, tomándolos con el pico y volando a tierra. Si estoy en lo cierto, hemos de creer que este ejemplar de pecho amarillo ha desarrollado con fuerza un instinto inusual en la especie: la capacidad de distinguir y sacar del nido huevos muy diferentes de los suyos. En realidad, este instinto tendría como objeto contraponerse al parasitismo del renegrado. ¿Qué ocurriría si alguna especie llegase a adquirirlo? Sin duda, resultaría muy perjudicial para un parásito que pusiera huevos blancos, pero los que pusiesen moteados quedarían a salvo. Esta sería una forma muy inusual en que operaría la selección natural, ya que el pecho amarillo, u otra especie, estaría mejorando a otra a costa de sí misma, ya que cuanto más se parecieran los huevos parásitos a los suyos, más posibilidades tendrían aquellos de ser preservados<sup>191</sup>. Sin embargo, puede añadirse que, si además del Pecho Amarillo Común, alguna otra especie que pusiera huevos muy diferentes (por ejemplo, el chingolo o la tijereta) adquiriera también el hábito de distinguir y arrojar fuera del nido a todos los huevos bien diferentes de los suyos, el efecto final de ese instinto sería el exterminio del parásito. Es necesario arrojar alguna luz sobre este oscuro tema, examinando un gran número de nidos durante dos o tres temporadas, con el objeto de determinar si se hallan a menudo de pecho amarillo sin ningún huevo blanco, o si se encuentra el mismo número de huevos blancos (parásitos) en nidos de pecho amarillo, tijereta, pecho colorado y otras especies.

D) *Hábitos del pichón*. Los pichones de todas las especies se parecen mucho cuando recién salen del huevo. La semejanza disminuye una vez que han emplumado, aunque sigue siendo relativamente grande. El color de la mayoría es gris entremezclado con pardo, al menos en el visible plumaje dorsal. También existe una gran similitud entre sus voces de hambre y miedo, pios prolongados, lastimeros y por lo general trémulos. No hay de qué asombrarse, entonces, que los padres adoptivos del pichón de renegrado respondan tan bien a sus gritos y comprendan las variadas expresiones que denotan hambre, miedo o dolor, como si se tratara de las de sus propias crías. Sin embargo, el polluelo de tordo nunca entiende el lenguaje de sus padres sustitutos, como lo hacen los pichones del anfitrión, saltando a recibir el alimento cuando los llaman, escondiéndose o tratando de huir al escuchar la voz de alarma. Es más, el pichón del parásito no aprende a distinguir, ni siquiera visualmente, a sus padres putativos de cualquier otro pájaro que se acerque al nido. Por lo general, no manifiesta temor, incluso si se trata de un objeto grande. Al poner mi mano en un nido, encuentro que los pichones, si recién salieron del huevo y aún tienen cerrados sus ojos, se levantan y abren el pico esperando su alimento. Sin embargo, en muy pocos días aprenderán a distinguir entre padres y otros objetos que se les aproximen, y a alarmarse aún cuando no les sea transmitida ninguna señal de peligro.

Consideremos las diferentes conductas de tres especies que rara vez o nunca transmiten a sus crías señales de advertencia. El pichón de Pijul Plumizo (*Synallaxis spixi*), aun cuando se encuentre en un nido profundo y techado, se arrojará al suelo intentando escapar. El pichón de Calandria Mora (*Mimus patagonicus*) se echa inmóvil contra el piso, haciéndose el muerto con los ojos cerrados. El de nuestra paloma, aún antes de emplumar, se esponja y ataca airadamente con alas y pico al intruso, y tal vez la salve tan valiente exhibición de sus inútiles armas. En cambio, las crías de tordo dan la bienvenida a cualquier cosa que se les acerque, sacudiendo las alas con clamorosos gritos, como si esperaran que todas las criaturas fuesen a ocuparse de sus necesidades.

24 de diciembre de 1872. Hoy mismo encontré un pichón del parásito en un nido de Corbatita Común (*Sporophila caerulea*). Gritaba pidiendo alimento al ver mi mano. Lo tomé, lo dejé caer y entonces, en el suelo, se alejó a medio vuelo. Luego de una esforzada persecución pude recapturarlo, sacudiéndolo para que con sus gritos informara de su situación a sus padres adoptivos, que no estaban por allí. Lo volví a colocar dentro del pequeño nido en forma de cuna, o mejor dicho sobre él, y de una rama cercana tomé media docena de grandes orugas medidoras. A medida que sacaba las orugas de sus capullos se las iba dando al pichón, que las devoraba con glotonería, sin importarle el violento trato que acababa de recibir, e ignorando por completo los fuertes y excitados gritos de sus padres, que acababan de llegar y revoloteaban a un metro del nido.

El verano pasado (1871/72) descubrí un pichón de *M. bonariensis* en un campo de rastrojos, posado en la punta de un tallo delgado y seco. Como lanzabas gritos a intervalos cortos, aguardé para distinguir al pájaro que acudiría. Resultó ser la diminuta Tacuarita Azul (*Polioptila dumicola*), y me divertí mucho ver cómo la pequeña criatura volaba directamente hacia su enorme hijastro y, posándose en su lomo, dejaba caer un gusano dentro del pico abierto, vuelto hacia arriba. Después de quedarse un momento en su singular percha, la tacuarita voló, pero en menos de medio minuto volvió a posarse sobre el lomo. Seguí observándolos hasta que el joven tordo voló, no sin antes alimentarse siete u ocho veces.

En las dos circunstancias anteriores pueden apreciarse los peculiares hábitos del pichón de *M. bonariensis*. Como los nidos en los que nace, desde los del pequeño Pijito Común (*Serpophaga subcristata*) y de la ratona hasta los de calandria, varían tanto en tamaño y materiales y están ubicados en sitios tan diferentes, que los pichones de

---

<sup>191</sup> Parece cierto que determinadas especies, entre las que estaría el mismo Pecho Amarillo Común (*Pseudoleistes vlrescens*), arrojan los huevos blancos del nido.

tordo aparecen como fuera de lugar en ellos. Sin embargo, la mayor incongruencia o inadaptación está en los hábitos del pichón. Cuando el nido se halla en un espeso monte, y aún cuando él es demasiado pequeño para el ave y ella misma no comprende a sus padres adoptivos, y hasta da la bienvenida a todo aquello que se le acerca con buenas o malas intenciones, no resulta tan evidente la falta de adaptación como cuando el nido se ubica en campos o llanuras abiertas.

El pichón de renegrado difiere de los de sus padres adoptivos en el hábito de abandonar el nido apenas puede, tratando de seguir al ave adulta, y posándose en el lugar más conspicuo que encuentra, como el extremo de un tallo o una hierba, donde pide alimento con gritos frecuentes y molestos. De esta forma, la pequeña tacuarita había adquirido el hábito de asentarse en el lomo de su carga. Los padres siempre se posan más alto que sus pichones para alimentarlos, pero el pequeño renegrado se lo impedía, ya que se posaba en el extremo del tallo. Este hábito es letal en las pampas abiertas, cubiertas de pastos cortos, donde vive la Cachirla Común (*Anthus correndera*). En diciembre, cuando la cachirla cría su segunda nidada, el Chimango (*Milvago chimango*) también lo hace y alimenta a su prole casi exclusivamente con pichones de otras aves, sobre todo pequeñas. Durante este período el Chimango destruye gran número de pichones de cachirla y de Espartillero Pampeano (*Asthenes hudsoni*), pese a que tales aves poseen coloración y hábitos perfectamente adaptados a su ambiente. Sucede que en regiones donde abunda el tordo y pese a que sus huevos se encuentran en la mayoría de los nidos de cachirla, es raro ver a un pichón del parásito fuera del nido, ya que apenas salen de él y se exponen, todos o casi todos son llevados por los Chimangos.

E) *Nidificación del Tordo Músico (Molothrus badius)*. Una pareja de Leñateros (*Anumbius annumbi*) pasó casi todo el invierno construyendo un gran nido en una acacia, a 50 metros de casa. Este nido mide alrededor de 70 centímetros de alto por 40 a 45 de ancho, y ya está casi completo. Hoy (28 de septiembre de 1872) vi un músico en el nido. Trepó a él, inspeccionó deliberadamente cada parte, quitó, volvió a arreglar algunos palos y tiró otros. Mientras andaba ocupado en esto, dos renegrados, macho y hembra, llegaron al árbol. La hembra se posó en el nido y comenzó a inspeccionarlo, espiando con curiosidad dentro de la entrada y peleando con el Tordo Músico. Pocos minutos después voló, seguida de su pareja. El músico continuó su extraña y fútil tarea hasta que aparecieron los Leñateros, y entonces se hizo perezosamente a un costado, cantó unos momentos y se fue volando. La semejanza en el comportamiento de las dos especies de tordo me impresionó, ya que ambas manifiestan idéntico interés por los nidos de otras aves, en especial cuando son grandes y están cubiertos. Sin embargo, al llegar la estación de cría sus hábitos comienzan a diverger. El renegrado pone sus huevos en los nidos de otras especies, abandonando los pichones a su cuidado. Los músicos, en cambio, suelen apropiarse de nidos de otras aves y criar ellos sus propios pichones. Sin embargo, como en ocasiones construyen ellos mismos un nido elaborado y prolijo, el adueñarse de nidos de otras aves quizá sea un hábito adquirido en tiempos recientes. Probablemente tienda a desaparecer su primitivo instinto constructor.

8 de octubre de 1872. Esta mañana, mientras leía bajo un árbol, me atrajo un grito agudo, como de ave dolorida, que partía de un nido de Leñatero. Después de oírlo durante más de 20 minutos, fui a averiguar la causa. Los músicos salieron volando del suelo, bajo el nido, y al buscar entre el profuso trébol que crecía a la sombra del árbol descubrí a la hembra del Leñatero con el plumaje húmedo y embarrado. Se tambaleaba y parecía medio muerta a consecuencia del duro trato recibido. La puse al sol, y en media hora, al oír el llamado de su compañero, se las arregló para unirse a él, aleteando débilmente. Los perseguidores la habían arrastrado fuera del nido, y probablemente la habrían matado de no llegar yo oportunamente al rescate.

Diariamente continué observando el nido. Tanto los Tordos Músicos como los Leñateros lo habían abandonado, pero durante la semana siguiente sus propietarios regresaron y tomaron posesión otra vez. Luego de tres o cuatro días volvieron también los músicos, pero al descubrir que el nido seguía ocupado, se apropiaron de otro, uno de Homero sin terminar, en un árbol a 20 metros del primero, comenzando de inmediato a acarrear materiales para revestirlo. Aguardé el tiempo suficiente para que concluyesen la postura, tomé los cinco huevos y derribé el nido, para observar cuál sería su próximo paso. Se quedaron en el lugar, cantando sin cesar y manifestando ansiedad cada vez que alguien se aproximaba. Los observé cuatro días y luego me ausenté otros tantos. Al volver, encontré que los Leñateros habían desaparecido, y su gran nido estaba de nuevo en poder de los músicos. Noté también que estos últimos habían abierto una entrada al costado, cerca de la base, ya que la cámara de postura en ese nido se halla en el extremo inferior, y se accede a ella por un estrecho pasadizo abierto en lo superior de la estructura. Estábamos a fines de octubre, alto período de cría, y el nido era constantemente visitado por gran cantidad de renegrados. Sin embargo, yo estaba interesado en particular por una pareja de Tordos Pico Corto (*Molothrus rufoaxillaris*) que también había comenzado a frecuentar el nido, teatro de tantos conflictos, y resolví vigilarlos muy de cerca. Como estos últimos pasaban tanto tiempo en las proximidades y se mostraban preocupados cada vez que me acercaba, pensé que tal vez tomarían posesión del mismo y criarían en él, de poder expulsar a los músicos. Esperé pacientemente, dando tiempo a los Tordos Músicos a completar su puesta, ya que no quería matarlos, y creía que se irían al verse despojados de sus huevos por segunda vez.

En pocas semanas trepé al nido y encontré, para mi gran asombro, diez huevos, en lugar de los cuatro o cinco que esperaba hallar. Todos estos huevos eran de los músicos, y concluí que las dos hembras estaban poniendo juntas, dado que, como dije en una comunicación anterior sobre el tema, a veces más de una hembra pone

en el mismo nido<sup>192</sup> Después de sacar los diez huevos, los músicos seguían allí, y pese a observarlos mucho, no logré ver más de una pareja rondando el nido. La siguiente ocasión en que lo revisé, contenía cinco huevos. Esto me hizo pensar que el pájaro que habla puesto cinco de los diez hallados la vez anterior, se había marchado molesto por el robo. Saqué los huevos. Los músicos siguieron allí y, como tenía razones para pensar que habían comenzado a poner por cuarta vez, posteriormente visité el nido y encontré dos huevos. Los dejé y regresé a los tres días esperando hallar cinco, ¡pero encontré siete! Por cierto, esta vez más de una hembra había puesto en ese nido. Elaboré varias teorías que intentaban explicar los huevos adicionales, pero no son satisfactorias, y no tiene sentido registrar conjeturas. Después de tomar estos últimos huevos, los músicos se marcharon. Aunque los Tordos Pico Corto seguían visitando el nido con bastante frecuencia, para mi gran decepción no pusieron en él<sup>193</sup> El verano pasado (1871/72) encontré un nido de músico, profundo y de bella factura, construido con largos pastos secos y raíces fibrosas. Todas las demás parejas que observé criaron en nidos de otras aves, la mayor parte en los de Leñateros. Este verano (1872/73) todas las parejas de Tordos Músicos que he observado pusieron en nidos robados a otras aves.

F) *Hábitos del Tordo Pico Corto*. Si bien esta especie no es escasa, tampoco es tan abundante como las demás. Es probable que debido a su gran semejanza con el renegrido, durante mucho tiempo pasó inadvertida para los ornitólogos. Al igual que el músico, permanece con nosotros todo el año. Aunque nunca se lo ve solo, el Tordo Pico Corto tampoco es estrictamente gregario; en invierno se lo ve en grupos que no superan los cinco o seis individuos. Uno de sus rasgos más notables es la exagerada prisa y el alboroto que imprimen a todos sus movimientos. Pasan de una rama a otra con una serie de violentas sacudidas, golpeando ruidosamente sus alas, y cuando algún grupo regresa del campo, se lanza a los árboles con gran excitación, gritando como silos persiguiera un halcón. Su lenguaje es tan abrupto como sus movimientos. Aunque no son aves canoras, en raras ocasiones el macho ensaya un canto y con considerable esfuerzo emite algunos sonidos breves, que no llegan a conformar una melodía. El Pío con que invita a volar a su compañera suena como un definido y sonoro beso. Su voz de alarma o advertencia, cuando alguien se le acerca durante el período de cría, es suave y agradable, y resulta su única expresión con estas características. El repertorio habitual es un grito que comienza con un sonido interno, hueco, y aumenta de volumen hasta adquirir un intenso timbre metálico. Lo emite con la cola y alas desplegadas y caídas, mientras eriza el plumaje como un pavo macho, saltando vivamente en su rama, como si bailara. Por su modo de esponjarse y la naturaleza peculiar del sonido que produce, creo que, al igual que las palomas y otras aves, tiene la facultad de llenar de aire el buche y usarlo como cámara de resonancia. Rápida e invariablemente hembra le responde con un grito áspero e impetuoso, aunque ambos sonidos aparentan provenir de un solo pájaro. Con frecuencia, cuando la bandada está volando, estos gritos los emiten en concierto, pero sin el prelude.

El plumaje tiene un fuerte olor almizclado, y el esófago es notablemente ancho. Vive casi exclusivamente de semillas, aunque a veces también se encuentra en su estómago alguna gran oruga o araña.

G) *El Tordo Pico Corto parasita al Tordo Músico*. 12 de abril de 1873. Hoy mismo hice un descubrimiento, y estoy tan entusiasmado como si hubiera hallado un nuevo planeta en el cielo. Está resuelto el misterio de haber encontrado dos veces el nido de los músicos, conteniendo un número extraordinario de huevos. De pronto he comprendido la raíz del comportamiento de cría del Tordo Pico Corto. Estimo que ha sido en gran parte buena suerte, porque creía que la temporada había concluido, dada la proximidad del invierno. Los músicos tienen hábitos tan sociables que parecen resistirse a disolver sus grupos en época de cría. Cuando la estación está por concluir, mientras los jóvenes aún son alimentados por sus padres, todas las familias de un monte forman una sola bandada.

Un mes atrás las aves de mis árboles se habían asociado de esta manera y vagaban por los alrededores en un grupo disperso que frecuentaba un área situada a unos 15 minutos de mi casa. La bandada estaba compuesta, según creo, por tres familias, unos 15 ó 16 individuos en total. Los jóvenes no se distinguen de los adultos, pero sé que la mayoría son juveniles que nacieron ya avanzada la temporada, por sus incesantes y estridentes gritos de hambre. Si bien había visto bandadas desde antes de mediados de marzo, nunca las había observado con especial detenimiento. Mientras andaba a caballo la última semana, distinguí tres aves de una bandada, con manchas purpúreas en el plumaje<sup>194</sup> Se encontraban a cierta distancia y, por supuesto, concluí que se trataba de renegridos jóvenes, asociados por casualidad con los músicos. El hecho me sorprendió, ya que el macho joven de *M. bonariensis* siempre adquiere el plumaje purpúreo antes de marzo. Hoy, mientras andaba con mi escopeta, encontré la bandada y observé cuatro pájaros adquiriendo el plumaje púrpura intenso, dos de ellos con la coloración casi completa. También advertí con asombro que tenían alas bayas como las aves a las que seguían, y los que tenían menos púrpura se asemejaban maravillosamente a los músicos, por su plumaje arratonado y cola pardo negruzca. Habla visto estos mismos pájaros pocas semanas atrás, antes de adquirir el plumaje purpúreo, y no había notado la menor diferencia entre ellos y los músicos. ¡Ahora parecían estar transformándose en otra especie! Inmediatamente

---

<sup>192</sup>El espíritu investigador de Hudson y su habilidad deductiva se ven en este caso superados por un tema muy complejo. Como ya lo señaláramos (comentarios a la 7a carta) el Tordo Pico Corto es parásito casi exclusivo del Tordo Músico y sus huevos son parecidos. Entre los diez que halló también pudo haber de Tordo Renegrido. En el apartado G de esta misma nota, Hudson alcanza a comprender este proceso.

<sup>193</sup> Obviamente 105 Tordos Pico Corto no pondrían en un nido que ellos mismos habían abandonado, ya que sus huevos no iban a ser incubados.

<sup>194</sup> El término purpúreo no es estricto. Debí decir simplemente manchas negras.

cacé cuatro ejemplares, más dos músicos genuinos, y tuve el placer de comprobar que las aves con manchas purpúreas eran juveniles de *M. rufoaxillari*.

Ahora debo pensar que el excedente de huevos hallados en nidos de músico correspondían a posturas del Tordo Pico Corto. Esta especie tiene particular predilección por los nidos de la otra; los huevos de ambas son idénticos en forma, tamaño y coloración, y lo que es más extraño aún, el parecido entre los juveniles es tan notable como el de los huevos.

El Tordo Pico Corto es el cuarto *Molothrus* de cuyos hábitos de cría tenemos información. Además de las tres especies bonaerenses y la norteamericana, no me consta que se conozcan los hábitos de otras. Entre ellas hay una red bastante compleja de afinidades en los hábitos de nidificación, color y evolución del plumaje, así como en lenguaje y gestos peculiares, pero la complejidad probablemente aumentará cuando nos familiaricemos con los instintos de los demás miembros del género.

Confiamos en descubrir aspectos insólitos sobre los hábitos de nidificación de los tordos, con la misma seguridad con que esperamos encontramos con huevos verdosos en los nidos de cuchillos o plumas en el estómago de un macá.

15 de abril de 1873. Comencé la mañana buscando a los Tordos Músicos. Apenas logré acercarme (estaban en el lugar de costumbre) observé uno que no había advertido el día anterior y que estaba adquiriendo plumaje purpúreo. Lo cacé, y tras reagruparse la bandada a cierta distancia, me arrastré hasta ella oculto, para observarlos de cerca. Tres jóvenes agitaban las alas y clamaban por comida, cada vez que el adulto que los acompañaba se movía. Uno de los tres estaba manchado de púrpura, y lo cacé junto con su padre adoptivo y uno de sus hermanastros. Estos dos últimos especímenes eran más interesantes que los otros, porque tenían menos plumas purpúreas. Es notable su parecido con los jóvenes músicos. Sin embargo, el grito de hambre de estos últimos es muy diferente del de Tordo Renegrado, que posee un agudo pido de dos sílabas, la última alargada hasta formar un chillido continuo, cuando el padre adoptivo se ha cerca para alimentarlo. Por el contrario, el grito de hambre del joven músico es corto, algo estridente, trémulo y sin inflexiones. El parecido del joven Tordo Pico Corto con sus hermanos adoptivos, en cuanto a voz y plumaje, es más notable si pensamos que el adulto se acerca mucho más al renegrado que al músico en sus hábitos, gestos, sonidos y plumaje. Parece imposible que la imitación pueda ir más lejos. La leve desigualdad en tamaño resulta poco perceptible cuando los músicos están volando, pero el ornitólogo más avezado no podría detectar diferencia en sus voces y plumaje. Sin embargo, puede cuestionarse si es o no un caso de semejanza externa, adquirida a través de la selección natural para su mejor preservación. Sería igualmente razonable suponer que el juvenil del Tordo Pico Corto, en la primera etapa de su plumaje, exhibe el tipo ancestral, común a ambas especies, y que no ha desplazado a este modelo, representado por el Tordo Músico, simplemente porque su instinto parásito hizo que su existencia dependiera de la del músico precisamente. Si éste perteneciera a otro género, como por ejemplo *Sturnella* o *Pseudoleistes*, la semejanza del joven Tordo Pico Corto con sus hermanastros sería indudablemente el resultado de la imitación. Sin embargo, como ambas especies pertenecen al limitado grupo de los *Molothrus*, el parecido podría atribuirse a un antepasado común.

H) *Probablemente el Tordo Músico siempre incuba sus propios huevos.* Antes creía que aunque se lo observa nidificar, también acostumbraba a dejar huevos en nidos de otras aves<sup>195</sup> No podía dudar de que así era luego de ver a una pareja de sus pichones seguir a un pecho amarillo y ser alimentados por él. Sin embargo, observaciones posteriores, más cuidadosas, sumadas al descubrimiento que acabo de consignar, me hicieron cambiar de opinión. Lo que entonces parecía una prueba positiva ya no prueba nada. Tal vez las aves que observé fueran pichones del Tordo Pico Corto. En efecto, es mucho más probable que pertenecieran a esta especie que a la otra, dado que los músicos siempre crían a sus propios hijos, mientras que nunca encontré un nido de *M. rufoaxillaris*, y creo que son parásitos absolutos.

1) *Razones para creer que el Tordo Pico Corto es parásito casi exclusivo del músico.* Antes me referí a la variedad de huevos que pone el renegrado. Los de Tordo Músico son apenas menores, elípticos, intensa y uniformemente marcados con pequeñas manchas y motas que varían entre el rojizo oscuro y el pardo negruzco, sobre fondo blanco y en raras ocasiones azul muy pálido. No es posible confundir los huevos del renegrado y del músico. Ahora bien, desde la vez que vi, hace muchos años, al pecho amarillo cuidando de los jóvenes músicos, he buscado los huevos de esta última especie en nidos de otras aves. Encontré cientos que contenían huevos de renegrado, pero nunca uno con los del músico, y puedo añadir ahora que tampoco con los de *M. rufoaxillaris*. Es maravilloso que este pájaro esté obligado a poner sólo en los nidos de músico, pero lo más misterioso es que el Tordo Renegrado, que en apariencia aprovecha todos los que encuentra, nunca, por lo que sé, pone en nidos de *M. badius*<sup>196</sup>. Será difícil de creer para los naturalistas, porque si el músico es tan vigilante y receloso de cualquier pájaro que se acerque a su nido, como para lograr mantener a raya al silencioso y omnipresente renegrado, de plumaje gris, ¿por qué no evita también al Tordo Pico Corto, que es ruidoso, ampuloso, más raro y de plumaje llamativo? Sin embargo, éste debe entrar forzosamente al nido. El músico podría tener suficiente sagacidad como

<sup>195</sup> Ver 6a carta "Los Tordos" (pág. 89).

<sup>196</sup> En realidad, en los nidos de Tordo Músico se suelen encontrar huevos del dueño, del Tordo Pico Corto y del Tordo Renegrado.



para distinguir los huevos de *M. bonariensis* de los propios, y sacarlos del nido. Este punto queda sin resolver, por ahora.

J) *Eficiencia comparativa del instinto parasitario de M. rufoaxillaris*. Por cierto, solemos referirnos al instinto parasitario con desagrado. Esto tiene que ver con la opinión de un naturalista de hace cien años, para quien el cuco fue creado con semejante hábito, como un monstruoso ultraje al afecto materno, uno de los primeros grandes dictados de la naturaleza. Un ultraje, por cierto, dado que toda criatura tiene como objetivo último la preservación de su especie, y no la de ninguna otra. Sin embargo, por un sutil proceso, vemos dicho hábito desviado de su propósito original, pervertido y subordinado a una acción a la que justamente debería oponerse. La generación de tal instinto parece así una contingencia no prevista en el sistema de la naturaleza, una enfermedad reforzada, si no inducida, por las mismas leyes establecidas para la preservación de la salud, y que el propio sistema no puede eliminar. El huevo de una especie parásita es en general mucho mayor y difiere en color del de los del pájaro parasitado, así como son distintos los pichones entre sí. Y se da el caso, inclusive, del asesinato de los pichones hospedantes por el del parásito. Quedamos atónitos ante un ejemplo tan vivido y claro de estupidez en el instinto materno, por irracional que sea. En la competencia por el espacio y la lucha por la existencia, de la que con razón se afirma que es más mortífera cuanto más emparentadas estén las especies, los procesos son imperceptibles, y tan graduales los cambios que la disminución de una especie y su desaparición final nunca se relacionan con un aumento correspondiente en otra más favorecida, que habita la misma región. No es como si las especies reinantes invadieran y conquistaran el lugar de otra, sino más bien como si en silencio tomaran posesión de una herencia que les corresponde por derecho.

Poderosos como son los resultados a los que conduce semejante proceso, sólo se lo llama lucha, usando una metáfora algo forzada. Sin embargo, aun cuando la guerra es abierta y declarada, como entre una especie depredadora y sus víctimas, la primera está manifiestamente empujada por la necesidad. En este caso, las especies sobre las que se ejerce la depredación están dotadas de sagacidad como para escapar de las persecuciones. Por eso no se trata de una guerra de exterminio, y el invasor, al igual que en una lucha de fronteras, queda satisfecho con llevarse unos pocos vagabundos débiles e incautos. Así, la hostilidad abierta y declarada es beneficiosa para una especie, ya que asegura la eliminación de todos los individuos que podrían causar su degeneración. No obstante, resulta inconcebible la necesidad de un instinto tan letal como el del cuco y el tordo, que causa la destrucción de tantas vidas recién iniciadas. Y en la medida en que su preservación se opone a la especie que parasita, también aquí debe haber una lucha. ¿Pero qué clase de lucha? No sucede como en otras especies, donde la muerte en combate de uno da más fuerzas al vencedor, sino una lucha anómala, en la cual uno de los contendientes ha hecho que las armas de su adversario se le vuelvan en contra, y así parecería tener una ventaja infinita. Es para él imposible sufrir una derrota y, para seguir con la metáfora, se ha vinculado tan íntimamente con su adversario que apenas llegue a vencerlo, perecerá inevitablemente<sup>197</sup>. Semejante resultado es quizá imposible, dado que existen muchos factores operando para controlar el aumento inusual de cualquier especie, y en consecuencia, por desigual que parezca la lucha, el proceso continuará por siempre. Considerado de esta forma, el hábito parasitario nos parecerá cruel, traicionero y violento en el más alto grado. Pero deberíamos intentar crear mentalmente un instinto parasitario perfecto, que fuera absolutamente eficiente y deparara el menor perjuicio al hospedante, ya que de la conservación de éste depende el parásito. Para ello combinemos en nuestra imaginación todos los hábitos parasitarios conocidos, eliminando las cualidades perturbadoras y coloquemos en su lugar otras que creyésemos adecuadas. Probablemente nuestra concepción se quedaría corta frente a la simplicidad, belleza y suficiencia del instinto real del Tordo Pico Corto. En lugar de poner sus huevos indiscriminadamente en cuanto receptáculo encuentra, elige los nidos de una sola especie. Así, su instinto selectivo está relacionado con la semejanza de sus huevos y pichones a los de la especie que parasita. Tal semejanza adaptativa no podría existir si pusiera los huevos en los nidos de otras especies, y es por cierto una circunstancia eminentemente favorable a su conservación. Entonces, como no existe en su caso la incongruencia y el desajuste que se observa en otros nidos parasitados, no hay razón para que veamos al afecto del padre adoptivo como ciego y estúpido, ya que la semejanza es suficiente para burlar la mayor sagacidad. Aquí tampoco puede parecer este instinto un ultraje a la condición materna, dado que el joven *M. rufoaxillaris* no posee, en apariencia, ninguna ventaja sobre sus hermanastros. No está dotado de mayor fuerza, como para destruir o expulsar a los verdaderos hijos, ni de mayor voracidad, como para monopolizar las atenciones de sus padres adoptivos. En cambio, se parece a los auténticos descendientes en cada detalle, y de esta forma tiene la misma posibilidad de sobrevivir. Lo que el más filósofo de los naturalistas ha observado en relación con la arquitectura de la colmena, puede aplicarse a este instinto parasitario: "*La selección natural no podría ir más allá de este grado de perfección*", porque resulta absolutamente perfecto<sup>198</sup>

K) *Hábitos de cría ocasionalmente aberrantes*. Al considerar los instintos parasitarios de las aves, cada irregularidad se vuelve interesante. Presento aquí una observación sobre el hábito ocasional de algunas especies que desperdician huevos, y el de poner más de una hembra, en el mismo nido. El Tordo Renegrido desperdicia muchos huevos, lo que también hacen nuestras dos especies de ñandúes, pero en el primero la causa inmediata es el instinto parasitario. Las aves que construyen nidos y observan una estacionalidad en la puesta, no los terminan en

---

<sup>197</sup> Hudson muestra aquí en todo su esplendor la capacidad de análisis profundo de los procesos de la naturaleza, que lo coloca en un lugar preponderante entre los estudiosos del comportamiento animal

<sup>198</sup> Suponemos que cita a Darwin, a quien a esta altura de los acontecimientos parece respetar en su verdadero valor.

el momento preciso en que están listas para poner, sino con alguna anticipación, que puede ser de dos, tres o más días. Si el nido es destruido, se detiene el desarrollo interno del huevo hasta que el nuevo nido esté terminado. Todos los veranos vemos aquí parejas de "*golondrinas parasitarias*" criando en noviembre, las que ni bien arriban se apoderan de nidos de Hornero, que son los únicos en los que crían<sup>199</sup> En cambio, las demás, que fracasaron en sus ataques contra los horneros, y no crían hasta diciembre o enero, mantienen los huevos, aunque grandes, en un estado de latencia, y sólo terminan de desarrollarse cuando las Golondrinas Pardas (*Phaeoprogne tapera*) se apoderan de los nidos, que merodearon largo tiempo.

Esta refinada capacidad no es necesaria en los tordos, e incluso es obvio que resultaría fatal para la especie en unas pocas generaciones. Sólo cuando el huevo ya se encuentra en el oviducto y se acerca el momento de su salida, comienza el pájaro a buscar un nido. Si no lo encuentra o es expulsado, aparece una contingencia para la cual no existe ningún resguardo, y por eso el huevo es desperdiciado. En los ñandúes todas las hembras de una tropa ponen en un mismo nido, y un macho incuba después los huevos. Sin embargo, como cada ave deposita un gran número de ellos y no comienzan la puesta al mismo tiempo, mucho antes de concluir este proceso el macho se enclueca y las echa. Esta es, probablemente, la causa de que desperdicien tantos huevos, porque todas las hembras que están listas para poner cuando el macho comienza a incubar se ven forzadas a dejar sus huevos en el campo. Pero ¿cómo podemos explicar el hábito de desperdiciar huevos ocasionalmente en otra especie, por ejemplo el Pirincho? Este construye un elaborado nido en el que pone sólo una hembra. En una comunicación sobre los hábitos de esta especie dije que a veces construyen nidos tan frágiles que todos los huevos se caen a través de ellos, pero entonces no sabía que también desperdiciaban un número sorprendente de huevos<sup>200</sup>. Una bandada de alrededor de 16 pasó el invierno de 1872 en los árboles cercanos a mi casa. Al acercarse la época de calor comenzaron a dispersarse, graznando y parlotando sin cesar, como suelen hacerlo cuando están listas para aparearse y procrear. Observé a estas aves con mucha atención, pero no pude verlas construir. Finalmente, encontré tres huevos rotos en el piso, y al inspeccionar el árbol descubrí un nido incipiente, formado por apenas una docena de palitos cruzados, sobre los cuales habían sido puestos los huevos. Esto sucedía en octubre, y hasta enero no hubo otro intento de hacer un nido, pero se desperdiciaron huevos en abundancia, que constantemente encontré por el parque a lo largo de cuatro meses. A principios de enero hicieron otro nido, pero con menos materiales que los que habría empleado un cuclillo. Debajo, en el piso, yacían unos cinco o seis huevos rotos. Hacia fines de mes construyeron dos grandes nidos, profundos y bien forrados de hojas verdes, en los que nacieron 14 ó 15 pichones. En este caso vemos que un eslabón esencial de la cadena de instintos reproductivos se rompió, y toda ella quedó abortada.

Sin embargo, la causa de la pérdida o suspensión temporal del instinto arquitectónico sigue siendo un misterio.

Además del ñandú, no sé de ninguna especie en la cual dos o varias hembras se unan habitualmente para poner en un mismo nido, pero existen varias en las que esto sucede a veces. Así por ejemplo, es frecuente en el Sirirí Colorado (*Dendrocygna bicolor*), el Tero Común (*Vanellus chilensis*) y el Inambú Común (*Nothura maculosa*)<sup>201</sup>, Sólo puedo referir un caso en que dos aves de especies distintas pusieron juntas. Estos eran el Pato Barcino (*Anas flavirostris*) y el Inambú Común. El nido se encontraba en un cardal, a cierta distancia del agua, y contenía la postura completa de ambas aves.

L) *Conjeturas sobre el origen del instinto parasitario del Tordo Renegrido.* La afirmación de que la causa inmediata y final del instinto del cuco es que no pone los huevos diariamente, sino a intervalos de dos o tres días (el origen de las Especies), no parece acertada respecto al tordo. ¿No podría ser al revés, o sea que el instinto parasitario es la causa inmediata y final de que ponga los huevos a intervalos largos? Si resulta favorable para una especie con el instinto del cuco (y es probable que lo sea) poner huevos a intervalos más largos que los de las otras, entonces la selección natural le proporcionaría todas las modificaciones de los órganos reproductivos que tendieran a producir ese resultado y a fijar la estructura mejorada. Se dice que el cuco americano también los pone a intervalos largos y tiene huevos y pichones al mismo tiempo en el nido, una circunstancia manifiestamente desventajosa. Del Cuclillo Canela (*Coccyzus melacoryphus*), el único de nuestros tres cucos cuyos hábitos de nidificación conozco, puedo decir que nunca comienza a incubar hasta tener la postura completa y sus pichones nacen al mismo tiempo. Sin embargo, si se trata de ubicar el origen del instinto parasitario del cuco europeo en los hábitos de nidificación de los cucúlidos americanos, no podría atribuírselo a la costumbre aberrante de una especie quizá única, sino a otro hábito más desventajoso, común a todo el género, esto es, la construcción de nidos muy frágiles, que dejan con frecuencia caer los huevos y pichones.

Si ocasionalmente pusieran en nidos profundos y seguros de otras aves, los pichones criados allí tendrían una ventaja, y tal vez con el tiempo, el hábito se volvería hereditario. De ser cierta esta suposición, que podría estar tan alejada de la verdad como otras, existen muchos géneros intermedios entre *Cuculus* y *Molothrus*, en los cuales no aparece ningún rastro de hábito parasitario. Es probable que instintos análogos se hayan originado de modo diferente en ambos géneros. En lo que respecta al origen del instinto en el tordo, quizá sea prematuro especular sobre los pocos hechos que aquí se registran, antes de conocer los hábitos de otros miembros del género. Parece un gran misterio el hecho de que una especie pierda un instinto tan universal como el materno, y se valga de ese

<sup>199</sup> El uso del término "parásito" para especies que ocupan rudos ajenos, como la Golondrina Parda, pero que incuban los huevos y crían a sus pichones, es inapropiado.

<sup>200</sup> En el original lo llama "Urraca (*Cyanocorax pileatus*)". Ver además 8° carta: "El Pirincho" (pág. 101)

<sup>201</sup> No tenemos información de posturas conjuntas en el Sirirí Colorado

sentimiento en otra, para propagarse. De cualquier manera, no puedo abstenerme de opinar, y sugiero lo que puede haber sido una de las muchas causas concurrentes, que dieron origen al instinto parasitario. Creo que los hábitos de nidificación de varias especies, aparentemente de transición, y un notable hábito de *M. bonariensis*, arrojan cierta luz sobre la pérdida en el Tordo Renegrido, instinto de construir nidos. Tal vez se considere que en esta hipótesis hilé muy fino, pero podría ser útil para futuros investigadores, cuando se haya logrado reunir un mayor conjunto de evidencias. También pueden resultar beneficiosos los hechos que aquí se exponen.

Los instintos varían mucho. Quizás sea necesario decir que si así no fuera, no estarían tan bien adaptados a las condiciones externas, a menos que éstas fueran también invariables, lo que no sucede.

Mientras una especie está bien adaptada a su ambiente en cuanto a instintos o hábitos heredados, con frecuencia no lo está tanto con referencia a su estructura, relativamente inmutable. De esta forma, en Buenos Ayres tenemos un *Tringa* que evita los bañados<sup>202</sup>, con todos los hábitos de un chorlo de tierra alta; un emberízido (*Myiospiza humeralis*) que se comporta como un furnárido<sup>203</sup> amante de los juncos, y un tiránido (*Pitangus sulohuratus*) que en invierno subsiste principalmente de ratones, cuando abundan. Halconea sobre el pasto y se deja caer sobre su presa como una rapaz, aunque esto no resulta suficiente, ya que el ratón es demasiado grande para tragárselo entero y el pico del pájaro demasiado recto y débil como para despedazarlo. Para remediar este defecto o falta de adaptación de sus estructuras a esos requerimientos, adquirió un hábito suplementario. Lleva a su presa hasta un árbol y la toma de su cola o patas traseras, sacudiéndola, y la golpea violentamente contra una rama hasta convertirla en una pulpa blanda. Sin embargo, por más que los instintos de una especie hayan sido alterados, con frecuencia reaparecen trazas de costumbres antiguas y en desuso. Evidencias de esta alteración serían: la diferencia entre los hábitos de una especie y sus congéneres, y la falta de correspondencia entre estructura y hábitos. Serían débiles rebotes de instintos obsoletos: comportamientos aparentemente caprichosos, vagos o insignificantes para ser registrados, así como las improvisaciones no habituales, las aparentes imitaciones de acciones de otras especies, la perpetua inclinación a intentar lo que nunca se intenta y los amagos por hacer lo que no se hace. Pueden deberse a la misma causa ocasionales instintos aberrantes de individuos, como cuando un ave que construye nidos en los árboles pone sus huevos en el suelo. Si la recurrencia a un tipo ancestral es rastreable en su estructura, coloración y lenguaje, también puede esperarse que suceda algo parecido con los instintos. Sin embargo, aún si las acciones, casuales y a menudo inofensivas, como las que he mencionado, debieran guiarnos indefectiblemente a los instintos viejos y en desuso de una especie, este conocimiento no podría llevarnos a descubrir el origen de los actuales. Pero si damos por hecho que los cambios en las condiciones ambientales son en todos los casos la causa fundamental de las alteraciones de los hábitos, creo que en muchos de ellos el conocimiento de los instintos en desuso podría sernos de gran ayuda en la investigación. Ilustraré lo que intento explicar con un ejemplo hipotético. Si todas las especies de *Columba* o muchas de ellas, manifestaran una inclinación a rondar las rocas y las barrancas, para asomarse o entrar en los agujeros, esos actos, vagos y sin ningún objeto, considerando que los nidos de todas las palomas son simples plataformas, resultaría fácil creer que el hábito de esta especie alguna vez fue común a todo el género. Debe observarse además que las palomas ponen huevos blancos, siendo la regla general que los puestos en agujeros oscuros sean blancos, y los expuestos, coloreados, y también que una especie, *C. livia*, pone huevos en huecos en las rocas. Deberíamos concluir que una escasez de sitios de cría adecuados, es decir, condiciones exteriores nuevas, impulsaron en primer lugar a las palomas a hacer nidos en los árboles. La Paloma Doméstica también construye nidos en los árboles cuando no hay rocas, pero vuelve a los hábitos ancestrales cuando puede. Deberíamos suponer que en las demás especies, la falta de uso hizo que el hábito primitivo se perdiera totalmente, o sólo se manifieste de modo vago e incierto. Aún podría surgir la pregunta: ¿cuál sería el criterio para distinguir entre los hábitos débiles e inconsistentes debidos a las leyes evolutivas, de los que sólo se deben a la recurrencia? Supongo que los dos distintos orígenes pueden diferenciarse en gran medida, de la misma manera que las divergencias en estructura, color, etc. Un caballo cubierto de pelo de 15 centímetros de largo sería un ejemplo de divergencia surgida de las leyes de evolución, dado que ninguna circunstancia en la historia del género podría inclinarnos a creer que se trata de una regresión (un cuero de caballo de una variedad con pelo largo fue traído por los indios "Tehuelcho" a un poblado de río Negro, en la Patagonia). En cambio, las rayas de los caballos bayos y de las mulas se atribuyen a la recurrencia de un tipo ancestral, porque otras especies de *Equus* son rayadas. En los casos que se detallan a continuación veremos los que, según creo, constituyen ejemplos de estos dos tipos de origen.

Las cuatro palomas silvestres del Plata, al alimentarse caminan despreocupadamente por el suelo. La Paloma Manchada<sup>204</sup> de la Patagonia, en sus hábitos recuerda mucho a su congénere del Plata. Pero cuando come se desplaza velozmente, tomando su alimento con una rapidez tan sorprendente que los movimientos más animados de otras aves que comen en bandadas en el suelo parecen lánguidos en comparación. Este carácter vivaz de la paloma patagónica, en el que tanto difiere de sus congéneres, creo que se debe a las condiciones de vida. El suelo pelado y la escasa vegetación, para una especie estrictamente granívora que se desplaza en grandes grupos, requiere una actividad mucho mayor que la necesaria en las ricas y fértiles regiones del norte. Cuando lo persigue un ave de presa o un hombre a caballo, el Inambú Común se escabulle dentro de las cuevas de la vizcacha o el armadillo.

---

<sup>202</sup> No conocemos ninguno de los integrantes actuales del género *Tringa* que sea independiente del agua. En la época de este trabajo, *Caheris* era sinónimo de *Tringa*, género del que tendríamos que decir lo mismo. *C. melanotos* es el que más se aleja de los bañados.

<sup>203</sup> *Synallaxis* en el original

<sup>204</sup> Si bien Hudson usa aquí la denominación *Zenaida maculata*, sinónimo de *auriculada*, parece en realidad referirse a la Paloma Manchada, *Columba maculosa*, pues utiliza más o menos los mismos términos que en el párrafo correspondiente a esta última especie, en su nota sobre la Patagonia Pág. 156)

Supongo que ningún otro tinámido acostumbra refugiarse en cuevas, y más bien pareciera estar muy adaptada en todo (estructura, color y hábitos) para eludir a sus enemigos en la desprotegida superficie de la tierra. Por tal razón, resulta extraño ese hábito de la perdiz bonaerense, y sólo puede explicarse por las condiciones especiales en las que se encuentra el ave: llanuras sin otro refugio que las numerosas cuevas, en las que puede ponerse a salvo de la persecución. Una de las mariposas comunes de las pampas (*Vanessa carye*) posee un hábito notable. Cuando no está alimentándose, se pesa en el suelo antes que sobre las plantas. De inmediato abre las alas y gira hasta adoptar una posición tal, que el sol le dé directamente sobre la superficie inclinada de su cuerpo y alas. En los días fríos, cuando otros lepidópteros se posan entre las hojas, con las alas cerradas, con apariencia de debilidad y languidez, *V. carye* se asolea sobre la tierra pelada con sus alas abiertas, mostrándose entonces tan vivaz y arisca como en el tiempo cálido. Una de nuestras aves, el Pirincho, muestra el mismo hábito, descrito en una comunicación anterior. Todos los años, muchos individuos de *V. carye* sobreviven al invierno, y tal vez pueda atribuirse su extrema resistencia a este hábito, que les permite captar el calor. Otro par de lepidópteros posee el mismo hábito, pero en una forma mucho más imperfecta, y nunca sobreviven al invierno. Me siento inclinado a atribuir la costumbre de nuestra *Vanessa* y del Pirincho a la variación inducida por las condiciones ambientales.

El Zorzal Patagónico (*Turdus falcklandii*) no es un ave canora, pero en primavera, en ocasiones, se lo oye cantar. Creo que este es un caso de recurrencia de un hábito en desuso, por lo siguiente: a) la mayoría de los zorzales canta; b) los del Plata nunca lo hacen en invierno, ni cuando soplan vientos fuertes en verano; c) los vientos predominan durante el verano en la Patagonia, época en la que podría esperarse que el Zorzal Patagónico cantase; d) el canto de este zorzal se parece a una trabajosa imitación de la melodía del Zorzal Colorado (*Turdus falcklandii*) del Plata, la especie a la que más se asemeja.

El siguiente también pareciera ser un ejemplo de recurrencia de un instinto ancestral. Un estudio fisiológico de los ofidios ha aportado, según creo, algunas razones para suponer que estos reptiles, o mejor dicho sus antepasados, eran todos de hábitos acuáticos. Da una gran fuerza a esta hipótesis la facilidad con que las serpientes terrestres nadan y el hecho de que siempre están dispuestas a entrar en el agua, por la que sienten afinidad, como si fuera su elemento natural. Durante el verano pasado (diciembre de 1872) descubrí una culebrita (*Liophis anomalus*) a orillas de un arroyo donde yo pescaba. Tenía el cuerpo tan distendido que, curioso por saber lo que habría tragado, la maté y abrí. Tenía quince peces pequeños, de entre cinco y nueve centímetros. Unos pocos habían comenzado a descomponerse, pero evidentemente los había capturado a todos aquel mismo día, mostrando así la maravillosa perfección de su instinto pescador. No obstante, la culebrita (nuestro ofidio más común, a pesar de haber sido descrita recientemente) abunda en las llanuras secas, elevadas, donde no haya agua permanente. Esta culebra era un macho adulto de 37 centímetros; la hembra difiere en coloración, y es mucho más grande. Por la cantidad de hojas tragadas junto con los peces, era evidente que había acechado a sus presas entre las hojas descompuestas de los lirios de agua flotantes, y realmente el color del cuerpo, el cuello alzado como tallo y el hábito de estar siempre vigilando parecen más adaptados a capturar peces en el agua que a cazar ratones, aves, etc. en tierra firme.

El último caso de aparente recurrencia probablemente resulte menos obvio que los anteriores. Se refiere al Tordo Renegrado, y se presenta como un hábito extraño y absurdo, ya mencionado en una comunicación anterior. Antes y durante el período de cría, las hembras, a veces acompañadas por los machos, se ven rondando y examinando continuamente los nidos cerrados de algunos furnáridos. No parece ser una curiosidad excéntrica, y la persistencia de dicho hábito se asemeja exactamente a la de las aves que usan estos nidos como sitios de cría. Pero lo que resulta llamativo es el hecho de que nunca pongan en tales nidos, salvo cuando el techo o el costado se han roto por accidente, dejando entrar la luz en el interior<sup>205</sup>. Siempre que coloco cajas en mis árboles, quien primero las visita es la hembra del tordo. A veces una de ellas pasará medio día rondando, trepando e inspeccionando una caja, para terminar siempre asomada a la entrada con curiosidad, y cuando está a punto de introducirse, vuelve atrás, como si la oscuridad del interior la asustara. Sin embargo, luego volverá una y otra vez, como fascinada por la comodidad y seguridad de semejante residencia. Resulta divertido ver la persistencia con que rondan los nidos de los Horneros, con la aparente determinación de tomar posesión de ellos, regresando una y otra vez, después de cientos de rechazos, sin llegar nunca a entrar, aunque tengan la oportunidad. A veces se ve a una siguiendo a una ratona o golondrina hasta su nido bajo el alero, y luego afirmarse en la pared debajo del hueco por donde desaparecieron. Podría llenar muchas páginas con ejemplos de este hábito de *M. bonariensis*, el cual, por inútil que sea, se presenta como una muy marcada afición. Apenas dudo que sea una recurrencia a un hábito en desuso; al menos no puedo imaginar ninguna otra causa. Además, me parece que el tordo, cuando era constructor de nidos, adquirió el hábito semiparasitario de criar en nidos cerrados de otras aves, costumbre que pudo haber originado el instinto que ahora posee.

En mi carta anterior sobre los tordos mencioné que en dos ocasiones lo había visto intentando construir nido, aunque nunca lo concluyese. El instinto de nidificar es tan universal que se podría afirmar que también fue propio de *M. bonariensis*, y que en los casos mencionados ha habido una recurrencia al hábito ancestral, demasiado débil para ser eficiente. Otra interesante circunstancia, que puede aducirse como evidencia de que el Tordo Renegrado alguna vez construyó nidos abiertos, como en ocasiones lo hace el Tordo Músico, es la diferencia entre los colores del macho y de la hembra. El primero es de un intenso púrpura, mientras que esta posee lo que los naturalistas llaman una semejanza adaptativa al color del nido, a los oscuros palitos que lo componen y a las ramas sobre las que suele construirlo. ¿Cómo puede haberse perdido un instinto semejante? Decir que el tordo puso ocasionalmente un huevo en el nido de otra ave y que los pichones así nacidos tuvieron alguna hipotética ventaja sobre los nacidos

---

<sup>205</sup> Afirmación no totalmente cierta, ya que se han hallado huevos de renegrado en nidos cerrados de diversas especies, incluso del Hornero.

normalmente, y de esta forma el hábito se volvió hereditario suplantando al original, es una afirmación sin ningún respaldo y parece excluir la acción selectiva de las condiciones externas. Además, la falta de correspondencia entre el comportamiento de los pichones parásitos y sus padres adoptivos sería en realidad una desventaja para los primeros. El desajuste se vería tanto en los huevos como en otros detalles.

Todas las ventajas que el parásito posee en realidad, como la relativa dureza de la cáscara del huevo, el rápido desarrollo de sus pichones, etc., deben haberse ido adquiriendo de a poco, a través del lento proceso acumulativo de selección natural, junto a la formación del hábito parasitario. Me inclino a pensar que *M. bonariensis* perdió el instinto de nidificación adquiriendo el semiparasitismo -común a tantas aves sudamericanas- de criar en los grandes nidos cerrados de los furnáridos. Tenemos evidencias de que este hábito tiende a erradicar el de nidificación. Muchos furnáridos construyen grandes nidos elaborados, cerrados, y aún así tenemos una especie, el Coludito Cola Negra (*Leptasthenura aegithaloides*), que nunca construye propios y cría en nidos de otras aves de la misma familia. En algunas especies, el hábito nidificatorio se encuentra en una etapa de transición. El Picabuey (*Machetornis rixosa*) a veces hace un nido elaborado, poco profundo, en la inserción de las ramas con el tronco, pero casi siempre prefiere nidos cubiertos de alguna otra especie o agujeros en un árbol; lo mismo sucede con nuestra ratona (*Troglodytes aedon*). El jilguero (*Sicalis flaveola*) cría en agujeros oscuros o en nidos cerrados. El hecho de que estas tres especies pongan huevos coloreados, y que los de la primera y última sean muy oscuros, lleva a pensar que alguna vez construyeron nidos poco profundos y expuestos, como aún lo hace en ocasiones el Picabuey. Puede agregarse que las especies que ponen huevos coloreados en lugares oscuros construyen y acolchan sus nidos mucho más prolijamente que las que crían en dichos nidos y ponen huevos blancos. Con el Tordo Músico sucede lo mismo que con el Picabuey y la Ratona Común: pone huevos moteados y ocasionalmente construye un prolijo nido expuesto, y aun así es tan marcada su inclinación hacia los grandes nidos cerrados, que no construirá el suyo si puede apoderarse de uno. Supongamos que el tordo también adquirió alguna vez la costumbre de criar en nidos cerrados, y que a través de ella su hábito nidificatorio original fue erradicado por completo. No es difícil imaginar, entonces, cómo este instinto a su vez se perdió también. Una disminución en el número de aves constructoras de nidos cerrados, o un aumento de las especies e individuos que crían en ellos, llevaría al Tordo Renegrado a una lucha, en la cual probablemente resultase derrotado. En Buenos Ayres, la golondrina común, la ratona y el jilguero prefieren los nidos de Homero a cualquier otro sitio de cría, pero para conseguirlos están forzados a competir sin éxito con la Golondrina Parda, dado que ésta nidifica exclusivamente en dichos hornos. Vemos así cómo el aumento de una especie ha privado a otras tres de sus sitios de construcción favoritos. De nuevo, el Picabuey prefiere el gran nido del Leñatero, y cuando otra especie se lo disputa, siempre resulta vencida. He visto a una pareja de Picabueyes, luego de apoderarse de un nido, ser sitiada a su vez por una bandada de seis u ocho músicos, pero, a pesar del número superior, la furia de aquellos los obligó a levantar el sitio. De esta forma, algunos de los hechos más importantes en la historia de nuestro tordo común se explican por la pérdida del instinto nidificatorio, a partir de la adquisición del hábito de criar en nidos cerrados de otras aves. Este hábito dejó una fuerte huella en las costumbres de la especie, y en el hecho de que tantos individuos pongan huevos blancos inmaculados.

Finalmente hemos podido comprobar cómo el comportamiento parasitario también pudo perderse. Pero el parasitismo del renegrado pudo haberse originado cuando esta ave aún construía nidos. El instinto tal vez nazca en el hábito ocasional, común a tantas especies, de que dos o más hembras pongan en el mismo nido. Los adultos de todos los *Molothrus* pueden haber estado habituados a este comportamiento, heredando con él una predisposición a adquirir el que actualmente tienen. Aunque los instintos de *M. ater* y *M. bonariensis* difieren en algunos puntos, ambos parasitan gran número de especies. Sabemos que *M. rufoaxillaris* parasita a *M. badius*, y en esta especie, con frecuencia, dos o más hembras ponen huevos en un mismo nido. Si suponemos que este hábito se dio a menudo en el Tordo Renegrado, cuando éste construía nidos o incubaba en los que había tomado, los pichones de los individuos que solían abandonar sus huevos al cuidado de otros probablemente heredaban un débil instinto maternal. El continuo cruzamiento entre los de instinto maternal fuerte y débil impidió la formación de dos poblaciones con hábitos diferentes. En cambio, la estirpe entera se habría degradado, declinando al punto de ser salvada de la extinción, gracias a que algunos individuos ocasionalmente ponían en los nidos de otras especies de *Molothrus* (como hoy en día lo hace *M. rufoaxillaris* con *M. badius*), más bien que en nidos de otros géneros. Seguramente de esta forma se originó el instinto parasitario del tordo, sin que la especie haya adquirido nunca el hábito de poner e incubar en los oscuros nidos cerrados de otras aves. He supuesto que alguna vez lo poseyeron sólo para explicar su extraña inclinación hacia tales nidos, que parece, en mi opinión, la recurrencia a un hábito ancestral.

Acerca de los hábitos de la Lechucita Vizcachera

(*Athene cunicularia*)

On the Habits of the Buirowing Owl (*Pholeopteryx cunicularia*).

[Recibida el 20 de abril de 1874]

La Lechucita Vizcachera (*Athene cunicularia*) es abundante en las pampas abiertas de la República Argentina y no se halla en los montes, aunque si en zonas donde abundan árboles y arbustos dispersos.

De día ve mejor que otras lechuzas, y no trata de esconderse, ni parecen molestarle los sonidos diurnos ni la resolana del mediodía. Cuando alguien pasa cerca, lo mira fijamente, siguiéndolo con los ojos mientras gira la cabeza como sobre un pivote. Si se le acercan mucho, inclina cabeza y cuerpo como jugueteando, mientras emite un breve grito al que siguen tres exclamaciones súbitas. Si se la hace volar, se aleja apenas unos 15 ó 20 metros, y vuelve a posarse, encarando al intruso, y casi inmediatamente repite el gesto y chillido iniciales. Allí se queda, erguida y tiesa, como atónita por la intrusión. Durante el día vuela cerca del suelo, con mucho aleteo, y nunca se aleja demasiado. Antes de posarse asciende planeando un trecho, y baja abruptamente en el punto elegido. Con frecuencia avanza rápidamente, pero no puede sostener el vuelo por mucho tiempo. Los gauchitos las persiguen a caballo por diversión, atrapándolas en 15 ó 20 minutos. Viven en parejas todo el año, y durante el día se posan en la boca de su madriguera o en el montículo de la vizcachera, donde se ubican tan cerca una de otra, que casi se tocan. Cuando están alarmadas vuelan juntas, aunque en ocasiones el macho lo hace solo, mientras la hembra se oculta en la cueva. Posarse en el suelo seguramente sea más bien una necesidad que una elección, ya que suelen ocupar lo alto de los arbustos, si éstos abundan.

Los mencionados son los rasgos más comunes de la Lechucita Vizcachera en las regiones pobladas, donde es muy frecuente y está familiarizada con el hombre, pero en las áreas donde las cazan los indios escasea, y algunos de sus hábitos resultan bastante diferentes. Como allí es una codiciada pieza cinegética, es difícil acercársele. Se eleva a una considerable altura cuando el viajero aún está lejos, y vuela hasta perderse de vista antes de volver a tierra. Este carácter arisco se debe sin duda a la animosidad de las tribus pampas, que atribuyen a la lechuza toda una serie de antiguas y vulgares supersticiones. Uno de los nombres que le dan es Hermana del Espíritu Maligno. Siempre que pueden las matan, y en sus viajes no se detendrán ni acamparán en un sitio donde se las haya visto. Apenas una zona es colonizada por los blancos, abandona sus desconfiados hábitos y se vuelve excesivamente mansa. También se aferran al lugar donde viven y, a diferencia de la cachirla o del tero, no las ahuyenta la agricultura. Cuando los campos son arados, excavan sus hoyos en los bordes de las zanjas, y se posan en las cercas del costado del camino, siendo tan confiadas que un jinete puede derribarlas fácilmente con su rebenque. Varias parejas viven cerca de mi casa. Cuando alguien se acerca a caballo a tres o cuatro metros de su cueva, las aves se limitan a castañetear, bufar y erizar las plumas, resistiéndose a emprender vuelo.

En ocasiones se las ve cazar de día, especialmente cuando algo anda cerca y les ofrece la oportunidad de una captura fácil. A menudo me he divertido arrojando terrones donde alguna estaba cerca de su guarida. En esas ocasiones la lechuza se lanza inmediatamente a la caza, para descubrir su error sólo cuando el terrón está firmemente sujeto entre sus garras. Mientras creían están casi tan activas de día como de noche. En las cálidas jornadas de noviembre aparecen en multitud dos grandes especies de escarabajos; sus cuerpos voluminosos y el ruidoso y zumbante vuelo invitan a las lechuzas a la caza. Por todas partes se las ve perseguirlos, derribarlos y arrojarlos sobre ellos en el pasto. Las lechuzas tienen una manera peculiar de atrapar a su presa, aferrándola con tal fuerza entre sus garras que comienzan a bambolearse y luchan por recuperar el equilibrio sacudiendo sus alas. En ocasiones no lo logran y caen aleteando a tierra. Si se trata de una presa pequeña, poco después de derribarla la rematan con el pico, pero si es grande, se elevan con ella trabajosamente desde el suelo y vuelan un trecho, dando tiempo a que las heridas infligidas por sus garras hagan efecto.

¡Qué notable resulta que una monjita (*Xolmis*), de estructura tan diferente a la de las lechuzas, recuerde tanto a ellas en la forma de cazar sus presas! La monjita se lanza con frecuencia al suelo sobre un gran insecto y, mientras lo sostiene con sus dedos, aletea y zigzaguea de la misma forma que lechuza. He observado esta conducta en cuatro especies de *Xolmis*.

Al crepúsculo, las lechuzas comienzan a ulular, repitiendo varias veces un sonido corto seguido de otro más largo, separados por un silencio de un segundo. Esta voz no tiene nada de sombrío o solemne, sino es más bien suave y quejumbrosa, y su sonido se parece a las notas más graves de una flauta. En primavera ululan mucho, y a veces varias se contestan. Al atardecer se las ve a menudo halconeando a una altura de 40 metros, por espacio de un minuto o más, sin alterar para nada su posición. No se lanzan sobre su presa recorriendo toda esa distancia de una sola vez, sino que descienden verticalmente, aleteando y cayendo rápidamente como si estuvieran heridas, hasta unos diez metros del suelo y entonces, luego de halconear algunos segundos más, llegan a él planeando oblicuamente. Cazán toda clase de criaturas vivas que no resulten demasiado grandes para vencerlas. A veces seccionan la cabeza, cola y patas de un ratón y los abandonan sin probarlos. Casi invariablemente rechazan los cuartos traseros de sapos y ranas, y como éstas son las partes más carnosas y succulentas de dichos animales, se trata de un hábito extraño e inexplicable. Dominan con facilidad una culebra de medio metro, y la matan golpeándola con el pico, saltando activamente alrededor y protegiéndose, en apariencia, con las alas. Muchos individuos se vuelven dañinos para los gallineros, ya que se llevan los pollos durante el día. En épocas de abundancia matan más presas que las que pueden devorar, pero en los inviernos duros llegan hasta las casas, aparentemente muertas de hambre, y se rebajan a comer carne de animal muerto, aunque esté vieja y seca como un pergamino. Las he visto hacerlo a menudo. Aunque las lechuzas tienen buena relación con las vizcachas, y en ocasiones crían en alguna de sus madrigueras abandonadas, por lo general excavan las suyas. La cueva es curva, y su longitud varía bastante, entre 1,20 y 3,50 metros. El nido se encuentra al fondo y está compuesto de lana y pasto seco, pero con frecuencia hecho exclusivamente de estiércol de caballo. Pone cinco huevos blancos, casi esféricos. Aun después de que la

hembra comenzó a poner, las aves siguen llevando estiércol seco hasta que el piso de la cueva y el espacio anterior a él quedan cubiertos con este material. La siguiente primavera limpian la basura y la tierra suelta, y la cueva puede servirles por dos años o más. Siempre está desprolija, pero más que nunca en la época de cría, cuando la caza es muy abundante; entonces el piso y la tierra que rodea la entrada se encuentran sembrados de excrementos y egagrópilas con pelo y huesos, élitros de escarabajos, plumas, cuartos traseros de ranas en todos los estados de descomposición, grandes arañas peludas negras de las pampas y restos a medio comer de ofidios y otras desagradables criaturas de las que viven. Pero toda esta carroña en torno a la desordenada vivienda de la lechuza nos recuerda el importante papel asignado a esta ave en la economía natural. Los pichones salen a la entrada de la madriguera a asolearse y recibir los alimentos que sus padres les traen, y cuando alguien se les aproxima se irritan, castañetean sus picos y parecen reacios a entrar en la cueva, aunque algunas semanas después de haber aprendido a volar la convierten en su refugio ante el peligro. Adultos y jóvenes suelen vivir juntos por cuatro o cinco meses. Creo que nueve de cada diez lechuzas en esta región hacen sus propias cuevas, pero como en ocasiones prefieren criar en las madrigueras abandonadas de mamíferos, antes que excavar ellas mismas, es probable que tengan esta conducta donde abundan las cuevas apropiadas.

Nunca he visto algún informe completo sobre la forma norteamericana de esta lechuza, pero presumo que sus hábitos se conocen bien, ya que todas las cuestiones relacionadas con la ciencia reciben mucha atención en ese país. A partir de informaciones que encontré por casualidad me enteré de que habita y cría en las cuevas del Perrito de las Praderas. Las pequeñas y prolizas cuevas de este mamífero deben ajustarse más a las necesidades del ave, que las enormes que excava la vizcacha.

Probablemente la Lechucita Vizcachera adquirió originalmente el hábito de criar en tierra, en las regiones llanas y abiertas, y una vez que esta conducta, favorable en regiones tan desprovistas de refugios, se volvió imposible de erradicar en ellas; una escasez de hoyos apropiados las debió llevar a limpiar y acondicionar los más viejos, que estarían ya medio llenos de basura, ahondar los que resultaban poco profundos y por último a cavar agujeros nuevos.

En Buenos Ayres, el instinto excavador varía mucho de un individuo a otro. En las que se crían en vizcacheras, tal instinto es sin duda débil, y apenas puede decirse que lo posean. Algunas parejas, unidas desde hace tiempo, sólo comienzan la cueva ya avanzada la estación de cría, y otras la hacen en abril, seis meses antes de la época reproductiva. Por lo general trabajan los dos sexos, permaneciendo uno cerca y observando las operaciones, aparentando gran interés, para tomar el lugar del otro cuando se retira; a veces la hembra hace la madriguera sin ayuda del macho. Algunas parejas trabajan con diligencia, y sus hoyos son hondos y prolizos, y otras encaran la tarea con desgano y comienzan media docena de agujeros que abandonan enseguida, y luego descansan unas dos o tres semanas de sus estériles intentos. Sin embargo, al llegar el mes de septiembre, tanto las laboriosas como las perezosas tienen sus cuevas listas.

La mayoría de los autores que se refirieron a nuestra lechuza, si no todos, yerran al referirse a sus hábitos excavadores. Azara fue tal vez el primero en afirmar que nunca construye su propio habitáculo. Molina, por lo general escrupuloso, se va al otro extremo y sostiene, basado en la autoridad de P. Fouiellé, que excava la tierra a tal profundidad que sólo el incomparable celo y laboriosidad del mismo Fouiellé permitieron conocer sus hábitos de nidificación.

¡Las profundas investigaciones de Fouiellé dieron como resultado el descubrimiento de que los huevos de la Lechuza Vizcachera son manchados!<sup>206</sup>.

Sobre las garzas de la República Argentina,

Con la observación de un curioso instinto de *Ixobyckus involucris*

On the Herons of the Argentine Republic, with a Notice of a curious Instinct of *Ardetta involucris*.

[Recibida el 30 de octubre de 1 875]

He observado mucho a las garzas, y estoy de acuerdo con la opinión de Buffon de que se trata de pobres e infelices aves, condenadas por la imperfección de sus órganos a una perpetua lucha contra la escasez y la miseria.

Las distintas especies varían mucho en tamaño, desde la Garza Mora (*Ardea cocoi*) hasta el diminuto Mirasol Común (*Ixobyckus involucris*), no mayor que una becasina. Sin embargo, existe una gran similitud entre todas ellas

---

<sup>206</sup> Como bien dice Hudson párrafos más arriba, 105 huevos de esta especie, y los de todas las lechuzas, son blancos inmaculados

en conformación, vuelo, voces, conductas de nidificación y otros hábitos. Poseen un cuello y cabeza serpentinos, y traspasan a sus presas sirviéndose de su pico punzante y afilado como si fuera un arpón. También tienen una garra aserrada, de la que tanto se ha hablado y que ha sido interpretada como un ejemplo perfecto de adaptación. Pude observar un hecho curioso acerca de las garzas. Las aves, en malas condiciones de salud, están infestadas por toda clase de parásitos que no sé bien si son causa o consecuencia de su mala salud general, pero siempre se dan. En esta región (la República Argentina) suelen hallarse en un estado deplorable, siendo los individuos saludables una muy rara excepción, pues la mayoría están consumidos, atacados por vermes intestinales. Sin embargo, no pude encontrar hasta ahora una sola con piojos, a pesar de que las garzas parecen huéspedes bastante adecuados para ellos. En mis recorridas, recolecté muchos individuos que en apariencia estaban muriéndose de inanición. No deseo insinuar que esta inmunidad a los piojos se deba a su garra pectinada, ya que por más que el ave se limpie y rasque con ella, no podría liberar de parásitos todo su plumaje. Considero a dicho órgano tan poco adecuado para estos fines como para sujetar firmemente las escurridizas presas de la garza.

La Espátula Rosada (*Ajaja ajaja*) también posee uñas aserradas, y a diferencia de las garzas es un ave vigorosa y activa, por lo general robusta. A pesar de esto, no está libre de piojos, y he encontrado aves, literalmente rebosantes de ellos, que estaban demasiado debilitadas para volar.

Sólo quisiera llamar la atención de los ornitólogos, sobre el notable hecho de que en la región donde he observado a las garzas, están bastante libres de ectoparásitos.

Se ha hablado mucho de ciertos parches de plumón amarillento, denso y espeso que se encuentra bajo su plumaje suelto. Si bien esos curiosos elementos podrían serles tan inútiles como a los pavos el mechón de filoplumas que tienen en el pecho, es más probable lo contrario, y podría llegar a demostrarse que son muy necesarios para su bienestar. Tal vez estas plumas compactas contengan una secreción letal para las plagas, que suelen atormentar a las aves sedentarias, y de las que las garzas parecen estar extrañamente libres. Incluso, pueden ser el asiento de la misteriosa luz fosforescente que, según se afirma, emana del pecho cuando están pescando, y les sirve para atraer o volver visibles a los peces. Según creo, los naturalistas han desechado esos relatos, calificándolos de simples fantasías sin fundamento real, pero muchas veces se supuso lo mismo sobre afirmaciones verdaderas respecto de las costumbres de los animales. Las interesantes observaciones de Mr. Bartlett sobre los flamencos en los jardines de la Sociedad muestran cómo la vieja historia del pelicano alimentando a sus pichones con su propia sangre es una referencia, sólo algo embellecida, de un hábito común en estas aves. También puede aducirse la historia del escorpión rodeado de fuego, que vuelve su arma contra sí mismo. Cada vez que los naturalistas investigan este asunto acaban por descubrir que las llamadas fábulas son simples hechos, y que incluso existen algunos individuos especialmente irritables a los que ni hace falta rodear con fuego, ya que se suicidan con su aguijón apenas se los molesta con un palo. Aunque los argumentos expuestos por mí son endeables, sería razonable suponer, hasta que se demuestre lo contrario, que aquel parche de denso plumón presenta alguna ventaja para las garzas.

Si bien nunca las observé de cerca pescando en la noche, pienso que es probable que alguna especie sea capaz de emitir luz. Estoy convencido de que la Garza Mora posee una visión diurna tan buena como la de cualquier otra criatura emplumada, a excepción de las rapaces, ya que los arroyos de las pampas llanas son tan barrocos que un pez de cinco centímetros; debajo de la superficie, resulta invisible al ojo humano. Sin embargo, en estas aguas tan turbias las garzas pescan tanto de noche como de día. Si sus ojos están adaptados a ver bien de día, ¿cómo podrían ver igualmente bien de noche, en circunstancias tan desfavorables, sin ninguna ayuda externa, tal como la luminosidad que se les atribuye?

Aunque las garzas son las aves de vuelo más lento, incapaces de desarrollar grandes velocidades cuando se desplazan, al ser perseguidas por una rapaz ejecutan con maravillosa facilidad y gracia una proeza aérea no igualada por ninguna otra ave, ascendiendo en forma vertical a alturas asombrosas. La extraordinaria fluidez y velocidad con la que el perseguido asciende hasta convertirse en una simple mancha en el cenit azul, el apresurado zigzag del perseguidor que se eleva todo el tiempo en pos de su presa, sólo para que ésta vuelva a dejarlo atrás con un simple batir de sus alas, conforman un espectáculo de tal gracia, belleza y fuerza que el deleitado observador queda atónito. Creo que estas escenas son poco frecuentes, porque aunque pasen muchos años en regiones donde abundaban los falcónidos, rara vez los vi atacar a una garza.

Al aproximarse un enemigo, se coloca instintivamente panza arriba, lista para repeler el ataque con sus garras cortantes, largas y encorvadas. Todas las rapaces poseen también hábitos semejantes y resulta muy curiosa la correspondencia de hábitos y estructura entre estos grupos, tan dispares en otros aspectos. Los halcones usan sus pies para golpear, lacerar y sujetar a su presa, y las garzas para anclarse firmemente, pero ambos están de igual modo adaptados para funcionar como armas defensivas, y son usadas, precisamente, de igual manera. Estas aves, con sus largas patas, su delgado cuerpo sin peso, grandes alas y plumaje superabundante, están menos adaptadas para posarse en lo alto; pero la estructura de sus pies les permite hacerlo sin riesgos. De esta forma, posadas sobre un junco, de superficie tersa y resbaladiza, o en la copa de un árbol, las garzas pueden soportar un fuerte viento que, si tuvieran los pies formados como los de otras aves que caminan por los pantanos, las arrastrarían como a un manojo de plumas.

Tal vez esta capacidad para mantenerse firme en su puesto alcance la mayor perfección en el Mirasol



Común, el menor de su tribu<sup>207</sup>, combinada en este caso con una forma única y maravillosa de desplazarse.

Esta pequeña garza frecuenta los juncuales que crecen en aguas más bien profundas. Muy pocas veces visita la tierra firme, y probablemente sólo lo haga en forma accidental, al levantar vuelo cuando es molestada. Este, a diferencia del de especies emparentadas, es de los más pobres, pero el Mirasol Común vive casi exclusivamente entre los juncos, cuyos lustrosos tallos se elevan casi verticales sobre aguas demasiado profundas para caminar por ellas. Este mirasol, sin embargo, recorre los tallos yendo de la punta a la superficie del agua, y se mueve entre ellos con libertad y rapidez. Avanza en línea recta a través de los densos juncuales, tan rápido como un chorlito lo haría sobre terreno plano y abierto.

Si no hubiera sido testigo de esto no lo habría creído. ¿Cómo hacen para avanzar tan rápido a través de los juncuales, agarrándose de los tallos lisos y casi verticales tan firmemente como para no resbalar nunca hacia abajo? En este mismo trabajo me ocuparé de esta especie, para dar cuenta de un instinto mucho más interesante que el que acabo de tratar.

Otra característica de las garzas es su forma de llevar el cuello plegado como una "S", en vuelo, aunque en otras ocasiones suelen llevarlo así también. En todas las especies de cuello largo, esta es la postura que adoptan durante el descanso o cuando ven algo que se encuentra debajo, pero las garzas pasan casi toda su vida en actitud de observación. Con referencia a la forma de llevar el cuello, ¿no estará allí el origen de su carácter extremadamente temeroso? Las garzas, según creo, son siempre desconfiadas, y están entre las aves acuáticas más ariscas, aunque no tienen razones para serlo ya que nunca se las persigue<sup>208</sup>

Las aves en general se resisten a volar para escapar del peligro, y todas las que poseen la ventaja de un cuello largo, como cisnes, flamencos, cigüeñas, espátulas, etc., lo mantienen estirado al máximo de su capacidad, para vigilar al intruso hasta justo antes de huir volando.

Sin embargo, las garzas sólo pueden desplegar por completo el cuello con un gran esfuerzo, e incluso si se estira el de un ave muerta, al soltarlo vuelve a su forma original, como un pedazo de goma. Entonces el esfuerzo de estirar el cuello a la primera expresión de alarma y curiosidad, invariablemente debe resultarle doloroso y tal vez les sea tan insoportable mantenerlo en esa posición, como lo es para un hombre sostener su brazo estirado en forma vertical. Por eso, las garzas huyen apenas ven a un intruso, mientras que los patos, cisnes y otras aves siguen vigilando, inmóviles, con el cuello estirado, participando de la alarma pero sin dolor físico<sup>209</sup>

Sin duda, en muchos casos los hábitos actúan sobre la anatomía modificando su estructura<sup>210</sup>, y en éste la información aparentemente actuó para modificar el comportamiento. En la búsqueda y captura del alimento se requiere que el cuerpo lleve a cabo ciertos movimientos definidos, adoptando repetidamente las mismas actitudes, y éste es el caso más frecuente entre las aves de hábitos acuáticos. La facilidad para adoptar todo el tiempo esas poses y gestos, incluso en forma involuntaria, pareciera volverse hereditaria, y todas las especies en que el hábito en cuestión es más notable, serían incapaces de abandonar, incluso en situaciones en que les resulta inútil o hasta nocivo.

Los playeros van picando y hurgando el barro a medida que avanzan, y los chorlitos pican y corren, pican y vuelven a correr. He advertido en muchas ocasiones que estas aves parecen incapaces de dejar de lado este hábito de picar, ya que incluso un chorlito herido, que huye de su perseguidor por la tierra seca y pelada, mantiene esta forma de alimentarse, deteniéndose más o menos cada metro para piéar el suelo y seguir corriendo. La Becasina Común (*Gallinago paraguayae*), y probablemente otras becasinas verdaderas, poseen el singular hábito de golpear la tierra con el pico cuando emprenden vuelo. ¿Habría surgido del hábito instintivo de picotear el suelo mientras avanzan, utilizado en este caso como una ayuda para levantar vuelo? Los macaes andan por la tierra erectos como pingümos, y su desplazamiento es lento y trabajoso. Cuando quieren apurarse proyectan el pecho hacia adelante y aceleran el batir de sus patas como si estuvieran nadando. El Cuervillo de Cañada (*Plegadis chihi*) busca su alimento en aguas someras, metiendo a cada paso su largo pico en forma de hoz entre las plantas del fondo. Cuando carnina en tierra ejecuta los mismos movimientos, y parece incapaz de avanzar sin hundir a cada zancada su pico en un agua imaginaria. La Espátula Rosada camina por los pantanos con el agua a sus rodillas, moviendo el pico siempre sumergido, de un lado a otro, de forma tal que a cada movimiento lateral del cuerpo, aquél describe un gran semicírculo en el agua. Una bandada de estas aves alimentándose recuerda una fila de jardineros cortando el pasto. Sobre el terreno seco, la espátula parece incapaz de caminar hacia adelante en línea recta como otras aves, y en cambio se bambolea, manteniendo el cuerpo en posición horizontal, y al girar de un lado a otro barre el aire con su pico como si siguiera buscando su alimento en el agua.

En los ejemplos anteriores (y podría citar muchísimos más), en los que ciertas actitudes o movimientos siempre aparecen acompañando al andar, resulta difícil ver cómo la estructura física puede ser modificada por ellos.

---

<sup>207</sup> Obviamente en Buenos Ayres. En el nordeste argentino hay un congénere muy escaso, pero menor. el Mirasol Chioo (*Jxobrych; Es exih~s*).

<sup>208</sup> La moda de los sombreros emplumados, que disminuyó drásticamente el número de varias especies incluyendo a las garzas, aún no había comenzado, y Hudson se ocupó del tema con énfasis.

<sup>209</sup> También es cierto que cisnes, patos, gallaretas y otras aves acuáticas cuentan con la natación como medio de poner distancia con el intruso, capacidad de la que carecen las garzas.

<sup>210</sup> Insiste en las ideas de Lamarck, anteponiéndolas a las de Darwin. La selección natural demuestra que se puede llegar a los mismos resultados con una explicación diferente.

De cualquier modo, la forma tan peculiar del cuello de las garzas tiene su origen sin duda en su actitud predatoria, siempre vigilando inmóvil aunque lista para golpear.

Este incansable comportamiento y su insaciable voracidad, necesariamente vinculados, son dos rasgos que ni siquiera los autores más sensacionalistas han podido exagerar.

En otras aves, la saciedad resulta invariablemente seguida por un período de apática inactividad, durante el cual no toman alimento ni lo desean. Sin embargo, las garzas digieren tan rápido que, sin importar cuánto devoren, siempre están listas para comer más. En consecuencia, no reciben beneficios aparentes de lo que ingieren y parecieran estar medio muertas de hambre, tanto en tiempos de escasez como de abundancia.

Un viejo naturalista sugirió una explicación. Como, dada su peculiar forma de capturar las presas, requiere de buen tiempo para pescar, debe soportar inactiva las punzadas del hambre durante los períodos inclementes, y adquiere un aspecto tan demacrado y consumido, que la subsiguiente abundancia no puede borrar. Una bella teoría que no alcanza a explicar todos los hechos observados, ya que en esta región los períodos de mal tiempo son breves e infrecuentes. Es más, todas las demás aves que buscan su alimento en el mismo sitio que las garzas, desde el pequeño martín pescador, que se lanza sobre sus presas como una flecha, hasta el monumental flamenco, en ciertos períodos se vuelven excesivamente gordas, y todo el tiempo se ven tan saludables y vigorosas que en comparación con ellas la garza parece apenas el fantasma de un ave. La causa de esta condición anómala no debe buscarse en ninguna circunstancia externa, sino en su misma constitución. No parece tener la capacidad de elaborar grasa, y en consecuencia no puede hacerse de una reserva, y su drama consiste en un apetito eternamente insatisfecho. Algunos autores se han extendido sobre la extrema apatía e insensibilidad de las garzas, acusándolas incluso de despreciar la autoconservación. Esto no es cierto, pues tienen un sentido del peligro tan acabado como el de otras especies, y su insensibilidad sólo es aparente.

Hemos visto cómo la espátula, el cuervillo y otras aves, cuando están fuera del agua siguen adoptando los mismos movimientos y actitudes que tienen mientras se alimentan. Sin embargo, necesitan estar activas, realizan toda una variedad de movimientos y se alimentan en menos tiempo que las garzas. Estas aves poseen una sola actitud, la vigilancia inmóvil, de tal forma que cuando no están volando o dando los pocos pasos distraídos que a veces se atreven a dar, en cualquier situación en que se encuentren, ya sea en terreno plano, en lo alto de un árbol o en cautividad, se las ve abstraídas, inmóviles y en apariencia, apáticas.

Sin embargo, pasan muchas horas del día y de la noche paradas en el agua, quietas como un junco, y en esta postura ven a todas las criaturas acuáticas que pasan cerca, por rápidas y desconfiadas que sean. Disparan entonces su arma con precisión infalible, veloz como el rayo, con tal fuerza que las he visto atravesar un pez de armadura ósea, que resultaba demasiado grande para tragarlo. Parece forzoso pensar que está en actitud de observación, totalmente consciente de lo que pasa a su alrededor.

He llegado a conocer en parte los hábitos de ocho especies de nuestras garzas. Sin embargo, existe tal semejanza en su modo de vida, que la mayor parte de lo que puedo referir acerca de cualquier especie parecerá una repetición de lo dicho acerca de las otras.

La Garza Mora y la garza común europea<sup>211</sup>, a pesar de lo alejados que están entre sí los continentes que habitan, tienen idéntico comportamiento.

La Garza Bruja (*Nycticorax nycticorax*) en la Argentina tiene un hábito curioso, pero es lo único en que difiere de las garzas nocturnas de otros Sitios. Viven en colonias que suelen tener más de 50 individuos, y en los lugares donde abundan los árboles se posan en lo más alto de ellos durante el día. También frecuentan, sin embargo, los bañados de las pampas desprovistas de vegetación arbórea, donde construyen plataformas para posarse, entretejiendo juncos que quiebran y tuercen. Este falso nido mide cerca de 30 centímetros de diámetro, sobresaliendo del agua unos 25 a 40 centímetros.

Una pareja de Garzas Moras que frecuentaba un arroyo cercano a la casa donde viví varios meses, construyó dos falsos nidos sobre el agua, a unos 10 a 12 metros de la orilla.

Resulta notable que el coipo (*Myocastor coypus*) posea un hábito similar. Los coiapos cavan grandes cuevas en las orillas de los cursos de agua donde viven, pero, por lo menos en los lugares donde hay juncos, en apariencia los usan sólo como refugio y para tener crías, ya que a menudo también construyen plataformas de juncos y pasan el día echados sobre ellas. En algunos cursos de agua de la Patagonia, el coipo (en esta región hay una variedad un tercio mayor que la que se encuentra en las pampas) ha abandonado en gran medida el hábito excavador, sin duda debido al suelo de arena y pedregullo, y vive todo el tiempo entre los juncos. Incluso, la hembra tiene a las crías en los nidos o plataformas.

Daré a continuación un informe más completo del pequeño Mira-sol Común, y en particular de su instinto de conservación.

El mirasol es una garcita solitaria y silenciosa que frecuenta los bañados a orillas del Plata, encontrándose ocasionalmente en los juncales dispersos por las pampas; nidifica en ellos y pone tres huevos esféricos de un verde vivo e incomparablemente bello.

---

<sup>211</sup> Probablemente se refiere a *Ardea cinerea*.

Su nido es una simple plataforma a varios centímetros sobre el agua, tan pequeña que apenas parece haber lugar para los huevos, muy grandes en relación con el ave. Vistos de arriba, cubren el nido y casi lo ocultan. Como son del mismo verde que los juncos circundantes, resultan difíciles de descubrir.

Cuando se ve obligado a abandonar su territorio, el Mirasol Chico vuela unos 80 ó 100 metros y vuelve a descender entre los juncos. Es difícil hacerlo volar una segunda vez, e imposible una tercera. Resulta especialmente curioso que sea casi inútil buscar al ave en el lugar en el que queda. Como se la halla en Sitios donde sólo es posible entrar a caballo, nunca pude obtener los especímenes que quería, y me vi obligado a contratar algunos muchachos que tenían perros entrenados para la caza de patos juveniles, para que fueran en busca de la pequeña garza. Me trajeron unos pocos ejemplares, contándome que sin ayuda de sus perros nunca podrían haber dado con el ave, a pesar de que marcaban el lugar exacto donde se posaba. Yo lo atribuí a su delgadez y al color del plumaje, que tanto recuerda al amarillo manchado de los juncos secos que abundan entre los verdes. Por muchos años ignoré que el mirasol poseía un maravilloso instinto que redobla las ventajas miméticas de su peculiar forma y color.

Un día de noviembre de 1870, mientras me encontraba cazando, descubrí un ejemplar de esta pequeña garza, escabulléndose velozmente por un juncal, a 30 ó 40 metros de donde me encontraba. El ave se movía a unos 30 centímetros del suelo, e iba tan rápido que parecía planear por los juncos sin tocarlos. Hice fuego, pero después concluí que debido al apuro había fallado. El ave, sin embargo, desapareció al instante, y creyendo haberla matado, fui al lugar donde la había visto en un pequeño juncal aislado, y el suelo barroso alrededor estaba bastante despejado, de manera que le resultaría imposible escapar pasando inadvertida. A pesar de todo, no la encontraba viva ni muerta. Después de buscar y rebuscar en vano por los juncos durante un cuarto de hora, abandoné la empresa muy disgustado, y después de volver a cargar mis bártulos, estaba listo para irme cuando ¡alto!... allí estaba el mirasol, posado en un junco, a una distancia no mayor de 20 centímetros y al nivel de mis rodillas, con el cuerpo erecto y la punta de la cola tocando el tallo del junco al que sus pies se agarraban. Mantenía tieso y vertical su esbelto cuello afinado, y la cabeza y el pico, en vez de oblicuos, también apuntaban hacia arriba. No habla, desde sus pies hasta la punta del pico, una sola curva o línea discordante; y el conjunto daba la imagen exacta de un delgado junco. El plumaje, flojo, disimulaba cualquier imperfección, y las alas, apretadas contra los huecos flancos, hacían imposible distinguir dónde terminaba el cuerpo y comenzaba el cuello, o diferenciar al pico de la cabeza o la cabeza del cuello. Por supuesto, ésta era una vista frontal, en la que el ave mostraba su superficie ventral, toda ella del uniforme y opaco amarillo de un junco seco. Miré extrañado por algún tiempo, pero no hizo el menor movimiento. Creí que estaba herida o paralizada de terror, y colocando mi dedo contra la punta de su pico, empujé hacia atrás la cabeza hasta que tocó la espalda; al retirar mi mano volvió a su posición como un resorte de acero. Repetí el experimento muchas veces con idéntico resultado, mientras sus ojos se mantuvieron todo el tiempo rígidos y sin pestañear, como si tuviera un ataque. ¡Qué prodigioso resulta que en semejante actitud sea tan difícil o casi imposible descubrirla! ¿Pero cómo pudo suceder que habiendo cruzado varias veces los juncos alrededor del ave, no haya podido ver el lomo estriado y los anchos flancos oscuros? Hice esta pregunta, y me moví unos pasos para verla de costado cuando, *mirabile dictu*, ¡no pude observar más que el frente del ave igual a un junco! Sus lentos o rápidos giros sin abandonar su percha, eran para enfrentarse siempre con su afilado perfil y se correspondían tan exactamente con los míos, que a veces dudaba de haberme movido en realidad. Apenas terminé de ver la parte final de este maravilloso instinto de conservación, me invadió tal deleite y admiración como no había conocido antes en mis investigaciones, a pesar de que he tratado mucho con animales silvestres en su hábitat natural, y he conocido diversos ejemplos de adaptación muy perfeccionados. No pude dejar de admirar esto, y creí no haber observado nada tan maravilloso, porque aun el sublime instinto de buscar las nubes en la garza blanca parecía menos notable que éste. Por algún tiempo seguí haciendo experimentos, empujando la cabeza del mirasol hacia abajo y tratando de ponerlo en otra posición a la fuerza, pero la extraña rigidez no llegaba a aflojarse, y su actitud seguía fija, inalterable. También descubrí, caminando alrededor, que apenas habla llegado yo al otro lado y ella ya no podía continuar girando, lo hacía en sentido inverso con gran velocidad, presentando al instante la misma vista frontal que antes.

Finalmente la saqué por la fuerza del junco donde estaba y la coloqué sobre mi mano, de donde voló, pero sólo unos 50 ó 60 metros, zambulléndose en el pastizal seco. Volvió entonces a poner en práctica el mismo instinto, con tal habilidad que anduve por allí entre 10 y 20 minutos antes de volver a encontrarla, y asombrándome de que una criatura tan endeble tuviese la resistencia suficiente como para mantener el cuerpo rígido, en la misma actitud, por tanto tiempo.

#### Nota sobre la espátula de la República Argentina

Note on the Spoonbill of the Argentine Republic.

[Recibida el 17 de noviembre de 1875]

Se ha dicho que las espátulas palean el barro con sus picos. Esto tal vez sea cierto en la especie europea,

pero las que he observado aquí obtienen su alimento exclusivamente del agua, como los flamencos.

Con respecto a las Espátulas Rosadas de América, creo que los ornitólogos se equivocan al incluirlas a todas en una sola especie. Hace un siglo, el que fueran dos o una era cuestión en debate, y se decidió que se trataba de una sola, *Ajala ajaja* y que las aves de plumaje más pálido, con la cabeza emplumada y los ojos negros, sin las brillantes manchas de las alas, el mechón del pecho ni las excrescencias córneas del pico u otras marcas, eran sólo individuos inmaduros<sup>212</sup> Si bien es muy posible que los jóvenes recuerden a las Espátulas Rosadas comunes de Buenos Ayres, estoy seguro de que en esta región encontraremos, por cada ave con todas las características de un adulto, no menos de 100 ó 200 ejemplares del ave más pálida, sin el menor rastro de las marcas arriba mencionadas<sup>213</sup>

Este solo hecho podría inclinarnos a creer que existen dos especies distintas, y que la espátula común de Buenos Ayres habita las regiones templadas, que se encuentran al sur del área de distribución de la auténtica *A. ajaja*.

Existen otros hechos que confirman mi opinión. Un amigo conservó en cautividad una espátula común durante siete años, y al cabo de este tiempo el ave murió, sin haber llegado a adquirir ninguno de los rasgos distintivos de *A. ajaja*<sup>214</sup>

He hecho la disección de tres ejemplares de la última especie, y observé que poseían la tráquea con la curiosa forma que hace poco describiera Garrod. He cazado tal vez un centenar de especímenes del ave común, que es extremadamente abundante<sup>215</sup>; abrí cerca de 30 de ellas, pero sin encontrar esta forma de tráquea en ninguna. Estoy, por lo tanto, convencido de que existen aquí dos especies diferentes de Espátula Rosada, que habitan distintas porciones del continente.

#### Notas sobre los rálidos de la República Argentina

Notes on the Ralis of the Argentine Republic.

[Recibida el 19 de diciembre de 1875]

El Carau (*Aramus guarauna*) ha sido considerado un rálido aberrante, aunque su aspecto y hábitos guardan una relación muy estrecha con los de estas aves.

El pico, recto y duro como el hierro, mide cerca de 12 centímetros de largo. La punta y en mayor medida la maxila inferior, están levemente torcidas hacia un lado. La lengua se extiende hasta el extremo del pico, y su ápice, de dureza córnea, se encuentra desflecado o dividido en filamentos. El pico es un instrumento sumamente útil para abrir valvas, y en los lugares donde abundan los moluscos, el Carau se alimenta exclusivamente de ellos, de tal forma que las márgenes de los arroyos que frecuenta están sembradas de innumerables valvas abiertas y vacías.

Cada una muestra una rotura en el borde, de forma angular, de un centímetro de largo. Las almejas y mejillones se cierran de un modo tan hermético que sería casi imposible para un ave insertar el pico para abrirlos, por más duro que éste fuera y aunque tuviese forma de cuchillo. Por eso creo que mientras camina, el Carau encuentra primero al molusco tanteando el barro del fondo con las patas y luego lanza un diestro picotazo, antes de que se cierre, llevándose así hasta la orilla. Resultaría sumamente difícil para el ave sacar del agua al bivalvo cerrado y transportarlo a tierra firme, pero suponiendo que pudiera, y luego perforara la valva, el agujero sería irregular y de bordes aserrados. Sin embargo, como ya expliqué, es angular y de corte limpio, lo que demuestra que logra insertar su pico uno o dos centímetros entre las valvas, para luego abrirlas a la fuerza, quebrando entonces ese fragmento. Probablemente inmovilice al molusco pisándolo.

Durante el día permanece inactivo, escondido en los densos juncales de arroyos y bañados. Impelido a huir, se eleva hasta una altura considerable. Vuela alto, agitando violentamente hacia arriba, a intervalos irregulares, las

---

<sup>212</sup> Hudson adopta la misma postura que algunos de sus contemporáneos, argumentando a favor de la posibilidad de que jóvenes de *A. ajaja* pertenezcan en realidad a otra especie. El tiempo ha dado la razón a quienes opinaban en contrario.

<sup>213</sup> Es obvio que Hudson desconocía que la Espátula Rosada posee la coloración más brillante tan sólo durante el período reproductivo y que los jóvenes de plumaje blancuzco adquieren el vestuario de adultos recién al tercer año.

<sup>214</sup> En cautiverio, las deficiencias alimentarias hacen que estas aves (al igual que los flamencos) en general no adquieran los tonos carmín característicos.

<sup>215</sup> Actualmente no sería fácil cazar tal cantidad de ejemplares de esta especie, por lo visto hoy no tan común como entonces

alas curvadas. Para descender, se deja caer de golpe, con las alas inmóviles hacia arriba y bamboleando el cuerpo de tal forma que parece un paracaídas cayendo. Sobre el terreno llano camina más rápido que un hombre, proyectando sus patas parsimoniosamente y sacudiendo la cola. Antes de levantar vuelo corre velozmente unos 10 a 12 metros. Comienza la actividad al anochecer, repitiendo sus gritos largos y desgarradores, que pueden oírse con nitidez a unos tres kilómetros. Estos gritos melancólicos, su plumaje de luto y hábitos ocultos le han valido a esta especie varios y singulares nombres vulgares, tales como ave gemidora<sup>216</sup> y viuda loca, aunque es más conocido como Carau.

Cerca del crepúsculo abandonan los juncales y comienzan a remontar los arroyos, visitando sus sitios de pesca favoritos. Muy activos de noche, pasan en ocasiones el día posados en los árboles.

Cuando se aproxima la época de cría vuélvense muy vocingleros, y los bañados resuenan día y noche con sus largos gritos plañideros. El nido es construido entre los juncos y contiene de 10 a 12 huevos<sup>217</sup> de forma levemente elíptica, voluminosos respecto del ave y con grandes manchas dispersas pardo pálidas y purpúreas, que dan al conjunto apariencia esfumada. Al acercarse alguien al nido, los padres merodean mientras lanzan airados gritos cortos. Adultos y jóvenes viven juntos hasta la primavera siguiente.

El Carau es más nocturno que las gallinetas y como su vuelo es más poderoso, lo emprende rápidamente. Se les parece mucho en aspecto general, en los gestos y movimientos en tierra y en la forma de levantar vuelo.

La Jacana (*Jacana jacana*) llega a Buenos Ayres desde el norte, a principios de octubre, sola o en pequeños grupos. En su migración pareciera seguir el curso del Plata y, aunque algunos individuos nidifican tierra adentro, la mayoría está confinada a los bañados ribereños.

Las Tacanas viajan en cortas etapas, descansando con frecuencia. Son tan incapaces de realizar un vuelo sostenido que a veces, en las pampas, los muchachos las capturan persiguiéndolas a caballo, hasta que caen exhaustas. Creo que los rálidos migratorios viajan de la misma forma, aunque esto sea difícil de comprobar dado que lo hacen de noche. Poseen alas endebles, y cuando se las impulsa a volar las agitan rápidamente como si estuvieran heridas. He observado a las Tacanas viajando de día, pero no por esto diría que no migran de noche, puesto que el Batitú y otras especies lo hacen tanto de día como de noche.

La Tacana tiene vuelo fácil, recto y bajo, alternando aleteos rápidos con planeos. Al elevarse, muestra el hermoso verde pálido de las alas, que permanece oculto mientras descansa. Su vuelo se vuelve aún más bello ante el repentino despliegue de un color tan delicado e inusual. A cierta distancia y con sol fuerte, las alas parecen de un resplandeciente amarillo dorado. La Tacana no sólo despliega sus llamativas alas al volar también suele mostrárselas sin despegar, pareciendo deleitarse al exhibirlas, del mismo modo que una cacatúa con su copete, o el pavo real con su cola. Cuando varias Tacanas andan juntas, suelen abandonar su búsqueda de alimento, reuniéndose en grupo compacto, con gritos rápidos y excitados, para ejecutar un número bello y singular. Agitan las alas, siempre desplegadas, algunas rápidamente y otras de modo lento y despreocupado, como una mariposa tomando sol. Una vez concluido el acto, se dispersan en paz. Nunca observé Jacanas peleando.

Se aparean después de llegar, y con mínimo material construyen un nido sencillo, por lo general sobre la vegetación flotante. Ponen cuatro huevos, de forma parecida a los de las becasinas, con manchas pardo oscuro sobre fondo ocráceo. Mientras dura la incubación, el macho monta guardia a cierta distancia del nido<sup>218</sup> y lanza un grito de advertencia cuando algún intruso se aproxima. La hembra entonces lo abandona instantáneamente, y al levantar vuelo se hace muy conspicua. Cuando alguien se acerca al nido, los padres revolotean por las inmediaciones, comportándose a veces como si estuvieran heridos, y emitiendo todo el tiempo voces rápidas y airadas que recuerdan algo al ladrido del Tero-real. Los hábitos de la Jacana, según creo, son estrictamente diurnos.

Dejaré de lado algunas de nuestras gallinetas y especies relacionadas, dado que no conozco lo suficiente acerca de sus hábitos o no he podido hallar nada que no se sepa, como en el caso de nuestras dos especies de *Fulica*<sup>219</sup>

Mencionaré al pasar que el Batitú (*Bartramia longicauda*) es un pariente cercano de las gallinetas, a juzgar sólo por sus hábitos. Según creo, no se ha dado a esta especie su lugar entre la avifauna argentina. Extraña omisión, dado que es una de nuestras aves más comunes<sup>220</sup>

Informaré brevemente sobre la Gallineta Común (*Pardirallus sanguinolentus*), la Pollona Pintada (*Gallinula melanops*<sup>221</sup>) y ese rey de los rálidos, el Ipacaá (*Aramides ypecaha*).

---

<sup>216</sup> No conocemos ningún nombre vulgar en castellano que represente el que Hudson le dio en inglés: "Lamenting Bird".

<sup>217</sup> En general pone hasta ocho huevos. A menudo, en el nido del Carau se encuentran huevos del Pato Cabeza Negra (*Heteronetta atricapilla*), lo que aumenta el número.

<sup>218</sup> Es en ocasiones poliándrica: las hembras se aparean con varios machos; además son las encargadas de defender el territorio. Por otra parte, a la familia Jacanidae, a la que pertenece la Jacana, actualmente no se la considera vinculada a los rálidos.

<sup>219</sup> En la llanura pampeana son igualmente frecuentes tres especies de gallinetas: *Fulca leucoptera*, *F. armillata* y *E. rufrons*.

<sup>220</sup> Por otro lado, su relación con las gallinetas es muy lejana.

<sup>221</sup> Erróneamente Hudson utiliza para esta gallineta la denominación *Porzana erythroptus*, una especie de la familia

La Gallineta Común o negra abunda en la región del Plata donde crecen juncos y otras plantas acuáticas. Es tan común en invierno como en verano, y esto me ha sorprendido mucho, dado que sé que es migratoria, y sus gritos inconfundibles se oyen en las alturas durante las noches de invierno y primavera, mientras llevan a cabo sus largos viajes. Probablemente todas las aves que frecuentan los bañados en las pampas del sudoeste migren al norte en invierno, y aquellas que habitan las costas del Plata y el litoral Atlántico, donde la temperatura es más alta y hay más lugares para refugiarse, sean residentes, lo mismo que en el río Negro de la Patagonia. Pero en esta última región, además de que los inviernos son benignos, las vastas extensiones desiertas, sin agua, que separan al río Negro de la pampa húmeda harían imposible a un ave de vuelo tan endeble emigrar desde ese lugar. De este instinto sabemos que es hereditario, y resulta difícil creer que de cada uno de los juncales, dispersos por las vastas regiones habitadas por la Gallineta Común, se aleje cada año un pequeño contingente a pasar el invierno en otra parte, dejando atrás un gran número de individuos. No es posible que exista tal diferencia entre los ejemplares de una especie en una misma localidad. Variaciones de tal magnitud sólo se dan entre poblaciones que habitan regiones muy separadas.

Es difícil hacer volar a las Gallinetas Comunes, que despegan pobremente, agitando las alas con rapidez, con las patas colgando, y luego de recorrer 40 ó 50 metros se dejan caer entre los juncos. Es interesante su lenguaje. Cuando está alarmada repite a cortos intervalos un grito casi doloroso de tan agudo, parada sobre una rama a baja altura u otra elevación, bien oculta entre juncos y matas, mientras agita sin cesar la cabeza de arriba a abajo, sacude la cola y se mueve bruscamente de un lado al otro. En estas ocasiones tiene un aspecto muy vital, y el admirable contraste del largo pico tricolor, los ojos rojo sangre y las patas bermellón, con su delicado plumaje oscuro, le dan cierto derecho a ser considerada bella. Otras veces emite un hueco reclamo con un asombroso efecto de ventriluismo, que a veces repite a intervalos breves por espacio de una hora, parada como lo hace usualmente sobre una pequeña elevación. En tal ocasión su actitud es de desgano, sin los movimientos afirmativos de la cabeza o sus gestos de retozo. También tiene una especie de canto, oído con frecuencia, que la gente encuentra parecido al rebuzno distante de un burro, por lo que en el Plata recibe el nombre vulgar de "*burrito*". En ocasiones se lo oye durante el día, pero más a menudo al atardecer, y es un concierto confuso, de sonidos largos y penetrantes, modulados y mezclados con otros huecos y resonantes, emitido sin pausa, y que puede oírse a un kilómetro, pero suena lejano así el ave esté lejos o cerca.

Poco es lo que puedo decir acerca de la Pollona Pintada, conocida vulgarmente entre nosotros como "*gallinetita*", a pesar de que visita Buenos Ayres cada año, se cría aquí y es abundante. Se parece a una gallareta en voces y hábitos, no se la ve a menudo en tierra y se alimenta principalmente mientras nada con movimientos bruscos entre las plantas flotantes. Aparece en octubre, migrando, según creo, exclusivamente de noche, y luego de la partida, en otoño, rara vez se ve un solo individuo. De día son desconfiadas y retraídas, pero se dispersan ampliamente al atardecer, lanzando con frecuencia su extraño grito hueco, al que la gente supersticiosa llama risa de bruja, porque recuerda al repentino estallido de una risa histérica, que empieza con sonidos fuertes y largos que se van haciendo más breves y rápidos a medida que se apagan.

El Ipacaá, llamado gallineta en Buenos Ayres, es un rálido sumamente interesante. Aunque no posee tintes brillantes, la armoniosa combinación de pardo claro y azul, gris, amarillo pardusco y negro de su plumaje, un efecto realzado por el amarillo del pico, el rojo y dorado del ojo y el bermellón de sus patas, resultan tan agradables que no conozco un ave acuática más elegante.

Llegan tan al sur como el paralelo 35, y alcanzan su mayor abundancia a lo largo de las costas inundables del Plata, frecuentando sus vastos juncales y ceibales. Cuando no se las persigue son tan audaces y belicosas que de día salen de entre los juncos y atacan a las aves de corral, en las cercanías de las casas e incluso en las calles de los pueblos situados en los límites de su pantanoso hábitat. Sin embargo, cuando se las impulsa a incluir al hombre en la lista de sus enemigos, es difícil ver alguna, porque, al igual que todas las aves a las que les cuesta trabajo levantar vuelo, permanecen en extremo alertas y se ocultan tan bien que uno puede atravesar su territorio todos los días durante un año sin que el Ipacaá sea otra cosa que una voz fantasma. A pesar de todo, la persecución no puede eliminar cierta inquisitiva audacia, que es uno de los rasgos más sobresalientes de su carácter. Usualmente vagan solos en busca de alimento, pero se reúnen al atardecer y en ocasiones durante el día, sobre todo cuando está nublado.

En zonas boscosas, y durante las jornadas lluviosas o con niebla, se aventuran a cierta distancia de los juncales. Caminan con gracia fluida y pomposa, moviendo la cola a cada zancada, como las gallinetas, y corren a una velocidad que ningún hombre puede igualar.

En ocasiones se posan en los árboles y les gusta pavonearse de un lado a otro sobre una rama horizontal.

Cuando el Ipacaá es sorprendido en terreno abierto se echa contra el suelo como un inambú, resistiéndose a levantar vuelo hasta que casi se lo pisa. Se eleva con vuelo ruidoso y cruza el aire con violento envión hasta que, una vez sobre los juncos, planea algunos metros y se deja caer. Su vuelo se asemeja precisamente al del inambú, y es más ruidoso que el de una codorniz. Cuando merodea algún intruso, lanza un potente grito de alarma, con una fuerza y entonación semejantes a las de un pavo real. A cierta distancia otras aves contestan, y mientras conversan se dirigen apresuradamente hacia donde se oyó la voz. El grito se repite a intervalos irregulares, primero en un lado y luego en otro, mientras las aves siguen de cerca los pasos del intruso y lo estudian desde el juncal. Sorprendí algunos grupos en terreno abierto, habiendo cazado uno o más individuos; pero no bien los sobrevivientes

---

Rallidae, que no habita la provincia de Buenos Ayres. En "Argentine Ornithology" la equivocación aparece salvada

alcanzaban su refugio, volvían a vigilarme, emitiendo todo el tiempo su potente voz de alarma. Con frecuencia me han seguido un kilómetro a través de los juncos, y pude atraerlos mediante el recurso de agazaparme e imitar sus gritos. No obstante, las voces de alarma más fuertes del Ipacaá resultan débiles en comparación con las que emite en otras ocasiones, cuando sin estar perturbado por una presencia extraña exterioriza su estado de ánimo en gritos y graznidos que, con potencia sin igual, asombran a quien los oye. Estas voces, con todos sus cambios y modulaciones, tienen una cierta semejanza con la humana, llevada al límite de su capacidad, expresando agonía, frenesí y desconsuelo. Un largo alarido desgarrador, asombroso por su poder y vehemencia, es seguido por un sonido menos fuerte, como si en el primero hubiera quedado casi exhausto. Repite varias veces este doble grito, al que siguen otros que recuerdan, al elevarse y caer, lamentos de angustia y alaridos de dolor semi ahogados. De repente, esas voces sobrenaturales son renovadas en todo su poder y siguen durante algún tiempo, con varios individuos gritando concertadamente. Repiten el acto a intervalos a lo largo del día y al ponerse el sol, momento en que 105 montes y bañados resuenan con su tumulto extraño. Dije que varias aves se unen para gritar, y esto se da siempre. He disfrutado del raro placer de observarlas en tales ocasiones, y las voces parecen un buen acompañamiento para sus gestos y movimientos desordenados.

Unos 12 a 20 tienen su lugar de reunión en un área pequeña de terreno despejado y llano, rodeada de juncos, y si uno se oculta, armado de paciencia, es posible presenciar la acción. Primero se oye a un Ipacaá emitir y repetir tres veces un grito fuerte y metálico, que recuerda algo al reclamo de la gallina de Guinea. Este sonido sale de entre los juncos y representa una invitación que otras aves responden rápidamente desde todos lados, al dirigirse hacia el lugar acostumbrado. Poco después emergen de entre los juncos de modo casi simultáneo, buscan el claro y se ubican para comenzar la exhibición.

A los gritos, corren de un lado para el otro como poseídas por un frenesí, agitando las alas desplegadas, con el pico muy abierto y elevado hacia arriba. Durante estas demostraciones, nunca los observé pelearse ni manifestar ira, lo que me sorprendió conociendo su espíritu belicoso, siempre listo para buscar pelea con otras especies, dado que tenía la impresión de que estas reuniones estaban relacionadas, de alguna manera, con el instinto sexual.

Mientras las observaba noté otro hecho. Escondido entre los juncos, el terreno húmedo me obligó a adoptar una ubicación tan desventajosa, que cualquier Ipacaá que por casualidad se hubiese aventurado en el claro me habría descubierto inmediatamente. Sin embargo, la emoción que sienten en tales ocasiones las transporta de tal forma, que entraron y completaron su acto sin verme. No obstante, apenas terminaron huyeron precipitadamente hacia los juncos, conscientes de mi presencia.

¿Cómo habrá podido originarse este curioso hábito que no puede considerarse ventajoso? Simplemente, esta especie tiene una forma singular de expresar un sentimiento instintivo común a todos los seres vivos. Muchas aves y mamíferos llevan a cabo reuniones sociales pacíficas como el Ipacaá, y si se los ve peleando, se trata de juegos, dado que se reúnen llevados por una emoción festiva. Esta se manifiesta en forma tan variada en las distintas especies, que alguien podría llegar a creer que tales despliegues están, en muchos casos, inspirados por una pasión sexual. La Bandurria Austral (*Theristicus melanopis*), el Cuervillo de Cañada (*Plegadis chihi*), el Tero real (*Himantopus mexicanus*) y el Tero Común (*Vanellus chilensis*) llevan a cabo exhibiciones semejantes. Esta última especie ejecuta una parada mucho más notable en tierra, a la que la gente de campo da el apropiado nombre de danza. Las aves, de a dos o tres, corren, giran y se paran inclinándose hasta tocar el suelo con sus picos, y todo el tiempo se mueven al compás de sonidos rítmicos, como de tambor.

Los chimangos (*Milvago chimango*) tienen con frecuencia sitios de reunión por donde circulan, jugando a pelearse en el aire, y luego descansan, cada uno en un puesto diferente. A intervalos, uno de ellos lanza un largo grito, como un canto, al que sigue una sucesión de sonidos cortos, al que todos los demás se unen como en un coro.

Muchas especies en las cuales los machos y hembras se guardan fidelidad, juntos cantan y gritan jubilosamente a intervalos, a lo largo del día. Este hábito es notable sobre todo en el Hornero (*Furnarius rufus*). Macho y hembra enfrentados, emiten su canto excitado y agudo, batiendo todo el tiempo sus alas desplegadas al compás de la música, y cada uno canta una parte, logrando un efecto de armonía.

Los Chajás (*Chauna torquata*) también vocalizan en concierto, contando las horas, como dicen los gauchos, dado que lo hacen alrededor de las nueve de la noche y de nuevo justo antes del alba.

Aún más notable resulta el hábito de las Tijeretas (*Tyrannus savana*) ya que no son gregarias, y sin embargo una vez al día se elevan y yendo apresuradamente de árbol en árbol, se convocan unas a otras a una reunión general. Entonces se elevan emitiendo píos cortantes, se precipitan violentamente desde una gran altura abriendo y cerrando sus largas colas, y acompañan su vuelo en zigzag con impetuosos sonidos opresivos y cortantes.

Los Inambúes se unen en pequeñas tropas y juegan, correteando en círculos, girando rápidamente y echándose de golpe, como para esconderse. Los tiránidos y zorzales se persiguen gritando a través del aire y entre los árboles. Las aves canoras trinan en concierto en árboles y arbustos, y a veces se persiguen y pelean, cantando todo el tiempo. Algunos patos libran batallas simuladas en el agua. Diferente es el hábito del Pato Overo (*Anas sibiratrix*), de vuelo potente y fluido, que se eleva en bandaditas hasta parecer apenas una mancha en el cielo. A esas alturas halconean, emitiendo todo el tiempo sus gritos penetrantes, y se juntan, se separan y se vuelven a unir, y cada vez que lo hacen dan golpes tan fuertes con las alas, que a veces pueden oírse cuando ya se han perdido de vista.

Muchos mamíferos también se reúnen y solazan juntos, y algunas especies llegan a desarrollar despliegues, pero el hábito es menos notable, ya que no son de naturaleza tan impresionable como las aves, y son menos gráciles y parlanchines.

En ninguno de los ejemplos que he dado la conducta sexual está involucrada, dado que aquellas reuniones y despliegues ocurren en todas las estaciones, y en algunos casos se hacen menos frecuentes durante la época reproductiva.

Es difícil dudar de que la causa sea la alegría natural que a veces embarga a todos los seres con sentimientos, cuando su hambre está satisfecha y se hallan libres de los controles que otras emociones les imponen. Este es, en gran medida, un sentimiento social y, en especies que están acostumbradas a reunirse y entregarse a él con frecuencia, se comunica instantáneamente de uno a otro. Todo pastor y boyero de las pampas está familiarizado con los accesos de euforia de su ganado doméstico o semidoméstico. Así, un cordero en un rebaño brincará de golpe dos o tres veces en rápida sucesión, cayendo sobre sus cuatro patas a la vez y al instante. Sus compañeros, contagiados por la alegría, salen todos juntos de sus corrales a perseguirse. Repentinamente se detienen y agrupan, pero poco después otro cordero salta y se va, reanudándose la persecución.

No debería ser motivo de asombro que algunas especies tengan una forma definida e invariable de manifestar su alegría, y que además lo hagan con expresiones tan extrañas como, por ejemplo, las del Ipacaá, mientras que en otras la alegría esté más reprimida, o directamente no se presente. Sucede que algunos animales son incapaces de expresar inclusive sentimientos tan violentos como el dolor, el miedo, la ira y el interés por sus crías. No obstante, estoy seguro de que este sentimiento existe en todos, incluso en seres tan indolentes como las garzas.

Probablemente, los gritos en concierto de zorros, monos y muchos otros mamíferos, la hermosa exhibición de la Jacana y diversas aves, las extravagancias aéreas de las becasinas, acompañadas de peculiares sonidos denominados balidos y redobles, y otro centenar de actos extraños se deban a la misma causa.

### Notas sobre los cacholotes observados en la República Argentina

Notes on the Birds of the Genus *Homorus* observed in the Argentine Republic.

[Publicada en julio de 1885]

**CACHOLOTE CASTAÑO** (*Pseudoseisura lophotes*). Aunque esta especie me interesó mucho, es limitado el conocimiento que tengo de ella, debido a su escasez en la región donde la observé, y a su costumbre de ocultarse. En la provincia de Buenos Ayres, su presencia está confinada a la angosta faja de bosque subtropical que bordea las costas del Río de la Plata, lo que demuestra que el ave proviene del norte. Posiblemente su verdadera patria de origen esté en alguna parte de la subregión del sur de Brasil.

Cuando es sorprendido, su ojo blanco, pico azul afilado como una daga y su copete enhiesto le dan un aspecto notablemente agresivo y desafiante, cuyo efecto se ve aumentado por el áspero e irritante grito que profiere al ser molestado. No obstante, esta apariencia de enojo y desagrado es engañosa, ya que este pájaro es la criatura más tímida que se pueda imaginar. Su lenguaje tiene el carácter chillón y excitado, común a esta familia sumamente locuaz, y a intervalos a lo largo del día, macho y hembra se reúnen y el bosque se hace eco de su concierto de gritos. Semanas después de haberme familiarizado con estos fuertes sonidos, mientras coleccionaba en el bosque ribereño donde se encuentra, el ave aún era para mí una voz errática, pero no abandoné la búsqueda hasta haberla visto varias veces y obtenido dos o tres especímenes. Encontré un nido, aunque sin huevos; es una estructura cerrada, rústica, construida con suficiente material como para llenar una carretilla. También descubrí que el ave se alimenta exclusivamente en el suelo, cerca de los troncos de árboles de ramas bajas, donde suelen acumularse cortezas, hojas muertas y otros restos. Allí escarba con su afilado pico en busca de los pequeños insectos de los que se alimenta. Cuando alguien se le aproxima no vuela, corre en cambio rápidamente al árbol más cercano, detrás de cuyo tronco se esconde, pasando al siguiente árbol y escapando de esta forma sin ser visto.

**CACHALOTE PARDO** (*Pseudoseisura gutturalis*). Hallé a este pájaro, muy común en las llanuras abiertas y secas cercanas al río Negro, en la Patagonia, donde evita los matorrales densos. Como su congénere del norte, es tímido, pero debido a que su plumaje es más pálido y no tiene aquellos llamativos colores en su pico y ojos, su apariencia no es tan fiera como la de aquél. Aun así, no creo que ornitólogo alguno pueda encontrarlo sin quedar



fuertemente impresionado con su personalidad, si tal palabra puede aplicarse a un ave. Como regla, los furnáridos<sup>222</sup> construyen grandes nidos y son muy bullangueros. Creo que el Cacholote Pardo es, de esta familia, el que grita más fuerte y el que construye los mayores nidos.

El macho y la hembra viven juntos todo el año y son residentes. Los juveniles, cuando ya son capaces de volar, permanecen con sus padres hasta el período reproductivo, de forma que en ocasiones se los encuentra en parejas, pero lo más frecuente es hallar familias de cinco o seis individuos. Para alimentarse se dispersan, circunscribiéndose cada uno a un gran arbusto, cuyas raíces hurga y rasquetea en busca de insectos. A intervalos, uno de los adultos sube a un arbusto y convoca a los demás con fuertes y penetrantes gritos, en cuya respuesta todos se apresuran a acudir al lugar de reunión, y desde lo alto prorrumpen en un claro y agudo coro, que a lo lejos suena como risotadas histéricas. En un lugar donde pasé varios meses<sup>223</sup> habla algunos arbustos a unos dos kilómetros de la casa donde vivía, en los que estas aves solían reunirse, y en aquella apacible atmósfera podía oír con nitidez sus extravagantes gritos a esa distancia. Después de cada actuación se persiguen entre sí de un arbusto a otro con un excitado vuelo entrecortado, emitiendo gritos ásperos y airados.

Para construir sus nidos eligen un arbusto achaparrado y fuerte. La estructura, hecha de palos gruesos, es perfectamente esférica y tiene de 1,20 a 1,50 m de largo, con una cámara interior muy grande. La entrada es lateral, cerca de lo superior, y se llega a ella a través de una angosta galería arqueada, prolijamente construida con palitos finos a lo largo de una rama horizontal, de unos 35 centímetros de largo. Sin duda, esta peculiar entrada impide la intrusión de ofidios y pequeños mamíferos. Este nido es tan fuerte que me he parado sobre uno, afirmando mi pie, sin causarle el más mínimo daño, y para demolerlo tuve que meter en él el caño de mi escopeta y levantarlo a pedazos. Examiné alrededor de una docena de estas enormes estructuras, pero a todas las encontré antes o después de la época de puesta, por lo que no pude ver sus huevos.

CANASTERO PATAGONICO (*Asthenes patagónica*). Quiero destacar aquí la apreciable relación entre *Pseudoseisura* y una especie que pertenece a un género diferente, *Asthenes patagónica*. Sus parientes más cercanos parecen ser los canasteros *A. pyrrholeuca* y *A. modesta*, y no tengo dudas de que tiene afinidades con estos y otros miembros del grupo algo complejo en el que está clasificada. Sin embargo, en lo que respecta a sus hábitos parece un pequeño cacholote y difiere de los otros canasteros. Como es un pájaro pequeño y débil, no vive debajo de las raíces de árboles y grandes arbustos, sino que se lo encuentra bajo diminutas plantas achaparradas en sitios áridos y abiertos. En las raíces de estas matas de 30 a 45 centímetros de alto busca pequeños insectos, y cuando se lo molesta posee un vuelo débil y entrecortado que lo aleja unos 10 a 20 metros. No obstante, es muy difícil hacerlo volar, ya que cuando alguien se le aproxima sale corriendo velozmente, dejando la duda de si lo visto ha sido un ave o un ratón cruzando el espacio desnudo entre los arbustos. Probablemente haya adquirido este comportamiento en los desolados ambientes que frecuenta. De cualquier manera, estoy tan convencido del carácter variable de los hábitos en general, que me hallo muy lejos de imaginar que la semejanza entre esta especie y *Pseudoseisura* esté indicando una ascendencia en común. Al contrario: creo que es totalmente accidental.

Facsimil de la portada de "Argentine Ornithology"

ARGENTINE ORNITHOLOGY

A

DESCRIPTIVE CATALOGUE

Of the

BIRDS OF THE ARGENTINE REPUBLIC

by

P. L. SOLATER, M.A., Ph.D., F.R.S., ETC.

WZTII NOTES ON THEIR HABITS

by

---

<sup>222</sup> En el original "dendrocolaptiae" grupo que por entonces incluía a los fumáridos. Actualmente Dendrocolaptidae y Furnariidae son familias separadas

<sup>223</sup> Se trata de las cercanías de Carmen de Patagones.

W. H. HUDSON, C.M.Z.S.,

Late of Buenos Ayres

The Cariama

VOLUMEN I

LONDON:

R. H. PORTER, O TENTERUEN STREET, W. 1888.

#### LISTA BIBLIOGRÁFICA DE LOS TRABAJOS INCLUIDOS

*Hudson, W. H.* 1870a. [First letter on the ornithology of Buenos Ayres] Proc. Zool. Soc. London 1870: 87-89.

1870b. Second letter on the ornithology of Buenos Ayres. Proc. Zool. Soc. London 1870: 112-114.

1870c. Third letter on the ornithology of Buenos Ayres. Proc. Zool. Soc. London 1870: 158-160.

1870d. Fourth letter on the ornithology of Buenos Ayres. Proc. Zool. Soc. London 1870: 332-334.

1870e. Fifth letter on the ornithology of Buenos Ayres. Proc. Zool. Soc. London 1870: 545-547.

1870f. Sixth letter on the ornithology of Buenos Ayres. Proc. Zool. Soc. London 1870: 548-550.

1870g. A seventh letter on the ornithology of Buenos Ayres. Proc. Zool. Soc. London 1870: 671-673.

1870h. Eighth letter on the ornithology of Buenos Ayres. Proc. Zool. Soc. London 1870: 748-750.

1870i. Ninth letter on the ornithology of Buenos Ayres. Proc. Zool. Soc. London 1870: 798-802.

1871a. Tenth letter on the ornithology of Buenos Ayres. Proc. Zool. Soc. London 1871: 4-7.

1871b. Eleventh letter on the ornithology of Buenos Ayres. Proc. Zool. Soc. London 1871: 258-262.

1871c. 1872a. Twelfth letter on the ornithology of Buenos Ayres. Proc. Zoo1. Soc. London 1871: 326-329.

On the Birds of the Rio Negro of Patagonia. With Notes by P. L. Sclater. Proc. ZOO1. Soc. London 1872: 534-550.

1872b. On the Habits of the Swallows of the Genus *Progne* met with in the Argentine Republic. With Notes by P. L. Sclater. Proc. Zool. Soc. London 1872: 605-6(>9.

1872c. Notes on the Habits of the Churinche (*Pyrocephalus rubineus*). Proc. ZOO1. Soc. London 1872: 808-810.

1872d. Further Observations on the Swallows of Buenos Ayres. Proc. Zooj. Soc. London 1872: 844-846.

1873. Notes on the Habits of the Pipit of the Argentine Republic. Proc. Zoo1. Soc. London 1873: 771-772.

1874a. Notes on the Procreant Instincts of the three Species of *Molothrus* found in Buenos Ayres. Proc. Zool. Soc. London 1874: 153-174.

1874b. On the Habits of the Burrowing Owl (*Pholeoptynx cunicularia*). Proc. Zoo1. Soc. London 1874: 308-311.

.1875. On the Herons of the Argentine Republic, with a Notice of a curious Instinct of *Ardetta involucris*. Proc. ZOO1. Soc. London 1875: 623-631.

1876a. Note on the Spoonbill of the Argentine Republic. Proc. Zool. Soc. London 1876:15.

1876b. Notes on the Rails of the Argentine Republic. Proc. ZOO1. Soc. London 1876: 102-109.

1885. Notes on the Birds of the Genus *Homorus* observed in the Argentine Republic. Ibis 1885: 283-286.

1892. The Naturalist in La Plata. Lent & Co. London.

1893. Idle Days in Patagonia. Chapman & Hall, Ltd. London.

1920. Birds of La Plata. Vol. 1 y II. Dent & Sons. London.

1927. Los ñandúes de la Argentina. Traducido y anotado por A. Steullet y E. Deautier. Hornero 4: 52-59.

1928. Las perdices de la Argentina. Traducido y anotado por A. Steullet y E. Deautier. Hornero 4:174-183.

1929. Las palomas de la Argentina Traducido y anotado por A. Steullet y E. Deautier. Hornero 4: 289-293.

Sclater, P. L. y W. H. Hudson. 1888. Argentine Ornithology. Vol. 1. R. H. Porter. London. y .1889. Argentine Ornithology. Vol II. R. H. Porter. London.

Sclater, P. L. y O. Salvin. 1868. List of Birds collected at Conchitas, Argentine Republic, by Mr. William H.

Hudson. Proc. ZOOI. Soc. London 1868: 137-146.

y 1869a. Second List of Birds collected at Conchitas, Argentine Republic, by Mr. William H. Hudson, together with Notes upon another collection from the same locality. Proc. Zool. Soc. London 1869:158-162.

y 1869b. Third List of Birds collected at Conchitas, Argentine Republic, by William H. Hudson. Proc. ZOOI. Soc. London 1869: 631-636.

#### LISTA DE LAS AVES MENCIONADAS EN LA OBRA<sup>224</sup>

Nombre Común	Nombre científico actualizado	Nombre científico utilizado en las publicaciones originales
Agachona Chica	<i>Thinocorus rumicivorus</i>	<i>Idem</i> <sup>225</sup>
Aguatero	<i>Nyctcvyphe semicollaris</i>	<i>fhynchaea semicollaris</i>
Aguila Coronada	<i>Harpyhaliaetus coronatus</i>	<i>Idem</i>
Aguila Mora	<i>Geranoaetus melanoleucus</i>	<i>Idem</i>
Aguilucho Alas	<i>Buteo albicaudatus</i>	<i>Idem</i>
Aguilucho Colorado	<i>Heterospizias meridionalis</i>	<i>Urubitinga meridionalis</i>
Aguilucho Común	<i>Buteo polyosoma</i>	<i>Buteo erythronotus</i>
Anarnbé Común	<i>Pachyramphus pofrchopterus</i>	<i>Bathmidurus variegatus</i>
Arañero Cara Negra	<i>Geothlypis aequinoctialis</i>	<i>Geothlypis vetata</i>
Atajacaminos Ñañarca	<i>Caprimulgus longirostris</i>	<i>Stenopsis bifasciata</i>
Bandurria Austral	<i>Theriscticus melanopis</i>	<i>ibis melanopis</i> <i>ibis melanotis</i>
Bandurria Mora	<i>Harpiorion caerulescens</i>	<i>ibis caerulescens</i>
Bandurrita Común	<i>Upucerthia dumetaria</i>	<i>Upucerthia dumetaria</i>
Batitú	<i>Banramia longicauda</i>	<i>Actiturus bartramios</i>
Becasina Común	<i>Galénago paraguaiae</i>	<i>Scolopax frenata</i>
Benteveo Común	<i>Pitangus sulphuratus</i>	<i>Pitangus bellicosus</i>
Biguá	<i>Phalacrocorax olivaceus</i>	<i>Phalacrocorax brasilianus</i>
Boyerito	<i>Icterus cayanensis</i>	<i>Icterus pyrrhopterus</i>
Burlisto Pico Canela	<i>Myiarchus swainsoni</i>	<i>Idem</i>
Nombre Común	Nombre científico actualizado	Nombre científico utilizado en las publicaciones originales
Cabecitanegra Común	<i>Carduelis magellanica</i>	<i>Chrysometris barbata</i>
Caburé Grande	<i>Giaucidium nanum</i>	<i>Idem</i>
Cachíio Canela	<i>Donacospiza albifrons</i>	<i>Poosoiza albifrons</i>
Cachilo Ceja Amarilla	<i>Myiozoiza humerai</i>	<i>Ammodromus manimbe</i>
Cachirla Común	<i>Anthus correndera</i>	<i>Idem</i>

<sup>224</sup> Los nombres comunes responden a la lista Patrón de los Nombres Comunes de las Aves Argentinas", de J. R. Navas, T. Narosky, N. BÓ y J.C. Chebez, 1991.

Los nombres científicos actualizados corresponden a la "Checklist of the Birds of South America" de A. Altman y B. Swift, 1989

<sup>225</sup> El término Idem se usa cuando el nombre científico utilizado en las publicaciones originales es igual al actualizado

Cacholote Castaño	<i>Pseudoseisura lachotes</i>	<i>Anabates iophotes</i>
Cacholote Pardo	<i>Pseudoseisura gutturalis</i>	<i>Homorus gutturalis</i>
Cachudito Pico Negro	<i>Anairetes parulus</i>	<i>Anaeretes parulus</i>
Calandria Grande	<i>Mimus saturninus</i>	<i>Mimus calandria</i>
Calandria Mora	<i>Mimus patagonicus</i>	<i>Mimus patachonicus</i>
Calandria Real	<i>Mimus triurus</i>	<i>Idem</i>
Calandrita	<i>Stigmatura budytoides</i>	<i>Stigmatura flavocinerea</i>
Carninera Común	<i>Oeositta cunicuiara</i>	<i>idem</i>
Canastero Coludo	<i>Asthenes pyrrholeuc</i>	<i>Synallaxis sordida</i>
Canastero Pálido	<i>Asthenes modesta</i>	<i>Synallaxis modesta</i>
Canastero Patagónico	<i>Asthenes patagonica</i>	<i>Synallaxis patagonica</i>
Caracolero	<i>Ros ffrhamus sociabilis</i>	<i>Idem</i>
Carancho	<i>Pofrborus plancus</i>	<i>Polyborus tharus</i>
Carau	<i>Aramus guarauna</i>	<i>Aramus sca fopaceus</i>
Cardenal Amarillo	<i>Gubematrix cristata</i>	<i>Gubernatrix cristatella</i>
Carpintero Bataraz Chico	<i>Picoides mixtus</i>	<i>Picus mixtus</i>
Carpintero Blanco	<i>Melanerpes candidus</i>	<i>Leuconenoes dominicanus</i>
Carpintero Campestre	<i>Colaptes campestris</i>	<i>Colaptes agricola</i>
Carpintero Real	<i>Colaptes melanochloros</i>	<i>Chrysophilus chlorozostus</i>
Cauquén Común	<i>Chioephaga picta</i>	<i>Bernida magodanica</i>
Cauquén Real	<i>Chiceohaga poliocephala</i>	<i>Bernida poliocephala</i>
Celestino Común	<i>Thraupis sayaca</i>	<i>Tanagra cyanoootera</i>
Cisne Cuello Negro	<i>Cognus meiancoryohus</i>	<i>Cygnus nigricalfis</i>
Colorada	<i>Rhynchotus rufescens</i>	<i>Idem</i>

Nombre Común	Nombre científico actualizado	Nombre científico utilizado en las publicaciones originales
Coludito Cola Negra	<i>Leptasthenura aegithaloides</i>	<i>Synallaxis aegithaloides</i>
Corbatita Común	<i>Sparophiia caerulea</i>	<i>Spermophila ornata</i>
Cortarramas	<i>Phytotorna rutila</i>	<i>Idem</i>
Cuclillo Canela	<i>Coccyzus meiancoryphus</i>	<i>Coccyzus meiancoryohus</i>
Cuclillo Chico	<i>Coccyzus cinereus</i>	<i>Idem</i>
Cuervillo de Cañada	<i>Plegadis chihi</i>	<i>ibis falcinellus</i>
Curutié Blanco	<i>Cranioleuca pyrrhophia</i>	<i>Phleocryptes striaticeps</i> <i>Synallaxis striaticeps</i>
Curutié Ocráceo	<i>Cranioleuca sulphurifera</i>	<i>Synallaxis sulphurifera</i>
Chajá	<i>Chauna torquata</i>	<i>Chauna chavaria</i>
Chiflón	<i>Syrignia sibilatrix</i>	<i>Ardea sibilatrix</i>
Chimango	<i>Milvago chimango</i>	<i>Idem</i>
Chincherito Chico	<i>Lepidocolaptes angustirostris</i>	<i>Lepidocolaptes atripes</i> <i>Picciantes angustirostris</i>
Chingolo	<i>Zonotrichia capensis</i>	<i>Zonotrichia p'leata</i>
Chivi Común	<i>Vireo olivaceus</i>	<i>Vireosivivia chivi</i>
Choca Corona Rojiza	<i>Thamnohillus ruficapillus</i>	<i>Thamnohillus argentinus</i>
Choique	<i>Pterocnemis pennata</i>	<i>Rhea darwini</i>
Chorlito Doble Collar	<i>Charadrius talkiandicus</i>	<i>Aegialitis falkiandica</i>
Chorlito Pecho Colorado	<i>Charadrius modestus</i>	<i>Eudromias modesta</i>
Chorlo Cabezón	<i>Oreoholus ruficollis</i>	<i>Oreophilus totanirostris</i>
Churrinche	<i>Pyrocephalus rubinus</i>	<i>Pyrocephalus rubineus</i>
Diuca Común	<i>Diuca diuca</i>	<i>Diuca minor</i>
Doradito Común	<i>Pseudococcyzopteryx flaviventris</i>	<i>Hapalocercus flaviventris</i>
Dormilona Cara Negra	<i>Muscisaxicola maciuviana</i>	<i>Muscisaxicola mentalis</i>
Espartilero Enano	<i>Spanonoica maluroides</i>	<i>Synallaxis maluroides</i>
Espartilero Pampeano	<i>Asthenes hudsoni</i>	<i>Anumbius rufigularis</i> <i>Synallaxis anthoides</i>
Espátula Rosada	<i>Ajaia ajaja</i>	<i>Platalea ajaja</i>
Espinero Pocho Manchado	<i>Phacellodomus striaricollis</i>	<i>Phacellodornus ruber</i>
Flamenco Austral	<i>Phoenicocoterus chi'ensis</i>	<i>Phoenicocoterus ignipaiatus</i>
Federal	<i>Arnblyramphus holosericeus</i>	<i>Idem</i>

Nombre Común	Nombre científico actualizado	Nombre científico utilizado en las publicaciones originales
--------------	-------------------------------	---

Fiofio Pico Corto	<i>Eiaenia parvirostris</i>	<i>Elainea modesta</i>
Frutero Azul	<i>Stephanophorus diadematus</i>	<i>Stephanophorus leucocephalus</i>
Gallareta Ligas Rojas	<i>Fulica armillata</i>	<i>Idem</i>
Gallineta Común	<i>Pardirallus sanguinolentus</i>	<i>Rallus rhytirhynchus</i>
Gallito Copetón	<i>Rhinocrypta lanceolata</i>	<i>Idem</i>
Gavilán Ceniciento	<i>Circus cinereus</i>	<i>Idem</i>
Gavilán Planeador	<i>Circus buffoni</i>	<i>Circus macropterus</i>
Gavilán Mixto	<i>Parabuteo unicinctus</i>	<i>Urubftinga unicincta</i>
Gaviota Capucho Café	<i>Larus maculijoennis</i>	<i>Larus cirrhocephalus</i>
Garcita Azulada	<i>Butorides striatus</i>	<i>Butorides cyanuws</i>
Garza Bruja	<i>Nycticorax nycticorax</i>	<i>Idem</i>
Garza Mora	<i>Ardea coccol</i>	<i>Idem</i>
Gaucho Chico	<i>Agriomis murina</i>	<i>Pepoaza murina</i> <i>Taenicotera murina</i>
Golondrina Barranquera	<i>Atticora cyanoleuca</i>	<i>Notiochelidon cyanoleuca</i>
Golondrina Coja Blanca	<i>Tachycineta leucorrhoea</i>	<i>Hirundo leucorrhoea</i>
Golondrina Doméstica	<i>Progne chalybea</i>	<i>Progne domestica</i>
Golondrina Negra	<i>Progne elegans</i>	<i>Progne purpurea</i>
Golondrina Parda	<i>Phaeoprogne tapera</i>	<i>Progne tapera</i>
Golondrina Rabadilla Canela	<i>Hirundo pyrrhonota</i>	<i>Petrochelidon americana</i> <i>Petrochelidon pyrrhonota</i>
Halcón Plomizo	<i>Falco femoralis</i>	<i>Hypotriorchis femoralis</i>
Halconcito Colorado	<i>Falco sparverius</i>	<i>Tinnunculus sparverius</i>
Hornero	<i>Furnarius rufus</i>	<i>Idem</i>
Inambú Común	<i>Nothura maculosa</i>	<i>Idem</i>
Inambú Pálido	<i>Nothura darwinii</i>	<i>Nothura darwini</i>
Lpacaá	<i>Aramides yoecaha</i>	<i>Aramides icecaha</i>
Jacana	<i>Jacana jacana</i>	<i>Parra jacana</i>
Jilguero Dorado	<i>Sicalis flaveola</i>	<i>Sycalis chloropsis</i> <i>Sycalis pelzeiní</i>
Jote Cabeza Negra	<i>Coragynos atratus</i>	<i>Cathartes atratus</i> <i>Juan. Chiviro</i>

Nombre Común	Nombre científico actualizado	Nombre científico utilizado en las publicaciones originales
Junquero	<i>Phieocryptes meianops</i>	<i>Synallaxis meianops</i>
Lechucita Vizcachera	<i>Athene cunicularia</i>	<i>Phleoptynx cunicularia</i>
Lechuzón de Campo	<i>Asio flammeus</i>	<i>Ctus brachyctus</i>
Lechuzón Crejudo	<i>Asio clamator</i>	<i>Ctus americanus</i>
Leñatero	<i>Anumbius annumbi</i>	<i>Anumbius acuticaudatus</i>
Loica Común	<i>Sturneia icyca</i>	<i>Sturnella militaris</i>
Loica Pampeana	<i>Sturreja defillipi</i>	<i>Sturnella defillipi</i>
Loro Barranquero	<i>Cyanoliseus patagonus</i>	<i>Conurus patachonicus</i>
		<i>Conurus patagonus</i>
Macá Común	<i>Podiceps rolland</i>	<i>Podiceps rollandi</i>
Maca Grande	<i>Podiceps major</i>	<i>Idem</i>
Martín Pescador Chico	<i>Chiorocervie americana</i>	<i>Ceryle americana</i>
Martineta Común	<i>Eudromia elegans</i>	<i>Idem</i>
Milano Blanco	<i>Elanus feucurus</i>	<i>Idem</i>
Mirasol Común	<i>Ixcobrychus involucris</i>	<i>Ardetta involucris</i>
Misto	<i>Sicalis lutecia</i>	<i>Sycalis arvensis</i>
Monjita Blanca	<i>Xolmis irupero</i>	<i>Taenicotera irupero</i>
		<i>Taenioptera irupero</i>
Monjita Castaña	<i>Neoxolmis rubetra</i>	<i>Taenioptera rubetra</i>
Monjita Coronada	<i>Xolmis coronata</i>	<i>Taenioptera coronata</i>
Monjita Chocolate	<i>Neoxcimis rufiven tris</i>	<i>Myiotheretes rufiventris</i>
		<i>Taenioptera variegata</i>
Monjita Dominicana	<i>Xolmis dominicana</i>	<i>Taenioptera dominicana</i>
Monjita Gris	<i>Xolmis cinerea</i>	<i>Taenioptera nengeta</i>
Mosqueta Estriada	<i>Myiophobus tasdatus</i>	<i>Myicibus naevius</i>
Naranjero	<i>Thraupis bonariensis</i>	<i>Tanagra striata</i>

Ñacundá	<i>Podager nacunda</i>	Idem
Ñacurutú	<i>Bube virginianus</i>	Idem
Ñandú	<i>Rhea americana</i>	Idem
Pajonalera Pico Curvo	<i>Limnornis curvirostris</i>	Idem
Paloma Manchada	<i>Columba maculosa</i>	Idem
Paloma Picazuró	<i>Columba picazuro</i>	Idem

Nombre Común	Nombre científico actualizado	Nombre científico utilizado en las publicaciones originales
Pato Barcino	<i>Anas llavirostris</i>	<i>Querquedula flavirostris</i>
Pato Capuchino	<i>Anas versicolor</i>	<i>Querqueclula versicolor</i>
Pato Colorado	<i>Anas cyanootera</i>	<i>Querquedula cyanoptera</i>
Pato Cuchara	<i>Anas platalea</i>	<i>Spatula platalea</i>
Pato Cutirí	<i>Amazoniefa brasiliensis</i>	<i>Querquedula brasiliensis</i>
Pato de Collar	<i>Anas leucophrvs</i>	<i>Querquedula torquata</i>
Pato Gargantilla	<i>Anas bahamensis</i>	<i>Da fila bahamensis</i>
Pato Maicero	<i>Anas georgica</i>	<i>Da fila spinicauda</i>
Pato Overo	<i>Anas sibilatrix</i>	<i>Mareca chiloensis</i>
Pato Picazo	<i>Netta pepesaca</i>	<i>Metopiana peposaca</i>
Pato Zambullidor Chico	<i>Oxyura vittata</i>	<i>Erismatura ferruginea</i>
Pecho Amarillo Común	<i>Pseudoleistes virescens</i>	<i>Leistes anticus</i>
Pecho Colorado	<i>Sturnella superciliaris</i>	<i>Leistes superciliaris</i>
Picabuey	<i>Machetornis rixosa</i>	Idem
Pico de Plata	<i>Hymenops perspicillata</i>	<i>Lichenops perspicillatus</i>
Pijuí Cola Parda	<i>Synallaxis albescens</i>	Idem
Pijuí Plomizo	<i>Synallaxis spixi</i>	<i>Synallaxis spixii</i>
Piojito Común	<i>Serpophaga suberistata</i>	Idem
Piojito Gris	<i>Serpophaga nigricans</i>	Idem
Pitiayumí	<i>Parula ptiayumi</i>	Idem
Pitotoy Chico	<i>Tringa flavipes</i>	<i>Gambetta lavioes</i>
Pitotoy Grande	<i>Tringa melanoleuca</i>	<i>Gambetta melanoleuca</i>
Pirincho	<i>Guira guira</i>	<i>Guira piririgua</i>
Playerito Rabadilla Blanca	<i>Calidris fuscicollis</i>	<i>Tringa bonaoanii</i>
Playerito Unicolor	<i>Calidris bairdii</i>	<i>Tringa bairdi</i>
Pollona Pintada	<i>Gallinula melanops</i>	<i>Porphyriops melancos</i>
Ratona Común	<i>Troglodytes aedon</i>	<i>Trogiodytes lurvus</i>
Rayador	<i>Rynchoos nigra</i>	<i>Rhynchops nigra</i>
Reinamora Chica	<i>Cyanoloxia glaucocaerufeae</i>	<i>Guiraca glauco-caerulea</i>
Remolinera Común	<i>Cindodes luscus</i>	Idem
Sietevestidos	<i>Pospiza nigrorufa</i>	<i>Pospiza nigro-rufa</i>
Sirirí Colorado	<i>Dendrocygna bicolor</i>	<i>Dendrocygna lulva</i>

Nombre Común	Nombre científico actualizado	Nombre científico utilizado en las publicaciones originales
Sirirí Pamba	<i>Dendrocygna viduata</i>	dem
Sobrepuesto Común	<i>Lessonia ruta</i>	<i>Centrftes niger</i>
Suirirí Amarillo	<i>Satrpa icteroohrvs</i>	<i>Sisopygis icterophrys</i>
Suirirí Común	<i>Suirin suirin</i>	<i>Empidagra suiriri</i>
Suirirí Real	<i>Tyrannus melancholicus</i>	dem
Tachurí Rey	<i>Tachuris rubigastra</i>	<i>Cyanotis azarae</i>
Tacuárita Azul	<i>Poliptilla dumicoia</i>	dem
Taguató Común	<i>Buteo magnirostris</i>	<i>Asturina pucherani</i>
Tero Común	<i>Vanellus chilensis</i>	<i>Vanellus cayannensis</i>
Tero real	<i>Himantopus mexicanus</i>	<i>Himantopus nigricollis</i>
Tijereta	<i>Tyrannus savana</i>	<i>Milvulus violentus</i>
Torcacita Común	<i>Columbina picui</i>	<i>Columbula picul</i>

Corcaza	<i>Zenaida auriculata</i>	<i>Zenaida maculata</i>
Corzo Amarillo	<i>Kanthopsar flavus</i>	<i>Kanthosomus flavus</i>
Corzo Músico	<i>Molothrus badius</i>	dem
Corzo Pico Corto	<i>Molothrus rutoaxillaris</i>	<i>Molothrus rufo-axillaris</i>
Corzo Renegrido	<i>Molothrus bonariensis</i>	dem
Corquito Gris	<i>Empidonornus aurantioatrocristatus</i>	<i>Tyrannus aurantio-atro-cristatus</i>
Corrillero Ala Amarilla	<i>Agelaius thilius</i>	<i>Agelasticus thilius</i>
Corrillero Congo	<i>Agelaius ruficapillus</i>	<i>Chrysomus frontalis</i>
		<i>Kanthosomus ruficapillus</i>
Corredón	<i>Embernagra platensis</i>	dem
Corvidita Blanca	<i>Fluvicola pica</i>	<i>Fluvicola albiventris</i>
Corvidita Chica	<i>Chondestes hudsoni</i>	<i>Chondestes hudsoni</i>
Corvidita Común	<i>Chondestes aterrimus</i>	<i>Chondestes aterrimus</i>
Corvidita Pico Celeste	<i>Chondestes cyaneirostris</i>	<i>Chondestes cyaneirostris</i>
Corral Negro	<i>Phrygilus fruticeti</i>	dem
Corrutí Común	<i>Leptotila venreuxi</i>	<i>Leptotila chalcabuena</i>
Corzón Cobrado	<i>Turdus rufiventris</i>	dem
Corzón Chalchalero	<i>Turdus amaurochalinus</i>	<i>Turdus leucomelas</i>
Corzón Patagónico	<i>Turdus falcklandii</i>	<i>Turdus falklandicus</i>

## COLOFON

El 18 de agosto de 1922 muere en Londres, a los 81 años, Guillermo Enrique Hudson, quien alguna vez afirmó que "el cielo azul, la tierra castaña debajo de él, el pasto, los árboles, los animales, el viento y la lluvia y el sol y las estrellas nunca me son ajenos, pues estoy en ellos, les pertenezco y me identifico; mi carne es una con la tierra y son uno el calor del sol y el de mi sangre, y una sola unidad son mis pasiones con los vientos y las tempestades".